



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

✓ 52. b. 16



Arch & Murray

POESÍAS

SELECTAS CASTELLANAS,

DESDE EL TIEMPO DE JUAN DE MENA
HASTA NUESTROS DIAS.

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

TOMO III.

MADRID:

POR GOMEZ FUENTENEbro Y COMPAÑIA.

1807.



À MINTA.

**FABULA PASTORAL
DE TORQUATO TASSO.**

TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JUAN DE JAUREGUI.

P E R S O N A S.

AMOR *en habito pastoril.*

DAFNE , *compañera de Silvia.*

SILVIA , *amada de Aminta.*

AMINTA , *enamorado de Silvia.*

TIRSI , *compañero de Aminta.*

SATIRO , *enamorado de Silvia.*

NERINA , *mensajera.*

ERGASTO , *mensajero.*

ELPINO , *pastor.*

CORO *de pastores.*

P R O L O G O.

A M O R.

¿Quién creyera , que en esta humana forma,
Y así en estos despojos pastoriles
Estaba oculto un Dios? no un Dios agora-
Selvaje , ó de la plebe de los Dioses;
Mas entre los celestes y los grandes
El de mayor poder; que muchas veces
Derriba á Marte la sangrienta espada
De la robusta mano; y á Neptuno,
Que las tierras combate , el gran Tridente;
Y los rayos á Júpiter supremo.
En este aspecto , y en aquestos paños
No reconocerá tan facilmente
Mi madre Venus al amor su hijo.
Esme forzoso andar huyendo della,
Y disfrazarme así, porque ella quiere
Disponer á su gusto de mis flechas,
Y de mí mismo ; y de ambicion movida,
Qual liviana muger , me insiste y lleva
Á las ilustres cortes y los cetros,
Y allí procura , que mi fuerza emplee:
Y solo al vulgo de ministros míos
(Mis menores hermanos) da licencia,
Que puedan alojarse entre las selvas;
Y usar las armas en silvestres pechos.
Yo que no soy criatura , aunque mi rostro
Lo representa y mi ademan travieso;
Quiero usar de mis armas á mi gusto,
Y disponer de mí segun mi antojo;

Que á mí fué concedido , y por á mi madre
El fuego omnipotente y arco de oro.
Por esto disfrazándome , y huyendo
No su imperio , que en mí no tiene alguno,
Mas los ruegos , que , al fin siendo de madre,
Tienen fuerza ; me escondo entre las selvas,
Y en las cabañas de la gente humilde.
Ella me sigue y busca , prometiendo
Á quien me manifieste , un dulce abrazo,
Ó algun premio mayor ; qual si no fuese,
Yo poderoso para dar en cambio
Regalos semejantes ó mayores,
Á quien me encubra della : esto á lo menos
De cierto sé , que los halagos mios
Á las doncellas les serán mas gratos
(Si yo , que soy Amor , de amor entiendo.)
Así me busca de ordinario en vano,
Que nadie quiere revelarme , y callan
Pues por estar aun mas oculto , y que ella
No pueda descubrirme por las señas,
Dexé las alas , el aljiva y arco
Mas no por eso vengo desarmado,
Que aquesta que parece simple vara,
Es mi encendida hacha transformada,
Y toda espira llamas invisibles:
Tambien aqueste dardo , aunque no tiene
La punta de oro , es de divino temple,
Y do quiera que pica , amor imprime.
Hoy he de hacer una profunda herida
No menos incurable , al iduro pecho
De la mas cruda Ninfa , que en los campos
Siguió jamás el coro de Diana.

Será tan grande llaga la de Silvia
(Que este es el nombre de la Ninfa fiera)
Como una que yo hize, habrá algún tiempo,
Al tierno pecho del zagal Aminta,
Quando los dos de un modo pequeñuelos,
El por el campo á caza la seguia.
Y porque el golpe en ella mas encarne,
Esperaré que la piedad primero
Ablande el duro yelo, que apretado
Al rededor del corazon, le ha puesto
La honestidad y virginal decoro;
Y en el instante mismo que lo sienta
Algo mas tierno, lanzaréle el dardo.
Pues para executar comodamente
Mi empresa noble, ir quiero á entremeterme
Envuelto con la turba de pastores,
Que todos festejantes, coronados
Aquí se juntan ya, donde los dias
Solenes gastan en solaz y fiesta,
Y fingiré ser uno de su esquadra.
En este puesto, en este haré mi golpe,
Que no le puedan ver mortales ojos.
Hoy estas selvas en manera nueva
Se oirán hablar de amor: hoy ha de verse,
Que aquí presente mi Deidad asiste,
Ella en sí misma, y no en ministros suyos.
Inspiraré sentido noble y puro
A los rústicos pechos, y en sus lenguas
Pondré un estilo dulce y delicado,
Pues en qualquiera parte que yo asista
Soy Amor en efeto; en los pastores
No menos que en los héroes poderoso,

Y la desigualdad de los sujetos
 Como me place igualo : esta es la suma
 Gloria que alcanzo ; el gran milagro mío,
 Que suelo hacer las rústicas zampañas
 A la lira mas docta semejantes.
 Y si mi madre , que desdeña el verme
 Andar errando por agrestes bosques,
 Esta verdad no reconoce acaso;
 Ella es ciega , no yo , que falsamente
 Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

DAFNE Y SILVIA.

Dafne.

¿Querrás , Silvia , en efeto
 Sin los placeres de la hermosa Venus
 Pasar tus verdes y floridos años?
 ¿No oirás el dulce nombre
 De madre , ni verás los tiernos hijos
 Con apacible juego rodearte?
 Muda , muda de intento,
 Simplecilla de tí , que no te entiendes.

Silvia.

Siga otra los contentos amorosos,
 Si es que hay en el amor algun contento:
 Yo desta vida gusto , y mi deleyte
 Es atender al arco y la saeta.

Seguir la fiera fugitiva , y luego
Aterrar combatiendo la mas brava:
Y mientras no faltáren
Al bosque fieras , y á la aljava flechas,
A mí no temo que placeres falten.

Dafne.

Desabridos placeres
Por cierto , y vida en todo desabrida,
Que si agora te agrada,
Es por no haber probado otra ninguna.
Así la gente , que habitó primero
En el mundo , que aun era simple infante,
Tuvo por dulce , y buen mantenimiento
Agua y bellotas : ya bellotas y agua
Es manjar y bebida de animales,
Por ser puestas en uso uvas y trigo.
Tú por ventura si una vez gustases
Qualquier mínima parte del contento,
Que goza un corazon amante amado,
Dixeras suspirando arrepentida:
Todo el tiempo se pierde,
Que en amar no se gasta:
¡O mis pasados años!
¡Quántas prolixas noches,
Quántos silvestres solitarios dias
He consumido en vano,
Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos!
Muda , muda de intento,
Simplecilla de ti , que no te entiendes.

Silvia.

Quando yo arrepentida suspirando

Esas palabras diga,
Que tú finges, y adornas á tu gusto,
Acia sus fuentes volverán los rios,
Huirá el hambriento lobo del cordero,
El galgo de la liebre : amará el oso
El mar profundo , y el delfin los Alpes.

Dafne.

Conozco ya la juventud esquiya:
Así qual eres tú , tambien yo he sido,
Así tambien gocé de gentileza,
De rostro hermoso , y de cabello rubio:
Así tuve qual tú los labios rojos,
Y en mis llenas mejillas delicadas
Mezclada así con el jazmin la rosa.
Acuérdome, que solo era mi gusto
(¡ Qué simple gusto !) componer las redes,
Armar con liga la una y otra mata,
Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
Y acechar de las fieras en el bosque
La cueva y huellas : y si vez alguna
Era mirada de lascivo amante,
Volvia la vista rústica y salvaje
Al suelo con vergüenza desdeñosa,
Desplaciéndome entonces la hermosura
Tanto como á los otros agradaba;
Qual si fuera mi culpa ó mi deshonra
El ser vista , querida y deseada,
¿ Mas qué no puede el tiempo ? ¿ y qué no puede
Sirviendo , mereciendo y suplicando,
Hacer un importuno y fiel amante ?
Vencida fui , yo lo confieso , y fueron
Del vencedor las armas,

Humildad, y continuo sufrimiento,
 Llanto, suspiros, y piadosos ruegos.
 Mostróme en fin entonces
 La oscura sombra de una breve noche
 Lo que la luz de mil enteros días
 En largo tiempo no me habia mostrado.
 Reprehendime entonces de mi engaño,
 Y simple ceguedad, y suspirando
 Con voz alegre dije:
 Toma allá, Cintia, tu bocina y arco,
 Que desde aqui renuncie
 Tu aljaba, flechas, ejercicio y vida.
 Así tambien espero, que tu Aminta
 Llegue á domesticar en algun dia
 Esa tu condición rústica y dura,
 Y ablande en ese pecho
 El intratable corazon de acero.
 ¿No es un gentil mancebo? ¿no te quiere?
 ¿Acaso no es querido de otras Ninfas?
 ¿Te dexa á ti por el amor de alguna?
 O por el odio tuyo?
 ¿Pues en nobleza, acaso le aventajas?
 Si tú eres hija de Cidipe, y ésta
 Nació del Dios de nuestro noble rio,
 El de Silvano es hijo, cuyo padre
 Fué Pan, aquel gran Dios de los pastores.
 No es menos que tú bella (si te miras
 Al espejo tal vez de alguna fuente).
 La cándida Amarilis, y él desprecia
 Sus afables caricias,
 Y sigue tus desprecios, desdeñosos.
 Haz cuenta (y quiera el cielo que sea vana)

Que él, de ti desdenado, al fin procura
 Agradarse de aquella, que le adora:
 ¿Qué sentirás, me dirás? ¿con cuáles ojos
 Verás tu amante con ageno dueño,
 Y ya en agenos brazos
 Feliz y alegre estar de ti burlando?

Silvia.

Haga Aminta de sí lo que gustare,
 Y de su amor, que á mí me importa poco;
 Y como no sea mío,
 De quien quisiere sea;
 Mas no será, no le queriendo, mío,
 Y aunque él lo fuese, yo no sería suya.

Dafne.

¿De dónde nace tu aborrecimiento?

Silvia.

De su amor solamente.

Dafne.

Padre apacible de hijo riguroso:
 ¿Quando se vió del corderillo manso
 Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?
 O á mí, Silvia, me engañas, ó á ti mesma.

Silvia.

Aborrezto su amor, porque aborrece
 Su amor mi honestidad: y amélo en tanto,
 Que de mí quiso le que yo quería.

Dafne.

Tú quieres lo peor; y él te desea
 Lo que á sí mismo.

Silvia.

Tú, mi Dafne, calla,
 O habla de otra cosa, si pretendes

Que te responda.

Dafne.

¡Qué desapacible,
Qué soberbia rapaza! dime al menos,
¿Si otro alguno te amara,
Admitieras su amor desá manera?

Silvia.

De aquesta misma admitiré á qualquiera
Insidiador de mi virgíneo pecho,
Que tú llamas amante, y yo enemigo.

Dafne.

¿Juzgas por enemigo
Por ventura el carnero de la oveja?
¿El toro de la vaca?
¿Juzgas por enemigo
Al caro esposo de su tórtolilla?
¿Juzgas por tiempo acaso
De enemistad y enojo
La dulce primavera,
Que agora alegre y verde
Enseña á amar el mundo, y animales,
Los hombres y mugeres? ¿y no adviertes,
Cómo todas las cosas
En este tiempo están enamoradas
De un amor apacible y provechoso?
Mira allí aquel palomo
Con qué dulces arrullos y caricias
Besa á su compañera.
Oye aquel ruiñeñor de ramo en ramo
Cómo salta cantando, yo amo, yo amo.
Pues la culebra (si es que no lo sabes)
Dexa el veneno, y corre

Fervorosa al amante.

Siente de amor el tigre,

Ama el bravo león: tú sola fiera

Mas que las fieras todas,

Le niegas en tu pecho acogimiento.

¿Mas qué digo león, serpiente y tigre,

Que tienen sentimiento?

También aman los árboles y plantas.

Mirar puedes la vida con cuánto afecto,

Y con cuántos abrazos repetidos.

A su marido enlaza:

Ama un abeto al otro, el pino al pino,

El fresno al fresno, el sauce por el sauce,

Y una por otra haya arde y suspira,

Y si tuvieras tú de amor sentido,

Bien sus mudos suspiros entenderas.

¿Qué has de ser en efecto para menos

Que las plantas, huyendo ser amante?

Muda, muda de intento,

Simplecilla de ti, que no te entiendes.

Silvia.

Pues bien, quando á las plantas

Oyere los suspiros,

Digo que entonces quiero ser amante.

Dafne.

Tú recibes á burla mis consejos

Fieles, y así con mis palabras juegas.

¡O en amor sorda cuánto boba y necia!

Mas anda, vendrá tiempo en que de veras

De no haberlos seguido te arrepientas.

Y no te digo cuándo irás huyendo

Las fuentes, donde agora te deleytas,
Quándo huirás las fuentes por el miedo
De verte ya tan arrugada y fea:
Bien que esto te avendrá, mas no te anuncio
Esto solo, que aunque es tan grave daño,
Es daño al fin común: ¿no se te acuerda
Lo que Elpino, contaba el otro día,
El sabio Elpino á su Licori hermosa?
¿La que en Elpino puede con los ojos
Lo que él debiera en ella con el canto,
Quándo el deber en el amor se hallára?
Pues lo contaba oyendo Bato y Tirsi,
De amor grandes maestros, en la cueva
De la Aurora, do encima de la puerta
Escrito está: Lejos de aqui profanos.
El dixo (y dixo, que se lo habia dicho
Aquel de ingenio grande,
Que cantó los amores y las armas,
Cuya zampoña le dexó muriendo)
Que hay una oscura cueva en el infierno
Allá donde los hornos de Aqueronte
Exhalan negro humo abominable,
Y que en aquesta con tormento eterno
De llanto y de tinieblas espantosas
Son castigadas merecidamente
Las mugeres ingratas y rebeldes.
Aguarda pues, que alli se te apareje
Alvergue á tu fiereza, y será justo,
Que saque el humo llanto de unos ojos
Do la piedad jamás pudo sacarlo:
Sigue, sigue tu estilo,
Desconocida Ninfa y obstinada.

Silvia.

¿Y qué le respondió Licori entonces
A tales cosas?

Dafne.

Tú del propio hecho
Nada cuidas, é inquietes los ajenos.
Con los ojos le dió respuesta.

Silvia.

¿Cómo
Responder pudo con los ojos solos?

Dafne.

Ellos á Elpino vueltos respondieron
Con una dulce risa: tuyos somos,
Y el mismo corazon de la que miras,
Ni mas debes pedirle,
Ni mas te puede dar: y esto bastára.
Por muy cumplido premio al casto amante,
Quando él aquellos ojos
Juzgára verdaderos como bellos,
Y entera fe les diera.

Silvia.

¿Y por qué no los cree?

Dafne.

¿Luego no sabes
Lo que Tirsi escribió, quando perdido
Sin seso, ardiendo anduvo por los campos
De tal manera, que á la par movia
Piedad y risa en Ninfas y pastores?
No fué lo que escribió digno de risa,
Si bien sus hechos, como ves, lo fueron:
El escribió mil troncos, y con ellos
Creció la letra juntamente y versos,

Donde me acuerdo haber así leído:
 Falsas dumbres, espejos engañosos
 Del triste corazón, bien os conozco,
 Y los engaños vuestros; ¿mas qué importa,
 Si Amor impide, que de vos me apaste?

Silvia.

Yo estoy perdiendo el tiempo aquí en palabras,
 Sin acordarme, que es el día prescrito,
 Que habemos de ir á la ordenada caza
 Del encinal. Si te parece, Dafne,
 Me espera en tanto que en la fuente lavo
 El polvo, de que estoy toda cubierta:
 Desde ayer, por seguir un presto gamo,
 Que al fin pude matar.

Dafne.

Esperaréte,

Y aun yo quizá me bañaré contigo:
 Mas quiero ir antes á mi casería,
 Pues hasta agora no parece tarde:
 Espérame en la tuya iré á buscarte,
 Y en tanto piensa tú lo que te importa
 Mas que la fuente y caza; y si no sabes,
 Cree que no sabes, y á los sabios cree.

SCENA II.

AMINTA Y TIRSI.

Aminta.

He visto al llanto mio
 El mar, las piedras responder piadosas,
 Y suspirar las hojas

He visto al llanto mio:
 Mas no he visto jamás, ni ver espero
 Compadecerse mi enemiga bella;
 (Que no sé si muger la nombre, ó fiera)
 Pero ya niega ser muger humana
 La que piedad me niega,
 No habiéndola negado
 Hasta la dura inanimada piedra.

Tirsi.

Pace el cordero la menuda yerba,
 Y el lobo se alimenta del cordero;
 Mas el amor de lágrimas se ceba,
 Y sin jamás mostrarse satisfecho.

Aminta.

Ay triste, que el amor bien satisfecho
 Está ya de mi llanto; solo tiene
 Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre
 Él y mi ingrata con los ojos beban.

Tirsi.

Ay Aminta infeliz, ¿qué devaneas?
 ¿Qué estás diciendo? esfuérzate y conforta,
 Que otra Ninfa hallarás, si te desprecia
 Esta cruel.

Aminta.

¿Cómo podré hallar otra?
 Si hallarme á mí no puedo, y si yo mismo
 Me perdí, ¿qué ganancia
 Adquiriré jamás que me contente?

Tirsi.

O mísero zagal, no desesperes,
 Que adquirirás la misma que desees.
 Sabe, que el tiempo largo enseña al hombre

Poner freno al leon y tigre hircana.

Aminta.

Sí, pero el desdichado

No puede largo tiempo

Sostener la tardanza de su muerte.

Tirsi.

Será breve tardanza, porque en breve

Se enojan las mugeres, y se aplacan,

A quien naturaleza hizo mudables

Mas que la hoja al viento, y que la punta

De blandá espiga. Pero yo te ruego,

Que de lo oculto de tu triste estado

Me des noticia; que si bien me has dicho

Diversas veces, que de veras amas,

La causa de tu amor siempre callaste:

Y mi fiel amistad pienso merece,

Con el común estudio de las Musas,

Que me descubras lo que á todos zelas.

Aminta.

Tirsi, yo soy contento de decirte

Lo que las selvas, montes, y los rios

Ya saben, y los hombres no lo saben,

Porque ya estoy tan cerca de mi muerte,

Que me importa dexar quien manifieste

De mi morir la causa, y que la imprima

En la corteza de una haya infausta,

Junto al lugar do yacerá mi suevo:

Donde tal vez pasando aquella ingrata,

Huelgue pisar los infelices huesos

Con el soberbio pie, y entre sí diga

Este es mi triunfo: y de mirar se alegre,

Que ya es patente su vitoria á todos.

Los pastores vecinos y extranjeros,
 Que allí traiga la suerte ; y ser podría
 (Mas mucho espero) se llegase un día,
 Que ella , aunque tarde , de piedad movida,
 Llorase muerto al que quitó la vida.
 Mas oye agora.

Tirsi.

Di , que bien te escucho,
 Quizá con mejor fin , que tú no piensas.

Aminta.

Siendo yo zagalejo,
 Tanto que apenas con la tierna mano
 Podia alcanzar de las primeras ramas
 En los pequeños árboles el fruto,
 Tuve pura amistad con una Ninfa
 La mas amable y bella,
 Que al viento dió jamás sus hebras de oro:
 Bien conoces la hija de Cidipe,
 Y del rico Montano , Silvia cara,
 Honor de nuestras selvas,
 Y ardor de nuestras almas , desta digo:
 Viví con ésta un tiempo tan unido,
 Que entre dos tortolillas mas conforme
 Fidelidad ni se verá , ni ha visto:
 Eran nuestros alvergues
 Bien juntos , pero mas los corazones:
 Conformes las edades,
 Pero los pensamientos mas conformes:
 Con ella muchas veces
 Tendí la red á páxaros y á peces,
 Seguí con ella el ciervo , el veloz gamo,
 Y era común la caza y el contento.

Mas mientras de animales, hacia presa,
 Sin saber cómo, fui yo mismo preso:
 Poco á poco nació en el pecho mio
 No sé de qué raíz (como la yerba,
 Que suele por sí misma ella nacerse)
 Un incógnito afecto,
 Que mi deseo movia
 A ver siempre delante
 Mi compañera Silvia,
 Y de sus bellos ojos
 Solia gustar una dulzura extraña,
 Que al fin dexaba un no sé, qué de amargo;
 Mil veces suspiraba, y no sabia
 Quál fuese la ocasion de mis suspiros.
 De manera, que fui primero amante,
 Que al Amor conociese: vine al cabo
 Bien á entenderlo; mas el modo escucha,
 Y nota cómo fué.

Tirsi.

Debe notarse.

Aminia.

De un álamo á la sombra Silvia y Filis,
 Y yo junto con ellas,
 Huyendo el sol, estabamos un dia,
 Quando una abeja, que ligera andaba
 Su miel cogiendo en los floridos prados,
 Á Filis fué volando,
 Y en la mexilla hermosa,
 Mas fresca, y mas rosada que la rosa,
 Á nuestros ojos le picó atrevida:
 (Quizá engañada con la semejanza
 Creyó que fuese flor) entonces Filis

Como impaciente comenzó á quejarse
 De la aguda picada;
 Pero mi bella Silvia dixo, calla,
 Calla, no te lantes, Filis mia,
 Que con palabras, que yo se de encanto,
 Te quitaré el dolor; este secreto
 Supe de Aresia Maga, y le di en trueco
 Mi cuerno de marfil y engaste de oro.
 Esto diciendo, acercó los labios
 De aquella dulce boca á la mejilla
 Herida, y blandamente murmurando
 Dijo no sé qué versos, y al momento
 (Maravilloso efecto) sintió Filis
 Quitársele el dolor; ó fué la fuerza,
 Y virtud de las mágicas palabras,
 Ó como yo presumo,
 La virtud de la boca,
 Que sana lo que toca,
 Pues yo que hasta entonces
 Otra ninguna cosa deseaba
 Que la agradable lumbre de sus ojos,
 Y sus palabras dulces, mas suaves
 Que el lento murmurar de un arroyuelo,
 Que rompe el curso entre menudas guijas,
 Y el resonar de Céfito en las hojas,
 Entonces me encendió nuevo deseo
 De juntar á los suyos estos labios:
 Y con mayor astucia, y mas aviso,
 Que nunca había tenido (mira cuánto
 El amor sutaliza nuestro ingenio)
 Se me ofreció un engaño, con que en breve
 Llegar pudiese á conseguir mi intento.

Y fué de esta manera , que fingiendo
Me habia picado otra molesta abeja
El labio baxo , comencé á quejarme,
De suerte , que el remedio que la lengua
No demandaba , el rostro le pedia.
La simplecilla Silvia
Piadosa de mi mal , se ofreció luego
Con el remedio á la engañosa herida,
Y hizo (¡ay triste!) mucho mas crecida,
Y mas mortal mi herida verdadera,
Quando llegó sus labios á los míos.
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,
Como yo entonces de sus frescas rosas,
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba á humedecerlas,
Se abstuvo de temor y de vergüenza,
Siendo mas lento , y menos atrevido.
Mas mientras descendia
Al corazon la gran dulzura , mista
De un secreto veneno;
Tanto regalo deste bien sentia,
Que fingiendo no haberseme del todo
Pasado aquel dolor , hice de suento,
Que ella mas veces repitió el encanto.
De allí adelante de manera anduvo
Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
Que como ya en el pecho no cupiesen,
Por fuerza hubieron de salir : y un dia,
Que en cerco se sentaban muchas Ninfas,
Y Pastores , haciendo un juego nuestro,
Que cada uno por orden le decia,

En la ojea un secreto, al mas vecino;
 Le dixe á Silvia : yo por ti me abraso,
 Y moriré, si tú no me remedias.
 Á estas palabras inclinó su rostro,
 Y de improviso le tiñó de roxo,
 Dando señales de vergüenza y rabia.
 No tuve otra respuesta, que un silencio
 Mudo, turbado, y lleno de amenazas:
 Quitóse de allí luego, y nunca quiso
 Mas hablarme, ni verme. Y ya tres veces
 Ha el segador cortado las espigas,
 Y tantas el invierno ha despojado
 Los verdes bosques de sus frescas hojas,
 Y todos los caminos he tentado
 Por aplacarla, fuera de la muerte.
 Morir me falta en fin por aplazarla,
 Y moriré en buen hora, como entienda,
 Que he de causarle sentimiento ó gozo:
 Ni sé cuál quiera mas destas dos cosas,
 Bien fuera la piedad mas rico premio
 De mi fé verdadera,
 Y mayor recompensa de mi muerte;
 Mas no debo querer cosa que turbe
 La luz serena de sus ojos bellos,
 Ni qué moleste aquel hermoso pecho.

Tirsi.

¿Es posible que Silvia, si te oyese
 Palabras semejantes, no te amase?

Aminta.

No lo sé, ni lo creo,
 Mas huye mis palabras,
 Qual aspid el encanto.

Tirsi.

Pues confía,
Que el corazón me dice,
Que he de ser poderoso á que te esquece.

Aminta.
O nada alcanzarás, ó quando alcances
Al fin, que esto te hablo,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

Tirsi.
¿Por qué así desesperas?

Aminta.
Desespero
Con justa causa, porque el sabio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte,
Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las yerbas, y las fuentes.

Tirsi.
¿De qué Mopso me dices, del que tiene
En la lengua melosas palabras,
Un amigable término en los labios,
Y engaños y traiciones en el pecho?
Ora está de buen ánimo, que todos
Los pronósticos suyos infelices,
Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamás tienen efecto;
Y de experiencia sé lo que te digo:
Antes por esto solo, que él te anuncia,
Me atrevo á asegurarte un fin dichoso
En tus amores.

Aminta.
Pues si acabas cosa
Que aliente mi esperanza, no la calles.

Tierra

Dirétela en buen hora : á los principios,
 Que me trajo la suerte en estos bosques;
 Ese hombre conocí, del qual juzgaba
 Lo que tú juzgas : una vez , en tanto,
 Me vino gusto de ir donde su asiento.
 Tiene la gran Ciudad cerca del rio;
 Y primero , tratándolo con este,
 Me dixo así : tú irás á la gran tierra,
 Donde el astuto vulgo , y cortesanos
 Soberbios é insolentes , muchas veces
 Hacen pesadas burlas de nosotros,
 Como de gente rústica y salvaje;
 Así , vé sobre aviso , no te acerques
 Mucho á las sedas de color , ni al oro,
 Nuevos trages , divisas , ni penachos;
 Y sobre todo guárdate no veas,
 Por mala suerte , ó juvenil desdén,
 La casa de los chismes y las charlas:
 Huye aquel encantado alojamiento.
 ¿ Qué puesto es ese ? pregunté ; y él dixo:
 Aquí habitan las magas , que encantando
 Hacen que se trasoyga , y se trasvea
 Lo que parece de diamante y oro;
 Es vidrio y cobre : aquellas ricas arcas,
 Que juzgarás muy llenas de tesoro,
 Espuertas son de viles trastos llenas;
 Aquí están las paredes con grande arte,
 Que hablan y responden al que habla,
 Y no responden la palabra escasa,
 Qual eco suele por las selvas nuestras;
 Mas la replican toda entera , entera.

Y aun aumentada de lo que otro dice:
Hasta las sillas, mesas, y las bancas,
Los escaños, las camas, las cortinas,
Y el mas adorno de la casa, todos
Tienen su lengua y voz, y siempre gritan:
Las charlas, en figura de rapazas,
Andan triscando, que si entrase un mudo,
Un mudo á su despecho charlaría.
Mas este es, hijo, el mas ligero dafio
Que te avendrá: tú puedes transformado
Quedar en sauce, en fiera, en agua, ó fuego,
Agua de llanto, y fuego de suspiros.
Así me dixo, y yo me fui con este
Pronóstico infeliz á mi Ferrara;
Y como quiso Dios benigno, áento
Un dia, pasé por el feliz alvergue,
De donde dulces y canoras voces
Salian de Cíñes, Ninfas y Sirenas:
De Sirenas celestes, y salia
Un blando, y elare son, con tal dulzura,
Que atónito, gozando y admirando,
Embebecido me paré un gran rato.
Estaba encima de la puerta un hombre
De semblante magnánimo y robusto,
Como por guarda de tan gran belleza,
Del qual, según pude entender, se duda
Si es mejor Capitan, que Caballero:
El, con afable y grave cortesía,
Siendo un ilustre Principe, yo humilde
Baxó Pastor, me convidó á que entrase.
¡Ó lo que vi! ¡lo que sentí yo entences!
Yo ví celestes Dioses, Ninfas bellas,

Nuevas lumbres purísimas, y Orfeos,
 Y otros hallé también sin velo, ó nube:
 La Aurora ví, qual suele aparecerse
 Ante los inmortales, esparciendo
 Sus rayos de oro, y su rocío de plata:
 Ví fecundando relucir en torno
 Á Febo, y á las Musas, y acogido
 Elpino entre estas; y en aquel instante
 Sentí más grande hacerme de mí mismo,
 Lleno de graa virtud, lleno de nueva
 Deidad: luego cantando héroes, y guerras,
 Desdigné el pastoril rústico verso.
 Y aunque después por gusto ageno vine
 Otra vez á las selvas, no por eso
 Dexé de sostener alguna parte
 De aquel altivo espíritu: no suena
 Yá mi zampoña humilde qual solia,
 Sino con voz mas alta y mas sonora,
 Émula de la trompa, hinche las selvas.
 Después oyóme Mopso, y con malvada
 Vista mirando, me aojó, que ronco
 Vine á quedar, de que callé gran tiempo:
 Pensaban los Pastores, que me hubiese
 El lobo visto, y era Mopso el lobo.
 Esto te he dicho, porque entiendas cuánto
 Crédito debe darse á lo que dice:
 Tú, Aminta, puedes esperar sin duda,
 Por solo que este quiere, que no esperes.

Aminta.

Mucho me alegra todo lo que cuentas:
 A ti el cuidado, Tirsi, te remito
 Desta mi vida.

Tirsi.

Yo tendré el cuidado,
Y tú me espera aquí dentro de un ora.

CORO DE PASTORES.

¡Ó bella edad del oro venturosa!
No porque miel el bosque destilaba,
Y de las fuentes leche se vertia;
No porque dió sus frutos abundosa;
La tierra, que al arado no tocaba,
Ni venenosa sierpe consentia;
No porque relucia
Sin tristes nubes el sereno cielo,
Y siempre era templada primavera,
Que ya no persevera;
Mas la destemplan el calor y el yelo,
Ni llevó nave á la estrangera tierra
La vil codicia, ó la sangrienta guerra.

Mas solo porque entonces este vano,
Vano y fingido hombre sin sugeto,
Este ídolo de errores engañoso,
A quien la urbanidad y el vulgo insano
Llamó despues honor, y es en efeto
De la naturaleza opuesto odioso;
No mezcló malicioso
Su afan en los dulcísimos amores,
Ni de su dura ley tan importuna
Tuvo noticia alguna
Aquella libre esquadra de amadores;
Mas de una natural, que consentia
Fuese lícito aquello que placia.

Entonces por el agua y por las flores
 Iban con dulces bayles rezoando
 Los Cupidillos sin aljava ó lazo,
 Sentábanse las Ninfas y Pastores:
 Caricias mil al razonar mezclando,
 Y á las caricias uno y otro abrazo:
 De velo, ni embarazo
 Jamás cubrió sus rosas encarnadas
 La pastórcilla, ni la puta frente,
 Desnudo juntamente
 Su blanco pecho y pomas delicadas;
 Y á menudo en el agua detenida,
 Triscar se vió el amante y su querida.

Tú, honor, fuiste el primero que negaste
 La fuente de delaytes tan copiosa,
 Y á la sed amorosa la escondiste:
 Tú á los hermosos ojos enseñaste
 A encubrir en sí mismos, temerosa
 La viva luz, que en su belleza asiste:
 Tú en redes recogiste
 Las hebras de oro, que teataba el viento,
 Y tú pusiste el ademan esquivo.
 Al proceder lascivo,
 Freño á la lengua, y arte al movimiento:
 Efecto (ó vil honor) es solo tuyo,
 Que el don de amor se llame hurto suyo.

Y suelen ser tus célebres hazañas
 Las penas del que oprimes á tus leyes.
 Mas tú, señor de la naturaleza,
 Y del amor, tú que sujetas Reyes,
 ¿Qué pretendes oculto entre cabañas,
 Dónde caber no puede tu grandeza?

Allá con la nobleza
Vete á turbar el sueño al proeminente,
Dexa sin ti nuestros humildes pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos, que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.
Amemos, que el sol muere, y luego nace:
A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del día,
Y el sueño eterna noche nos envia.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

SATIRO.

Es pequeña la abeja por extremo,
Y con sus breves armas, quando pica,
Hace molesta y grave la herida:
¿Mas qué cosa tan breve y tan pequeña
Como el amor! que en todo breve espacio
Entra y se esconde, ya en la sombra escasa
De unas pestañas; ya entre las primeras
Sutiles hebras de un cabello rubio;
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima le vemos
Hacer mortales incurables llagas.
Triste de mí, que es todo llaga y sangre
Mi corazon y entrañas; y mil dardos
Puso el Amor en los ayrados ojos

De Silvia. Crudo Amor, ingrata Silvia,
Mas cruda y mas ingrata, que las selvas;
¡O cómo te compete el nombre, y cómo!
Quien tal nombre te puso, lo entendió!
La selva encubre al oso, tigre, y sierpe;
En su arboleda verde; y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y odio;
Fieras mayores, que oso, tigre y sierpe;
Que aquellas suelen aplacarse, y estas
No se aplacan por dádivas, ni ruegos.
Tú, quando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro mas hermosas flores:
Pues si te traigo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás mas bellas:
Quando te ofrezco los panales dulces,
Altiya los ultrajas, por ventura
Por ser mas dulce miel, la de tus labios...
Mas si, no puede darte mi pobreza...
Cosa, que no haya en ti mas dulce y bella,
A mí mismo te doy: ¿por qué desprecias
Y aborreces el don que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, quando callado viento,
Sus claras ondas serenaba un dia.
Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho,
Y vedijados muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo:
¿Qué piensas tú hacer destos donceles,

Apenas florecido el blando bozo
En sus mexillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mugeres son aquestos en semblante,
Y en obras: dile á alguno, que te siga
Por selva y monte, y que por ti combata
Contra el valiente javalí y el oso.
No soy pues malo yo, ni tú me dexas
Por la forma que tengo, sino solo
Por mi pobreza: en fin las caserías
Siguen de las ciudades el exemplo:
Sin duda alguna el siglo de oro es este,
Pues solo vence el oro, y reyna el oro.
¡Ó tú quien fuiste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos frios,
Y no alcancen jamas pastor ó Ninfa,
Que pasando les diga; hayais descanso;
Mas los bañe la lluvia, y mueva el viento,
Y con inmundado pie todo ganado
Los huelle; tú primero envileciste
La nobleza de amor, y su dulzura
Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, amor siervo del oro
Es el monstruo mas vil y abominable,
Que el mar y tierra engendran y producen.
¿Mas para qué me quejo al ayre en vano?
Usa las armas cada qual; que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa:
Usa los pies el ciervo, el leon las garras,
El javalí el colmillo; así son armas
De la muger, beldad y gentileza.

¿Pues cómo yo al presente no me valgo
 De mi ferocidad para defensa
 De mi salud, pues la naturaleza
 Apto me hizo á la violencia y robo?
 Yo me quiero robar lo que me niega
 Esta enemiga, y al amor ingrata.
 Pues como agora me contó un cabrero,
 Que sabe sus costumbres, ella suele
 Refrescarse á menudo en una fuente,
 Y me enseñó el lugar: píeaso esconderme
 En él entre los céspedes y ramas,
 Aguardando á que venga; y como vea
 Buena ocasion, me arrojaré tras ella.
 ¿Qué puede contrastar una mozuela
 Con la debil carrera, ó con los brazos
 Contra mí, tan ligero y poderoso?
 Llore, suspire, oponga toda fuerza
 De piedad ó hermosura; que si puedo
 Revolver esta mano á su cabello,
 De allí no irá, sin que primero tiffa
 Por venganza mis armas de su sangre.

SCENA II.

DAFNE Y TIRSI.

Dafne.

Como te dixe, Tirsi, ya yo via,
 Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
 Como le he hecho siempre buen oficio,
 Y agora con mas gusto he de hacerle,
 Porque los ruegos tuyos intervienen.

Mas antes me atreviera , te prometo,
 Á domar un novillo , un tigre , un oso,
 Que una rapaza destas simple y boba,
 Tan boba , como bella ; que no advierta
 Quán ardientes y agudas son las armas
 De su belleza , y con el llanto y risa
 Á muchos mate , y del herir no entienda.

Tirsi.

¿Qué muger hay tan simple, que en saliendo
 De las mantillas , ya no aprenda el arte
 De contentar , y parecer hermosa,
 De matar agradando , y saber quáles
 Armas pueden herir , y quáles matan,
 Y quáles dan salud , y resucitan?

Dafne.

¿Quién es maestro de tan grandes artes?

Tirsi.

Tú finges , y me tientas : el que enseña
 El canto y vuelo á las ligeras aves,
 El nadar á los peces , el encuentro
 A los carneros , á los bravos toros
 Usar del cuerno , y al pabon soberbio
 Tender la pompa de bizarras plumas.

Dafne.

¿Qué es el nombre suyo?

Tirsi.

El nombre es Dafne.

Dafne.

¡O falsa lengua!

Tirsi.

¿Luego tú no bastas
 A dar á mil discípulas escuela?

Aunque á decir verdad, bien poca falta
 Les hace otro maestro: su maestra
 Es la naturaleza, y á las veces
 También la madre y ama alcanzan parte.

Dafne.

Tú eres en suma malicioso, Tirsi:
 Pues yo te sé decir, que no resuelvo,
 Si es ya tan boba Silvia, y tan sencilla,
 Como en sus hechos y palabras muestra;
 Ví ayer cierta señal, y esta me puso
 En mucha dáda: yo la hallé cercana
 A la ciudad, donde sus anchos prados
 Tienen entre lagunas una isleta
 Con un estanque transparente y limpio; Y
 Allí la ví, toda pendiente el cuerpo,
 De suerte, que mostraba deleitarse
 De mirar á sí mesma, y le pedia
 Consejo al agua, cómo dispondría
 Por cima de la frente su cabello,
 Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
 Diversas flores, que tenía en la falda:
 De allí sacaba la azucena y rosa,
 Y la llegaba á su purpúreo rostro,
 Y á su cándido cuello, cotejando
 Las colores, y luego muy ufana
 De la vitoria, un tanto se reía,
 Como diciendo: yo en efeto os venzo,
 No os traigo aquí por ornamento mio,
 Mas solo os traigo por vergüenza vuestra; O;
 Y por mostrar, que os llevo gran ventaja.
 Mas mientras se adornaba y componia,
 Volvió los ojos bien acaso, y viendo

Como yo la miraba, de vergüenza
 Se alzó del suelo, y derramó las flores,
 Quanto mas yo de verla me reia,
 Mas ella de mi risa se encendia:
 Y porque estaba descompuesto en parte
 Su cabello, y en parte recogido,
 Dos, ó tres veces revolvió los ojos
 Acia la fuente, consejera á hurto,
 Como temiendo ser de mí entendida:
 Miróse descompuesta, mas con todo,
 Se satisfizo, que se vió muy bella,
 Si descompuesta: yo entendílo todo,
 Pero callé.

Tirsi.

Tú me refieres, Dafne,
 Lo que he pensado siempre: ¿no lo dixes?

Dafne.

Bien lo dixiste; mas á todos oigo,
 Que no fueron las Ninfas y Pastoras
 Tan entendidas antes, ni yo tuve
 Tal juventud: el mundo se envejece,
 Y en la vejez se aumenta su malicia.

Tirsi.

Quizá entonces no usaban tantas veces
 Los ciudadanos ver el campo y selvas,
 Ni tantas veces nuestras zagalejas
 Entrar en la ciudad: ya están mezclados
 Linages y costumbres. Mas dexando
 Agora estos discursos; ¿no harías
 Por conformar á Silvia en que le hablase
 Aminta solo, ó tú delante, un día?

Dafne.

No sé: Silvia es esquivá por extremo.

Tirsi.

Y Aminta por extremo comedido.

Dafne.

Pues no hará nada comedido amante.

Tú le aconseja, que á otra cosa atienda,

Si es de ese humor. El que saber quisiere

De amar, dexe respetos, ose y pida,

Solicite, importune; y si no basta,

Tome lo que pudiere: ¿tú no sabes

De la muger la condicion precisa?

Huye, y huyendo, quiere que la alcancen;

Niega, y negando, quiere que la apremien:

Lucha, y luchando, quiere que la venzan.

Ya sabes, Tirsi; que da ti me fio,

Porque en silencio guardes lo que digo.

Tirsi.

No hay ocasion por qué de mí sospeches,

Que jamas diga cosa, que te ofenda:

Mas ruegote, mi Dafne, por la dulce

Memoria de tus años juveniles,

Me favorezcas, ayudando á Aminta

Misero, que perece.

Dafne.

¡Qué conjuro

Tan gentil ha buscado este inocente!

La juventud me trae á la memoria:

El bien pasado es el presente enojo.

¿Pues qué dices que haga?

Tirsi.

No te falta

Ingenio , ni consejo ; basta solo,
Que á querer te dispongas.

Dafne.

Ora sabe,
Que vamos Silvia y yo , dentro de un rato,
A la fuente , que llaman de Diana,
Allá , donde aquel plátano da sombra
Al agua dulce , y al lugar convida
Las Ninfas cazadoras ; en aqueste
Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

Tirsi.

Pues bien.

Dafne.

¿Cómo pues bien ? ¿qué mal entiendes !
Si en ti cabe discurso , eso te basta.

Tirsi.

Ya entiendo ; mas no sé si ha de atreverse
El á tanto.

Dafne.

Pues si él no ha de atreverse,
Estése así , y aguarde á que lo busquen.

Tirsi.

El es por cierto tal , que lo merece.

Dafne.

¿Pero nosotros no hablaremos algo
De ti mismo ? ¿Dí , Tirsi , tú no quieres
Enamorarte ? pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,
Y ayer te conocimos bien criatura:
¿Has de vivir ocioso y sin contento ?
Que solo sabe de placer el que ama.

Tirsi.

No desecha de Venus los placeres
 Quien se retira del Amor; mas goza
 El dulce del Amor sin el amargo.

Dafne.

Es desabrido dulce al que le falta
 Mezcla de algún amargo, y luego cansa.

Tirsi.

Mas vale pues hartarse,
 Que estar siempre hambriento.

Dafne.

No ya con el manjar que se posee;
 Y quanto mas se gusta, mas agrada.

Tirsi.

¿Quién es tan poseedor de lo que gusta,
 Que á todas horas pueda
 Hallarlo expuesto á su apetito y hambre?

Dafne.

¿Mas quién halló jamas lo que no busca?

Tirsi.

Es peligro buscar lo que adquirido,
 Causa breve contento,
 Y no adquirido, mucho mas tormento.
 Hasta que llantos y suspiros falten
 En el amor y su tirano reyno,
 Tirsi no ha de volver á ser amante:
 Ya basta lo que tengo padecido,
 Otro fiel amador hará su parte.

Dafne.

Mas no tienes gozado lo que basta.

Tirsi.

Ni gozarlo deseo,

Si tan caro se compra.

Dafne. Amar-te será fuerza, si no gusto en mi

Tirsi. No me pueden forzar, estando lejos.

Dafne. ¿Quién está lejos del Amor?

Tirsi. Quien huye.

Dafne.

¿Y qué importa que huyas de sus alas?

Tirsi. Tiene al nacer Amor las alas cortas,

Que apenas le sustentan;

Y así no las estienda á todo vuelo.

Dafne. Pues no conoce el hombre quando nace,

Y quando lo conoce, es grande y antea.

Tirsi. No, si otra vez no ha visto cómo nace.

Dafne.

Ora veremos si tus ojos huyen,

Como dices: y luego te protesto

(Ya que presumes tanto de ligero)

Que quando te veré pedirme ayuda,

No moveré por ayudarte un paso,

Un solo dedo, una pestaña sola.

Tirsi.

Bravo rigor, ¿qué me podrás ver muerto?

Pues, Dafne amiga, si pretendes que ame,

Quíereme tú, y estamos concertados.

Dafne.

Tú me burlas en fin, y por ventura
No me mereces por amante: ¡ay! cuántos
Engaña un rostro colorado y liso!

Tirsi.

No burlo á fé; mas antes me parece,
Que con esa protesta me desechas,
Qual hacen todas; ¿pero qué remedio?
Viviré sin amor, si no me quieres.

Dafne.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive, y
Que en ocio tal siempre el amor se engendra,

Tirsi.

O Dafne, en esta ociosidad me ha puesto,
El que en las selvas como á Dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar, por las campiñas
Estendidas y alegres y fecundas,
Y las alpestres cumbres de Apenino:
El dixo así, quando me hizo suyo:
Tirsi, auyenten otros los ladrones,
Y los lobos, guardando mis rebaños:
Reparta otro los premios y las penas
Á mis ministros: otros apacienten
Mis ganados: en fin otro conserve
La lana y leche, y otro la despenda;
Agora canta tú, que estás ocioso.
Así será razon, que no le burle
Con mundanos amores, sino cante
Los abuelos de aqueste verdadero
(No sé si Apolo ó Júpiter lo llame,
Que á ambos parece en el aspecto y obras.)

Abuelos de mayor merecimiento,
 Que el gran Saturno y Celeste Agreste Musa
 A mérito real; mas no por eso
 Que suene clara ó rónca, la desprecia.
 De su mismo sugeto nada canto,
 Porque no puedo dignamente honrarlo,
 Sino con el silencio y reverencia:
 Mas no faltan jamás en sus altares
 Las flores de primavera, ni los fuegos
 De inciensos olorosos y suaves,
 Ni faltará en mi pecho esta devota,
 Y pura religion, hasta que vea
 Pacer el ayre por el ayre el ciervo,
 Y que mudado el curso de los rios,
 Beba la Sona el Persa; el Franco el Tigris.

Dafne.

Tú vas muy alto; ora descende un poco
 Al propósito nuestro.

Tirsi.

El punto es este,
 Que en estando en la fuente tú con Silvia,
 Procures ablandarla, y yo entretanto
 Procuraré que Aminta vaya; y pienso,
 Que no es menos difícil que la tuya
 Mi diligencia. Ve en buen hora.

Dafne.

Voyme,
 Pero nuestro propósito no era ese.

Tirsi.

Si bien diviso desde aquí su rostro,
 Allí parece Aminta, él es sin duda.

S C E N A I I I

Aminta.

Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa;
 Porque si nada ha hecho,
 Antes de consumirme, he de matarme
 Ante los ojos mismos de la ingrata;
 Que pues, le agrada tanto,
 Desté mi corazon la viva llaga
 Agudo golpe de sus ojos bellos;
 Tambien debe agradarle
 La llaga de mi pecho,
 Golpe furioso de mis propias manos.

Tirsi.
 Nuevas te traigo, Aminta, de consuelo;
 Bien puedes ya dexar tanto lamento.

Aminta.
 Ay Tirsi, ¿qué me dices?
 ¿Traes la vida ó la muerte?

Tirsi.
 Traigo salud y vida, si te atreves
 A acometerlas; pero ve dispuesto
 A ser un hombre, Aminta,
 A ser un hombre de ánimo resuelto.

Aminta.
 ¿Cómo, y con quién el animo me importa?

Tirsi.
 Si estuviere tu Ninfa en una selva,
 Que cercada de altísimos peñascos,

Diese alvergue á los tigres y leones,
¿Fuera allá?

Aminta.

Fuera seguro y pronto,
Mas que en la fiesta zagaleja al bayle;

Tirsi.

Y si estuviese entre hadas y armas,
¿Fuera allá?

Aminta.

Fuera resuelto y pronto,
Mas que á la fuente el ciervo caluroso.

Tirsi.

Mayor empresa importa que acometas.

Aminta.

Iré por medio el rápido torrente,
Quando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita: iré por medio
Del vivo fuego, y al infierno mismo;
Quando en él estuviese si ser puede
Infierno donde será cosa tan bella.

Descubre, acaba, lo que pasas.

Tirsi.

Escucha: en una fuente
Silvia te espera agora desnuda y sola;
¿Irás allá?

Aminta.

¿Qué dices?
¿Silvia me espera á mí, desnuda y sola?

Tirsi.

Sola con Dafne, que es de nuestra parte,

Aminta.

¿Y desnuda me espera?

Desnuda digo : mas...

Aminia.

¿Qué mas, Tirsi? tú callas, tú me mientes.

Tirsi.

Mas no sabe, que has de ir allá.

Aminia.

Terrible,

Y fiera conclusion, que ya en veneno

La dulzura pasada me convierte.

Cruel, ¿con qué estudio me atormentas?

¿Tan poco desdichado te parece?

Que aumentar quieres la miseria mia?

Tirsi.

Haz tú mi parecer, serás dichoso.

Aminia.

¿Qué me aconsejas?

Tirsi.

Que pasar no dexes

La dicha que te ofrece la fortuna.

Aminia.

Dios no permita, que jamás yo intente

Cosa que la disguste; ni yo supe

Hacer cosa jamás contra su gusto,

Sino es amarla : y el amarla es fuerza,

Fuerza de su hermosura, y no mi culpa.

Así no se verá, que en quanto pueda

No procure agradarla.

Tirsi.

Ora responde:

¿Si potestad tuvieras

Para dexar de amarla, ¿no es cierto en el fin?
Dexárasla de amar, por agradarla?

Aminta.

Ni tal cosa consiente Amor que diga,
Ni que imagine: ver en tiempo alguno
El dexarla de amar, aunque pudiese.

Tirsi.

De esa manera á su pesar la amáras,
Pudiendo no quererla.

Aminta.

No fuera á su pesar, mas la amaría.

Tirsi.

Sin su gusto en efecto?

Aminta.

Sí por cierto.

Tirsi.

¿Pues cómo sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin, que le será agradable.

Aminta.

¡Ay, Tirsi amigo! Amor por mí responda,
Que á referir no acierto
Lo que me dice el corazon: tú agora
Estás muy diestro, por el uso grande,
En razonar de amor: á mí me liga
La lengua aquello mismo,
Que el corazon me liga.

Tirsi.

¿No iremos en efecto?

Aminta.

Iré sin duda,

Mas no donde tú piensas.

Tirsi. ¿Y dónde piensas?

Aminta. Pues á dónde?

Aminta. Iré á morir.

Iré á morir, si en mi favor no has hecho.

Mas de lo que me dices.

Tirsi.

Aminta. ¿Y apestas poco?

¿Crees tú, que Dafne nos aconsejara

Ir á la fuente, quando no entendiera

De Silvia el pecho? por ventura Silvia

Sabe el concierto, y no querrá se entienda,

Que sabiendolo calla. Si tú buscas

Hasta el consentimiento suyo expreso,

Buscas directamente disgustarla:

Y siendo así, ¿qué es de este tu deseo,

Que tienes de servirla y complacerla?

Y si ella aguarda, que tu dicha alegre

Se adquiera solo por tu industria á hurto,

Sin que ella de su mano te la ofrezca,

Por tu vida me di, ¿que mas te importa

Este modo, que aquel?

Aminta.

¿Quién me asegura

Ser esa su intencion y su deseo?

Tirsi.

O simple, ves aquí que al fin procuras

La certeza, que á Silvia le desplace,

Y displacerle justamente debe,

Qual tú debieras no buscarla: ¿y dónde

Tienes quien te asegure lo contrario?

Si ella así lo pensase, y tú no fueses

(Pues que la duda y riesgo son iguales)
 ¿Será mejor morir como animoso,
 Que como vil? tú callas, tú conoces,
 Que estás vencido; agora me concede.
 Esta pérdida tuya, que yo pienso
 Ha de ser causa de mayor victoria.
 Vamos, Aminta, vámonos.

Aminta.

Espera.

Tirsi.

¿Cómo espera? ¿no ves que el tiempo huye?

Aminta.

Miremos antes si esto debe hacerse,
 Y en qué manera.

Tirsi.

Todo lo que falta
 Podemos ver por el camino mismo;
 Mas nada hará quien muchas cosas mira.

C O R O.

Amor, ¿de qué maestro,
 En cuál oculta escuela
 Se aprende esa tu larga
 Arte de amar incierta?
 ¿Quién del entendimiento
 Declara las ideas,
 Quando con alas tuyas
 Al mismo cielo vuela?
 No lo explicó el Liceo,
 No la famosa Atenas,
 Y en Elicona docta

Ni Febo lo demuestra,
Que si de amor discurre,
Parece que le enseñan,
Corto razona y frio
Con perezosa lengua.
No tiene voz de fuego,
Que á tu primor competa,
Ni á sus misterios altos
Sus pensamientos llegan.
Tú, Amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia,
Y tú solo á ti mismo
Te explicas é interpretas.
Tú enseñas al mas rudo,
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.
A los amantes fieles
Desatas tú la lengua
En delicado estilo
Con elegancia extrema.
Y á mucho mas se estiende,
Amor, tu sutileza:
¡Raro saber, y estraña
Manera de eloqüencia!
Que á veces con palabras
Confusas é imperfectas,
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra,
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo

A veces habla y ruega.

Amor ; lea quien quisiere
Socráticas sentencias,
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia;

Y humillará sus versos
El mas alto poeta,
Con pluma sabia escritos
En doctas Academias,

Junto á los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

TIRSI Y CORO.

Tirsi.

¡Ó extremo de crueldad! ¡ó ingrato pecho!
¡Ó ingrata Ninfa! ¡ó tres y quatro veces
Muger ingrata! Y tú , naturaleza,
Negligente maestra , ¿por qué solo
En el rostro pusiste á las mugeres,
Y en lo aparente , quanto tienen bueno
De agrado , de piedad y cortesia,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay joven triste y misero! sin duda
Se habrá dado la muerte ; él no parece.

•

Bien ha tres horas que le busco , y busco
 En donde le dexé , y en los contornos,
 Sin hallarle , ni rastro de sus pasos:
 ¡Ay que se ha dado muerte el miserable!
 Allí delante están unos pastores,
 Ir quiero á ver si sabe de él alguno.
 Decid , amigos , ¿quién ha visto á Aminta
 Acaso , ó sabe de él alguna nueva?

Coro.

Tirsi , pareceme que estás turbado;
 ¿Qué causa te molesta y te fatiga?
 ¿De qué son estas ansias y sudores?
 ¿Hay algun mal? por Dios que lo sepamos.

Tirsi.

Temo del mal de Aminta : ¿habeislo visto?

Coro.

No le hemos visto desde que contigo
 Ha buen rato partió ; ¿pero qué temes?

Tirsi.

No se haya muerto él mismo de su mano.

Coro.

¿El muerto de su mano? ¿por qué causa?
 ¿Qué ocasion hallas?

Tirsi.

El amor y el odio.

Coro.

Dos poderosos enemigos juntos,
 ¿Qué no pueden hacer? habla mas claro.

Tirsi.

El amar una Ninfa por extremo,
 Y el ser de ella en extremo aborrecido.

Coro:

Cuenta el caso te ruego, y entretanto
(Este es lugar de paso) por ventura
Vendrá alguno, que de él nos dé noticia,
Y aun puede ser también que él mismo llegue.

Tirsi:

Pláceme de decirlo, que no es justo,
Que ingratitud tan grande y tan extraña
Se quede sin la infamia que merece.
Tuvo noticia Aminta (y yo fui triste
Quien noticia le di, ya me arrepiento)
Que Silvia y Dafne en una fuente habían
De ir á bañarse; y hácia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,
No de su voluntad, mas de mi pura
Persuasion importuna; pues mil veces
Quiso volverse atrás, y á pura fuerza
Yo lo detuve, y lo llevé adelante.
Llegabamos ya cerca de la fuente,
He aquí quando sentimos de improviso
Un femenil llanto, y juntamente
Vimos á Dafne, que batia las palmas;
La qual, como nos viese, alzando el grito,
Ay; dixo, socorred, que á Silvia ultrajan.
Luego que oyó su enamorado Aminta
Estas palabras, aventóse al campo
Furioso como un pardo, y yo seguilo;
Quando vemos ligada con un arbol
La bella Ninfa, quál nació, desnuda;
Y su cabello, su cabello mismo
Servia de cuerda, y á la planta envuelto
Estaba con mil nudos; y su ointo,

Que fué del seno virginal custodia,
 De aquella ofensa era ministro, y ambas
 Las manos le apretaba al duro tronco:
 Hasta la misma planta ligaduras
 Contra ella daba; y de un vencido ramo
 Dos tiernas varas duramente ataban
 Sus delicadas piernas. Allí vimos
 En su presencia un sátiro villano,
 Que entonces acababa de ligarla.
 Fuese tras él Aminta con un dardo
 (Que tuvo acaso en la derecha mano)
 Como un fiero León; y yo entretanto
 Estaba ya de piedras prevenido,
 Con que el sátiro vil huyó en efeto.
 Pues como diese espacio su huida
 A que Aminta mirase; él codicioso
 Volvió sus ojos á los miembros bellos,
 Que qual tremola entre los juncos leche,
 Delicados y blancos parecian;
 Y todo vi, se demudó en el rostro.
 Despues llegóse blandamente á ella,
 Y con modestia dixo: ó bella Silvia;
 Perdona aquestas manos, si llegarse
 A tus miembros es mucho atrevimiento,
 Pues las obliga necesaria y pura
 Fuerza de desatar aquestos nudos;
 No (ya que les concede la fortuna
 Esta felicidad) te pase de ella.

Coro.

Palabras de ablandar los pedernales.
 ¿Y qué le respondió?

Tirsi.

Ninguna cosa;
 Mas con vergüenza y con desden, al suelo,
 Bajando el rostro, el delicado seno,
 Quanto podia terciéndose, cubria.
 El, echando delante su cabello
 Rubio, se puso á desatar, y en tanto
 Hablaba así: ¿quándo tan bellos nudos
 Un tan grosero tronco ha merecido?
 ¿Pues qué ventaja llevan los amantes,
 Que sirven al Amor, si ya comunes
 Son con las plantas sus preciosos lazos?
 ¿Planta cruel, pudiste unos cabellos
 De oro ofender, que tal honor te hacian?
 Esto le dixo al desatar sus manos,
 En tal modo, que junto parecia,
 Que temiese tocarla, y desease.
 Bajó luego á los pies por desasirlos;
 Mas como Silvia ya se viese libres
 Las manos, dixo esquivada y desdenosa:
 No me toques, pastor, soy de Diana,
 Yo me desataré los pies, aparta.

Coro.

¿Que tal orgullo en una Ninfa alvergue?
 Por cierto ingrata paga de tal obra.

Tirsi.

El apartóse con respeto á un lado,
 Aun sin alzar los ojos á mirarla;
 Aquel placer negándose á sí mismo,
 Por no darle cuidado de negarlo.
 Yo que escondido lo miraba todo,
 Y lo escuchaba, quando vi tal cosa

Mil voces quise dar, al fin me abstuve.

Mas oye qué estrañeza : ella en efeto,

Después de gran fatiga, desatóse,

Y sin decir á Dios, apenas libre,

Partió de allí como una cierva huyendo:

Y no habia causa de temer ninguna,

Que ya de Aminta conocia el respeto.

Coro.

¿Pues cómo así huyó?

Tirsi.

Porque no quiso

Tener obligacion á la modestia

Y amor del joven, sino á su carrera.

Coro.

¿Qué es hasta eso ingrata? ¿Y el cuñado

Qué hizo entonces, dings, ó qué dixo?

Tirsi.

Eso no sé, porque de furia ardiendo

Corrí por alcanzarla y detenerla,

Al fin perdíla, y fué el trabajo en vano:

Después volví á la fuente donde habia

Quedado Aminta, y no le ví; mas siento

El corazon preságo de algun daño:

Sé que estaba dispuesto de matarse,

Aun antes que esto sucediese.

Coro.

Es uso,

Y arte del que ama amenazarse á muerte;

Mas raras veces ha llegado á efeto.

Tirsi.

Quieran los altos Dioses, que no sea

Aminta alguno de los raros.

Cord.

Calla, que no será
 Yo quiero irme a la cueva
 Del sabio Elpino, donde si él es vivo,
 Por dicha le hallaré; porque allí suele
 Alentar sus mistegas y tormentos
 Al dulce son de la zampoña clara,
 Que trae las piedras á esnuchar del monte,
 Hace correr de pura leche el río,
 Y miel brotar de las costuras duras.

S. C. E. N. A. I. I.

AMINTA, DAFNE Y NERINA.

Rigurosa piedad por ciento usaste
 Conmigo, Dafne, al detener el dardo,
 Porque será mi muerte,
 Quanto más dilatada; mas amarga:
 Y dime ahora, ¿para qué me engañas
 Por diversos caminos, y entretienes
 Con tus varias razones tan en vano?
 Si temes que me mate, mi bien temes.

Dafne.

¿Por qué te desesperas;
 Aminta? que si yo bien la conozco,
 No fué crueldad, sino vergüenza sola
 La que movió á tu Silvia que huyese.

Aminia.

¡Ay triste yo! que mi salud sería
 Desesperar, despues que la esperanza
 Mi destruicion ha sido: y todavia
 Tienta reverdecer dentro del pecho,
 Solo para que viva:
 ¡Y al que es tan desdichado,
 Qué mas fiero tormento que la vida?

Dafne.

Vive, mezquino, miserable, vive,
 Solo para que goces
 De la felicidad, quando vinieres
 Sea premio á tu esperanza
 (Si en vivir esperando te mantienes)
 Lo que miraste en la desnuda bella.

Aminia.

No pareció al Amor, y á mi fortuna,
 Que era yo enteramente desdichado,
 Si no me descubrian
 Enteramente aquello, que me niegan.

Nerina.

¿Qué he de ser yo en efeto la siniestra
 Corneja de una nueva tan amarga?
 ¡O para siempre mísero Montano!
 ¿Qué sentirá tu pecho, quando entiendas
 El duro caso de tu Silvia cara?
 ¡O viejo padre y ciego!
 ¡Padre infeliz! mas ya no serás padre.

Dafne.

Oigo una triste voz.

Aminia.

Yo siento el nombre

De Silvia , que me hiere los oidos,
Y el corazon: ¿mas quién la nombra? escucha.

Dafne.

Esta es Nerina , Ninfa á Cintia cara,
De bellos ojos , y de lindas manos,
Talle gentil , y movimiento ayroso.

Nerina.

Quiero con todo , que lo sepa y trate
De buscar las reliquias miserables,
Si algunas han quedado. ¡Ay Silvia, ay Silvia!
¡Ay como fué tu suerte desdichada!

Aminta.

¡Ay de mí! ¿qué será lo que esta dice?

Nerina.

Dafne.

Dafne.

¿Qué estás hablando entre ti mesma?
¿Ó cómo á Silvia nombras y suspiras?

Nerina.

Con ocasion bastante
Suspiro el triste caso.

Aminta.

Ay, ¿de qué caso
Podrá decir aquesta? que yo siento,
Yo siento el corazon , que se me yela,
Y enflaquece el espíritu: ¿está viva?

Dafne.

Cuenta qué triste caso es el que dicea.

Nerina.

¡Ó cielos! ¿yo he de ser la mensagera?
¿Y me obligan tambien á que lo cuente?
Vino desnuda Silvia á mi morada

(Y la causa ya debes de saberla) :
 Despues vestida , me rogó que fuese
 Con ella á cierta caza , que ordenada
 Estaba al bosque dicho de la encina.
 Fuimos , hallamos muchas Ninfas juntas,
 Y luego á breve rato desemboca
 (No sé de dónde) un carnicero lobo
 De terrible grandeza , cuyo labio
 Manchaba el suelo de sangrienta espuma:
 Silvia al momento acomodó una flecha
 A un arco que le dí , dispara ; y dale
 En la cabeza : él emboscóse , y ella
 Al bosque le siguió , vibrando un dardo.

Aminta.

¡O qué principios de dolor! ¡ay triste!
 ¿Qué fin me anuncian?

Nerina.

Yo con otro dardo
 Seguí su rastro , pero lejos mucho,
 Porque partí mas tarde : ya que estaban
 Dentro del bosque , allí no pude verla;
 Mas tanto fuí siguiendo sus pisadas,
 Que en lo mas solo me hallé y espeso:
 En esto vi de Silvia el dardo en tierra,
 Y poco mas abaxo un blanco velo,
 Que yo misma primero á su cabeza
 Le revolví. He aquí quando miraba
 Á todas partes , siete lobos vseo
 Lamiendo de la tierra alguna sangre
 Vertida en cerco de unos huesos niñados;
 Y fué mi suerte , que ellos no me vieron,
 Tan atentos estaban á su pasto)

Así que de piedad y temor llena
Volvíme atras. Aquesto es quanto puedo
Decir de Silvia, y veis aquí su velo.

Aminta.

¿Has dicho poco, Ninfa? ¡ó velo, ó sangre!
O Silvia, tú eres muerta!

Dafne.

Ay desdichado,
Amortecido está de pena, ó muerto.

Nerina.

Aun todavía respira: esto habrá sido
Algun breve desmayo: ya revive.

Aminta.

¿Por qué así me atormentas,
Dolor, que ya no acabas de matarme?
Quizá á mis manos el oficio dexas:
Yo soy, yo soy contento
Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas, ó no puedes.
¡Ay triste! si no falta
A la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo.
De la miseria mia,
¿Qué espero mas? ¿qué busco? ¡ah Dafne, Dafne,
Para este amargo fin me reservaste?
¿Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mio,
Quando matarme quise:
Tú lo estorbaste, y estorbólo el cielo,
Al qual le parecia,
Que con mi muerte se evitaba el daño,
Que ordenado me estaba; mas agora

Que ha executado su crueldad extrema,
Bien sufrirá que muera,
Y tú sufrirlo debes.

Dafne.

Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

Aminta.

¿Qué mas quieres que espere?
Ya sobra lo esperado y lo entendido.

Nerina.

¡O quién antes hubiera sido muda!

Aminta.

Ninfa , dame , te ruego,
Ese su velo , esa funesta y sola
Reliquia suya , porque me acompañe
En este breve espacio,
Que me queda de tiempo y de la vida.

Nerina.

¡Debo darlo , ó negarlo?
Pero negarlo debo,
Sabida la ocasion porque le pide.

Aminta.

¡Cruel , así me niegas
Un tan pequeño don al punto extremo?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El fiero hado ; pues dexarle quiero,
Contigo quede , y aun quedaos vosotras,
Que yo me voy donde volver no espero.

Dafne.

Aminta , aguarda , escucha:

¡Ay de mí , con la furia que se parte!

Nerina.

El camina de suerte,
 Que es por demás seguirlo; así yo quiero
 Proseguir mi viage, y por ventura
 Será mejor que calle,
 Y nada cuente al misero Montano.

C O R O.

No es menester la muerte;
 Que si es para obligar un pecho noble,
 Basta la fé con un amor conforme:
 Ni la que se pretende.
 Es tan difícil fama,
 Si persevera firme el que bien ama;
 Que es premio amor, que con amar se alcanza,
 Y muchas veces, si al amor inquiere,
 Gloria inmortal el amador adquiere.

A C T O Q U A R T O.

S C E N A I.

DAFNE, SILVIA Y CORO.

Dafne.

El viento lleve con la mala nueva,
 Que se esparció de ti, tus males todos,
 Los por venir, ó Silvia, y los presentes;
 Pues te juzgué ya muerta, y, gloria al cielo,
 Viva y sana te miro: de tal suerte

Ha contado Nerina tu suceso,

Que ojalá fuera muda, y otro sobdenimro

Silvia.

Cierto fué grande el riesgo, y ella tuvo

Causa bastante de juzgarme muerta.

Dafne.

Mas no bastante causa de decirlo.

Ora cuentame el riesgo, y de qué modo

Tú lo escusaste.

Silvia.

Yo siguiendo un lobo

Me embosqué en lo profundo de la selva

Tanto, que lo perdí de rastro; y mientras

Volverme procuraba al mismo puesto,

Donde partí primero, el lobo miro,

Al qual reconocí por una flecha,

Que yo le habia clavado de mi mano

Junto á la oreja; vió entre otros muchos

Al rededor de un animal, que habian

De fresco muerto; cuya forma entonces

No supe distinguir: el lobo herido

Pienso me conocí, porque se vino

Contra mí con la boca ensangrentada.

Yo lo esperaba audaz, y con la diestra

Vibraba un dardo: ya tú sabes, Dafne,

Si con destreza sé tirarle, y sabes

Si jamás yerra de mi mano el golpe.

Ya que lo ví tan cerca de mi puesto

Quanto me pareció distancia justa

Para la herida, le arrojé mi dardo.

En vano; porque (ó fué de la fortuna

La culpa ó mia) por herir al lobo.

Clavé una planta: entonces se venia
 Con mas furioso encuentro á acometerme.
 Yo viéndole tan cerca, que del arco
 Era imposible entonces ya valermé,
 Y no siendo señora de otras armas;
 Dispúsemé á huir, y mientras huyo,
 El me viene siguiendo: advierte agora.
 Un velo, que revuelto yo tenia!
 A los cabellos, desplegóse en parte,
 Y andaba ventilando, tal que á un ramo
 Se marañó; yo siento que me tiran,
 Y me detienen, sin saber quién fuese;
 Mas con el miedo de morir, redoblo
 La fuerza á la carrera, y de su parte
 El ramo no se vence, ni me dexa:
 Al fin del velo me desasgo, y pierdo
 Con él algunas hebras del cabello;
 Y tantas alas á los pies fugaces
 Me puso el gran temor, que libre y sana
 De la selva salí: despues volviendo
 Acia mi alvergue, te encontré turbada,
 Toda turbada, y me espanté de verte,
 Porque de solo verme te espantabas.

Dafne.

Tú estás viva, y alguno ya no vive.

Silvia.

¿Qué me dices? ¿te pesa por ventura
 Que viva esté? ¿qué tanto me aborreces?

Dafne.

Placeme de tu vida, mas me duele
 De agena muerte.

Silvia.

¿De qué muerte dices?

Dafne.

De la muerte de Aminta.

Silvia.

Ay, ¿cómo es muerto?

Dafne.

El cómo no lo sé, ni aun el efeto

Puedo afirmar, mas téngolo por cierto.

Silvia.

¿Que es lo que dices? ¿pues á qué atribuyes
La causa de su muerte, di?

Dafne.

A tu muerte.

Silvia.

Yo no te entiendo.

Dafne.

La terrible nueva

De esa tu muerte, que por cierta tuvo,

Le habrá dado al mezquino el hierro ó lazo,

O alguna cosa tal, que lo haya muerto.

Silvia.

Será vana sospecha la que tienes,

Como la de mi muerte; que qualquiera

Salva la vida suya mientras puede.

Dafne.

¡Ah Silvia! tú no sabes, ni lo crees,

Quánto el fuego de amor puede en un pecho,

En un pecho de carne, y no de piedra,

Qual ese tuyo; que si lo creyeras,

Hubieras ya querido á quien te quiere

Mas que las mismas niñas de sus ojos,

Y el espíritu mismo de su vida;
 Lo qual sé yo , y aun helo visto. Vilo
 Quando huiste, como tigre fiera,
 Al tiempo que debieras abrazarlo:
 Volver le ví contra su pecho un dardo,
 Desesperado , y á morir expuesto,
 Y sin arrepentirse, al fiero hecho;
 Pues en efeto se pasó el vestido
 Hasta la piel, dexándola teñida
 De su sangre, y pasáta mas adentro
 La punta, y fuera el corazón herido,
 Que tú con mas violencia ya heriste,
 Si entonces yo no le detengo el brazo,
 Y su furor impido. Quizá aquella
 Herida breve fué un ensayo solo
 De su furor, y de la desesperada
 Constancia suya, y le mostró la via
 Al hierro audaz, para que ya supiese
 Arrojar se por ella libremente.

Silvia.

¡Ay! ¿qué me cuentas?

Dafne.

Y despues lo he visto
 Quando escuchó la desdichada nueva
 De que eras muerta: del afan y angustia
 Amortecerse; y con furor extraño
 Luego partir de allí para matarse;
 Y de esta vez se habrá de veras muerto.

Silvia.

¿Qué lo tienes por cierto?

Dafne.

Por sin duda.

Silvia.

Triste de mí, ¿por qué no le seguiste
Para impedirlo? Ven, busquemos, vamos,
Que si la muerte mia
Le quitaba la vida,
Mas facilmente espero,
Que mi vida le salve de la muerte.

Dafne.

Ya le seguí, mas tan veloz corría,
Que se desapareció de mí en un punto,
Y nada me valió buscar sus huellas.
¿Mas dónde quieres ir sin rastro alguno?

Silvia.

¡Ay, Dafne! él morirá si no le hallamos.

Dafne.

¿Cruel, sientes acaso que te usurpe
La gloria de tal hecho? ¿tú en efeto
Quisieras haber sido su homicida?
¿No te parece, ingrata, que su muerte
Debe ser obra de otra, que tu mano?
Ora consuelaté, que como quiera
Que el desdichado muera, tú le matas.

Silvia.

O Dafne, tú me afliges;
Y el gran dolor que siento de su daño,
Se aumenta mas con la memoria acerva
De mi rigor pasado,
Que honestidad llamaba, y fúelo cierto;
Pero fué muy severa y rigurosa:
Agora lo conozco, y me arrepiento.

Dafne.

¿Qué es lo que escucho? ¿tú piadosa, Silvia?

¿Tú en ese corazón sientes afecto
Alguno de piedad? ¿qué es lo que veo?
¿Tú lloras, tú? ¡notable maravilla!
¿Y es de amor en efecto ese tu llanto?

Silvia.

No lloro yo de amor, de piedad lloro.

Dafne.

No importa: la piedad es mensajera
De amor, como el relampago del trueno.

Coro.

Y aun muchas veces, quando él mismo quiero
Entrar oculto en los sinceros pechos,
Que lo excluyeron antes con severa
Honestidad; la semejanza toma
De la piedad, que es su ministra y nuncia,
Y con estos disfraces, engañando
Las jóvenes sencillas,
Dentro en sus corazones se aposenta.

Dafne.

Llanto de amor es este, mucho abunda,
Tú callas: en fin amas, pero en vano.
¡Ó poder del amor! justo castigo
Sobre esta Ninfa envia.
Misero Aminta, tú (como la abeja,
Que hiriendo muere, y en la agena llaga
Dexa la propia vida) con tu muerte
Has herido en efecto un duro pecho,
Que aún no picaste en tanto que viviste.
Si eres agora espíritu desnudo
Ya de los miembros, como yo presumo,
Aquí estarás sin duda:
Mirá su llanto, y goza de tu suerte,

En vida amante , y en la muerte amado.
 Y si era tu destino , que en la muerte
 Amado fueses , y esta fiera quiso
 Vender su amor por tan subido precio;
 El precio mismo que pidió , le diste,
 Y ya su amor con tu morir compraste.

Coro.

Por cierto caro precio al que le ha dado,
 Quanto inutil y vil á quien le admite.

Silvia.

¡O si pudiera ser comprar su vida
 Yo con mi amor , ó con mi vida misma,
 Si al fin es muerto!

Dafne.

¡O tardo desengaño!

Tarda piedad sobrada,
 Quando á ningun efecto es de provecho.

SCENA II.

ERGASTO , CORO , SILVIA Y DAFNE.

Ergasto.

Traigo tan lleno de piedad el pecho,
 Y tan lleno de horror , que no oigo ó veo
 Cosa alguna do quiera que me vuelva,
 Que todo no me espante y me congoje.

Coro.

¿Con que puede venir; ¡ay Dios! agora
 Este pastor , que muestra
 Tal turbacion en el semblante y lengua?

Ergasto.

Traigo la nueva triste
De la muerte de Aminta.

Silvio.

¡Ay lo que dice!

Ergasto.

El mas noble pastor de nuestras selvas,
El mas gallardo, afable, y comedido,
Amado de las Ninfas y las Musas;
Murió en su juventud: ¡ay de qué muerte!

Coro.

Dinos cómo, pastor, porque contigo
Llorar podamos su desgracia y nuestra.

Silvia.

¡Ay que no oso llegarme
Adonde escuche y sepa
Lo que saber no escuso!
Duro corazon mio,
Aspero y fiero corazon, ¿qué temes?
¿De qué te espantas? Vete presto, acaba
Contra el cuchillo agudo de una lengua,
Y aquí demuestra agora tu fiereza.
Pastor, yo vengo por la parte mia
De ese dolor, que á los demás prometes;
Porque me pertenece
Quizá mas que tú piensas
Y qual debida prenda lo recibo:
Así que de dolor tan propio mio
No debes serme escaso.

Ergasto.

¡Ah, Ninfa! yo te creo,
Que mil veces al mísero sentia

Llamar tu nombre, al acabar su vida.

Dafne.

Comienza ya la dolorosa historia.

Ergasto.

Yo estaba en lo más alto del collado,
Donde mis redes hoy tendido habia,
Quando bien cerca vi pasar á Aminta
Muy trocado en el rostro y movimiento
Del que antes era, muy turbado y triste:
Trás él partí corriendo, y en efeto
Lo alcancé, y lo detuve; el qual me dixo:
Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta accion; mas quiero que me obligues
Antes tu fé con juramento estrecho,
De estarte á un lado, y no moverte un paso
A impedir el efeto de mi intento.
Yo (¿quién pensára tan estraño caso,
Ni tan ciego furor?) hice, qual quiso,
Mit conjuros horribles, invocando
A Pan, á Pales, Priapo, y Pomona,
Y á la nocturna Ecátes. Luego anduvo,
Y me llevó por lo frágoso y agrio
Del collado, por cuestras y barrancos
Incultos, sin cantino ó senda alguna,
Do pende al cabo un precipicio á un valle.
Aquí nos detuvimos; yo mirando
Al fondo, estremécime de improviso,
Y al punto atras me retiré; y el mozo
Hizo alguna señal como de risa,
Y serenó su rostro, el qual afecto
Fué el motivo mayor de asegurarme.

Despuës hablóme así: mira que cuentas
Lo que verás, á Ninfas y Pastores.
Luego dixo, mirando al hondo valle:
Si yo á mi voluntad hallar pudiera
Prontos así de los hambrientos lobos:
El vientre y los colmillos, como tengo
Este despeñadero, bien quisiera
Morir la muerte, que murió mi vida:
Quisiera que estos miembros miserables
Fuesen despedazados
(¡Ay triste!) como fueron
Aquellos de mi Silvia delicados:
Mas puesto que no puedo,
Y ya que á mi deseo
El cielo niega las voraces fieras,
Quiero seguir camino diferente
Para morir: yo seguiré otra via,
La qual será á lo menos
La mas breve, sino la que debia.
Ea, Silvia, ya te sigo,
Ya voy á acompañarte,
Y muriera contento; si entendiera
Al menos con certeza, que seguirte
No fuese disgustarte, y que tus iras
Se hubiesen aachado con la vida:
Ea, Silvia, ya te sigo.
Esto dicho, de encima del barranco
Precipitóse, vuelta la cabeza
Acia lo hondo, y yo quedéme helado.

Silvia.

¡Ay desdichada!

Dafne.

¡Miserable Aminta!

Coro.

¿Por qué no lo impediste?
¿Hízote acaso estorbo
A detenerlo el juramento hecho?

Ergasto.

No, no, que despreciando el juramento
(Vano quizá en tal caso.)
Quando advertí su temeraria y loca
Resolucion, corrí con ambas manos,
Y, como quiso su enemiga suerte,
Lo así de este cendal, que lo ceñía,
El qual no siendo á sostener bastante
El peso con el ímpetu del cuerpo,
Que ya del todo abandonado estaba,
Se me quedó en la mano hecho pedazos.

Coro.

¿Y qué fué de su cuerpo desdichado?

Ergasto.

No lo sabré decir, porque yo estaba
Con tal horror y lástima, que cierto
No tuve corazon para asomarme,
Por no mirarlo dividido en piezas.

Coro.

¡O lastimoso caso!

Silvia.

Bien soy de piedra dura,
Pues una nueva tal aun no me acaba.
Triste de mi, si aquella falsa muerte
De quien le odiaba tanto,
Le ha quitado la vida; justo fuera,

Que la infalible muerte
De quien me quiso tanto
Me quitase la vida.
Y quiero me la quite, si no puede.
Con el dolor, al menos con el hierro,
O ya con este ceñidor infausto;
Este; que no sin causa
No siguió las ruinas
De su caro señor; mas quedó solo
Para tomar venganza
De mi crueldad, y de su muerte injusta.
Prenda infeliz, de dueño.
Mucho mas infeliz, no te disguste.
Quedar en este abominable alvergue,
Que solamente quedas
Para instrumento de venganza y pena.
Por cierto yo debía.
Haber sido en el mundo compañera
Del infeliz Aminta; y, pues no quise,
Seré por obra tuya su consorte
En el profundo abismo.

Coro.

Consuélate, zagala,
Que no es tuya la culpa,
Sino de la fortuna.

Silvia.

¿De qué llorais, pastores?
Si de mi afán llorais, yo no merezco
Piedad ninguna, que no supe usarla:
Y si llorais la desdichada muerte
Del mísero inocente, es muy pequeña
Demostracion de pérdida tan grande.

Y tú , mi Dafne , enjuga
 Por Dios esas tus lágrimas , si he sido
 Yo la ocasion ; y suplicarte quieto
 (No por piedad de mí , sino del triste,
 Que fué mas digno de ella)
 Me ayudes á buscar sus miserables
 Miembros , y sepultarlos:
 Este cuidado solamente impide
 El darme aquí la muerte:
 En este oficio solo
 Quiero pagar , pues otro no me queda,
 El amor que me tuvo ; bien que puede
 Contaminar esta homicida mano
 La piedad de la obra ; mas con todo
 Entiendo y sé , que le será agradable,
 Al menos por ser obra de mi mano ;
 Porque me quiere y ama , si
 Qual lo mostró muriendo.

Dafne.

Soy contenta por cierto de ayudarte
 En el piadoso oficio ;
 Mas , tú , morir del pensamiento borra.

Silvia.

Hasta agora viví para mí mesma,
 Y para mi fiereza ; agora quiero
 Vivir lo que me queda para Aminta,
 Ó viviré á lo menos
 Para su helado y mísero cadaver.
 Tanto , y no mas es lícito que viva,
 Y luego , que se acaben
 A un tiempo sus exéquias y mi vida.
 Pero dime , pastor , ¿ por qué camino

Podemos ir al valle, do el barranco
Tiene su asiento? A

Ergasto.

Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

Dafne.

Vamos, guiaréte yo, que bien me acuerdo
De este lugar que dice...

Silvia.

Á Dios, pastores;
Prados á Dios, á Dios selvas y rios. A

Ergasto.

Hablando va de suerte, que denota
Estar dispuesta á la última partida.

Ergasto.

Ergasto.

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas, dulce y blando,
Siempre amigo de paz, y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando:
Y la vez que dos almas en la tierra
Ligas, sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdenas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamás turbadas iras;
Así tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras:
El odio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazón retiras;
Y casi hace tu valor supermo
De todo lo mortal un giro eterno. Y

ACTO QUINTO.

SCENA I.

ELPINO Y CORO.

Elpino.

No hay duda, que la ley con que gobierna
 Amor su grande imperio eternamente;
 No es injusta, ni dura, y que sus obras
 Llenas de providencia y de misterio,
 Sin razon se abominan, y condenan;
 ¡Ó cuán artificioso, por caminos
 No conocidos encamina, al hombre
 Á su felicidad, y entre los bienes
 Lo pone al fin de su amorosa gloria;
 Quando él se juzga al fondo de sus males!
 He aquí precipitado Aminta sube
 Al sumo colmo del mayor contento.
 ¡Ó tú feliz, ó venturoso Aminta,
 Y mas quanto mas fuiste desdichado
 Esperar con tu exemplo agora puedo,
 Que vez alguna aquella dulce ingrata,
 Que con piadosa risa encubre, y zela
 El acero mortal de su fiera,
 Con fiel piedad mi corazon repare,
 Que con piedad fingida tiene herido,

Coro.

Aquí se nos acerca el sabio Elpino,
 Y escuchad sus razones, que de Aminta

Hablando viene , como si él viviera,
Y le llama feliz y venturoso.
¡O condicion de los amantes dura!
Sin duda juzga venturoso amante
Al que muriendo al fin piedad alcanza
En el amado pecho de su Ninfa;
Esto tiene por gloria , y esto espera.
¡De qué ligero premio el Dios alado
Contenta sus secuaces! Dime, Elpino,
¿En estado tan mísero te hallas,
Que venturosa llamas á la muerte
Del infeliz Aminta , y semejante
Fin desdichado para ti deseas?

Elpino.

Amigos , bien podeis estar alegres,
Porque es falsa la fama de su muerte.

Coro.

¡O cuánto nos alegra lo que dices!
En fin ha sido falso , segun eso,
Que se precipitó.

Elpino.

Verdad ha sido;
Mas fué feliz el precipicio , tanto,
Que en una imagen mísera de muerte
Le traxo vida y bien ; agora queda
Entre los dulces brazos de su Ninfa,
Piadosa ya , lo que antes rigurosa;
La qual en tanto con su boca misma
Las lágrimas le enjuga de los ojos:
Así voy á llamar al buen Montano,
Della padre , y llevarlo donde agora
Quedaban juntos , porque el gusto suyo

Les falta solamente, y ya dilata
La voluntad unanime de entrambos.

Coro.

Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes: y Montano
De nietos deseoso, y de ampararse
Alegre en la vejez con tal presidio;
Así que el gusto de ambos será suyo.
Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
Quál Dios, ó quál ventura al buen Aminta
Salvarle pudo de peligro tanto.

Elpino.

Yo lo diré, escuchad, escuchad todos
Lo que ví por mis ojos. Yo me estaba
Junto á mi cueva, que vecina al valle,
Y casi al pie del gran collado yace,
Do forma falda su ladera enhiesta:
Allí con Tirsi andaba razonando
De aquella, que en la misma red y lazos
Primero á él, y á mí despues ha envuelto,
Y anteponiendo mi servir continuo
A su retiramiento y libre estado:
Quando una voz nos levantó los ojos;
Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,
Y verlo dar sobre una espesa mata,
Fué todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros, producido
De mucha yerba, espinos, y otros ramos
Juntos, y estrechamente entretejidos,
Un grande haz: en este, antes que diese
En otra parte, vino á dar el golpe:
Y bien que el peso al fin lo desfondase,

Y él mas abaxo á nuestros pies cayese,
Aquel estorbo , aquel impedimento
Tanto ímpetu quitó de la caída;
Que ella no fué mortal : pero con todo
Tan grave fué , que un hora larga estuvo
Como áturdidó , y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo Improviso,
Conociendo el pastor ; mas conociendo
Que nó era muerto , ni tampoco estaba
Para morir , el duelo mitigamos.
Tirsi entonces me dió largá noticia
De sus secrets , sus amores tristes:
Mas mientras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese,
Enviado ya á llamar Alfesíbeo,
Á quien Febo enseñó la Medicina,
Quando le dió la cítara y el plectro;
Llegaron juntamente Dafne y Silvia,
Que , como luego supe , iban buscando
El triste cuerpo , que tenían por muerto.
Pues quando Silvia lo conoce , y mira
En las mejillas pálidas de Aminta
Una belleza tal , que la violeta
Nunca tan dulcemente se marchita;
Y él con gemido débil , que parece,
Que en los suspiros ultimos al ayre
Exhala el alma á guisa de Bacante;
Con altos gritos y herirse el pecho
Se arroja con el cuerpo que yacia,
Juntando rostro á rostro , y boca á boca.

Coro.

¿Pues cómo no la abstuvo la vergüenza,
Siendo ella tan severa y tan esquivia?

Elpino.

Abstiene la vergüenza un amor debil,
Mas de un amor constante es debil freno,
Luego como si fueran sendas fuentes
Sus ojos, comenzó con vivo llanto,
Del joven á bañar el rostro frio:
Y fué aquel agua de virtud tan grande,
Que en sí volvió, y abriendo ya los ojos,
Un ay profundo le salió del pecho
Con gran dolor; y el ay que tan amargo
Partió del corazon, se encontró luego
Con el aliento de su Silyia cara,
Que lo acogió en su boca, y en aquesta
Se convirtió al instante dulce y puro.
¿Quién os sabrá decir cómo quedaron
En aquel punto entrambos? ya seguro
Del amor de su Ninfa el fiel Aminta,
Y viendose en sus brazos apretado.
Quien sabe qué es amor, él solamente,
Por sí mismo lo juzgue; mas no entiendo
Puede juzgarse; quanto mas decirse.

Coro.

¿En fin Aminta está de suerte sano,
Que ya no hay riesgo de su vida?

*Elpino.**Aminta*

Está pues sano, aunque su rostro un poco
Tiene arañado y quebrantado el cuerpo;
Mas es nada en efeto, y él lo estima

Por menos de lo que es: ¡dichoso joven!
Que así ha dado señal de amor: tan grande,
Y agora logra del amor el premio,
A quien las penas todas y peligros
Pasados sirven de mayor contento.
Pero, quedaos á Dios, porque yo sigo
Mi camino á buscar al buen Montano.

C O R O.

No sé, si siendo tanta la amargura,
Que ese pastor amante
Ha padecido en su penoso estado;
Puede al presente alguna gran dulzura
Darle sabor bastante
En recompensa á todo el mal pasado.
Y si es mas estimado,
Y mas alegra el bien tras muchos males;
Amor, de bienes tales.
Premia á los otros, que en dominio tienes,
Que yo no pido tus mayores bienes.
Tras breves ruegos, y servicios breves,
Quiero me admita luego
Mi amada Ninfa con amor piadoso
Y solo mezcla de cuidados leves
Nuestro dulce sosiego,
No tan grave tormento y riguroso:
Mas un desden zeloso,
Una esquivéza blanda enamorada;
Guerrá en fin limitada,
A quien la dulce paz y tregua siga,
Que en mas ardor los corazones ligué.

OTRAS POESÍAS DE JAUREGUI.

CANCIÓN

Á la muerte de la Reyna Doña Margarita.

Ya que en silencio mi dolor no iguale
Ni mis ocultas lágrimas y llanto
Al superior afesto, que las vierte;
Justo será, que mi funesto canto
Las acompañe y que del alma exhale
Nuevos dolores de tristeza y muerte.
Y pues me ofrece la contraria suerte;
Presente el caso mas infausto y grave,
Que caber pudo en su vigor violento;
Que así mi sentimiento
Llegue al extremo, que en mis fuerzas cabe.
Mas vence su rigor las fuerzas mías,
Ni admite el grave daño recompensa
Faltando á España su mayor tesoro.
Y yo aunque ciego de perpetuo lloro
Quiera sentir su rigurosa ofensa;
Veré primero en las cenizas frías
Por quien suspiro, fenecer mis días
Que de llorarlas quede satisfecho
Mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.
¿Quién vió tal vez en aspera campaña
Arbol hermoso cuya rama y hoja
Cubre la tierra de verdor sombrío?
Donde el ganado candido recoja

Alexado el pastor de su cabaña
Y allí resista el caloroso estio:
La planta con ilustre señorío
Ofrece de su tronco y de sus flores
Y de su hojoso toldo y fruto opimo:
Olor y dulce arrimo,
Sustento y sombra á ovejas y pastores,
Hasta que la segur de avara mano:
Sus fértiles raíces desenvuelve,
Atormentando en torno su terreno
Por dar materia al edificio ageno.
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
Al caro alvergue, procurado en vano;
Y viendo de su abrigo yermo el llano,
Forma bálido ronce, y su lamento
Esparce ¡ay triste! y su dolor al viento.

No de otra suerte; ¡ó planta generosa!
Que adornas los alcazares del cielo,
Prestaste arrimo y sombra y acogida
Al pueblo grato del Iberio suelo:
Dió tu heroyca virtud, qual flor hermosa,
Olor, que ha penetrado la estendida
Region etérea: así desposeída
Viéndose España de la prenda suya,
Tembló al severo golpe de la parca,
Y en torno su comarca
Fué quebrantada con la ausencia tuya.
Hoy los que en ti gozaron tan colmada
Copia de frutos, sus ofensas miden
Con largas quejas, y á llorar forzados
Con espantables rostros, erizados,
Suspiros tantos de dolor despiden,

Que para su querella congojada,
 Ya faltan fuerzas á dar voz cansada,
 Y si reducen á llorar los rios,
 También para los ojos faltan rios.

Ni ya comprime su lamento vano,
 Verte en el cielo mejorando imperios
 De excelsos tronos y coronas santas;
 Y que en vez de los Príncipes libertos
 Que se postraban á besar tu mano,
 Hoy las estrellas besarán sus plantas;
 Ni el ver que á España dexas prendas tantas,
 (Nobles ventallas de tu sacro fuego),
 A cuyo cetro y próspero gobierno
 Darás favor eterno,
 Si á Dios presentas de su parte el ruego.
 Ni nos basta mirar tu viva lumbre
 Al sol de quien fué rayo, siempre unida
 Y prestando esplendor al alto cielo.
 Ni el ver, por muestras de tu santo zelo,
 Modernos templos, que en edad florida
 Han de lograr su excelsa pesadumbre,
 Y en quanto el roxo Febo el mundo alumbra,
 Honrar, solemnizando tu corona,
 Su viva siempre, liberal patrona.

Por mas que el tiempo y la razon porfié
 Á divertir el animo afligido
 Del entrañable y vivo sentimiento;
 No habrá razon ó tiempo ó largo olvido
 Que nuestro luto funeral desvie
 Del siempre fatigado pensamiento:
 Siempre al disgusto cederá el contento
 En misera contienda; y por despojos

Verás, sin ti, nuestros humildes pechos
 Que en tanto ya deshechos
 El corazón destilen por los ojos.
 Tu muerte llorarán los pardos Chinos,
 Los Indios negros; y Alemanes rubios,
 Que en ti perdieron su imperial grandeza:
 Daráte el mundo, con igual tristeza
 Flebil tributo en lluvias, y diluvios:
 Porque si á los distantes y vecinos
 Reynos, tus ojos vuelves ya divinos,
 Veas que te llora con amor profundo,
 Sino qual debe, como puede el mundo.

PARAFRASI

Del salmo Super flumina Babilonis.

En la ribera undosa
 Del Babilonio río
 Los fatigados miembros reclinamos,
 Y allí con faz llorosa
 Junto á su margen frío
 Con lagrimas sus ondas aumentamos;
 Entonces de los ramos
 De los silvestres sauces suspendimos
 Las cítaras y harpas, do solía
 Alentar sus enojos algún día
 Alegre el corazón, quando vivimos
 En ti, Jerusalén; mas la memoria
 De tu pasado Imperio
 Y el duro cautiverio,
 En que trocamos hoy la antigua gloria,

Nos despojó del regocijo y canto,
Para entregarnos al afán y al llanto.

Allí por mas tristeza.

La esquadra victoriosa

Que nos conduxo en miseras prisiones,

Templada su fiera,

Nos preguntó piadosa

Por nuestras dulces rimas y canciones,

Y con blandas razones

Nos animaba á repetir alguna:

Mas respondimos con ageno intento:

¿Cómo dará señal de algun contento

Quien se vé reducido á tal fortuna?

¿Cómo cantar podremos himnos santos

En region estrangera,

Do la Deidad primera

Es ofendida? ¿Entre enemigos tantos

De aquel Señor, á cuya gloria aspira

Nuestro piadoso canto y nuestra lira?

Sacra Ciudad, que adoro,

Si acaso yo olvidáre

Este dolor, que tu memoria pide,

Si al cántico sonoro,

Y al plectro me aplicáre,

Antes mi diestra el movimiento olvide,

La lengua, que divide

De la voz el acento y la cadencia,

Se pame y hiele, á mi garganta asida,

Si á todo canto alegre preferida

No fuere mi tristeza por tu ausencia;

Solo fixando en la memoria mia

Tus muros encumbrados,

Que yacen hoy postrados,
Y las felices horas de alegría,
Que en ti perdí , que en ti gozé primero,
Y alguna vez reduperar espero.

Pues fuiste ofendido,
Acuerdate indignado,
Señor , del impio y bárbaro Idumeo,
Quando cayó rendido:
Tu pueblo , y el osado
Contrario obtuvo su marcial trofeo:
Que en odio del Hebreo
Instigaba sus chnestes , y decía:
Asolad , asolad desde el cimento.
Sus homenages : qué rencor sangriento!
Dichoso el que á tus ojos algún día,
Fiera Babel, con semejante estrago,
Y merecida pena
Ha de vengar la agena,
El que ha de dar á tu soberbia pago,
Y quebrantar con furias semejantes
En las peñas tus míseros infantes.

AVENTURA AMOROSA.

En la espesura de un alegre soto
Que el Betis baña , y de su fértil curso
Cobran verdor los sauces ocupados,
Donde el ocioso juvenil concurso,
La soledad siguiendo y lo remoto,
Logra de amor los burtos recatados:
Aquí prestar alivio á mis cuidados
Pensé yo triste un día,

Porque la Ninfa mía
 Ví que emboscada, y de rezelo agena
 Ya el cinto desceñido
 Sus miembros despojaba del vestido:
 Dexóle al fin compuesto en el arena,
 Manifestando al cielo
 De su desnuda forma la belleza.
 Luego á las puras ondas con presteza
 La ví correr, do el cuerpo delicado
 Sintió del agua de repente el yelo
 Y suspendió su brio,
 Viendose en la carrera salteado
 Con líquidos aljofares del rio.
 Mas réclinóse al fin sabrosamente,
 Cubriendo de los húmedos cristales
 Toda su forma de la planta al cuello:
 Tal vez la hermosa frente
 Sola mostraba de su rostro bello,
 Tal con ligeros saltos paseaba
 La orilla, y en sus frescos arenales
 Sus tiernos miembros liberal mostraba.

Yo en tan alegre vista embebecido,
 Y en los texidos ramos escondido,
 Al cielo con el alma agradecia
 Mi desigual ventura,
 Y el recatado labio no movia:
 ¡Ay si mis ojos con igual cordura
 Celar pudieran sus ocultas llamas!
 Y no que ansiosos de mirar cercano
 Aquel hermoso bulto soberano,
 Se divirtieron á mover las ramas,
 Y apenas el ruido

Hirió á la bella Ninfa el pronto oído,
 Quando se aguda vista de rostro honesto
 Le descubrió mi huirte manifestar
 Y como la corcilla destituida
 Mientras las hojas tiernas y menudas
 Despunta de la yerba tocada
 Que al fin leve rumor el cuello enhiesta,
 Y vuelve las agudas orejas
 Orejas, y la frente pavorosa
 A la vez salvaje la foresta,
 Do con alada planta voladora
 Se embosca, y dexa al cazador burlado,
 Tal su ligero curso amedrentado.
 Siguió mi amada Ninfa al mismo instante
 Que me miró delante.
 ¡Ó bella fingida, á quien el alma adora!
 Entonces dije, y me arrojé tras ella,
 Detente, aguarda agura,
 Del enemigo es justo que se huya,
 No del amante; que la gloria sea
 Ha pasado en adorar tu imagen bella;
 Tras ti me llevas del amor vencido
 Y no de tus agravios persuadido:
 Ya que matarme tu soberbia quiere,
 Permite solo que á tus ojos muera.
 Mas ay! que en vano pido
 Te duelas de mi daño, pues tampoco
 Sientes el tuyo; Ninfa, céntral carreras
 Mira que ofende el áspero camino
 Tus blandos pies, reporta la huida,
 Que yo te seguiré mas poco á poco.

En quanto así la voz enternida

Convierto á moderar su desatino
Ella cesforzando el corazon medroso,
Penetra el bosque, y á lo mas fragoso
Y oculto el curso aplica;
Los arboles al verla enamorados,
Ó ya de mi dolor compadecidos,
Parecen que se oponen á encontrarla,
O bien á contemplarla.
Eco mis voces con afae replica,
Las broncas peñas mi dolor sentian.
Lleva mi Ninfa al viento derramados
De modo sus cabellos y tendidos,
Que en torno al bello rostro parecian
Los rayos puros de Titan dorados.
He aquí mientras sin orden se esparcian
Las hebras de oro por el aura helada,
De un sauce humilde en los hojosos brazos
Se marañaron los hermosos lazos,
Y de mi Ninfa amada
Embarazaron algo la carrera;
Ella, al sentir su estorbo, de manera
Alzó la voz con alarido al cielo,
Que porque menos el dolor sintiera,
Sin la seguir me derribé en el suelo;
Diciéndole: ya, Ninfa, no te sigo
Sino con sola el alma enamorada;
El alma llevas, y no mas contigo,
Modera tu violencia acelerada:
O ya si el peso rehusar pretendes,
Déxame el alma, y huye descansada.
Mas no porque mi voz lo asegure,
Y lejos bien distante me quedase,

Un punto quiso detener sus plantas,
Ni perdonar la ofensa á su cabello;
Antes cargando la cabeza y cuello
Acia adelante con ahinco y fuerza,
Dexa perdidas de sus hebras, quantas
Le pudo arrebatár la rica rama,
Y mas furiosa su carrera esfuerza
Abriendo el paso entre la yerba y grama.
De mi burlada vista al fin se aleja,
Los arboles la esconden, y me dexa,
Qual queda el can liviano, que seguia
A la veloce liebre en la fragosa
Sierra, donde ella pudo cautelosa
Torcerse entre las matas, y quebrarse;
El ya que de cobralla desconfia,
Descuida el pie ligero, y sin cansarse
Contempla solo la difícil via
Y el rastro que dexó por los breñales
De su belluda piel, quando huia
La astuta liebre á saltos desiguales.

Asi quando perdi la Ninfa mia
Me fuí yo triste al ramo venturoso,
Do estaban sus cabellos enlazados,
Y dixe lamentándome quejoso
¡O lazos! dulce anuncio á mi severa
Muerte, y á executalla conjurados,
Despojos de la prenda á quien adoro!
Bien pudo suspenderse mi carrera
Por vuestro honor, qual su volátil planta
Detuvo, atenta el oro
La codiciosa virgen Atalanta,
No es oro el vuestro de menor tesoro:

Máquina excelsa , al cielo convecina,
Tanto mas cerca atiende á su ruina,
Tanto mas cerca al rayo del Tonante.

Consumirá en los jaspes su tesoro
Y consumidos de la propia suerte
Ellos serán en término ligero.

Y por ventura entre alabastros y oro
Del alto capitel , verá su muerte
Pobre y desnudo el sucesor primero.

LA BATALLA NAVAL

DE LOS DE CESAR CONTRA LOS GRIEGOS
DE MARSELLA.

*Descrita por Lucano en el tercero libro de
su Farsalia , y transferida á
nuestra lengua.*

Sobre el marino campo el roxo Apolo
Tendió su luz flamante una mañana,
Libre de nubes , y sereno el Polo
Su manto á partes retocaba en grana:
Ató los vientos el soberbio Eolo
Al Euro , al Noto , al Cauro , y Tramontana;
Y sosegando el mar su movimiento,
En calma estuvo á la batalla atento.

Quando sus remos á la par tentaron
Entrambas flotas , y en igual concierto
De Estécade los Ítalos zarparon,
Y los Grecianos de su patrio puerto;

Con la violenta boga rechinaron
Los bien travados troneos, y cubierto
Quedó de espuma el piélago estendido
De los continuos golpes sacudido.

Pues ya que en medio de las dos armadas
Un espacio de mar tan corto habia,
Que en dando los remeros dos brazadas,
Una con otra flota se embestia;
Las voces á los ayres derramadas
Alzan tan sordo estruendo y griteria,
Que ni se escucha el remo, ni la trompa,
Por mas que el mar y viento azote y rompa.

Entonces carga el pecho el bogavante,
Los brazos tiende, y en su remo estriva:
Luego esforzando el pulso y la pujante
Espalda, sobre el banco se derriba:
Las proras, al encuentro resonante,
Resurten sesgas por el agua arriba,
Y allí la flecha y lanza revolando,
Y el dardo auyentan uno y otro vando.

Volando encubren la superna esfera
Las hastas, y cayendo la marina:
Las naves se revuelven, y se altera
El órden con la brega repentina:
Qual de la armada se retira afuera,
Y qual á su adversario se avecina,
Qual va girando á torno, y qual deshace
Los sulcos, que la nao contraria hace.

Son ágiles y prestas las Grecianas
Fustas, al embestir y al retirarse:
Del timon se gobiernan mas livianas,
Y en breve cerco intentan rodearse:

Con mas pesado rumbo las Romanas
Procuran en valor aventajarse,
Que á semejanza de la firme tierra,
Son aptas para el uso de la guerra.

Dixo por tanto Bruto al vigilante
Piloto: ¿por ventura en ligereza
Compites con el Griego navegante,
Y con sus mañas y sagaz destreza?
No sulques, no, las ondas vacilante,
Atiende á la batalla con firmeza,
Y de través opon los vasos nuestros
Contra sus barcas y baxeles diestros.

Mostró el piloto obedecerle, y fueron
Todos atravesando su navío:
Las fustas enemigas embistieron,
Como acetando el nuevo desafío;
Del propio encuentro algunas se rompieron,
Las otras por el Ítalo gentío
Entre cadenas fueron enlazadas,
Y con agudos garfios aferradas.

Así dos flotas, la Romana y Griega,
Formaron un tablado espeso unido;
Y suelto el remo, la naval refriega
Fué, y el combate rígido encendido:
Ya nadie al viento su rejon entrega;
Ni ofende ya de lejos despedido
El dardo, ó lanza, mas la espada aguda
Rostro con rostro á batallar desnuda.

Al bordo cada qual se acuesta y carga
De su fragata; y al contrario vando
El brazo y mano rigurosa alarga,
Mortales golpes recibiendo y dando:

Del áspero combate el agua amarga
Hierva en espumas rojas, y nadando
Lleva los miembros y cabezas sueltas,
En sangre helada eiegamente envueltas.

Ya el número de muertos y anegados,
Que ve sobre las ondas cada nave,
Impide que se junten sus costados,
Por mas que el garfio los aferre y trave:
Algunos medio vivos y cansados,
Sostienen con el alma el cuerpo grave;
Bebiendo á su pesar la espesa copia
Del mar, mezclado de su sangre propia.

Así bebiendo el mar, el mar los traga:
Y otros, que su baxel cascado miran,
Antes que se rehunda, ó se deshaga,
Al agua saltan, y á vivir aspiran;
Qualquiera flecha, ó lanza ofende y llaga,
Que allí los Griegos y Romanos tiran;
Pues aunque al agua, errando, se derribe,
Hay cuerpo, que su golpe en sí recibe.

Dos fustas de Marsella contrastaban,
Una de César, y en igual porfia,
Por sus costados ambos la acosaban,
Y ella con ambas sola contendia,
Y en quanto la vitoria dilataban,
Tago, Latino, insigne en osadia,
Probó á estender el brazo temerario,
Y asir las jarcias del baxel contrario.

Quando en su espalda y pecho repartidas
Dos lanzas á la par lo atravesaron,
Y al medio de su cuerpo introducidas,
Las puntas aceradas se encontraron:

Dudó la sangre á cuál de las heridas
Pudiera acometer, y al fin lanzaron
Entrambas bocas dos iguales fuentes,
Y el alma en partes rota diferentes.

Gobierna entre las ondas su madero
Telon, un Griego, que chalupa alguna
No vió jamás tan diestro marinero,
Ni tan cursado en la naval fortuna:
Juzgaba siempre el tiempo venidero
Solo mirando al rostro de la luna,
O al sol; y anticipada resolvía
La vela, donde el viento requería.

Este ya dexa abierto en la marina
Un vaso, que embistió con su pujanza,
Quando de lejos llega repentina
Á barrenar sus pechos una lanza,
Huye volando el alma, y la vecina
Muerte le ocupa su vital estancia;
La nave, sin piloto sobrestante,
Discurre entre las ondas vacilante.

En cuyo vaso vagabundo, y falto
Ya de gobierno, un diestro marinero
Se apresuró á saltar desde lo alto
De su fragata, en ademan ligero,
Y un dardo agudo, en la mitad del salto,
Su espalda atravesó, y el fuerte acero
Clavó en las tablas, que topára enfrente,
Dexando al Griego de la nao pendiente.

En el conflicto de la guerra armados
Asisten dos hermanos, que nacidos
Ambos de un parto, á diferentes hados
Fueron por varia estrella conducidos;

Causaban grato error á los burlados
Padres , porque sus rostros parecidos
Eran de modo , que el mortal y agudo
Acero solo distinguirlos pudo.

Pudo la muerte , reservando al uno,
Al otro arrebatár su semejante,
Tal , que los padres , sin engaño alguno,
Verán distinto al único restante,
Donde el llanto renueven importuno
Con perpetuo dolor perseverante,
Siempre mirando el natural trasunto
Del miserable hermano ya difunto.

El uno de los dos con muestra osada
Asió una caravela del Romano,
Y al punto un golpe de ligera espada
Á cerca le cortó la diestra mano;
Aquella con sus nervios aferrada
Quedó , y asida de la barca en vano,
Y en el ilustre pecho del mancebo
Creció nueva arrogancia y vigor nuevo.

Y á al uso de las armas aplicando
La fuerte izquierda , á la batalla atiende,
Y de la fusta el cuerpo derribando,
Cobrar su mano dividida entiende;
Quando un alfange del opuesto vando
Tras él con feroz ímpetu descende,
Que tambien la siniestra vengativa,
Y el brazo desde el hombro le derriba.

Ya que privado de regir se mira
Espada , ó lanza , ni acerado escudo,
No se recoge adentro , ó se retira,
Ni al hado rinde el corazón sañudo;

Mas sin dexar el puesto, ardiendo en ira
Expone el pecho á nueva lid desnudo,
Donde á su hermano guarda y lo defiende,
Que á sus espaldas por igual contiene.

Plantado y vuelto al enemigo asiste,
Y como firme y sólida trinchera,
La flecha, dardo y lanza allí resiste,
Porque á ninguno de los suyos hiera:
Las muchas llagas de su cuerpo triste
Ya le compelen á que espire y muera;
Mas él su poca sangre y poca fuerza
En sí recoge, y á vivir se esfuerza.

Sostuvo el alma el joven temerario,
Mientras saltaba en su enemiga nave,
Por ofender siquiera al adversario.
Con solo el peso de su cuerpo grave:
La nave ya, del ímpetu contrario
De Griegas proras, todo leño y trave
Mostraba poco firmes, y cubiertos
Sus altos bordos de los hombres muertos.

Así que la oprimió con su añadida
Carga, el osado salto repentino,
Del agua por sus quiebras recibida
Se hinche, y tuerce al fondo su camino;
La mar propinqua, en cerco removida,
De espuma forma un ancho remolino,
Ábrese recibiendo la chalupa,
Y luego el puesto, que ella dexa, ocupa.

Hubo portentos raros aquel día:
Sus garfios los Romanos aventaron,
Creyendo de aferrar una saetia,
Y en vez de aquella, á Lísida enclavaron:

Por le salvar , sus Griegos á porfia-
Le asieron ambos pies , luego tiraron
El cuerpo asido de contrarias partes,
Hasta que le troncaron en dos partes.

Toda su sangre entonces desprendida
Por toda vena , el piélago manchaba,
Y la porcion buscando dividida
Del cuerpo y del espíritu , saltaba:
De los ultimos miembros desasida
Fué en breve el alma; y donde se alojaba
El corazon y entrañas , se entretuvo,
Y allí gran rato batallando estuvo.

De un griego vergantín toda la gente
Por ir á defender el diestro lado,
Dexó el siniestro bordo enteramente,
Sin consideracion , desocupado:
La mal partida carga de repente
Vuelca el ligero casco , y trabucado
Ya el árbol nada , y la carina y suelo
Es techo de las ondas , vuelto al cielo.

Viva la gente en ciega sepultura,
Al fin rablando perecer espera,
Sin que los dexé su caverna oscura
Tender los brazos por el agua afuera.
Trazó una estraña muerte la ventura
De un Ítalo mancebo , injusta y fiera,
El qual iba nadando , y dos canoas
En medio lo encontraron con las proas.

En cuyos espolones suspendido,
Bramando pereció , sin que estorbáse
Su cuerpo y duro nervio entremetido,
Que una con otra punta resonase,

Abierto el vientre, el corazón partido,
Le provocaron ambos vomitase
La espesa tinta de su sangre, á vueltas
De las entrañas con el alma envueltas.

Ya que esparcidos uno y otro vaso,
Cayó el mezquino entre las ondas muerto,
Hallaba puerta el mar, y franco el paso
Por la gran boca de su vientre abierto.
Otro baxel por mísero frascaso
Se vió hundir, y procuraba experto
Rompiendo el golfo cada buen soldado,
De un barco amigo socorrerse á nado.

Alzaban con ahinco y agonía
Sus manos á las xarcias y madera,
De cable, ó remo cada qual prendia
Segun salvarse de la muerte espera;
Mas la embarcada chusma, que temia
Henchir de nueva carga su galera;
Los brazos les cortaban desde arriba
Con furia de enemigos excesiva.

Así quedaban de la nao colgando
Los brazos, cuyo cuerpo desasido
Se descolgaba de sus manos, dando
De espaldas sobre el golfo aborrecido,
Luego los simples troncos rehilando
Andaban por el piélago estendido,
Que en breve sustentarlos no podia,
Y en su profundo seno los sorbia.

Fué extraño de mirar, quando faltaba
Ya el dardo, ó flecha á la guerrera gente,
Cómo el furor y cólera inventaba
Mil ofensivas armas de repente:

Este el fornido remo levantaba,
Aquel la entena misma, y ciegamente
Ótro desembrazaba los enteros
Bancos, atropellando á sus remeros.

Y aun hubo algunos, que sin armas viendo
Su diestra en lo postrero de la vida,
Sacaron de sus llagas el horrendo
Hierro, y el hasta, y dando su homicida,
Y con esfuerzo y ánimo estupendo
Tapaban con la izquierda la herida;
Guardando así la sangre en su pujanza,
Por dar mas fuerza al tiro de la lanza.

Mas mientras se contiene y se milita,
No se vió tan mortífero cosario
Contra las naves, como la infinita
Copia del fuego, su mayor contrario,
Que en hachos aplicado de esquisita
Forma, y compuestos de betumen vario,
Ardiendo se arrojaba, y al momento
Las urcas le prestaban alimento.

Arde la pez, y líquida se inflama
La cera asida de la tabla y brea,
Sin que á extinguir la resonante llama
Bastante el colmo de las ondas sea;
Antes quando se rompe, y se derrama
Un barco en partes, el azufre y tea
Conserva el fuego, y en igual estruendo
Van los pedazos por el agua ardiendo.

Al mar se arroja entonces diligente
Huyendo el fuego de su lancha el uno;
Otro se abraza de la tabla ardiente
Por defenderse del atroz Neptuno;

Que en riesgos tantos la infelice gente,
 Aunque es forzoso padecer alguno,
 Siempre aborrece, y huye la fiereza
 De aquella muerte, que á morir empieza.
 Los que en el alto piélago nadando
 Se hallaban, á lo menos ofendían
 Con dardos, que á la armada de su bando,
 Del golfo recogidos ofrecían;
 Y alguna vez rabiosos estribando
 Mal sobre el agua floxa, despedían
 Hacia el contrario la mojada lanza
 Con pulso incierto, y falto de pujanza.
 Si para contrastar al enemigo,
 Hasta ninguna por el agua hallaban,
 El agua misma á funeral castigo,
 En vez de agudas armas, aplicaban:
 Porque abrazando cada qual consigo
 A su contrario, al fondo se calaban,
 Alegres de comprar (¡cuidada suerte!)
 La agena á costa de su propia muerte.
 En este modo de matar violento,
 Tosco Greciano á todos excedia,
 Búzano, que en el agua el vivo aliento
 Por un espacio largo entretenia,
 Y á escudriñarle su arenoso asiento,
 Como veloz delfín, se zabullia,
 Á veces destrabando la ferrada
 Ancla, en el centro de la mar hincada.
 Éste fué de mil hombres homicida,
 Hundiéndose con ellos abrazado,
 Y luego tras la oculta zabullida,
 Tornando arriba salvo y descargado;

Mas una vez él mismo á la salida,
 El mar halló de barcas ocupado,
 Y allí fatigando su nadar esperto,
 Quedó debaxo de las ondas muerto.
 Algunos en el agua pereciendo,
 Por desigual venganza se arrimaron
 A su enemiga nao, y el remo asiendo,
 Su apresurado curso embarazaron.
 Así en la brega militar muriendo,
 Todos vengarse al menos intentaron,
 Y que su sangre y vida se vendiese.
 Quanto costosa cada qual pudiese.

Tirrehó, valentísimo Romano,
 Jugando estaba de su limpio acero,
 Quando le vido Lígdamo, Greciano,
 De dardo y honda el tirador primero.
 Allá le enderezó con diestra mano
 Una pelota el bárbaro guerrero,
 Que le acertó en las sienes, y sangrientos
 Los ojos le ausentó de sus asientos.

Tirreno entonces á la grave ofensa
 Queda, y al golpe, atónito de suerte,
 Que sus tinieblas ya recela, y piensa
 Ser triste efecto de la propia muerte:
 Mas como vuelve en sí, y á la defensa
 Aun reconoce pronto el pecho fuerte,
 Alza la dura faz manchada y ciega,
 En tanto que á los suyos habla y ruega:

Amigos (dice) como ya asestado
 Poneis un ballestón á lejos trecho,
 Así no menos vuelto y aplicado
 Al enemigo me poned el pecho:

Siquiera por mis brazos aventado
Será algún dardo á término derecho,
Haciendo en tanto que la vida acabe.
Lo mas que en mi valor y fuersas cabe.

Y aun algo entiendo aprovecharos muerto,
Porque burlando al esquadron villano,
Qual hombre vivo, mi cadaver yerto
Será flechado de su gente en vano.
Dixo, y en su chalupa descubierta
Luego desembrazó con ciega mano
Un hasta al enemigo, la primera,
Con ciega mano sí, pero certera.

Recibe el golpe el delicado y blando
Pecho del joven Argos de Marsella,
Y sobre el hasta el cuerpo derribando,
Ayuda él mismo á atravesarse en ella:
Su padre, que morir le está mirando
De lejos, por los bancos atropella,
Sin que la chusma el paso le embarace,
Hasta do el hijo agonizando yace.

Este, quando mancebo, competia
En entender y usar de la robusta
Guerra; con quantos de su tiempo habia,
Y así de la palestra y de la justa:
Y aun hoy, que á su vigor y valentía
Los años vencen, de las armas gusta,
Y entre los suyos debil y cansado:
Sirve de exemplo ya, no de soldado.

Viendo á su hijo el mísero no pudo
Batir sus pechos; ni bañar en llanto
Sus tristes canas; mas helado y mudo
Quedó un espacio de dolor y espanto:

De la terrible angustia el golpe agudo
Turbó la vista de sus ojos tanto,
Que al fin desconoció la para frente,
Y el rostro amado del doncel presenté.

Alza sin fuerzas la cabeza y cuello
Lánguido entonces, y á su padre mira
El pálido garzón, y al donocello
Hablar no puede y tócido suspira;
Las señas mudas de su rostro bello
Piden, en tanto que la vida espira,
Los paternales últimos abrazos,
Ansioso el joven de mover los brazos.

Mas despertando el viejo, y de su parte
Fuerzas cobrando su dolor mas fiero,
Argos, perdona (dice) si negarte
Puedo mis brazos á tu fin postrero?
Fáltame corazon para mirarte
Difunto en ellos, moriré primero
Que tu vital espíritu despidas,
Pues hierve aun viva sangre en tus heridas.

Por el anciano pecho, mientras dixo,
Vieron su espada misma atravesarse,
Y al fin porque su muerte á la del hijo
Pudiera sin estorbo anticiparse,
Quiso, abreviando su vivir prolixo,
En las marinas ondas anegarse:
Dió el cuerpo al agua, de morir contento,
Y luego el alma desatada al viento.

Ya ofrece la vitoria (que dudosa
La tuvo largo espacio el fiero Marte)
A los Romanos palma gloriosa,
Y vencedor tremola su estandarte:

Los Griegos vasos , de la lid furiosa;
 Parte encendidos , y anegados parte,
 Dexan cautiva la restante armada,
 Y de Latinas armas ocupada.

Fué inmenso el llanto , y plaga lastimera
 De la ciudad aflicta y dolorida;
 La gente inmensa , que del muro afuera
 Sale , y al mar concurría desparcida:
 Del hijo ya la madre en la ribera
 Busca la ciega faz desconocida:
 Otras , en vez de esposos y de hermanos,
 Por yerro abrazan cuerpos de Romanos.

Un padre allí con otro contendia
 Sobre un cadaver ya deforme y fiero,
 Y cada qual por hijo le encendia
 Su pira , en muestra del honor postrero.
 Bruto Romano en la naval porfia
 Venció el Griego valor , y fué el primero
 Que sobre el mar , con próspera victoria,
 A Cádiz aumentó renombre y gloria.

OCTAVAS

EXTRACTADAS DEL ORFEO, *

Gozaba juvenil el Tráce Orfeo
De libre edad la primavera ociosa,
Dando á sus años regalado empleo.
La lira dulcemente numerosa:
No al vínculo legal del Himeneo
Afectos cede, ni á la Cipria Diosa,
Qual si anteviera el ánimo preságo.
Ya por su medio el venidero estrago.

Mas entre las beldades que atropella,
De inquieta llama causador y esento,
Fué la excepcion Eurídice mas bella,
Que impuso apremios á su libre intento:
Ama vencido el que imperaba, en ella,
Juzga felicidad el vencimiento:
¡Ay cuántas veces aduló engañosa
La desdicha, con máscara dichosa!

En la Ninfa gentil toda belleza
Su imperio ostenta, explica su tesoro,
Cielos cifra su rostro, su cabeza
Vierte sobre los hombros lluvias de oro:

* Las extravagancias y afectacion de estilo, que deslucen generalmente este poema, no permitian insertarle entero; por lo qual se han extractado los mejores trozos que tiene; procurando que en ellos la narracion guarde alguna consecuencia.

Allí el alhago , y virginal terneza
Gozo prometen y originan lloro:
Allí entre flores de vivaz semblante
Acónito mortal gustó el amante.

Émulo varonil , hermoso opuesto
Fué el joven de la Ninfa generosa,
Donde el mérito pudo contrapuesto
Solicitar la union mas amorosa:
Un pecho y otro á dominar dispuesto
Emprendió la victoria presurosa,
Mas á un tiempo , en amar , no precedidos
Se hallaron vencedores y vencidos.

Cautelar pudo al advertido esposo
(Mas al amor la providencia implica)
De azares el concurso temeroso,
Que ya en su boda breve llanto indica.
No asiste Juno , no loquaz y ayroso
El Dios nupcial su ceremonia explica;
De obscura antorcha , con desórden ciego
Arde en su mano , reluchando el fuego.

Despues quando la dulce , prevenida
Hora nocturna al tálamo los llama;
Y á ocultos regocijos encendida
Luz grata admiten el amante y dama;
Procedido de causa no advertida
Súbito impulso arrebató la llama:
Ni el discurrir contra el anuncio fiero,
Halló evasion á desmentir su agüero.

Así temió en su origen la mudanza
El fiel consorcio que repugna el cielo:
Serenidad infiel cuya bonanza
Siempre asaltaron ondas de rezelo.

Nunca allí se enteró la confianza,
 Nunca total prevaleció el consuelo,
 Bien que ignoraban siglos anteriores
 Tan regalado exemplo en amadores.

¡O cuántas veces él, si la belleza
 De Euridice describe en dulce canto,
 Pudo en sus ojos la interior tristeza
 De incierto origen provocar el llanto!
 Turba la voz su liberal destreza,
 Embaraza á la Ninfa un tierno espanto,
 Viendo del son la repugnancia ingrata,
 Que empieza elogio, y llanto se remata.

Si en diversion alegre el florecido
 Campo les presta deleytable asiento,
 De ave siniestra el lúgubre gemido
 Su gozo altera con infausto acento;
 Uno y otro en el ánimo ofendido
 Dolor escribe, y simulando aliento,
 De su verdad y engaños daban señas:
 Llorosa risa, ó lágrimas risueñas.

Bastardo incendio de garzon lascivo
 Mientras vagaba en placida floresta,
 Quiso vencer sacrilego el esquivo
 Justo desden de Euridice modesta:
 La defensa encomienda al fugitivo
 Curso la Ninfa temerosa, presta,
 Y agravios juzga del ausente Ofseo,
 Que el pie no se adelante á su deseo.

Sigue su veloz huella el torpe amante
 De su insano apetito estimulado;
 Ella en su casto intento mas constante
 A par del viento vuela por el prado,

Al joven precediendo muy distante
Y aunque le mira ya tan alejado,
No interrumpe su curso presuroso,
Hasta llegar á brazos de su esposo.

En quanto el miedo cauto diligente,

Apresurar la obliga su carrera
Imprevista mortífera serpiente,
Con planta (¡ay infeliz!) holló ligera;
Hiere improviso el venenoso diente
La eburnea tez, y su candor altera;
Letal contagio penetró en la herida
Hasta el íntimo centro de la vida.

Así desvaneció la flor hermosa,
Donde ya la beldad reynó lozana,
Donde mezcladas la azuzena y rosa,
Miraban con desden la nieve y grana;
En el consorte fiel la dolorosa
Nueva excedió la tolerancia humana;
Muerta la una parte de su vida,
De la que resta ser quiso homicida.

Hijo era noble el generoso amante
De la Musa mayor y el dios de Delo,
Que el furor le duplican elegante,
Con que el ingenio diviniza el vuelo:
El castalio licor tan abundante
Le inunda, que su labio alhaga el cielo,
Destinando á su verso en Elicona,
Febo siempre el laurel y la corona.

Tristezas canta que en el alma ofenden,
En metros tan acordes y suaves,
Que el vuelo y la carrera le suspenden
Condolidas las fieras y las aves;

Buscan su voz y su ténueza aprenden,
Los troncos yertos y los peñascos graves,
Las corrientes al métrico language
Se impelen con retrógrado viage.

Su inmensa actividad reconocida
Asunto ya de prodigioso espanto,
Pues los objetos sin sentido ó vida
Se animan al impulso de su llanto;
El joven que su industria reducida
Tiene á inquirir alivio al ciego llanto,
Contra la angustia que su paz destruye
Discurre arbitrios y vanidoso arguye.

Si el vigor (dice) de mi lengua puede
Rendir los bríos de incontinencia armados,
E introducir en el peñasco rudo
Racionales afectos animados;
¿Cómo en virtud de sus alientos, dando
(Aunque la fuerza impugne de los hados)
Si el Reyso inquieto del eterno luto,
Moverá piedad en Radámanto y Pluto?

A tanto examen su eficacia atreva
Mi doloroso canto, y ruego tierno.
Dice y comete á la experiencia nueva
El revocar su Euridice de Averno:
Solo intentada la estupenda prueba
A osados puede ser exemplo eterno,
Y niega executada (bien que en vano)
Su imitación al ardimiento humano.

En la fragosa Ténaro que inunda
El Lacónico ponto, en sitio cierto

Rudo taladro de canal profunda
 Rompe el terreno cavernoso y yerto
 Intensa breña con horror circundada
 El rasgado peñon, y esconde abierto
 Cóncavo tal, que á la tartárea estancia
 Por las entrañas del abismo alcanza

Tan denso allí de rústica madeja
 Asombra el sitio pabellon herboso,
 Que aun lo exterior á la caverna denaga
 De la estorbada luz siempre envidioso;
 Ni quando el sol á su zenit se aleja
 Allí introduce rasgo luminoso;
 Presta á la noche la caverna umbria
 Seguro lecho al despertar el dia

Desde que fabricó la vez primera
 Naturaleza el bosque, le aborrece,
 No le matiza de verdor, no altera
 Su tosca rama, ni sus hojas crece
 Quando repite Abril su primavera,
 Y en vario esmalte el prado reflorece,
 Allí le niega su dominio alterno,
 Siempre rehácio el escabroso invierno.

De ciegas ondas lago ponzoñoso
 Bate en la peña, y riega su boscage,
 Que al basilisco y aspid venenoso
 Aun fuera su licor mortal bresage:
 Humos exhala, que en el viento ocioso
 No otorgan á las aves hospedage,
 Y ellas buscan, huyendo el vapor ciego,
 Antes arder en la region del fuego.

Nunca en la breña la segur tajante
 Violó de añoso tronco seca rama,

Ni ple mortal, á los ojos del undante
 Lago imprimió jamás la espesa clamar del
 Previente el escarmiento al caminante, la nof
 La ya espacida voz que el sitio infama,
 Lejos se mira, y con espanto y miedo, Y
 El pie le huye y la demuestra el dedo.

De esta caverna á la estación tremenda
 El sobrado sentir como el Orfeo,
 Que aun el amor se admira de que emprenda
 Tan desesperada acción, mortabodesco:
 Ya pasas el lago, y por obliquia senda
 Al bosque arriba en aspero rodeo,
 Ya en los breñales que la cueva ofuscan,
 Posible entrada sus abentos buscan.

Riesgos tropella con audaz semblante,
 Anhelando desprecios de la muerte,
 Que si con ella lucha amor constante,
 Produce amor actividad mas fuerte:
 Aun hasta allí la voz del tierno amante
 Los peligros opuestos no divierte,
 Porque la causa que le impele á tanto,
 Deba mas á su esfuerzo que á su canto.
 Ya penetra en el margen de la sima,
 Que es del abismo estruendo primitivo,
 A la lira senante el plectro arrima,
 Y del ayre el vapor templado civo,
 El blando acento de la voz intima
 En las entrañas del peñasco vivo,
 Que antes solo admitieron en sus huecos,
 Del tartáreo gemir ásperos ecos.

Sale de sí el gran monte que apetece:
 Vecido el canto y como cresta goma,

Que en el tronco del árbol á parato,
 En cada arisco anexo ríese,
 Por el canal en torno inquieta crece
 La peña, que la voz ablanda y denota,
 Y tal se estrecha en las cavernas del Tacio,
 Que apenas halla á su camino espacio.

Horrible incendio, entre borrados dejes,
 Arroja luz infausta oscurbrosa,
 Mal retratando en horridos espejos
 La bruta faz de la region umbrosa.
 Rige el paso á los trémulos reflejos
 El joven y la indómita espantosa
 Habitación, que infausta le ocurría
 Vencer emprende en dulce melodía.

Al margen de Aqueronte, algo río,
 Tiene la voz mil sombras elevadas,
 En quien ya de la vida faltó el brío,
 Y existen aparentes y animadas.
 Todas atienden el baxel tardío,
 Y á prescrito lugar ser colocadas,
 Maravíllanse viendo al joven fuerte
 En el reyno espantoso de la muerte.

Llega á Aqueronte, y en su orilla espeta,
 Las cuerdas requiriendo y consultando,
 Vé la grosera barca á la ribera
 Opuesta conducir copioso bando:
 Del instrumento, y de la voz esmerada
 De nuevo entonces el acento blando,
 Gime la cuerda al rebatir del arco
 Y su gemido es rítoro del barco.

Resonó en la ribera tiempo escaso
 El canto que humanar las piedras suele.

Quando atras vuelve, y obedece al vaso,
 Mas á la voz, que al remo que le impele:
 La conducida turba, al nuevo caso,
 Se admira, se regala, se conduce,
 Y las réprobas almas con aliento
 Se juzgan revocadas del tormento.

Solo el piloto, rígido, concibe
 Furor, porque decrepito su oído,
 La suavidad sonora mal percibe,
 Y el baxel mira, discurrir, torcido;
 Mas antes que la prora al puerto arribe,
 De la dulce armonía persuadido
 Sintió la voz y con piadoso espanto
 También rindió su admiración al canto.

Templa la dura faz, descuida el remo,
 Y al prodigioso músico se humilla;
 Llega la barca al procurado extremo,
 Y en el alga tenaz hunde la quilla:
 Entra el amante y el lugar supremo
 Ocupa, en tanto que la adversa orilla
 Repite el leño, obedeciendo leve,
 Al cangro-piloto, que la mueve.

La armoniosa voz luego sepulta
 Al can trifauce en regalado sueño,
 Supliendo su eficacia y fuerza oculta
 Confecciones de miel y de beleño;
 En la ancha cueva de maleza inculta
 Se reclina, olvidada de su empeño
 La bestia inútil, y concede abierta
 Del reyno interno la difícil puerta.

Esta penetra y se adelanta el Tracio
 (Cuyo amor y valor igual compite).

Y el pie dirige al íntimo palacio;
 Que al de Jove emulando alberga á Dite;
 Mira á la diestra en dilatado espacio;
 El gremio Eliseo, que feliz admite
 Posesores heroicos, nobles almas
 Que ornan su frente vividoras palmas.

Bien presume de Euridice el amante
 Que allí inmortal su domicilio alcanza,
 Y allí le impele con fervor constante
 Impetu opuesto á la sagaz templanza:
 Mas el pie revocando vacillante,
 En el temor suspende la esperanza,
 Teme, si entra los límites ajenos,
 Que atreviéndose á mas consiga menos.

Vencer antes propone compasivo
 (Tanto en vigor de sola voz emprende)
 La gran deidad, de cuyo censo activo
 El infero gobierno unido pende:
 La vista encumbra al edificio altivo
 Y á su muralla, y puerta el paso tiende,
 Quando admirado vé, y admira tierno
 El mas bronco espectáculo de Averno.

Ve en siniestro lugar el espantoso
 Presidio, y posesiones del tormento,
 Donde es lago la tierra lagrimoso,
 Y á los gemidos incapaz el viento:
 No consintió la lira el arco ocioso,
 Ni se negó la voz al instrumento,
 Que serendaron dulcemente unidos
 La tempestad horribil de aullidos.

Sísifo que su cargo ha fenecido
 Tantas veces, y nunca le fenecé,

Porque el peso del hombre caído,
 Vuelve á subir, y el padecer
 Ya se reusa el mico, y el dolor
 Y el que el primer dolor, la cosa es
 Suspendiendo la vida, y el dolor
 Y al buitar, también, que de vera.

En el dolor, y el dolor
 El que, de Juan, amante insano,
 Cuando volvió al rigor, el amor
 Queriendo, el amor, el amor
 Así, el amor, el amor
 Aspera, el amor, el amor
 Pierde la vida, y el amor
 Se viene, el amor, el amor

Con humillada adoración se inclina
 Al Rey feroz que arde de aspe
 De inquietos ojos, y el amor
 Rayos de ira eclipsados en tristezas
 Obsequio no menor á Proserpina
 Rinde, y coge atento en su belleza
 Que silenciosa otorga á ignorado
 Ruego lo que le niega el Dios turbado
 Dime, que lloró cantando Orfeo, y
 Y los efectos de su ruego, y Musa
 Cuando su voz seguida del recreo
 Fue en el palacio cóncavo difusa,
 Y dulce consiguió mayor trofeo,
 Que acoró el duro resaca de Medusa
 Pues suspensión, á resaca, parecida,
 Da á las delicias, y á las piedras vida.

Numen del orbe y sus abisgos (dice)
 Que gozas con glorioso ministerio,
 Por feliz suerte y mérito felice,
 Igual con Jove el dividido imperio;
 Yo el mas de los humanos infelice,
 Desciendo á ti del Ártico emisferio;
 Si estoy vivo no sé, sé que la suerte
 Traxo mi vida al reyno de la muerte.

Mas quando viva muerto, ó muera vivo,
 Siendo estos miembros mi sepulcro humano,
 Ni aquí me induce presuncion de alivio,
 Ni curiosa ambicion de estudio arcano;
 No qual Tesco, ni Piritoo lascivo
 Tu afrenta inquieto conspirada en vano,
 Ni como Alcides, coronar espero
 Mis hazañas, robándote el cerbero.

Solo cobras mi espéticu: procuro
 En Euridice bella vinculado,
 En quien la muerte el esplendor mas puro
 Robó antepuesta á la intencion del hado;
 Quejas de amante (no del acero duro)
 Cercan mi pecho, á la conquista armado;
 El ruego humilde; el misero lamento,
 Por mis pentrechos bélicos presente.

Ya en la cerrena faz que alegra al cielo
 Contra la ausencia presumi industrioso
 Fingir alivio leve y no consuelo,
 Ó ser á mis tormentos poderoso;
 Yélame ardiendo en el sol, ardo en el yelo,
 El descanso me ignora, y el reposo;
 Quanto los hombres juzgan luz y dia,
 Es á mis ojos tempestad, sembrada.

Así aunque vine de región serena,
 Al negro castro no distingo horrenda,
 Y si juzgas mi osar digno de pena,
 Porque tus reynos penetre inferiores,
 Ya amor por su derecho me condena,
 No intimes á mi mal nuevos rigores,
 Que no me añadirá tu abismo ciego
 Ni tormento mayor, ni mayor fuego.

Tal causa solicita mi cuidado
 Que en lo amante se absuelve lo atrevido,
 Quanto mi acción te provee indignado
 Te merece mi mal compadecido:
 Ni á exceso debes referir sobrado
 El de amoroso impulso procedido,
 Que si culpas mi acción y mis extremos,
 En mí á los Dioses culparás supremos.

Por su Europa verás el gran Tonante
 En brutas pieles de animal extraño;
 Cisne despues, quando de Leda amante,
 Para lascivo ardor cándido engaño:
 Tú mismo (ó Ray) sin exemplar distante
 Ser puedes en mi abono desengaño,
 Quando excediendo esfuerzos de Mavorte
 Fué triunfo tuyo tu feliz consorte.

Yo imitando tu amor busco la mia:
 No impidas á tu empresa semejanzas,
 Á ti deba mis glorias la osadía
 Su posesion á ti mis esperanzas:
 Francos regresos el abierto día
 Nos permite; serán tus alabanzas,
 (Dando á la lira eternizado empleo)
 Unico asunto, única voz de Orfeo.

En quanto así dilataba el blando rugo,
 Toda aspereza de la faz destierra,
 Al bronco Numén y penetra luego
 Al corazón con la sonora guerra.
 Ya el Dios admite plácido sosiego
 Y al turbado rigor la entrada cierra,
 Ya domina en sus entrañas idra
 La primera piedad de humana queja.

Con semblante Prósperina Horoso,
 Desde el primer acento al canto oía,
 Sobrando al pecho femenino piadoso
 El vigor de la acorde melodía:
 A contrastar su inexorable esposo
 La intercesora voz apercibía,
 Mas no intercede, que su faz propicia
 Ya la piedad que procura la infamia.

El Rey justificando su gobierno
 Consultivo se vuelve á Radamanto,
 Vé al rígido ministro entonces aerno
 Que afecta disimulos contra el llanto:
 Leyes al fin deroga de su Averno
 Por conceder la súplica del llanto,
 Su efecto abrevia en diligente oficio
 Duplicando el valor del beneficio.

Al trópel de ministros circunstantes
 Que le anticipan obediencia, ordena
 Se restituya Euridice al amante,
 Y ambos después á la región serena,
 Manda apenas el Dios, quando delante
 El bello origen de su gloria y pena,
 El Tráce mira, y dilatando el pecho,
 Aun á su gozo presta salvérgue estrecho.

Precetto fúnebre impuesta en ymo,
 (Pension ligera al sucesor de Ebo)
 No á pánico con terror humano
 La vista á sus ojos se dió Ebo
 Hasta que asiendo al viento el ala,
 A cuyas lúes con aliento suyo
 Gocen albagos, que jamás permito
 La severa región de Dios.

Seguid, pues, de la inocente bella

El prodigioso vencedor,
 Ya retrocede la triunfante hueste,
 Y espanto aumenta al reino de los muertos.
 Festivo elogio en su de la guerra
 Consagra al Dios reconocido el canto,
 En himnos dedicando al beneficio,
 La gratitud sonora sacrificio.

El músico infeliz reconocía

Estremos ya de la suprema entrada,
 Y si el efecto no y la fantasta
 Gozaba el fin de la triunfal jornada,
 Rindióse á recelar si le seguía
 Su prenda del abismo revocada,
 Ó si en los riscos de la sima acaso,
 Obliquia senda la retarda el paso.

Furbó el rezeló acciones al sentido,

Cegó prudencias al discurso inquieto,
 Tal que introduxo á la memoria olvido
 Que violó de Plutón el gran precepto:
 Vuelve la vista (¡ay triste!) inadvertido,
 Y apenas mira el procurado objeto
 Que anhelando los ojos su presencia;
 Siglos fulminan de horosa ausencia.

Sigue entre fuegos, truenos y temblores
 Lóbrego húbol en apariencia ingrata, noisned)
 Que á los horrores añadiendo horrores, ñ o'z
 Por las fauces del Oreo se dilata: ñ nely f l
 En sus humos envuelvis voladoras cap atash -
 A Euridice y bramando la arrebatas, go A
 Como en turbado mar con furia ochita, oco O
 Errante leño el Curacas sepulta, ñ nely f l
 Delvanece con impetu las damas, ñ nely f l
 Y en quanto sigue la profunda ceja, ñ nely f l
 Con altas quejas dá la suerte infama, ñ nely f l Y
 Clamores tristes al amante envia, ñ nely f l Y
 Huye al centro la voz que en vano clama, ñ T
 Mas y mas debil cada vez se oia, ñ nely f l
 Oye el Tráce (ó le informa su desca), ñ nely f l
 Lánguido el nombre repetir de Orfeo. ñ nely f l
 Por seguir y llamar su fugitiva. ñ nely f l
 El pie intenta mover, y lengua muda, ñ nely f l
 En el terreno aquel temblando estriva. ñ nely f l Y
 Esta su voz á la garganta amuda, ñ nely f l
 Al sobresalto al fin la primitiva ñ nely f l
 Fuerza quebranta, y de su muerte en duda, ñ
 Tras las nieblas fugaces y veloces ñ nely f l
 Pasos esparce intrépidos y voces. ñ nely f l
 Del gran dolor á la inelemencia fiera
 Se entrega; y provocando en sí la ira, ñ nely f l
 Aun el tormento procurar quisiera ñ nely f l
 Quando autor de su pérdida se mira;
 Revuelve de Aqueronte á la ribera,
 Y forma acentos rudos á la lira,
 No obedeciendo en el turbado llanto
 La cuerda al plectro, ni la voz al canto.

Ni quando recupere al fin amante
 Su actividad sonora no oprimida,
 Será á sonar su voz bastante
 Segunda vez al Báratro ofrecida:
 Dará su labio y y cítara sonante
 Gozo al dolor , á los peñascos vida;
 No así podrá piadoso ni obstinado
 Firmes decretos revocar del hado.

NOTICIAS DE DON JUAN DE JAUREGUI.

Se ignora en qué año nació, aunque consta que fué natural de Sevilla. Tampoco se sabe donde pasó la juventud, y solo parece que vivia en Roma en 1607; pues en este año publicó allí su traduccion del *Aminta* de Torquato Taso. Tal vez le llevó allá su afición á las Artes; pues cultivó la pintura de modo que logró mucha estimacion por ella. Fué caballero del hábito de Calatrava, y Caballerizo de la Reyna Doña Isabel de Borbon, primera muger de Felipe IV. Pasó en Madrid la mayor parte de su vida, sirviendo este empleo, y murió en la misma Villa por los años de 1650 siendo ya de mucha edad. Sus *Rimas* se publicaron en Sevilla juntamente con el *Aminta* en 1618. La *Farsalia* en Madrid en 1684, y con ella se reimprimió el *Orfeo* ya dado á luz en 1624.

DE DON LUIS DE GÓNGORA.

Al armamento de Felipe II. contra
Inglaterra

Levanta, España, tu famosa diestra
Desde el Frances Pirche al Moro Atlante,
En alpreco son de trompas belicasas
Haz envuelta en durísimo diamante
De tus valientes hijos feroz muestra
Debaxo de tus señas victoriosas;
Estas quexas flacamente poderosas
Tierras, naciones contra su fé armadas,
Al claro resplandor de sus espadas
Y á la de sus arneses fierá lumbré,
Con mortal pesadumbre
Ojos y espaldas vuelvan,
Y como al sol las nieblas se resuelvan:
O qual lá cera blándá desatadas,
Á los dorados luminosos fuegos
De los yelmos gravados
Queden como de fé de vista ciegos.
Tú que con zelo pio y noble saña
El seno undoso al húmedo Neptuno
De selvas inquietas has poblado,
Y quantos en tus Reynos uno á uno
Empuñan lanza, contra la Bretaña
Sin perdonar al tiempo has enviado;

En número de todo tan sobrado
Que á tanto leño el húmedo elemento
Y á tanta vela es poco todo el viento,
Fia que en sangre del Ingles Pirata
Teñirá de escarlata
Su color verde y cano
El rico de ruinas Oceáno:
Y aunque de lejos con rigor traídas,
Ilustrará tus playas y tus puertos
De vanderas rompidas,
De naves destrozadas, de hombres muertos.

Ó ya Isla católica y potente
Templo de fé, ya templo de heregia,
Campo de Marte, escuela de Minerva,
Digna de que las sienes que algun dia
Ornó corona Real de oro luciente
Cifia guirnalda vil de esteril yerba;
Madre dichosa y obediente sierva
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,
Ricos de fortaleza y de fé ricos;
Ahora condenada á infamia eterna
Por la que te gobierna
Con la mano ocupada,
Del uso en vez, del cetro y de la espada;
Muger de muchos y de muchos nuera.
¡Ó Reyna torpe, Reyna no, mas loba
Lividinosa y fiera,
Fiamma dal ciel su le tue treccie piova!

Tú en tanto mira allá los Otomanos
La Jonias aguas, que el Sicano bebe,
Sembrar de armados árboles y entenas,
Y con tirano orgullo en tiempo breve

Domando cuellos y ligando manos,
Y sus manos hiriendo las arenas,
Despoblar Islas y poblar cadenas.
Mas quando su arrogancia , y nuestro ultrage
No encienda en ti un católico corage,
Mira , si con la vista tanto vuelas,
Entre hinchadas velas
El soberbio estandarte,
Que á los christianos ojos , no sin arte
Como en desprecio de la cruz sagrada,
Mas desenvuelve , mientras mas tremola
Entre lunas bordadas
Del caballo feroz la crespa cola.

Fixa los ojos en las blancas lunas
Y advierte bien (en tanto que tú esperas
Gloria naval de las Britanas lides)
No se calen rayendo tus riberas,
Y pierdan el respeto á las columnas,
Llaves tuyas y término de Alcides:
Mas si con la importancia el tiempo mides,
Arma tus hijos , vara tus galeras,
Y sobre los castillos y leones,
Que ilustran tus pendones,
Levanta aquel leon fiero
Del tribu de Judá , que honró el madero;
Que él hará que tus brazos esforzados
Llenen el mar de bárbaros nadantes,
Que entreguen anegados
Al fondo el cuerpo , al agua los turbantes.

Cancion , pues que ya aspira
Á trompa militar mi tosca lira,
Despues me oirán , si Febo no me engaña,

El carro helado y la abrazada zona
 Cantar de nuestra España
 Las armas, los triunfos, la corona.

CANCIÓN II.

De la florida falda
 Que hoy de perlas borda la alba luciente
 Texidos en guirnalda,
 Trasláde estos jazmines á tu frente,
 Que piden con ser flores
 Blanco á tu seno y á tu boca olores.

Guarda de estos jazmines
 De abejas era un esquadron volante,
 Ronco si de clarines,
 Mas de puntas armado de diamantes;
 Púselas en huida,
 Y cada flor me cuesta una herida.

Mas, Clori, que he tejido
 Jazmines al cabello desatado,
 Y mas besos te pido
 Que abejas tuvo el esquadron armado:
 Lisonjas son iguales
 Servir yo en flores, pagar tú en panales.

CANCIÓN III.

¡Qué de envidiosos montes levantados,
 De nieves impedidos,
 Me contienen tus dulces ojos bellos!
 ¡Qué de ríos del yelo tan atados,
 Del agua tan crecidos

Me defienden el ya volver á vellos;
¡Y cuán burlando dellos
El noble pensamiento
Por verte pisa plumas, pisa el viento!

Ni las tinieblas de la noche obscura,
Ni los yelos perdona,
Y á la mayor dificultad engaña;
No hay guardas hoy de llave tan segura,
Que nieguen tu persona,
Que no desmientan con discreta maña;
Ni emprenderá hazafia.
Tu esposo quando lidie,
Que no la registre él, y yo no envidie.

Allá vuelas, disonja de mis penas,
Que con igual licencia
Penetras el abismo; el cielo: escalas;
Y mientras yo te aguardo en las cadenas,
Desta rabiosa ausencia,
Al viento agravian tus ligeras alas;
Ya veo que te calas
Donde bordada tela
Un lecho abriga, y mil dulzores zela.

Tarde batiste la envidiosa pluma,
Que en sabrosa fatiga
Vieras muerta la voz, suelto el cabello,
La blanca hija de la blanca espuma,
No sé si en brazos diga
De un fiero Marte, ó de un adonis bello:
Y anudada á su cuello
Podrás verla dormida,
Y él casi trasladado á nueva vida.

Desnuda el brazo, el pecho descubierto,

Entre templada nieve
Evaporar contempla un fuego helado,
Y al esposo en figura: casi muerta
Que el silencio le bebe
Del sueño, con sudor solicitado...
Dormid, que el Dios alado,
De vuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.

Dormid, copia gentil de amantes nobles,
En los dichosos nudos,
Que á los lazos de amor os dió himeneo;
Mientras yo desterrado, de estos robles
Y peñascos desnudos
La piedad con mis lágrimas grango:
Coronad el deseo
De gloria, en recordando;
Sea el lecho de batallas campo blando.
Cancion, di al pensamiento,
Que corra la cortina,
Y vuelva al desdichado que camina.

CANCION IV.

Vuelas, ó Tortolilla,
Y al tierno esposo dexas
En soledad y quejas:
Vuelves despues gimiendo,
Récíbete arrullando,
Lasciva tú, si él blando;
Dichosa tú mil vezes,
Que con el pico haces
Dulces guerras de amor, y dulces pazes.

Testigo fué á tu amante
Aquel vestido tronco
De algun arrullo ronco:
Testigo tambien tuyo
Fué aquel tronco vestido
De algun dulce gemido,
Campo fué de batalla,
Y tálamo fué luego,
Arbol que tanto fué, perdón el fuego.

 Mi piedad una á una
Contó, aves dichosas,
Vuestras quejas sabrosas
Mi envidia ciento á ciento
Contó, dichosas aves,
Vuestros besos suaves,
Quien besos contó y quejas,
Las flores cuente á Mayo,
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.

 Injuria es de las gentes
Que de una Tortolilla
Amor tenga mancilla,
Y que de un tierno amante
Escuche sordo el ruego,
Y mire el daño ciego:
Al fin es Dios alado,
Y plumas no son malas
Para lisongear á un Dios con alas.

CANCIÓN V.

Corcilla temerosa,
Quando sacudir siente

Al soberbio Aquilon con fuerza fiera,
La verde selva umbrosa,
O murmurar corriente,
Entre la yerba corre tan ligera,
Que al viento desafia
Su voladora planta:
Con ligereza tanta
Huyendo va de mí la Ninfa mia,
Encomendando al viento
Sus rubias trenzas, mi cansado acento.

El viento delicado
Hace de sus cabellos
Mil crespos nudos por la blanca espalda,
Y habiéndose abrigado
Lascivamente en ellos,
Á luchar baxa un poco con la falda:
Donde no sin decoro,
Por brújula, aunque breve,
Muestra la blanca nieve
Entre los lazos del ceturno de oro.
Y así en tantos enojos,
Si trabajan los pies, gozan los ojos.

Yo, pues, ciego y turbado,
Viéndola como mide
Con mas ligeros pies el verde llano
Que del arco encorvado
La saeta despide
Del Parto fiero la robusta mano;
Y viendo, que en mí mengua
Lo que á ella le sobra,
Pues nuevas fuerzas cobra,
Apelo de los pies para la lengua,

Y en alta voz le digo,
No huyas, Ninfa, pues que no te sigo.

Enfrena, ó Clori, el vuelo,
Pues ves, que el rubio Apolo
Pone ya fin á su carrera ardiente:
Ten de ti mesma duelo
Deponga un rato sola
El honesto sudor tu blanca frente:
Bastante muestra has dado
De cruel y ligera,
Pues en tan gran carrera
Tu bellissimo pie nunca ha dexado
Estampa en el arena,
Ni en tu pecho cruel mi grave pena.

Exemplos mil al vivo
De ninfas te pondria,
Si ya la antigüedad no nos engaña,
Por cuyo trato esquivo,
Nuevos conoce hoy dia
Troncos el bosque, y piedras la montaña.
Mas sirvate de aviso
En tu curso, el de aquella,
No tan cruda ni bella,
A quien ya sabes, que el pastor de Anfriso
Con pie menos ligero
La siguió ninfa, y la alcanzó madero.

Quedate aquí, Cancion, y pon silencio
Al fugitivo canto,
Que razon es parar, quien corrió tanto.

SONETOS.

I.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no envidiar aquel licor sagrado,
Que á Júpiter ministra el garzon de Ida;
Amantes, no toqueis, si quereis vida,
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado,
Qual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas que á la Aurora
Direis que aljofaradas y olorosas
Se le cayeron del purpúreo seno:
Manzanas son de Tántalo y no rosas,
Que despues huyen del que incitan hora,
Y solo del amor queda el veneno.

II.

Raya, dorado Sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El roxo paso de la blanca Aurora;
Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando, al esparcir tu nueva lumbre,
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora.
Para que desta vega el campo raso
Borde saliendo Flérída de flores:

Mas si no hubiere de salir acaso,
 Ni el monte rayes, ornes, ni colores,
 Ni sigas de la Aurora el roxo paso,
 Ni el mar argentes, ni los campos dores.

I. I. I.

Rey de los otros rios: caudaloso,
 Que en fama claro, en ondas cristalino,
 Tosca guirnalda de robusto pino
 Cifre tu frente y tu cabello undoso;
 Pues dexando tu nido cavernoso,
 De Segura en el monte mas vecino,
 Por el suelo andaluz tu real camino,
 Tuerces soberbio, rauda y espumoso
 A mí que de tus fértiles orillas el
 Piso aunque ilustremente enamorado,
 La noble arena con humilde plantas,
 Dime, si entre las rubias pastoreillas
 Has visto, que en tus aguas se han mirado,
 Beldad qual la de Clori, ó gracia tanta.

I V.

Hermoso dueño de la vida mia,
 Mientras se dexan ver á qualquier hora,
 En tus mexillas la rotada aurora,
 Febo en tus ojos, y en tu frente el dia;
 Mientras que con gentil descortesía
 Mueve el viento la hebra voladora,
 Que el Arabia en sus venas atesora,
 Y el rico Tajo en sus arenas cria;

Antes que de la edad Febo eclipsado,
Y el claro día vuelto en noche obscura,
Huya la aurora del mortal nublado;
Y antes que lo que hoy es rubio tesoro
Venza á la blanca nieve en su blancura;
Goza, goza el color, la luz, el oro.

ROMANCES.

I.

Famosos son en las armas
Los Moros de Canastel,
Valentísimos son todos,
Y mas que todos Hacen.
El Roldan de Berberia
El que se ha hecho temer
En Oran del Castellano
En Ceuta del Portugues.
Tan dichoso fuera el Moro,
Quan dichoso podrá ser
Si le bastára el adarga,
Contra una flecha cruel,
Que de un arco de rigor
Con un harpon de desden
Le despidió Belerifa.
La hija de Ali Muley.
Atento á sus demasias
En amar y aborrecer,
Quiso el niño Dios vendado
Ser testigo y ser jüez.
Miraba al fiero Africano

Rendido mas de una vez,
A una esperanza traidora
Y á un desengaño fiel:
Ya rindiendo á su enemiga,
Y entregandole á merced
Las llaves del albedrío,
Los pendones de la fé.
Mirábalo en los ramblares,
Ora á caballo , ora á pie,
Rendir el fiero animal
De las otras fieras Rey.
Y de la real cabeza
Y de la espantosa piel
Ornar de su ingrata Mora
La respetada pared.
Mirábalo el mas galan
De quantos Africa vé,
En servicio de su dama
Vestir morisco alquizel.
Sobre una yegua morcilla
Tan extremo en el correr,
Que no logran las arenas
Las estampas de sus pies:
Admirablemente ornada
De un bravo y rico jaez
(Obra al fin en todo digna
De artífice Cordovés)
Solicitar los balcones,
Donde se anida su bien,
Comenzando en armonía
Y feneciendo en tropel.
No le dió al hjo de Venus

El Moro poco placer,
Y detestando el rigor
Que se ufana contra él;
Miraba á la bella Mora,
Salteada en su vergel
De un cuidado que es amor,
Aunque no sabe quien es.
Ya en el oro del cabello,
Engastando algun clavel,
Ya á las lisonjas del agua
Corriendo con vana sed.
De pechos sobre un estanque,
Hacen que á ratos esten
Bebiendo sus dulces ojos
Sin hermoso parecer.
Admiradas sus cautivas
Del cuidado en que la ven,
Risueña le dixo una,
Y aun maliciosa tambien:
Así quiera Dios , señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas
De los muros de Xerez,
Como esa curiosidad
Es cuna (á mi parecer,)
De un amor recién nacido,
Que volará antes de un mes.
Sembró de purpúreas rosas
La vergüenza aquella tez
Que ya fué de blancos lirios,
Sin sabella responder.
Comenzó en esto Cupido

A disparar y á tender
La mas que mortal saeta,
La mas que nudosa red.
Y comenzó Belerifa
Hacer contra amor despues
Lo que contra el rubio sol
La nieve suele hacer.

I I.

Servia en Oran al Rey
Un Español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda Africana.
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Quando tocaron al arma.
Trescientos Zenetes eran
Deste rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas.
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas;
Y ellas al enamorado
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las caxas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para,

No salir es cobardía,
Ingratitud es dexalla...
Del cuello pendiente ella
Viéndole tomar la espada
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras.
Salid al campo , señor,
Bañen mis ojos la caña,
Que ella me será tambien
Sin vos campo de batalla.
Vestios y salid apriesa,
Que el General os aguarda,
Yo os hago á vos mucha sobra
Y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de acero el pecho
Y no habeis menester armas.
Viendo el Español brioso
Quanto le detiene y habla,
Le dice así : mi señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede , cumpla yvaya;
Vaya á los Moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
Concededme , dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.

III.

Entre los sueltos caballos
De los vencidos Zenetes
Que por el campo buscaban
Entre la sangre lo verde;
Aquel Español de Oran,
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve á el,
Y un Moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado
Capitan de cien Zenetes.
En el ligero caballo
Suben ambos, y él parece
De quatro espuelas herido,
Que quatro vientos le mueven.
Triste camina el Alarbe,
Y lo mas baxo que puede,
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el Español
De ver cada vez que vuelve,
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere;
Con razones le pregunta,
Comedidas y corteses,
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo como tal,

Sin escusarlo obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte.
Valiente eres Capitan,
Y cortés como valiente,
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta
Por quien soy, y por quien erea.
Yo nací en Gelves el año,
Que os perdisteis en los Gelves,
De una Berberisca noble
Y de un Turco Matasiete.
En Tremecén me crié
Con mi madre y parientes
Después que murió mi padre
Corsario de tres baxeles.
Junto á mi casa vivía,
Porque mas cerca muriese,
Una dama del linage
De los nobles Melioneses.
Extremo de las hermosas,
Quando no de las crueles,
Hija al fin destas arenas
Engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosuta,
Que se hallarán claveles
Mas ciertos en sus dos labios,
Que en los dos floridos meses.
Cada vez que la miraba

Salia el sol por su frente
 De tantos rayos vestido,
 Quantos cabellos contiene.
 Mas ya la razón sujeta,
 Con palabras me requiere
 Que su crueldad le perdone,
 Y de su beldad me acuerde.
 Juntos así nos criamos,
 Y amor en nuestras niñeces
 Hirió nuestros corazones
 Con harpones diferentes.
 Labró el oro en mis entrañas
 Dulces lazos, tiernas redes,
 Mientras el plomo en las tuyas
 Libertades y desdenes.
 Esta, Español, es la causa
 Que á llanto pudo moverme,
 Mira si es razón que llore
 Tantos males juntamente.
 Conmovido el Capitán
 De las lágrimas que vierte,
 Parando el veloz caballo
 Que paren sus males quiere.
 Gallardo Moro, le dice,
 Si adoras, como refieres,
 Y si, como dices, amas;
 Dichosamente padeces,
 ¿Quién pudiera imaginar
 Viendo tus golpes crueles,
 Que cupiera alma tan tierna
 En pecho tan duro y fuerte?
 Si eres del amor cautivo,

Desde aquí puedes volverte,
Que me pedirán por voto
Lo que entendi que era suerte.
Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras mas finas
Ni las granas mas alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que quando la veas
Pido que de mí te acuerdes.
Apeóse del caballo,
Y el Moro tras él descende,
Y por el suelo postrado
La boca á sus pies ofrece.
Vivas mil años, le dice,
Noble Capitan valiente,
Que ganas mas con librarme,
Que ganaste con prenderme.
Alá se quede contigo,
Y te dé victoria siempre
Para que estiendas tu fama
Con hechos tan excelentes.
Apenas vide trocada
La dureza de esta sierpe,
Quando tú me cautivaste,
Mira si es bien que lamente.

I V.

Aquí entre la verde juncia,
Quiero como el blanco cisne

Que envuelta en dulce armonía
La dulce vida despide,
Despedir mi vida amarga
Envuelta en endechas tristes,
Y querellarme de aquella,
Tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
De la cuerda que le aflige,
Y pendiente de sus ramas
Orne esta planta de Alcides,
Mientras yo á la tortolilla,
Que sobre aquel olmo gime,
Le hurto todo el silencio
Que para sus quejas pide.
Bellísima cazadora,
Mas fiera que las que sigues
Por los bosques ; cruel verdugo
De mis años infelices,
Tan grandes son tus extremos
De hermosa y de terrible,
Que están los montes en duda,
Si eres diosa ó eres tigre.
Préciaste de tan soberbia
Contra quien es tan humilde;
Que considerados bien
Todos los monteros dicen,
Que los dos nos parecemos
Al roble que mas resiste
Los soplos del viento ayrado,
Tú en ser dura , yo en ser firme.
En esto solo eres roble,
Y en lo demas flaca mimbres

No solo á los recios vientos,
Mas á los ayres sutiles.
Ya no persigues, cruel,
Después que á mí me persigues,
Á los ciervos voladores
Ni á los fieros javalies;
Ni de tu dichoso alvergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras,
Que como á mí muerte diste.
No porque no gustes dello,
Sino porque no te obligue
El encontrarme en la caza,
A que siquiera me mires.
Los monteros te suspiran
Por todos estos confines,
Y el mismo monte se agravia,
De que tus pies no le pisen.
Haz tu gusto, que yo quiero
Dexar (pues dello te sirves)
El espíritu cansado
Que mis flacos miembros rige,
Conseguiremos en esto
Ambos á dos nuestros fines;
Tú el de cruel en dexarme,
Yo el de leal en morirme.
Tú Rey de los otros rios,
Que de las sierras sublimes
De Segura al Oceano
El fértil terreno mides;
Pues en tu dichoso seno
Tantas lágrimas recibes

De mis ojos , que en el mar
Entran dos Guadalquivires;
Ruégote que su crueldad
Y mi firmeza publiques
Por todo el humido reyno
De la gran madre de Aquiles,
Porque no solo en las selvas,
Mas los que en las aguas viven
Conozcan quien es Daliso,
Y quien es la ingrata Nise

V.

Aquel rayo de la guerra,
Alferez mayor del Reyno,
Tan galan como valiente,
Y tan noble como fiero;
De los mozos envidiado,
Y admirado de los viejos,
Y de los niños , y el vulgo
Señalado con el dedo;
El querido de las damas
Por cortesano y discreto,
Hijo hasta allí regalado
De la fortuna y el tiempo;
El que vistió las mezquitas
De venturosos trofeos,
El que pobló las mazmorras
De christianos caballeros;
El que dos veces armado
Mas de valor que de azero
A su patria libertó

De dos peligrosos cercos;
El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
Á que le condena el Rey,
Ó el amor, que es lo mas cierto.
Servia á una Mora el Moro
Por quien el Rey anda muerto,
En todo extremo hermosa
Y discreta en todo extremo.
Dióle unas flores la dama
Que para él flores fueron,
Y para el zeloso Rey
Yerbas de mortal veneno,
Pues de la yerba tocado
Lo manda desterrar luego,
Culpando su lealtad,
Para disculpar sus celos.
Sale pues el fuerte Moro
Sobre un caballo overo,
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió y le pació el heno.
Con un hermoso jaez
Rica labor de Marruecos,
Las piezas de filigrana,
La mochila de oro y negro.
Tan gallardo iba el caballo
Que en grave y ayroso huella
Con ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo.
Sobre la marlota negra
Un blanco albornoz se ha puesto,
Por vestirse los colores

De su inocencia y su duelo.
Bordó mil hierrós de lazas
Por el capellar, y en medio
En Arábigo una letra,
Que dice : *Estos son mis yerros.*
Bonete lleva turquí
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un precioso Camafeo.
No quiso salir sin plumas,
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
Tambien no le quita el viento.
No lleva mas de un alfange
Que le dió el Rey de Toledo,
Porque para un enemigo,
El le basta y su derecho.
De esta suerte sale el Moro
Con animoso demüedo,
En medio de los Alcaldes
De Arjona y del Marmolejo.
Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas por do pasa
Se asoman llorando á verlo.
Lágrimas vierten ahora
De sus tristes ojos bellos
Las que desde sus balcones
Aguas de olor le vertieron.
La bellísima Balaxa,
Que llorosa en su aposento
Las sinrazones del Rey

Le pagaban sus cabellos;
Como tanto estruendo oyó
A un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dixo,
Dando voces con silencio:
Vete en paz, que no vas solo,
Y en tu ausencia ten consuelos;
Que quien te echa de Jaen
No te echará de mi pecho.
El con el mirar responde;
Yo me voy, y no te dexo;
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo.
En esto pasó la calle,
Los ojos atras volviendo
Cien mil veces, y de Andujar
Tomó el camino derecho.

V I.

Ciego que apuntas y atinas,
Caduco Dios y rapaz,
Vendado que me has vendido
Y niño mayor de edad;
Por el alma de tu madre,
Que murió siendo inmortal,
De envidia de mi señora,
Que no me persigas mas:
Dexame en paz; amor tirano,
Dexame en paz.

Baste el tiempo mal gastado
Que he seguido á mi pesar

Tus inquietas vanderas,
 Foragido Capitan,
 Perdoname amor aquí,
 Pues yo te perdono allá,
 Quatro escudos de paciencia,
 Diez de ventaja en amar,
 Amadores desdichados
 Que seguís milicia tal,
 Decidme, ¿qué buena guía
 Podeis de un ciego sacar?
 De un paxaro ¿qué firmeza,
 Qué esperanza de un rapaz,
 Qué galardón de un desnudo,
 De un tirano qué piedad?
 Déxame en paz, &c.

Diez años desperdiçé
 Los mejores de mi edad,
 En ser labrador de amor
 A costa de mi caudal
 ¡Cómo aré, sembré, cogí!
 Aré un alterado mar,
 Sembré en esteril arena,
 Cogí vergüenza y afán.
 Déxame en paz, &c.

Una torre fabriqué
 Del viento en la vanidad;
 Mayor que la de Nembrot,
 Y de confusión igual.
 Gloria llamaba á la pena,
 A la cárcel libertad,
 Miel dulce al amargo acibar,
 Principio al fin, bien al mal.

Déxame en paz, amor tirano,
 Déxame en paz.

VII.

Angélica y Madero.

En un pastoral alvergue
 Que la guerra entre unos robles
 Lo dexó por escondido,
 O lo perdonó por pobre;
 Do la paz viste pellico,
 Y conduce entre pastores
 Ovejas del monte al llano,
 Y cabras del llano al monte;
 Mal herido, y bien curado
 Se alverga un dichoso joven,
 Que sin clavarle amor flecha
 Le coronó de favores.
 Las venas con poca sangre,
 Los ojos con mucha noche,
 Lo halló en el campo aquella
 Vida y muerte de los hombres.
 Del palafren se derriba,
 No porque al Moro conoce,
 Sino por ver que la yerba
 Tanta sangre paga en flores.
 Limpiale el rostro y la mano
 Siente al amor que se esconde
 Tras las rosas, que la muerte
 Va violando sus colores.
 Escondióse tras las rosas,

Porque labren sus harpones
El diamante del Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra sin ver por donde
Una piedad mal nabida,
Entre dulces escorpiones;
Ya es herido el pedernal,
Ya despide al primer golpe
Centellas de agua: ¡ó piedad,
Hija de padres traidores!
Yerbas le aplica á sus llagas
Que si no sanan entonces
En virtud de tales manos,
Lisongean los dolores.
Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas:
Los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba
Quando el cielo la socorre
De un villano en una yegua
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven,
Y las sordas piedras oyen.
Y la, que mejor se halla
En las selvas que en la corte
Simple bondad, al pio ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,

Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.
A su cabaña los guía
Que el sol dexa su orizonte,
Y el humo de su cabaña
Le va sirviendo de norte.
Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego,
Do el garzon sus dichas logre.
Las manos pues, cuyos dedos
Desta vida fueron dioses,
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles;
Y le entregan quando menos
Su beldad y un reyno en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adonis.
Corona un lascivo enjambre
De Cupidillos menores
La choza, bien como abejas,
Hueco tronco de alcornoque.
¡Que de nudos le está dando
A un aspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arruyos gemidores!
¡Qué bien la destierra amor

Haciendo la cuerda azote,
 Porque el caso no se infante
 Y lugar no se inficione!
 Todo es gala el africano,
 Su vestido espira colores,
 El lunado arco suspende,
 Y el corvo alfanje dispone.
 Tórtolas enamoradas
 Son sus roncós atambores,
 Y los volantes de Venus
 Sus bien seguidos pendones.
 Desnuda el pecho anda ella,
 Vuela el cabello sin orden,
 Si lo abrocha es con clavelos,
 Con jazmines si lo coge.
 Todo sirve á los amantes,
 Plumas les baten veloces
 Ayrecillos lisongeros,
 Si no son murmuradores.
 Los campos les dan alfombra,
 Los arboles pavelones,
 La apacible fuente sueño,
 Música los Ruiseñores;
 Los troncos les dan cortezas,
 En que se guarden sus nombres,
 Mejor que en tablas de mármol,
 O que en láminas de bronce.
 No hay verde fresno sin letra,
 Ni blanco chopo sin monte,
 Si un valle Angélica suena,
 Otro Angélica responde.
 Cuevas do el silencio apenas

Dexa que Sombras las moren,
Profanan con sus abrazos
A pesar de sus horrores.
Choza pues, tálamo y lecho,
Contestes destes amores,
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del Conde.

VIII.

Segun vuelan por el agua
Tres galeotas de Argel
Un aquilon africano,
Las engendró á todas tres:
Y segun los vientos pisa,
Un vergantín Genoves,
Si no viste el temor alas,
De plumas tiene los pies.
Mortal cata vienen dando
Al fugitivo baxel,
En que á Nápoles pasaba
En conserva del Virey;
Un Español con dos hijas
Una sol, y otra clavel,
Que tuvieron á Leon
Por oriente y por vergel.
Derrotólo un temporal,
Y ya que no dió al traves,
A vista dió de Morato,
Renegado Calabrès.
El tagarote africano,
Que la español garza ve,

En su noble sangre piensa
Esmaltar el cascavel.
Peinandole ya las plumas,
Mas el viento burla del
Interpuesto entre las alas
Y entre la garra cruel.
Ya surcan el mar de Denia,
Ya sus altas torres ven,
Grandeza de un Duque ahora,
Título ya de Marques.
De sus torres los descubren,
Y distinguiendo despues
La cruz en el tafetan
La luna en el alquizél,
Ocho ó diez piezas disparan,
Que en ocho globos, ó diez
Envuelven de negro humo
Al corsario su interes.
Los brazos del puerto ocupa
Con fatiga y con placer,
El vergantin destrozado
Desde la quilla al gargues,
El Leones agradecido
Al cielo de tanto bien,
De libertad coronado
Dice, sino de laurel;
¡O puerto, templo del mar,
Cuya húmeda pared,
Antes faltará que tablas,
Señas de naufragios den;
Fortaleza imperiosa,
Terror de Africa, y desden,

Yugo fuerte y real espada,
 Que reprime, y que da ley!
 Defensa os debo, y abrigo,
 Mi libertad, vuestra es,
 Y mi lengua desatada
 En alabanzas también.
 Con tus altos muros viva
 Tu ínclito dueño, á quien
 Como á ti el Mediterráneo
 La envidia le bese el pie:
 Inmortal sea su memoria
 En la gracia de su Rey,
 Por galardón proseguida,
 Si comenzó por merced.
 Que servicio tan honrado,
 Y de Acates tan fiel,
 Inmortalidad merecen
 Si no de vida, de fé.

I X.

Levantando blanca espuma
 Galeras de Barba-roxa
 Ligeras le daban caza
 A una pobre galéota,
 En que alegre el mar surcaba
 Un Mallorquin con su esposa,
 Dulcísima Valenciana,
 Bien nacida si hermosa.
 Del amor agradecido,
 Se la llevaba á Mallorca,
 Tanto á celebrar las Pascuas,
 Quanto á festejar las bodas;

Y quando á los sordos remos
Mas se humillaban las olas,
Mas se ajustaba á la vela
El blando viento que sopla,
Esperándola detras
De una cala insidiosa,
Estaba el fiero terror
De las playas españolas.
Sobresaltóla en un punto,
Que por una parte y otra
Sus quatro enemigos leños
Tristemente la coronan.
Crece en ellos la codicia,
Y en estotros la congoja,
Mientras se quexa la dama
Derramando tierno aljófar.
Favorable y fresco viento,
Si eres el galan de Flora,
Váleme en este peligro
Por el regalo que gozas.
Tú que embravecido puedes
Los baxeles que te enojan
Embestillos en la arena
Con mas daño que en las rocas;
Tú que con la misma fuerza,
Quando al humilde perdonas,
Sueles de armadas Reales
Escapar barquillas rotas,
Salga esta vela á lo ménos
Destas manos rigurosas,
Qual de garras del halcon
Blancas alas de paloma.

X.

Criábase el Albanés
En la corte de Amúrates,
No como prendas cautivas
En rehenes de su padre,
Sino como se criara
El mejor de los Sultanes,
Del Gran Señor regalado,
Querido de los Baxaes.
Gran capitán en las guerras,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Espejo de los galanes.
Recien venido era entonces
De vencer y de ganalles
Al Ungaro dos banderas,
Y al Sofí quatro estandartes.
¿Mas qué aprovecha domar
Invencibles Capitanes,
Y contraponer el pecho
A mil peligros mortales,
Si un niño ciego le vence
No mas armado que en carnes,
Y en el corazón le dexa
Dos harpones penetrantes?
Dos penetrantes harpones
Que son los ojos suaves
De las dos mas bellas turcas
Que tiene todo Levante.
Que no hay turquesa tan fina,

Que á sus ojos se comparen,
 Discretas en todo extremo,
 Y de gracias singulares.
 No le defendió el escudo
 Hecho de finos diamantes,
 Porque el amoroso fuego
 Es al rayo semejante,
 Que el duro hierro en sus manos
 Disminuye, y le deshace:
 No para en hierro el amor,
 Pues sin errar tiro, sabe
 Poner en el alma el hierro,
 Y en la cara las señales.
 Fué tan desdichado en paz,
 Quanto en la guerra triunfante,
 Rendido en paz de mugeres,
 Siendo en guerra el fiero Marte.
 Bien conoció su valor
 Amor, pues para entazalle;
 Por tener así sujeto
 Al que sujetó al dios Marte,
 Un lazo vió que era poco,
 Y quiso con dos vendalle.

XI.

Amarrado al duro banco
 De una galera tanquesa,
 Ambas manos en el remo,
 Y ambos ojos en la tierra,
 Un forzado de Dragut
 En la playa de Marbella

Se quejaba al ronco son.
Del remo y de la cadena:
¡O sagrado mar de España,
Famosa playa y serena!
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias;
Pues eres tú el mismo mar,
Que con sus crecientes besas
Las murallas de mi patria
Coronadas y soberbias,
Traeme nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras.
Porque si es verdad que llora
Mi cautiverio en tu arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas.
Dame ya sagrado mar
A mi demanda respuesta,
Que bien puedes, si es verdad
Que las aguas tienen lenguas.
Pero pues no me respondes,
Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado,
A nadie mataran penas.
En esto se descubrieron
De la religion seis velas,

Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

XII.

Continuacion.

La desgracia del forzado,
Y del corsario la industria,
La distancia del lugar,
Y el favor de la fortuna,
Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las christianas cruces
A las otomanas lunas,
Hicieron que de los ojos
Del forzado á un tiempo huyan
Dulce patria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.
Vuelve pues los ojos tristes
A ver como el mar le hurta
Las torres, y de las naves
Las velas, y les da espumas.
Y viendo mas aplacada
En el cómitre la furia,
Vertiendo lágrimas dice,
Tan amargas como muchas:
¿De quién me queixo con tan gran extremo,
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?

Ya no espera mas mis ojos,
Pues ahora no lo vieron
Sin este remo las manos.

Y los pies sin estos hierros,
 Que en esta desgracia mia,
 Fortuna me ha descubierto,
 Que quantos fueron mis daños,
 Tantos serán mis tormentos.
 De quien me queixo, &c.

Velas de la religion,
 Enfrenad vuestro denuedo,
 Que mal podreis alcanzarnos,
 Pues tratais de mi remedio.
 El enemigo se os va,
 Y favorécelo el tiempo,
 Por su libertad no tanto
 Quanto por mi cautiverio.
 De quien me queixo, &c.

Quedaos en aquesta playa,
 De mis pensamientos puerto,
 Quexaos de mi desventura,
 Y no ecbeis la culpa al viento.
 Y tú, mi dulce suspiro,
 Rompe los ayres ardiendo,
 Visita á mi esposa bella,
 Y en el mar de Argelste espero.
 De quien me queixo, &c.

Guarda condetres, zagala,
 Zagala, no guardes fé,
 Que quien te hizo pastora
 No te escusó de muger.
 La pureza del araña:

Que tan celebrada es,
 Vístela con el pelleo,
 Y desnúdala con él.
 Dexa á las piedras lo firme,
 Advirtiéndole que tal ven
 A pesar de su dureza
 Obedecen al sancel.
 Resiste al viento la enfilia,
 Mas con el villano pie,
 Que con las hojas corteses
 A qualquier zéfiro cree.
 Aquella hermosa vid,
 Que abrazada al olmo ves,
 Parte pámpanos discreta
 Con el vecino laurel,
 Tortolilla gemidora,
 Depuesto el casto desden,
 Tálamo hizo segundo
 Los ramos de aquel ciprés.
 No para un abeja sola
 Sus hojas guarda el clavel,
 Beben otras el aljofar
 Que guarda su rosicler.
 El cristal de aquel aproyo
 Undosamente fiel,
 Niega al ausente su imágen
 Hasta que la vuelve á ver.
 La inconstancia al fin da plumas
 Al hijo de Venus, que
 Poblado de ellas sus alas,
 Viste sus flechas también.
 No pues tu libre albedrío

Lo tiranize interés,
 Ni amor que de singular
 Tiene mas que de fiel.
 Sacude preciosos yugos,
 Coyundas de oro no des,
 Sino cordones de lana
 Al suelto cabello ley.
 ¡Mal hayas tú si constante
 Mirares al sol, y quien
 Tan águila fuera en esto,
 Dos veces mal haya y tres!
 ¡Mal hayas tú si mirares
 En lasciva candidez,
 Las aves de la deydad,
 Que primero espuma fué!
 Solicitando prolixa
 La ingratitud de un doncel,
 Ninfa de las selvas ya
 Vocal sombra vino á ser.
 Si quieres pues, zagaleja,
 De tu hermosura cruel,
 Dar entera voz al valle,
 Desprecia mi parecer.

ROMANCES CORFOS Y LETRILLAS.

Frescos ayrecillos,
 Que á la primavera
 Destexeis guirnaldas,
 Y esparceis violetas;

Ya que os han tenido
 Del Tajo en la vega,
 Amorosos hurtos,
 Y agradables penas,
 Quando del estío,
 En la ardiente fuerza
 Álamos os daban
 Frondosas defensas;
 Álamos crecidos
 De hojas inciertas,
 Medias de esmeralda,
 Y de plata medias;
 De donde las ninfas
 Y las zagalejas
 Del sagrado Tajo
 Y de sus riberas
 Mil veces llamaste,
 Y vinieren ellas
 A ocupar del río
 Las verdes cenefas;
 Y vosotros luego
 Calandoos aprisa
 Con lascivos soplos
 Y alas lisongeras;
 Sueño les truxistes,
 Y descuido á vueltas,
 Que en pago os valieron
 Mil vistas secretas,
 Sin tener desvelo,
 Envidia ni quexa,
 Ni andar con la falda
 Luchando por fuerza:

Ahora , pues , ayres,
Antes que las sierras
Coronen sus cumbres
De confusas nieblas;
Y que el aquilon
Con dura inclemencia
Desnude las plantas,
Y vista la tierra
De las secas hojas,
Que ya fueron tregua
Entre el sol ardiente
Y la verde yerba;
Y ántes que las nubes
Y el yelo conviertan
En cristal las rosas,
Y en vidrio las selvas,
Batid vuestras alas,
Y dad ya la vuelta
Al seno templado,
Que alegre os espera.
Vereis de camino
Una ninfa bella,
Que pisa orgullosa
Del Betis la arena.
Montaraz gallarda,
Temida en la sierra,
Mas por su mirar
Que por sus saetas.
Ahora la halleis
Entre la maleza
Del fragoso monte
Siguiendo las fieras;

Ahora en el llano
Con planta ligera,
Fatigando el corzo
Que herido vuela;
Ahora clavando
La armada cabeza
Del antiguo ciervo
En la encina vieja;
Quando ya cansada
De la caza vuelva,
A dexar al rio
El sudor en perlas;
Si está calurosa,
Soplad desde afuera,
Y quando la ingrata
Mejor os entienda;
Decidle, ayrecillos:
Bellísima Leda,
Gloria de los bosques,
Honor del aldea,
Enfermo Daliso
Junto al Tajo queda
Con la muerte al lado,
Y en manos de ausencia.
Suplícate humilde,
Antes que le vuelvan
Su fuego en ceniza,
Su destierro en tierra,
Que en premio glorioso
De su amor merezca
Ya que no suspiros,
A lo menos letra,

Con la punta escrita
De tu aguda flecha
En el campo duro
De una dura peña:
(Porque no es razon
Que razon se lea
De mano tan dura
En cosa mas tierna)
A donde le digas;
Muere allá , y no vuelvas
A adorar mi sombra,
Y arrastrar cadenas.

II.

La mas bella niña
De nuestro lugar,
Hoy viuda y sola,
Y ayer por casar.
Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice,
Que escucha su mal,
Dexadme llorar,
Orillas del mar.

Pues me distes , madre,
En tan tierna edad,
Tan corto el placer,
Tan largo el pesar;
Y me cautivastes
De quien hoy se va,
Y lleva las llaves.

De mi libertad;
Dexadme llorar, &c.

En llorar conviertan
Mis ojos de hoy mas
El sabroso oficio
Del dulce mirar;
Pues que no se pueden
Mejor ocupar,
Yéndose á la guerra
Quién era mi paz.
Dexadme llorar, &c.

No me pongais freno,
Ni querais culpar,
Que lo uno es justo,
Lo otro por demas:
Si me quereis bien,
No me hagais mal;
Harto peor fué
Morir y callar.
Dexadme llorar, &c.

Dulce madre mia,
Quién no llorará
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los mas verdes años
De mi mocedad.
Dexadme llorar, &c.

Váyanse las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacian

Los mios velar.
Váyanse, y no vean
Tanta soledad
Despues que en mi lecho
Sobra la mitad.
Dexadme llorar,
Orillas del mar.

III.

Lloraba la niña,
Y tenia razon,
La ,prolixa ausencia
De su ingrato amor.
Dexóla tan niña,
Que apenas creyó
Que tenia los años.
Qua ha que la dexó,
Llorando la ausencia
Del galan traydor,
La halla la luna,
Y la dexe el sol:
Añadiendo siempre
Pasion á passion,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor,
Llorad, corazon,
Que teneis razon,
Dícele su madre,
Hija, por mi amor
Que se acabe el llanto,
O me acabe yo.

Ella le responde,
 No podrá ser no,
 Las causas son muchas,
 Los ojos son dos,
 Satisfagan, madre,
 Tanta sinrazon,
 Y lágrimas lloren
 En esta ocasion,
 Tantas como dellas;
 Un tiempo tiró
 Flechas amorosas
 El arquero dios.
 Ya no canto, madre,
 Y si canto yo,
 Muy tristes endechas
 Mis canciones son.
 Porque el que se fué
 Con lo que llevó,
 Se dexó el silencio,
 Se llevó la voz.
 Llorad corazon
 Que teneis razon.

IV.

Las flores del romero,
 Niña Isabel,
 Hoy son flores azules,
 Mañana serán miel.
 Zelosa estás, la niña,
 Zelosa estás de aquel
 Dichoso pues lo buscas,

Ciego , pues no te ve,
 Ingrato , pues te enoja,
 Y confiado , pues
 No se disculpa hoy
 De lo que hizo ayer.
 Enxuguen esperanzas
 Lo que lloras por él,
 Que zelos entre amantes,
 Que se han querido bien,
 Hoy son flores azules,
 Mañana serán miel.

Aurora de ti misma,
 Que quando á amanecer
 A tu placer empiezas
 Se eclipsa tu placer;
 Serenense tus ojos,
 Y mas perlas no des,
 Porque al sol le está mal
 Lo que á la aurora bien.
 Desata como nieblas
 Todo lo que no ves;
 Que sospechas de amantes,
 Y querellas despues,
 Hoy son flores azules
 Mañana serán miel.

V.

Vida del Muchacho.

Hermana Marica,
 Mañana que es fiesta,

No irás tú á la miga,
Ni yo iré á la escuela.
Pondráste el corpiño
Y la saya buena,
Cabezón labrado,
Toca y albanega.
Y á mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Media de estameña.
Y si hace bueno,
Traeré la montera
Que me dió la Pascua
Mi señora abuela,
Y el estadal rojo,
Con lo que le cuelga,
Que truxo el vecino
Quando fué á la feria.
Iremos á misa,
Veremos la Iglesia,
Darános un quarto
Mi tia la ollera.
Compraremos del,
Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos
Para la merienda.
Y en la tardecita
En nuestra plazuela
Jugaré yo al toro,
Y tú á las muñecas
Con las dos hermanas
Juana y Madalena,

Y las dos primillas
Marica y la Tuerta.
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto de ello
Baylar en la puerta,
Y al son del adufe
Cantará Andreguela:
No me aprovecharon,
Mi madre, las yerbas.
Y yo de papel
Haré una librea
Teñida con moras,
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas alméndras.
Pondré por penacho
Las dos plúmas negras
Del rabo del gallo
Que acullá en la guerra
Anarangeamos
Las carnestolendas:
Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus tranzaderas.
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De gadamecí,
Dos hilos por riendas.
Y entraré en la calle
Haciendo corbetas,

Yo , y otros del barrio,
Que son mas de treinta.
Jugaremos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea:
Bartola la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca;
Porque algunas veces
Hacemos yo , y ella
Las bellaquerías
Detras de la puerta.

VI.

¿Arroyo , en qué ha de parar,
Tanto anhelar y subir,
Tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar?
Compañero , en acabar
Sin caudales y sin nombres,
Para exemplo de los hombres.
Hijo de una pobre fuente,
Nieto de una dura peña,
A dos pasos los desdeña
Tu mal nacida corriente:
Si tu ambicion lo consiente,
En qué imaginas me di?
Mormura , y sea de ti,
Pues que sabes mormurar:

Arroyo en que ha de parar , &c.

¿Qué dias tienes reposo,
Á que noche debes sueño?
Si corres tal vez risueño,
Siempre caminas quexoso.
Mucho tienes de furioso,
Aunque no en el tirar cantos,
Y así tropiezas en tantos,
Quando te quies levantar:
Arroyo en que ha de parar , &c.

Si tu corriente confiesa,
Sin intermision alguna,
Que la cabeza en la cuna;
Y el pie tienes en la huesa;
¿Qué fatal desdicha es esa
En solicitar tu daño?
Pésame que el desengaño
La vida te ha de costar:
Arroyo en que ha de parar , &c.

¶ III.

Dineros son calidad,
Verdad:
Mas ama , quien mas suspira;
Mentira.

Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahures muy desnudos
Con dados ganan Condados.
Ducados dexan ducados,
Y coronas magestad,

Verdad.

Pensar que uno solo es dueño
De puerta de muchas llaves,
Y afirmar, que penas graves
Las pague un mirar risueño,
Y entender que no son sueño
Las promesas de Marfira,
Mentira.

Todo se vende este día,
Todo el dinero lo iguala,
La corte vende su gala,
La guerra su valentía,
Hasta la sabiduría
Vende la Universidad,
Verdad.

Siendo como un algodón,
Nos jura que es como un hueso,
Y quiere probarnos eso
Con que es su cuello almidon,
Goma su copete y son
Sus vigotes alquitira,
Mentira.

Qualquiera que pleytos trata,
Aunque sean sin razon,
Dexe el rio Marañon,
Y entrese en el de la Plata,
Que hallará corriente grata,
Y puerto de claridad,
Verdad.

Siembra en una artesa berros
La madre, y sus hijas todas
Son perros de muchas bodas,

Y bodas de muchos perros,
Y sus yernos rompen hierros
En la toma de Algecira,
Mentira.

VIII.

Manda amor en su fatiga,
Que se sienta , y no se diga,
Pero á mí , mas me contenta
Que se diga , y no se sienta.

En la ley vieja de amor,
A tantas hojas se halla,
Que el que mas sufre y mas calla,
Ese librará mejor.

Mas triste del amador,
Que muerto á enemigas manos
Le hallaron los gusanos
Secretos en la barriga,
Manda amor en su fatiga , &c.

Muy bien se puede culpare
Por necio qualquier que fuere
Que como leño sufriere,
Y como piedra calláre.

Mande amor lo que mandáre,
Que yo pienso muy sin mengua
Dar libertad á mi lengua,
Y á sus leyes una higa,
Manda amor en su fatiga , &c.

Bien sé que me han de sacar
En el auto con mordaza,
Quando amor sacáre á plaza
Delinquentes por hablar.

Mas yo me pienso quejar
 En sintiéndome agraviado,
 Porque el mar viene alterado,
 Quando el viento lo fatiga, &c.

Yo sé de algun joveneto
 Que tiene muy entendido,
 Que aguarda mas bien Cupido
 Al que guardó su secreto:
 Mas si murió el imperfecto
 De amoroso corazon,
 Morirá sin confesion
 Por no culpar su enemiga.
 Manda amor en su fatiga, &c.

I X.

Ande yo caliente,
 Y riase la gente.
 Traten otros del gobierno
 Del mundo y sus monarquías,
 Mientras gobiernan mis dias
 Mantequillas y pan tierno,
 Y las mañanas de invierno,
 Naranjada y aguardiente,
 Y riase la gente.

Coma en dorada baxilla
 El Príncipe mil cuidados
 Como pildoras dorados,
 Que yo en mi pobre mesilla
 Quiero mas una morcilla
 Que en el asador rebiente,
 Y riase la gente.

Quando cubra las montañas
De plata y nieve el Enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas,
Del Rey que rabió me cuente,
Y riase la gente.

Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles,
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y riase la gente.

Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama,
Que yo mas quiero pasar
De Yepes y Madrigal
La regalada corriente,
Y riase la gente.

Pues amor es tan cruel;
Que de Piramo, y su amada
Hace tálamo una espada,
Do se juntan ella y él:
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y riase la gente.

X.

Da bienes fortuna,
Que no están escritos,
Quando pitos flautas,
Quando flautas pitos.

Quan diversas sendas
Se suelen seguir,
En el repartir
Las honras y haciendas;
A unos da encomiendas,
A otros San Benitos;
Quando pitos , &c.

A veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero,
Y á quien se le antoja,
La cabra mas coxa
Parió dos cabritos,
Quando pitos , &c.

Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó un solo huevo,
Al son vambonea,
Y otro se pasea,
Con cien mil delitos
Quando pitos , &c.

XI.

No me llame fea , calle,
Que la llamaré vieja , madre.
Abra los ojos y vea,
Lo que la verdad señala,
Que no hay moza que sea mala,
Ni vieja que no lo sea;
La mejor moza es librea,
Y la vieja despreciada
Es como fiesta quitada,
Que mandan que no se guarde,
No me llame fea , calle, &c.

La muger mas celebrada
Si tiene el rostro arrugado,
Es qual vid que se ha secado,
Muy buena para quemada:
No viva tan confiada,
Sino tenga por muy cierto
Que es carne de cuervo muerto
La vieja de mejor carne,
No me llame , &c.

En palacio la Princesa,
En la ciudad la señora,
En la aldea la pastora,
Y en la corte la Duquesa,
Madre , á ninguna le pesa
Que le digan que es perfecta
Que la mas noble y discreta
Se pierde porque la alaben:
No me llame fea , calle;
Que la llamaré vieja , madre.

ROMANCES BURLESCOS.

I.

Recibí vuestro villete,
 Dama de los ojos negros,
 Con mil donaires cerrado,
 Y con mil ansias abierto;
 Y en fé de los treinta escudos,
 Que en vuestro renglon tercero
 Vienen en un alma mia
 Disimulados y envueltos;
 Os envío ese inventario
 De las partidas que tengo,
 Que es como si os enviara
 Las del Infante Don Pedro.
 Porque en materia de escudos
 Solo tengo un pavés viejo,
 Y en moneda de reales
 Yo soy de un lugar Realengo,
 Y quanto á las alcabalas,
 Tengo un grande privilegio,
 Que como no hay que vender,
 Ni las pago ni las debo.
 De los navíos de Indias
 Poderosos y soberbios
 Me viene la dulce nueva
 Como llegaron al puerto.
 Cupome de particion
 De molinos de agua y viento,
 El molino de mis dientes

Que no muele á todos tiempos.
De dehesas y cortijos,
Viña, huertas, y majuelos,
Me cupieron los caminos
Y la ciudad de linderos.
No se me quezan las fuentes,
Ni los claros arroyuelos
Que los enturbian cabezas
Señaladas de mi invierno.
Al fin mis hatos se incluyen
En los que cifien mi cuerpo,
Y en un agnusdei de alquimia
Se reinatan mis corderos.
Solo el adorno de casa
Es señora de momento,
Porque en un momento es visto,
Y se acaba en un momento.
Tambien tengo alguna plata,
Por ser poca no la cuento,
Que es una santa patena,
Que heredé de mis abuelos;
No tengo paños de corte;
Mas no me faltan enteros,
Porque ya tengo la corte,
Solo el paño es el que espero.
Tambien para mi salud,
Que es la prenda que mas quiero,
Hay muy gentiles gallinas
En mi mozo y en su dueño.
Al fin que, señora mia,
Dichó por menos rodeos,
Si yo tengo solo un quarto,

Muera de quatro contrecho
Sin duda que se hallaron
En mi triste pacimiento
Las estrellas en ayunas
Pues tal hombre en mí influyeron.
Aguarde que otra vez nazca
En mas venturoso agüero,
Que por desnudo mi madre
Me puede parir de nuevo.

Así Riselo cantaba
En su rabél de tres cuerdas
Aquel de la tapa blanca,
Y de las costillas negras,
El que tiene por remate
Una burlada sirena,
Divisa contra engafiosas
Que cantan y desesperan,
Como hizo aquella facil
De cuya voz no se acuerda,
Porque amor que es ave y niño,
Si no le regalan vuela.
Digo pues que así cantaba
Con su tiple de corneja,
Oyéndole quatro esquinas,
Dos calles y una taberna:
Vamos horros en los gustos,
Aldeana, que rebientas
Por mostrarme que en tu lumbre
Mil corazones se queman.

A lo simple nos queramos,
Sea nuestra fé de cera,
Cada qual siga su antojo;
Pues que la gracia no es deuda.
Franca de zelos te hago,
Porque los llamó mi abuela
Bruxas que á las almas niñas
Les chupan la sangre nueva.
Y yo que soy Bachiller
Por Alcazar de Consuegra,
Los comparo á los herizos,
Que á quien los toma penetran.
No quiero que á nuestras vidas
Que son dos palomas duendas
Las tienten esos pecados
Que la voluntad infiernan.
Si te vas por la mañana,
Yo te aguardaré á la siesta;
Y si á la noche faltares,
Dormiré aunque no parezcas.
Si quieres tener visitas,
Sin miedo puedes tenerlas,
Y si á mí me convidaren,
Déxame ser Pero entrellas.
Ya no quiero que me digas,
Que un señor de cruz bermeja
Te promete montes de oro
Por galoppear tu vega:
Ni tampoco que te tañen
Con caxas ni con trompetas,
A que seas capitana
De faldellin por vandra.

Porque pienso que lo dices
Aplicando la conseja,
Para que ligeras anden
Mis pesadas faltriqueras.
Bien se me trasluce á mí
Que el arco de amor se flecha,
Por las poderosas manos
De su consejo de hacienda.
Venus la diosa de Chipre
Ya es matrona Genovesa,
Guarismo sabe su niño,
Multiplica, suma y resta.
Ya el rapaz anda vestido,
Las alas aforra en tela,
Y el que esperanzas comia,
Pabos come, y tortas cena.
A la discrecion le ha dicho
Que compre y no diga perlas,
Y á la gentileza pobre
A pintura la condena.
Su secretario es el dar,
Un mozo, que allana sierras,
Robador de voluntades,
Y cumplidor de promesas.
Por esto, aldeana mia,
Quiero yo seguir la secta,
De aquellos cuyas entrañas
Parecen carne, y son piedras.
Si no merezca tus glorias,
No me revista tus penas;
Y si por dicha te agrado,
Mas verdad y menos tretas.

III.

Triste pisa y affligido
Las arenas de Pisnerga,
El ausente de su dama,
El desdichado Zulema.
Moro alcalde y no bellido,
Amador con axaqueca,
Arrocinado de cara,
Y carigordo de piernas.
No lleva por la marlota
Bordada cifra, ni empresa
En el campo de la adarga,
Ni en la vanderilla letra.
Porque es el Moro idiota,
Y no ha tenido poeta
De los sastres de este tiempo,
Cuyas plumas son tixeras.
Los ojos tiene en el rio
Cuyas ondas se lo llevan,
Y envueltas entre las ondas
Lleva sus lágrimas tiernas.
Tanto llora el hi de puta,
Que si el año de la seca
Llorara en dos hazas mias,
Acudiera á diez anegas.
Los espacios que no llora
De memorias se alimenta,
Porque le dan las memorias
Lo que los ojos le niegan.
Pienso se da de memorias

Rumiando glorias y penas,
Como rábanos mi mula,
Y una mona berengenas.
Contempla luego en Balaxa,
La qual, mientras la contempla,
Olas de imaginacion.
O se la traen ó la llevan,
Y ella se está merendando
Duraznitos en su huerta,
Y tirandole los cuescos.
Al que tal pasa por ella.
Ojos claros, cejas rubias
Al vivo se le presentan,
Lanzando rayos los ojos,
Y flechas de amor las cejas.
El moro contemplativo
A los de su dama vuela,
Como á los ojos del buho
Cernícalos de uñas prietas.
¡Ay bella Mora, le dice,
No menos dulce que bella!
No estraguen tu condicion
Las condiciones de ausencia.
¡Ay Moro mas gemidor:
Que el exe de una carreta!
Pues no soy tu mora yo,
No me quiebres la cabeza.
Recibe allá este suspiro,
Y este llanto desta tierra,
Donde el Rey me ha desterrado,
Y mis cuidados me entierran.
Llore alto, Moro amigo,

Suspire recio y con fuerza,
 Que han de andar al tanto y suspiro
 Mas de noventa y seis leguas.
 En esto ya salteado
 De una juvenil vergüenza
 A lavar el tierno rostro
 De su caballo se apea.

I.V.

Castillo de San. Cervantes,
 Tú que estás junto á Toledo;
 Fundóte el Rey Don Alonso
 Sobre las aguas de Tajo.
 Robusto, sino galan,
 Mal fuerte, peor dispuesto,
 Pues que tienes más parientes
 Que un hijo de racionero;
 Lampiño debes de ser
 Castillo, si no estoy ciego,
 Pues siendo de tantos años,
 Sin barba cana te veo.
 Contra ballestas de palo,
 Dicen, que fuiste de hierro,
 Y que anduviste muy hombre
 Con dos Morillos honderos.
 Tiempo fué, (papeles hablen)
 Que te respetaba el reyno
 Por juez de apelaciones,
 De mil católicos mirados;
 Ya menospreciado ocupas
 La aspereza de este cerro

Mohoso , como en Diciembre
El lanzon del viñadero.
Las que ya fueron corona
Son alcándara de cuervos,
Almenas , que como dientes
Dicen la edad de los viejos.
Quando mas mal de ti diga,
Dexar de decir no puedo,
Si no tienes fortaleza,
Que tienes prudencia almenos.
Tú que á la ciudad mil veces,
Viendo los Moros de lejos,
Sin ser espíritu santo,
Hablaste en lenguas de fuego,
Entre todas las mugeres
Serás bendito , pues siendo
En el mirar atalaya,
Eres piedra en el silencio.
Mira, castillo de bien,
Que hagas lo que te ruego,
Aunque te he obligado poco
Con dos dozenas de versos.
Quando la bella terrible,
Hermosa como los cielos,
Y por decillo mejor,
Aspera como su pueblo;
Alguna tarde saliere
A desfrutar los almendros,
Verdes primicias del año,
Y dulcísimo alimento;
Si de las aguas del Tajo
Hace á su beldad espejo,

Ofrécele tus ruínas,
A su altivez por exemplo,
Háblale mudo mil cosas,
Que bien sabrás; pues sabemos
Que á palabras de edificios,
Orejas los ojos fueron.
Dirásle que con tus años
Regule sus pensamientos,
Que es verdugo de murallas,
Y de bellezas el tiempo:
Que no crean á las aguas
Sus bellos ojos serenos:
Pues no la han lisongeadó
Quando la murmuran luego:
Que no fie de los años
Ni aun un mínimo cabello,
Ni le perdone los suyos,
A la ocasion, que es gran yerro:
Que no se duerma entre flores,
Que recordará del sueño
Mordida del desengaño
Y del arrepentimiento;
Y abrirá entonces la pobre
Los ojos, (ya no tan bellos)
Para baylar con su sombra,
Pues no quiso con su cuerpo.
¡O qué dixera de tí,
Si tú le diceses esto,
Antigualla venerable,
Si no quieres ser trofeo!
Mi Musa te antepondrá,
A Sant Angel y Santelmo,

Aunque no quisieré Roma,
Y Malta quisiese menos,
Que aunque se han desmantelado,
Y no con tantos pertrechos,
A tulliduras de grajos,
Te defenderás más presto.

Dexad los libros ahora,
Señor licenciado Ortiz,
Y escuchad mis desventuras
Que á fé que son para oír.
Yo soy aquel gentilhombre
Digo aquel hombre gentil,
Que por su Dios adoré
A un cieguzuelo ruin.
Sacrifiquéle mi gusto
No una vez, sino cien mil,
En las aras de una moza,
Tal qual os la pinto aquí.
El cabello es de un color,
Que ni es quarto ni es florin,
Y la relevada frente
Ni azabache, ni marfil.
La ceja entre parda y negra,
Muy mas larga que sutil,
Y los ojos mas compuestos
Que son los de quisvelqui:
Entre cuyos bellos rayos
Se derribe la nariz,
Terminando las dos rosas

Frescas señas de su Abril.
Cada labio colorado
Es un precioso rubí,
Y cada diente el aljofar
Que el alba suele vertir.
El aliento de su boca,
Todo lo que no es pedir,
Mal haya yo si no excede
Al mas suave jazmin.
Con su garganta y su pecho,
No tiene que competir
El nacar del mar de Sur,
La plata del Potosí.
La blanca y hermosa mano,
Hermoso y blanco alguacil
De libertad y de bolsas,
Es de nieve y de neblí.
Lo demas, Letrado amigo,
Que yo os pudiera decir,
Por mi fé que me ha rogado
Que lo calle el faldellin:
Aunque por brúxula quiero,
Si estamos solos aquí,
Como á la sota de bastos
Descubriros el botin.
Cinco puntos calza estrechos
Este señor hasta al fin;
Si hay serafines trigueños,
La móza es un serafin.
Pudo conmigo el color,
Porque una vez que la ví
Entre mas de cien mil blancas,

Ella fué el maravedí.
Y porque no sin razón
El discreto en el jardín,
Coge la negra violeta,
Y dexa el blanco alhelí.
Dos años fué mi cuidado,
Lo que llaman por ahí,
Los jacarandos respeto,
Los modernos taheli.
En cuyos alegres años
Desde el ave al peregil,
Por esta negra odisea
La bucolica le dí.
Sus piezas en el invierno
Vistió flamenco tapiz,
Y en el verano sus piezas
Andaluz gadamezí.
Hoy desechaba lo blanco,
Mañana lo carmesí,
Hasta que en la peña pobre
Quedó ermitaño Amadís.
Preguntadlo á mi vestido,
Que riéndose de mí
Si no habla por la boca,
Habla por el bocací.
Ya iba quedandome en cueros
A la lumbre de un candil,
Casi pasando el estrecho,
De no tener y pedir;
Quando Dios en hora buena,
Me fué forzado el partir
A la ciudad de la corte,

A la villa de Madrid,
Comenzó á mentir, congojas,
A suspirar y gemir,
Mas que viuda en el sermón
De su padre fray Martín.
Dixo que acero sería,
En esperar y sufrir;
Fué despues cera, y si acero,
Ella se tomó de prin.
Ternísima me pidió,
Que ya que quedaba así
La ovejuela sin pastor,
No la dexe sin mastín.
Y así le dexé un mulato
Por espia y adalid,
Que á mi me esperó en saliendo
Y se lo vino á decir.
Dexéla en su antiguo lustre,
Y luego que me partí
Echó la carnaza afuera:
¡O maldito borceguí!
Pusome el cuerno un traidor
Mercadante corchapín,
Que tiene bolsa en Orán
E ingenio en Mazalquivir.
Rico es y mazacote,
De los mas lindos que ví,
Precioso, pero pesado,
Como palo de Brasil.
¡O interés, y como eres,
O por fuerza ó por ardid,
Para los diamantes sangre,

Para los broncees buril!
 Déme Dios tiempo, en que pueda
 Tus proezas escribir,
 Y quitemelo en buena hora,
 Para los hechos del Cid.
 Y vos trencos, á quien abraza
 La mas luxuriosa vid,
 Que esté lagrimoso valle
 Ha sabido producir;
 Vivid en sabrosos nudos,
 En dulces trepas vivid,
 Siempre juntos á pesar
 De algun loco patadin.

VI.

Labrando estaba Artemisa
 Aquel famoso sepulcro
 Que fué milagro de Grecia,
 Y maravilla del mundo.
 Llorando la noche y día
 El malogrado difunto,
 Sus impertinentes ojos
 Parecen arroyos turbios.
 Consolábala una dama
 Mas elegante que julio,
 Boquifruncida de labios,
 Nariz corva, y rostro enjuto.
 Dexa ese llanto, le dice,
 Porque ya está puesto en uso
 Que no llegue el sentimiento
 Mas que á cumplir con el vulgo.

Si el estado que te queda
Supieses bien, yo presumo
Que estarias más contenta,
Que con su renta el gran Turco;
Si es muerte la esclavitud,
Y la libertad bien sumo,
Si quedas libre, hoy comienzas
A tener vida de gusto.
Compañía de varón
Ni la aprecio ni la culpo,
Que voluntaria es suave,
Y pesada si es con yugo.
Bien parece un hombre en casa,
Pero si continuo es uno
Es muerte cruel, y mas
Si acierta á ser calvo ó zurdo.
El primer mes de marido
Puede sufrirse á lo sumo,
Y es suma felicidad
Quando se enviuda al segundo.
El mas afable es zeloso,
El mas discreto importuno,
Si es mozo, es desperdiciado,
Y avariento si es caduco.
El estado de casada
Solo ha de servir de punto
O escala para subir
Al de viuda seguro.
Ser de una cama y de un lecho
La muger dueño absoluto,
Dicen algunos Doctores,
Que engorda y alegra mucho.

¡Comer siempre de un manjar,
A quien no causa disgusto,
Y mas quando acierta á ser
Algo desabrido ó sucio?
Un marido es vaca eterna;
Mejor es que hoy á tu gusto.
Des un sazonado pavo,
Mañana un lego besugo.
Si te da pena este trage,
A que te obliga el difunto,
Viste el tronco de colores
Y la corteza de luto.
Con esto templó Artemisa
Su pensamiento confuso,
Medio arrepentida ya
De haber labrado el sepulcro,

V I L

¡Qué necio que era yo antaño!
Aunque ogaño soy un bobo:
Mucho puede la razon,
Y el tiempo no puede poco.
A fé que dixo muy bien,
Quien dixo que eran de corcho
Cascos de caballo viejo,
Y cascos de galan mozo.
Serví al amor quatro años,
Que sirviera mejor ocho
En las galeras de un turco,
O en las mazmorras de na Moro.
Lisonjas majaba y celos,

Que es el espanto de todos
Los majaderos cautivos,
Que se vencen de unos ojos.
De esta dura esclavitud,
(Hace un año por Agosto)
Me redimió la merced
De un tabardillo dichoso.
A este mal debo los bienes
Que en dulce libertad gozo,
Y vame tanto mejor,
Quanto va de cuerdo á loco.
Heme subido á Tarpeya
A ver qual se queman otros
En tan vergonzosas llamas
Que su honor volará en polvo;
Y he de ser tan inhumano,
Que á quien otra vez piadoso
Ayudára con un grito,
Acudiré con un soplo.
Haganse tontos cenizas,
Que con cenizas de tontos
Discretos cuelean sus paños
Manchados, pero no rotos.
Quince meses ha que duermo,
Porque ha tantos que reposo
Sobre piedras como piedra,
Sobre plumas como plomo.
No rompen mi sueño zelos,
Ni pesadumbres mi ocio,
Ni serenés mi salud,
Ni mi hacienda mal cobro.
Tengo amigos, los que bastan

Para andarme siempre solo,
Y vame tanto mejor
Quanto va de cuerdo á loco.
Con doblados libros hago
Los dias de Mayo cortos,
Las noches de Enero breves,
Por lo lacio y por lo toso.
A devocion de un ausente,
A quien ausente y devoto
Con tiernos ojos escribo,
Y con dulce pluma lloro;
Discreciones leo á ratos,
Y necesidades respondo
A tres ninfas que en el Tajo
Dan al ayre trenzas de oro,
Y á la que ya vió Pisuerga,
La aljava pendiente al hombro,
Seguir la casta Diana,
Y eclipsar su hermano rojo.
En mi aposento otras vezes
Una guitarrilla tomo,
Que como barbero templo,
Y como bárbaro toco.
Con esto engaño las horas
De los dias perezosos,
Y vame tanto mejor,
Quanto va de cuerdo á loco.
Pagaba al tiempo dos deudas
Que tenia tras de un torno,
Mas ya ha dias que á la Iglesia
Del desengaño me acojo,
En cuyo lugar sagrado

Me ha comunicado Astolfo
Todo el licor de su vidrio,
Y la razón sus antojos.
Con que veo á la fortuna
De la fábrica de un trono
Levantar un cadahalso
Para la estatua de un monstruo.
Y por las calles del mundo
Arrastrar colas de potros,
A quien de carro triunfal
Se apeó en el capitolio.
Veo pasar como humo
Afirmado el tiempo cojo
Sobre un cetro imperial
Y sobre un cayado corvo.
Después que me conocí
Estas verdades conozco,
Y vame tanto mejor,
Quanto va de cuerdo á loco.

NOTICIAS DE D. LUIS DE GONGORA.

NOTICIAS DE D. LUIS DE GONGORA.

Nació en Córdoba á 11 de Junio de 1561. Pasó á la Universidad de Salamanca á estudiar Derecho en edad de quince años. Parece que allí compuso la mayor parte de sus Poesías amorosas, Romanes y Letrillas satíricas, y que esta ocupacion agradable le distrajo de los estudios que habian de proporcionarle una colocacion correspondiente á su clase, que era distinguida. A los quarenta y cinco años de su edad se hizo eclesiástico, y obtuvo una ración en la Catedral de Córdoba, y por el favor del Duque de Lerma, y del Marques de Siete Iglesias fué nombrado Capellán de honor del Rey Felipe III. Vino con este motivo á la Corte; pero su edad ya avanzada no le dexó adelantar en el favor que habia sabido grangearse. Una enfermedad que le atacó en la cabeza y le privó de la memoria, le obligó á volver á Córdoba, donde agravandose el mal falleció á poco tiempo despues de su llegada, en 24 de Mayo de 1627.

POESÍAS

209

DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

SILVA PRIMERA.

El sueño.

¿ Con qué culpa tan grave,
Sueño blando y suave,
Pude en largo destierro merecerte,
Que se aparte de mí tu olvido manso?
Pues no te busco yo, por ser descanso,
Sino por muda imagen de la muerte.
Cuidados veladores
Hacen inobedientes mis dos ojos
Á la ley de las horas:
No han podido vencer á mis dolores
Las noches, ni dar paz á mis enojos.
Madrugan mas en mí que en las auroras,
Lágrimas á este llano,
Que amanece á mi mal siempre temprano;
Y tanto, que persuade la tristeza
A mis dos ojos, que nacieron antes
Para llorar, que para ver, ó sueño:
De sosiego los tienes ignorantes,
De tal manera, que al morir el día
Con luz enferma vi que permitia
El sol, que le mirasen en poniente.
Con pies torpes al punto ciega y fria,
Cayó de las estrellas blandamente
La noche tras las pardas sombras mudas,

Que el sueño persuadieron á la gente.
Escondieron las galas á los prados
Estas laderas , y sus peñas solas.
Duermen ya entre sus montes recostados.
Los mares , y las olas,
Si con algun acento
Ofenden las orejas,
Es , que entre sueños dan al cielo quejas
Del yerto lecho , y duro acogimiento,
Que blandos hallan en los cerros duros.
Los arroyuelos puros
Se adormecen al son del llanto mio,
Y á su modo también se duerme el rio.

Con sosiego agradable
Se dexan poseer de ti las flores,
Mudos están los males,
No hay cuidado que hable,
Faltan lenguas y voz á los dolores,
Y en todos los mortales
Yace la vida envuelta en alto olvido:
Tan solo mi gemido
Pierde el respeto á tu silencio santo:
Yo tu quietud molesto con mi llanto,
Y te desacredito
El nombre de callado con mi grito.
Dame , cortés mancebo , algun reposo,
No seas digno del nombre de avariento,
En el mas desdichado , y firme amante,
Que lo merece ser por dueño hermoso.

Débate alguna pausa mi tormento;
Gózante en las cabañas,
Y debaxo del cielo

Los ásperos villanos:

Hállate en el rigor de los pantanos,

Y encuéntrate en las nieves y en el yelo,

El soldado valiente;

Y yo no puedo hallarte, aunque lo intente

Entre mi pensamiento y mi deseo.

Ya, pues, con dolor creo,

Que eres mas riguroso que la tierra,

Mas duro que la roca,

Pues te alcanza el soldado envuelto en guerra,

Y en ella mi alma por jamas te toca.

Mira que es gran rigor, dame siquiera,

Lo que de ti desprecia tanto avaro,

Por el oro en que alegre considera,

Hasta que da la vuelta el tiempo claro.

Lo que habia de dormir en blando lecho

Y da el enamorado á su señora,

Y á ti te se debia de derecho.

Dame lo que desprecia de ti ahora

Por robar el ladron: lo que desecha

El que envidiosos celos tuvo y llora.

Quede en parte mi queza satisfecha,

Tocame con el cuento de tu vara,

Oigan siquiera el ruido de tus plumas

Mis desventuras sumas;

Que yo no quiero verte cara á cara,

Ni que hagas mas caso

De mí; que hasta pasar por mí de paso;

Ó que á tu sombra negra por lo menos,

Si fueres á otra parte peregrino,

Se le haga camino

Por estos ojos de sosiego agenos.

Quítame, blando sueño, este desvelo,
 Ó de él alguna parte,
 Y te prometo, mientras viere el cielo,
 De desvelarme solo en celebrarte.

SILVA I. I.

A la codicia.

Diste crédito á un pino,
 Á quien del ocio rudo avara mano
 Truxo del monte al agua peregrino,
 Ó Loiba ciego, de tu paz tirano:
 Viste, amigo, tu vida
 Por la codicia á tanto mar vendida,
 Arrojóte violento
 Adonde quiso el albedrío del viento.
 ¿Qué condicion del Euro y Noto ignoras?
 ¿Qué mudanzas no sabes de las horas?
 Vives, y no sé bien si despreciado
 Del agua, ó perdonado:
 ¿Quántas veces los monstruos que el mar cierra,
 Y tuviste en la tierra
 Por sustento, en la nave mal segura
 Los llegaste á temer por sepultura?
 ¿Qué tierra tan estraña
 No te forzó á besar del mar la saña?
 Qual Alarve, qual Scita, Turco ó Moro,
 Quando al agua, y al viento obedecias,
 Por señor no temias?
 Mucho te debe el oro,
 Si despues que saliste

Pobre reliquia de naufragio triste,
En vez de descansar del mar seguro,
A tu codicia hidrópica obediente
Con villano azadon en cerro duro
Sangras las venas al metal luciente.
¿Por qué permites que trabajo infame
Sudor tuyo derrame?
Dexa oficio bestial, que inclina al suelo
Ojos nacidos para ver el cielo.

¿Qué fatigas la tierra?
Dexa en paz los secretos de esta sierra;
¿Qué te han hecho, mortal, de estas montañas
Las escondidas, y ásperas entrañas,
A quien defiende apenas negra hondura?
Mira, que á un tiempo mismo estás abriendo
Al metal puerta, á ti la sepultura.
Piensa, y es un engaño vergonzoso,
Que le hurtas riqueza al duro suelo;
Oro le llamas, y es dulce desvelo;
Es peligro precioso,
Rubia tierra, pobreza acreditada,
Y ponzoña dorada.
¡Ay! no llesves contigo
Metal de la quietud siempre enemigo;
Pues la naturaleza, viendo que era
Tan contrario á la santa paz primera,
Por dañoso y contrario á quien le estima,
Y por mas escondernos sus lugares,
Los montes le echó encima,
Y sus sendas borró con altos mares.

Doy, que á tu patria vuelvas al instante,
Que el Occidente dexes saqueado,

Y que el mar sosegado
Con amigo semblante,
Debaxo del precioso peso gima,
Quando sus fuerzas liquidas oprima.
La soberbia y el peso del dinero:
Doy , que te sirva el viento lisongero.
Si su furor recelas,
Doy , que respeta el cañamo á tus velas,
Y si temes del mar el desconcierto,
(Bien que imposible sea)
Doy , que te sale á recibir el puerto.
Si pobre casa tienes , que te vea
Rico ; ¿dime si acaso
En tus montones de oro
Tropezará la muerte , ó tendrá el paso,
O añadirá á tu vida tu tesoro,
Un año , un mes , un dia , una hora , ó un punto?
No lo podrás hacer , ni el mundo junto:
Esto , pues , si no puede , á qué esperanza
Truecas segura paz en tal tardanza?
Dexa , no cabes mas el metal fiero,
Vé que sacas consuelo á tu heredero,
Y que juntas tesoro , si se advierte,
Para comprar deseos de tu muerte.
Sacas ¡ay! un tirano de tu sueño,
Y un polvo que despues será tu dueño:
Dexale , ó Loiba , si es que te aconsejas
Con la santa verdad sincera y pura;
Pues él te ha de dexar , si no le dexas,
O te le ha de quitar la muerte dura.

S I L V A I I I .

Roma antigua y moderna.

Esta que miras grande Roma ahora,
Huesped , fué yerba un tiempo , fué collado,
Primero apacentó pobre ganado,
Ya del mundo la ves Reyna y señora.
Fueron en estos atrios Lamia y Flora
De unos admiracion , de otros cuidado,
Y la que pobre Dios tuvo en el prado
Deidad preciosa en alto templo adora.
Jove tronó sobre desnuda peña
Donde se ven subir los chapiteles
A sacarle los rayos de la mano;
Lo que primero fué , rica desdeña;
Senado rudo , que vistieron pieles,
Da ley al mundo , y peso al Océano.
Quando nació la dieron
Muro ún arado , Reyes una loba,
Y no desconocieron
La leche , si este mata , y aquel roba.
Dioses , que truxo hurtados
Del Dánao fuego la piedad Troyana,
Fueron aquí hospedados
Con facil pompa , en devocion villana;
Fué templo el bosque , los peñascos aras,
Víctima el corazon , los dioses varas;
Y pobre , y comun fuego en estos llanos
Los grandes reynos de los dos hermanos.
A la sed de los bueyes
De Evandro fugitivo Tibre santo

Sirvió: despues los Cónsules , los Reyes
Con sangre le mancharon,
Le crecieron con llanto
De los Reynos , que un tiempo aprisionaron:
Fué triunfo suyo , y viólos en cadena
El Danubio y el Rheno,
Los dos Hebros , y el padre Tajo ameno,
Cano en la espuma , y roxo con la arena;
Y el Nilo , á quien han dado,
Teniendo hechos de mar , nombre de rio,
No sin envidia , viendo que ha guardado
Su cabeza de yugo y señorío,
Defendiendo ignorada
La libertad , que no pudiera armada:
El que por siete bocas derramado,
Y de plata , y cristal hidra espumante,
Con siete cuellos hiere el mar sonante,
Sirviendo en el invierno , y el estío
A Egypto , ya de nube , ya de rio.
Anudaron al Tibre cuello y frente,
Puentes en lazos de alabastros puros
Sobre peñascos duros,
Llorando tantos ojos su corriente,
Que aun parecen en campos de esmeralda
Las puentes Argos y Pavon la espalda,
Donde muestran las fábricas que lloras
La fuerza que en los pies llevan las horas:
Pues vencidos del tiempo , y mal seguros
Peligros són , los que antes fueron muros,
Que en siete montes círculo formaron,
Donde á la libertad de las naciones
Carcel dura cerraron.

Trófeos y blasones,
Que en arcos diste á leer á las estrellas,
Y no sé si á envidiar á las mas de ellas,
O Roma generosa,
Sepultados se ven, donde se vieron
Los orgullosos arcos
Como en espejo, en la corriente undosa:
Tan envidiosos hados te siguieron,
Que el Tibre, que fué espejo á su hermosura,
Los da en sus ondas llanto y sepultura.
Y las puertas triunfales,
Que tanta vanidad alimentaron,
Hoy ruinas desiguales,
Que, ó sobraron al tiempo, ó perdonaron
Las guerras, ya caducan, y mortales
Amenazan donde ántes admiraron.
Los dos rostros de Jano
Burlaste, y en su templo, y ara apenas.
Hay yerba, que dé sombra á las arenas,
Que primero adoró tanto Sirano.
Donde ántes hubo oráculos, hay fieras;
Y descansadas de los altos templos,
Vuelven á ser riberas las riberas,
Los que fueron palacios son exemplos:
Las peñas que vivieron
Dura vida con almas imitadas,
Que parece que fueron
Por Déucalion tiradas,
No de ingenios á mano adelgazadas,
Son troncos lastimosos,
Robados sin piedad de los curiosos.
Solo en el Capitolio perdonaste

Las estatuas y bultos que hallaste:
Y fué en tu condicion gran cortesía,
Bien que á tal magestad se le debía.
Allí del arte ví el atrevimiento,
Pues Marco Aurelio en un caballo armado;
El laurel en las sienes anudado,
Osa piisar el viento,
Y en delgado camino, y sendas puras
Hallan; donde afirmar sus erraduras.
De Mario ví, y lloré desconocida
La estatua, á su fortuna merecida:
Ví en las piedras guardados,
Los Reyes, y los Cónsules pasados:
Ví los Emperadores
Dueños del poco espacio que ocupaban,
Donde solo por señas acordaban,
Que donde sirven hoy fueron señores,
 ¡O coronas, ó cetros imperiales,
Que fuisteis en Monarcas diferentes
Breve lisonja de soberbias frentes,
Y rica adulacion en los metales!
¿Donde dexasteis ir los que os creyeron?
¿Cómo en tan breves urnas se escondieron?
De sus cuerpos sabrá decir la fama,
Donde se fué lo que sobró á la llama.
El fuego examinó sus monarquías,
Y yacen poco peso en urnas frias,
Y visten (ved la edad quanto ha podido)
Sus huesos polvo, y su memoria olvido.
Tú, no de aquella suerte,
Te dexas poseer, Roma gloriosa,
De la envidiosa mano de la muerte:

Escalóte feroz gente animosa,
Quando del ansar de oro las parleras
Alas , y los proféticos graznidos,
Siendo mas admirados que creidos,
Advirtieron de Francia las banderas :
Y en la guerra civil , en donde fuiste
De ti misma teatro lastimoso,
Siendo de sangre ardiente , que perdiste,
Pródiga tú y el Tibre caudaloso.
Entonces disfamando tus hazañas,
A tus propias entrañas
Volviste el yerro , que vengar pudiera
La grande alma de Craso , que indignada
Fué en tu desprecio triunfo á gente fiera,
Y ni está satisfecha , ni llorada.
Despues , quando envidiando tu sosiego,
Duro Neron dió música á tu fuego;
Y tu dolor fué tanto,
Que pudo junto ser remedio el llanto,
Abrasadas del fuego sobre el rio,
Torres llovió en ceniza viento frio;
Pero de las cenizas , que derramas
Fenix renaces , parto de las llamas,
Haciendo tu fortuna
Tu muerte vida , tu sepulcro cuna.

Mientras con negras manos atrevidas,
Osó desanudar de sacras frentes
Desdeñoso laurel , palmas torcidas,
Que fueron miedo sobre tantas gentes,
Hurtó el Imperio , que nació contigo,
Y dióle al enemigo;
Pero tú , ó fuese estrella enamorada,

O deidad celestial apasionada,
O en tu principio fuerza de la hora,
Naciste para ser Reyna y señora
De todas las ciudades.
En tu niñez te vieron las edades
Con rústico Senado;
Luego con justos y piadosos Reyes,
Dueños del mundo , dar á todos leyes.
Y quando pareció que habia acabado
Tan grande Monarquía,
Con los Sumos Pontifices , gobierno
De la Iglesia , te viste en solo un dia
Reyna del mundo y cielo , y del infierno.
Las águilas trocaste por la llave ,
Y el nombre de ciudad por el de nave;
Los que fueron Neronés insolentes,
Son Pios y Clementes.
Tú dispensas la gloria , tú la pena,
Y á esotra parte de la muerte alcanza,
Lo que el gran sucesor de Pedro ordena.
Tú das aliento , y premio á la esperanza,
Siendo en tan dura guerra
Gloriosa corte de la Fe en la tierra.

C A N C I O N .

O tú, que con dudosos pasos mides
Huesped fatal, del monte la alta frente,
Cuyo silencio impides,
No impedido jamas de humana gente;
Ora confuso vayas

Buscando el cielo , que las altas hayas
Te esconden en su cumbre,
O ya de alguna grave pesadumbre
Te alivies y consueles,
Y con el suelto pensamiento vuelas;
Delante de esta peña tosca y dura,
Que de naturaleza aborrecida
Envidia á aquellos prados la hermosura,
Deten los pies , y tu camino olvida:
Oirás , si á detenerte te dispones,
De un vivo muerto voces y razones.

En esta cueva humilde y tenebrosa,
Sepulcro de los tiempos que han pasado,
Mi espíritu reposa
Dentro en su mismo cuerpo sepultado:
Y todos mis sentidos
Con beleño mortal adormecidos,
Libres de ingrato dueño
Duermen dispiertos ya del largo sueño,
De bienes de la tierra
Gozando blanda paz tras dura guerra:
Hurtados para siempre á la grandeza,
Al tráfago y bullicio cortesano,
A la Circe cruel de la riqueza,
Que en vano busca el mundo , y goza en vapo.
¡Dichoso yo, que vine á tan buen puerto,
Pues quando muero vivo vivo muerto!

Yo soy aquel mortal , que por su llanto
Fué conocido mas que por su nombre,
Ni por su dulce canto;
Mas ya soy sombra solo de aquel hombre,
Que nació en Manzanares

Para cisne del Tajo y del Henares;
Llaméme entónce Fabio,
Mudome el nombre el desengaño sabio,
Y llamome escarmiento:
Muy célebre habité con dulce acento
De Pisuerga en la orilla; mas agora
Canto mi libertad con mi silencio:
El Lete me olvidó de mi Señora,
El Lete, cuyas aguas reverencio;
Y así le ofrezco al santo desengaño
Mi voluntad por víctima cada año.

Estas mojadas mal enjutas ropas,
Estas no escarmentadas, ni deshechas
Velas, proas y popas;
Estos pesados grillos y estas flechas,
Estos lazos y redes,
Que me visten de miedo las paredes
Con tan tristes despojos,
Que sirven de amenazas á mis ojos,
A mi cuerpo de fúdos,
A mi memoria y alma de verdugos;
Son venturosas prendas aunque atroces,
Que mudas como ves, sin lengua y muertas,
Me estan al alma siempre dando voces
De arena y agua de la mar cubiertas,
Y de llanto, y licor, que el alma suda,
Hechas tragedia de mis males muda.

Aquí con estos bárbaros trofeos
De peregrinaciones trabajosas
Descansan mis deseos;
Aquí paso las horas presurosas
Resonando conmigo,

Y obedéxcome á mí lo que me digo;
 Aquí en blandos afanes
 Ocupo pensamientos holgazanes,
 Que andaban vagamundos
 Descubriendo á sus velas nuevos mundos;
 Y mi loca esperanza siempre verde,
 Que con estar tullida vive ufana,
 De puro vieja aquí su color pierde,
 Y blanca viene á estar de puro cana:
 Aquí del primer hombre despojado
 Descanso ya de andar de mí cargado.

Estos silvestres árboles frondosos,
 Los pobres frutos que este monte cria,
 Aunque pobres sabrosos,
 Me ofrecen mesa franca noche y día;
 Sirvenme aquestas fuentes
 De tazas de cristal resplandecientes;
 Así que en esta sierra
 Los agradecimientos de la tierra
 A mi labor pasada
 Me sustentan la vida trabajada;
 Aquestos paxarillos en su canto
 Imitan de los ángeles los tronos,
 Reglando con mi gusto, y con mi llanto
 Ya los alegres, ya los tristes tonos:
 A murmurar me ayudan estos rios
 De la corte las pompas y atavios.

No solicito el mar con remo y vela,
 Ni temo al turco la ambicion armada;
 No en larga centinela
 De acero nuestro ser como mi espada,
 Ni el ánima vendida

Soy por un pobre sueldo mi homicida;
Ni á fortuna me entrego
De pasión loco, y de esperanzas ciego,
Por cabar diligente
Los peligros preciosos del Oriente;
No de mi gula amenazada vive
La Fenix del Arabia temerosa;
Ni ultrages de mirado en sí recibe
La tierra por ganancia codiciosa;
No de envidioso lloró todo el año
Mas el ageno bien que el propio daño.

Llenos de paz mis gustos y sentidos;
Y la corte del alma sosegada;
Sujetos y vencidos
Los gustos de la carne amotinada;
Entre casos acerbos
Aguardo á que desate destos niervos,
La muerte prevenida
El alma que añudada está en la vida,
Para que en presto vuelo,
Horra del cautiverio de este suelo,
Coronando de laureo entrambas sienes,
Suba al supremo alcazar estrellado
A recibir alegres parabienes
De nueva libertad, de nuevo estado;
Aguardo á que se esconda desta guerra
Mi cuerpo en las entrañas de la tierra.

Tú, pues, ó caminante, que me escuchas,
Si quieres escapar con la victoria
Del mundo con que luchas,
Manda que salga lejos tu memoria
A recibir la muerte,

Que viene en cada punto á deshacerte.
 No hagas de ti caso, : :
 Pues ves que huye la vida paso á paso,
 Y que los bienes de ella : : :
 Mejor los goza aquel que mas los huella.
 Cásate ya ; mortal , de fatigarte
 En adquirir riquezas y tesoro;
 Que últimamente el tiempo ha de heredarte,
 Y al fin te han de dexar la plata y oro:
 Vive para ti solo si pudieres,
 Pues solo para ti si mueres , mueres.

SONETOS.

¿ Temes , ó Lisi , á Júpiter tonante,
 Y pálido tu sol sus llamas mira,
 Quando Jove del ceño de tu ira
 Tiembla vencido , y se querella amante?
 Témale armado el pertinaz gigante
 Que á la conquista de su trono aspira,
 Y Juno que zelosa le suspira,
 Le tema ardiendo en tu temor constante.
 A ti el trueno es requiebro , si amenaza
 El tirano le atiende en el tesoro,
 Quando su sien temor precioso enlaza:
 Al robre baxa en rayo , y á tí en oro;
 Y si renueva amor la antigua traza,
 En lugar de tronar bramará toro.

I I.

Aquí donde su curso retorciendo
 De parlero cristal Henares santo,
 En la esmeralda de su verde manto
 Ya engastándose va, y ya escondiendo,
 Sentí molesta soledad viviendo
 De engañosa sirena docto canto,
 Que blanda y lisongera pudo tanto,
 Que lo que lloro yo lo está riendo.

Luego mi lira y voz al monte hueco
 Tu nombre, Lisi esquivá, le enseñaron,
 Y fué piadoso en repetirle el eco.

Ya todos estos bienes se pasaron,
 Y á mis labios dexaron solo en trueco
 Un ay, *que fueron!* ay, *que se acabaron!*

I I I.

¿Ves con el polvo de la lid sangrienta
 Crecer el suelo, y acortarse el día
 En la zelosa y dura valentía
 De aquellos toros que el amor violenta?

¿No ves la sangre que el manchado alienta,
 Y el humo que de la ancha frente envía
 El toro negro, y la tenaz porfia
 Con que el amante corazón ostenta?

Pues si lo ves, ó Lisi, ¿por qué admiras,
 Que quando amor enjuga mis entrañas
 Y mis venas, volcan rebiente en iras?
 Son los toros capaces de sus sañas;

¿Y no permites quando á Bato mirás,
Que yo ensordezca en llanto las montañas?

IV.

Lleva Mario al ejército, y á Mario
Arrastra ciega la ambicion de Imperio,
Es su anhelar á Cónsul vituperio,
Y su llanto á Minturnas tributario:

Padécenle los Cimbros temerario,
Padece en sí prision y cautiverio,
Fatigó su furor el emisferio,
Y á su discordia falleció el erario.

Y con desprecio en Africa rendida
Después mendigó pan, quien las legiones
Desperdió de Roma esclarecida.

¿Qué sirve dominar en las naciones,
Si es Monarca el pecado de tu vida,
Y provincias del vicio tus pasiones?

V.

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa sus hazañas;
Dieronle muerte, y cárcel las Españas
De quien él hizo esclava la fortuna.

Lloraron sus envidias una á una,
Con las propias naciones las estrañas,
Su tumba son de Flandes las campañas,
Y su epitafio la sangrienta luna.

En sus exéquias encendió el Vesubio
Parténope, y Trinacria al Mongivelo;

El llanto militar creció en diluvio.

Dióle el mejor lugar Marte en su cielo,
La Mosa, el Rin, el Tajo y el Danuvio
Murmuran con dolor su desconsuelo.

EL MAR Y EL VIENTO.

Con mas vergüenza viven Euro y Noto,
Licas, que en nuestra edad los usureros;
Sosieganse tal vez los vientos fieros,
Y ocioso el mar no gime su alboroto.

No siempre el Ponto en sus orillas roto
Exercita los roncós marineros;
Ocio tienen los golfos mas severos,
Ocio gora el baxel, ocio el piloto.

Cesa de la borrasca la malicia:
Nunca cesa el despojo, ni la usura,
Ni sabe estar ociosa su codicia.

No tiene paz, no sabe hallar hartura,
Osa llamar á su maldad justicia,
Arbitrio al robo, á la dolencia cura.

VII.

Un Godo, que una cueva en la montaña
Guardó, pudo cobrar las dos Castillas,
Del Betis y Xenil, las dos orillas,
Los herederos de tan grande hazafia.

A Navarra te dió justicia y maña:
Y un casamiento en Aragon las sillas
Con que á Sicilia y Nápoles humillas,
A quien Milan espléndida acompaña.

Muerte infeliz en Portugal arbola
Tus castillos; Colon pasó los Godos
Al ignorado seno desta bola:

Y es mas fácil, ó España, en muchos modos,
Que lo que á todos les quitaste sola,
Te pueden á ti sola quitar todos.

VIII.

Ya formidable y espantoso suena
Dentro del corazon el postrer dia,
Y la última hora negra y fria,
Se acerca de temor y sombras llena.

Si agradable descanso, paz serena
La muerte en trage de dolor envia,
Señas da su desden de cortesía,
Mas tiene de caricia que de pena.

Que pretende el temor desacordado
De la que á rescatar piadosa viene
Espíritu en miserias añudado?

Llegue rogada, pues mi bien previene,
Hálleme agradecido, no asustado;
Mi vida acabe, y mi vivir ordene.

IX.

Huye sin percibirse lento el dia,
Y la hora secreta y recatada
Con silencio se acerca, y despreciada
Lleva tras sí la edad lozana mia.

La vida nueva, que en niñez ardia,
La juventud robusta y engañada,

En el postrer invierno sepultada,
Yace entre negra sombra y nieve fría.

No sentí resbalar mudos los años,
Y hoy los lloro pasados, y los veo,
Riendo de mis lágrimas y daños.

Mi penitencia debo á mi deseo,
Pues me deben la vida mis engaños,
Y espero el mal que paso, y no le creo.

X.

Miré los muros de la patria mia,
Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
De la carrera de la edad cansados,
Por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, ví que el sol bebía
Los arroyos del yelo desatados;
Y del monte quejosos los ganados,
Que con sombras hurtó la luz al día.

Entré en mi casa, ví que amancillada
De anciana habitacion era despojos,
Mi vínculo mas corto, y ménos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada,
Y no hallé cosa en que poner los ojos,
Que no fuese recuerdo de la muerte.

XI.

De amenazas del Ponto rodeado,
Y de enojos del viento sacudido,
Tu pompa es la borrasca, y su gemido
Mas aplauso te da, que no cuidado.

Reynas con magestad., escollo osado,
 En las iras del mar enforcido,
 Y de sañas de espuma encanecido,
 Te ves de tus peligros coronado.

Eres robusto escándalo á orgullosa
 Proa, que por peligros naufragante
 Te advierte, y no te toca escrupulosa.

Y á su envidia y al mar siempre constante,
 De advertido baxel seña piadosa
 Eres norte y aviso al navegante.

EPISTOLA

AL CONDE DE OLIVARES,

En su valimiento.

No he de callar por mas, que con el dedo,
 Ya tocando la boca, ó ya la frente,
 Silencio avises, ó amenazas miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
 ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
 ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Hoy sin miedo, que libre escandalize
 Puede hablar el ingenio, asegurado
 De que mayor poder le atemorize.

En otros siglos pudo ser pecado
 Severo estudio, y la verdad desnuda;
 Y romper el silencio el bien hablado.

Pues sepa, quien lo niega, y quien lo duda,
 Que es lengua la verdad de Dios severo,
 Y la lengua de Dios nunca fué muda.

Son la verdad y Dios, Dios verdadero,
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fué primero.

Si Dios á la verdad se adelantára,
Siendo verdad, implicacion hubiera
En ser, y en que verdad de ser dexára.

La justicia de Dios es verdadera,
Y la misericordia, y todo quanto
Es Dios, todo ha de ser verdad entera.

Señor Excelentísimo, mi llanto,
Ya no consiente márgenes, ni orillas,
Inundacion será la de mi canto.

Ya sumergirse miro mis mejillas,
La vista por dos urnas derramada
Sobre las aras de las dos Castillas.

Yace aquella virtud desaliñada,
Que fué, si rica ménos, mas temida,
En vanidad, y en sueño sepultada.

Y aquella libertad esclarecida,
Que en donde supo hallar honrada muerte,
Nunca quiso tener mas larga vida.

Y pródiga del alma, nacion fuerte,
Contaba por afrenta de los años,
Envejecer en brazos de la suerte.

Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
Del paso de las horas, y del día,
Reputaban los nuestros por extraños.

Nadie contaba quanta edad vivia,
Si no de qué manera, ni aun un hora
Lograba sin afán su valentía.

La robusta virtud era señora,
Y sola dominaba al pueblo rudo;

Edad , si mal hablada , vencedora.

El temor de la mano daba escudo
Al corazon , que en ella confiado
Todas las armas despreció desnudo.

Multiplicó en esquadras un soldado
Su honor precioso , su animo valiente,
De sola honesta obligacion armado.

Y debaxo del cielo aquella gente,
Si no á mas descansado , á mas honroso
Sueño entregó los ojos , no la mente.

Hilaba la muger para su esposo
La mortaja , primero que el vestido;
Menos le vió galan que peligroso.

Acompañaba el lado del marido
Mas veces en la hueste que en la cama,
Sano le aventuró , vengóle herido.

Todas matronas , y ninguna dama:
Que nombres del alhago cortesano
No admitió lo severo de su fama.

Derramado , y sonoro el Oceano
Era divorcio de las rubias minas,
Que usurparon la paz del pecho humano.

Ni los traxo costumbres peregrinas
El aspero dinero , ni el Oriente
Compró la honestidad con piedras finas.

Joya fué la virtud pura y ardiente;
Gala el merecimiento y alabanza;
Solo se codiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza;
Ni el Cántabro con caxas y tinteros
Hizo el campo heredad , sino matanza.

Y España , con legítimos dineros,

No mendigando el crédito á Liguria,
Mas quiso los turbantes que los ceros.

Menos fuera la pérdida y la injuria,
Si se volvieran muzas los asientos,
Que esta usura es peor que aquella furia.

Caducaban las aves en los vientos,
Y espiraba decrepito el venado,
Grande vejez duró en los elementos.

Que el vientre entonces bien disciplinado
Buscó satisfaccion , y no hartura,
Y estaba la garganta sin pecado.

Del mayor infanzon de aquella pura
República de grandes hombres era
Una vaca sustento y armadura.

No había venido al gusto lisonjera
La pimienta arrugada , ni del clavo
La adulacion fragante forastera.

Carnero y vaca fué principio y cabo,
Y con rojos pimientos y ajos duros,
Tambien como el Señor comió el esclavo.

Bebió la sed los arroyuelos puros,
Despues mostraron del Carchésio á Baco
El camino los brindis mal seguros.

El rostro macilento , el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso,
Y honra y provecho andaban en un saco.

Pudo sin miedo un Español belloso
Llamar á los tudescos bacanales,
Y al holandes herege y alevoso.

Pudo acusar los zelos desiguales
A la Italia ; pero hoy de muchos modos
Somos copias , si son originales.

Las descendencias gastan muchos Godos,
Todos blasonan, nadie los imita,
Y no son sucesores, sino apodos.

Vino el betun precioso, que vomita
La vallenga, ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor nos acredita,

Y quedafon las huestes españolas
Bien perfumadas, pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.

Estaban las hazafias mal vestidas,
Y aun no se hartaba de burriel y lana
La vanidad de fembras presumidas.

A la seda pomposa siciliana,
Que manchó ardiente múrice, el Romano,
Y el oro hicieron aspera y tirana.

Nunca al duro Español supo el gusano
Persuadir, que vistiese su mortaja,
Intercediendo el Can por el verano.

Hoy desprecia el honor al que trabaja,
Y entonces fué el trabajo executoria,
Y el vicio graduó la gente baxa.

Prefende el alentado joven gloria,
Por dexar la vacada sin marido,
Y de Ceres ofende la memoria.

Un animal á la labor nacido,
Y símbolo zeloso á los mortales,
Que á Jove fué disfraz, y fué vestido;

Que un tiempo endureció manos Reales,
Y detras de él los Cónsules gimieron,
Y rumia luz en campos celestiales;

¿Por qual enemistad se persuadieron,
A que su apocamiento fuese hazafia,

Y á las mieses tan grande ofensa hicieron?

¡Qué cosa es ver un infanzon de España,
Abreviado en la silla á la gineta,
Y gastar un caballo en una caña!

Que la niñez al gallo le acometa
Con semejante municion apruebo;
Mas no la edad madura, la perfecta.

Exercite sus fuerzas el mancebo
En frentes de esquadrones, no en la frente
Del util bruto la hasta del acebo.

El trompeta le llamo diligente,
Dando fuerza de ley el viento vano,
Y al son esté el exercito obediente.

¡Con quanta magestad llena la mano
La pica, y el mosquete carga el hombro,
Del que se atreve á ser buen castellano!

Con asco entre las otras gentes nombro
Al que de su persona sin decoro,
Mas quiere nota dar, que dar asombro.

Gineta, y Cañas son contagio Moro,
Restituyanse Justas y Torneos,
Y hagan paces las capas con el toro.

Pasadnos vos de juegos á trofeos,
Que solo grande Rey, y buen Privado
Pueden executar estos deseos.

Vos, que haceis repetir siglo pasado,
Con desembarazarnos las personas,
Y sacar á los miembros de cuidado:

Vos disteis libertad con las balonas,
Para que sean corteses las cabezas,
Desnudando el enfado á las coronas:

Y pues vos enmendásteis las cortezas,

Dad á la mejor parte medicina,
Vuelvanse los tablados fortalezas.

Que la cortés estrella , que os inclina
A privar sin intento , y sin venganza,
Milagro , que á la envidia desatina,

Tiene por sola bienaventuranza,
El reconocimiento temeroso,
No presumida , y ciega confianza.

Y si os dió el ascendiente generoso
Escudos de armas , y blasones llenos,
Y por timbre el martirio glorioso,

Mejores sean por vos los que eran buenos:
Guzmanes , y la cumbre desdeñosa
Os muestre á su pesar campos serenos.

Lograd , Señor , edad tan venturosa,
Y quando nuestras fuerzas examina
Persecucion unida y belicosa;

La militar valiente disciplina
Tenga mas platicantes que la plaza,
Descansen tela falsa , y tela fina.

Suceda á la mantota la coraza,
Y si el Corpus con danzas no los pide,
Velillos , y oropel no hagan baza.

El que en treinta lacayos los divide,
Hace suerte en el toro , y con un dedo
La hace en él la vara que los mide.

Mandadlo así , que aseguraros puedo,
Que habeis de restaurar mas que Pelayo;
Pues valdrá por exércitos el miedo,
Y os verá el cielo administrar su rayo.

POESÍAS JOCOSAS.

SONETO.

Esta es la informacion, este el proceso,
 Del hombre que ha de ser canonizado,
 En quien, si es que vió el mundo algun pecado,
 Advirtió penitencia con exceso.

Doce años en su suegra estuvo preso,
 A muger y sin sueldo condenado,
 Vivió baxo el poder de su cuñado,
 Tuvo un hijo no mas tonto y travieso.

Nunca rico se vió con oro ó cobre,
 Vivió siempre contento aunque desnudo;
 No hay incomodidad que no le sobre.

Vivió entre un herrador y tartamudo,
 Fué mártir porque fue casado y pobre,
 Hizo un milagro y fué no ser cornudo.

REDONDILLAS.

A ORFEO.

Al infierno el Tracio Orfeo
 Su muger baxó á buscar,
 Que no pudo á peor lugar
 Llevarle tan mal deseo.

Cantó, y al mayor tormento
 Puso suspension y espanto,
 Mas que lo dulce del canto,
 La novedad del intento.

El dios adusto ofendido,
Con un estraño rigor,
La pena que halló mayor
Fué volverle á ser marido.

Y aunque su muger le dió
Por pena de su pecado;
Por premio de lo cantado,
Perderla facilitó.

LETRILLAS SATÍRICAS.

PRIMERA.

Que no tenga por molesto,
En Doña Luisa Don Juan
Ver que á puro soliman
Traiga medio Turco el gesto;
Porque piensa que con esto,
Ha de agradar á la gente,
Mal haya quien lo consiente,
Que adore á Belisa un bruto,
Y que ella olvide sus leyes,
Si no es qual la de los Reyes,
Adoracion con tributo;
Que á todos les venda el fruto,
Cuya flor llevó el ausente,
Mal haya quien lo consiente,
Que el mercader dé en robar,
Con avaricia crecida,
Que hurte con la medida,
Sin tenerla en el hurtar;
Que pudiendo maullar,

Prender al ladron intente,
Mal haya , &c.

Que su limpieza exágere,
Porque anda el mundo al reves,
Quien de puro limpio que es
Comer el puerco no quiere;
Y que aventajarse espere,
Al Conde de Benavente,
Mal haya , &c.

Que el letrado venga á ser,
Rico por su muger bella,
Mas por su parecer della,
Que por su bien parecer;
Y que no pueda creer,
Que esto su casa alimente,
Mal haya , &c.

Que de rico tenga fama,
El Médico desdichado,
Y piense que no le ha dado,
Mas su muger en la cama,
Curando de amor la llama,
Que no en la cama el doliente,
Mal haya , &c.

Y que la viuda enlutada,
Les jure á todos por cierto,
Que de miedo de su muerto,
Siempre duerme acompañada;
Que de noche esté abrazada,
Por esto de algun valiente,
Mal haya , &c.

Que pida una y otra vez,
Fingiendo vírgen el alma,

La tierna doncella palma,
Si es datil su doncellez;
Y que dexandola en Eez
La haga siempre presente,
Mal haya, &c.

Que el escribano en las salas
Quiera encubrirnos su tifa,
Siendo ave de rapia,
Con las plumas de sus alas;
Que echen sus cañones balas
A la bolsa del potente,
Mal haya, &c.

Que el que escribe sus razones
Algo de razon se aleje,
Y que escribiendo se dexa
La verdad entre renglones,
Que por un par de doblones
Canonize al delinquente,
Mal haya, &c.

Santo silencio profeso,
No quiero, amigos, hablar;
Pues vemos que por callar
A nadie se hizo proceso:
Ya es tiempo de tener seso,
Bailen los otros al son,
Chiton.

Que piquen con buen concierto
Al caballo mas altivo,
Picadores si está vivo,

Pastelero si está muerto;
 Que con ojaldre cubierto,
 Nos den un pastel frison,
 Chiton.

Que por buscar pareceres
 Revuelvan muy desvelados
 Los Bártulos los letrados,
 Los Abades sus mugeres;
 Si en los estrados las viéres,
 Que ganan mas que el varon,
 Chiton.

Que trague el otro jumento
 Por doncella una Sirena
 Mas catada que colmena,
 Mas probada que argumento;
 Que llame estrecho aposento
 Donde se entró de rondon,
 Chiton.

Que pretenda el maridillo
 De puro valiente y bravo,
 Ser en una esquadra cabo
 Siendo cabo de un cuchillo;
 Que le vendan el membrillo,
 Que tiralle era razón,
 Chiton.

Que duelos nunca le falten
 Al sastre que chupan brujas;
 Que le falten las agujas,
 Y á su muger se las salten;
 Que sus dedales esmalten
 Un doblon y otro doblon,
 Chiton.

Que tonos á sus galanes
 Cante Juanilla estafando,
 Porque ya piden cantando.
 Las niñas como Alemanes;
 Que en tono, haciendo ademanes,
 Pidan sin ton y sin son,
 Chiton.

Muger hay en el lugar,
 Que á mil coches por gozallos,
 Echára quatro caballos,
 Que los sabe bien echar:
 Yo sé quien manda salar
 Su coche como jamon,
 Chiton.

III.

Pues amarga la verdad
 Quiero echarla de la boca,
 Y si al alma su hiel toca,
 Esconderla es necesidad;
 Sépase, pues libertad
 Ha engendrado en mi pereza
 La pobreza.

¿Quién hace al tuerto galan,
 Y prudente al sin consejo;
 Quien al avariento viejo
 Le sirve de rio Jordan?
 ¿Quién hace de piedras pan,
 Sin ser el Dios verdadero?
 El dinero.

¿Quién con su fiereza espanta
 El cetro y corona al Rey,

Quien careciendo de ley
Merece el nombre de santa,
Quien con la humildad levanta
A los cielos la cabeza?
La pobreza.

¿Quién los Jueces con pasión,
Sin ser ungüento, hace humanos,
Pues untandoles las manos
Los ablanda el corazón;
Quien gasta su opilación
Con oro, y no con acero?
El dinero.

¿Quién procura que se aleje
Del suelo la gloria vana,
Quien siendo toda cristiana
Tiene la cara de herege;
Quien hace que al hombre aquexe
El desprecio y la tristeza?
La pobreza.

¿Quién la montaña derriba
Al valle, la hermosa al feo,
Quien podrá quanto el deseo,
Aunque imposibles conciba;
Y quien lo de abaxo arriba
Vuelve en el mundo ligero?
El dinero.

IV.

Poderoso caballero
Es don dinero,
Madre, yo al oro me humillo,
El es mi amante y mi amado;

Pues de puro enamorado
De continuo anda amarillo:
Que pues doblon ó sencillo,
Hace todo quanto quiero;
Poderoso caballero
Es don dinero.

Nace en las Indias honrado
Donde el mundo le acompaña,
Viene á morir en España;
Y es en Génova enterrado:
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso aunque sea fiero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Es galán y es comel un oro,
Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan christiano como moro:
Pues que da y quita el decoro
Y quebranta qualquier fuero;
Poderoso caballero
Es don dinero.

Son sus padres principales,
Y es de nobles descendiente,
Porque en las venas de oriente,
Todas las sangres son reales:
Y pues es quien hace iguales
Al Duque y al ganadero;
Poderoso caballero
Es don dinero.

¿Mas á quien no maravilla,
Ver en su gloria sin tasa

Que es lo menos de su casa
Doña Blanca de Castilla?

Pero pues da al baxo silla,
Y al cobarde hace guerrero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales
No hay escudos de armas dobles:
Y pues á los mismos robles
Da codicia su minero,
Poderoso caballero
Es don dinero,

Por importar en los tratos,
Y dar tan buenos consejos,
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos:
Y pues el rompe recatos
Y ablanda al jüez severo,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Y es tanta su magestad,
Aunque son sus duelos hartos,
Que con haberle hecho quartos
No pierde su autoridad:
Pero pues da calidad
Al noble y al pordiosero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Nunca ví damas ingratas
A su gusto y afición,

Que á las caras, de un doblon,
 Hacen sus caras bagatas;
 Y pues las hace bravatas,
 Desde una bolsa de cuero,
 Poderoso caballero
 Es don dinero.

Mas valen en qualquier tierra,
 Mirad si es harto sagaz,
 Sus escudos en la paz,
 Que rodela en la guerra:
 Y pues al pobre le entierra,
 Y hace propio al forastero,
 Poderoso caballero
 Es don dinero.

V.

A la que causó la llaga,
 Que en mi corazon renuevo,
 Yo la quiero como debo,
 Y un Genovés como paga.
 ¿Ved en qué vendrá á parar
 Compitiendo su poder,
 Haciendo yo mi deber,
 Y él haciendo su pagar?
 Mal en oponerme hago,
 Siendo de bolsa tan leve,
 A quien ni teme ni debe
 Yo que ni temo ni pago:
 Quando mi talego amaga
 El suyo da fruto nuevo,
 Yo la quiero como debo,
 Y un Genovés como paga,

Con bien diferente alhago
Nos escribe á lo modorro
A mí las cartas de horro,
A él las cartas de pago.
¿Cuál tendrá mas opinion
Con ella en la poesía,
Yo con una letra mia,
Y él con dos de Besanzon?
La letra de cambio traga,
No escucha la que yo llevo,
Yo la quiero como debo,
Y un Genovés como paga,
Si la veo en su posada
Con el Genovés cupido,
Estoy yo como vendido,
Ella está como comprada:
Mirad , pues , á quien oirá,
Si en el relox que regala,
Mi mano es la que señala,
Y la suya la que da:
Toda mi dicha se estraga
Por quantos caminos pruebo,
Yo la quiero como debo,
Y un Genovés como paga.
¿Cómo la podré agradar
Los deseos avarientos,
Si voy á contarla cuentos,
Y él da cuentos á contar?
El da joyas , yo villetes,
Y andamos por los lugares
El con dares y tomares,
Yo con dimes y diretes;

De mí se esconde por plaga,
A él le busca por cebo,
Yo la quiero como debo,
Y un Genovés como paga.

ZÁCARAS Y ROMANCES.

Zampuzado en un ballesto
Me tiene su Magestad
En un callejon Noncega,
Aprendiendo á gavilan.
Graduado de tinieblas
Pienso que me sacarán,
Para ser noche de invierno,
O en culto algun madrigal.
Yo que fui norte de guros,
Enseñando á navegar
A las godeñas en ansias,
A los buzos en afan,
Enmoheciendo mi vida
Vivo en esta obscuridad
Monge de zaquizamies,
Ermitaño de un desvan.
Un abanico de culpas
Fué principio de mi mal,
Un letrado de lo caro,
Grullo de la puridad.
Dios perdone al padre Esquerria,
Pues fué su paternidad
Mi suegro mas de seis años

ego

En esta

En la cueva de Alcalá,
En el meson de la ofensa,
En el palacio mortal,
En la casa de mas quantos
De toda la Christiandad.

Allí me lloró la Guanta,

Quando por la Salazar

Desporqueroné dos almas

Camino de Breñigal.

Por la Quijano, doncella

De perversa honestidad

Nos mojamos yo y Vicioso,

Sin metedores de paz.

En Sevilla el árbol seco

Me prendió en el arenal,

Porque le afufé la vida

Al zaino de Sant Horcaz.

El zapatero de culpa

Luego me mandó calzar

Botinicos vizcaynos,

Martillado el cordovan.

Todo cañon, todo guro,

Todo mandil y jayan,

Y toda hiza con greña,

Y quantos saben fuñar,

Me lloraron sogá á sogá

Con inmensa propiedad,

Porque llorar hilo á hilo

Es muy delgado llorar.

Porque me metí una noche

A Pasqua de Navidad,

Y libré todos los presos

Me mandaron cercenar...
 Dos veces me han condenado
 Los señores á trinchar,
 Y la una el Maestro Salazar
 Tuvo aprestado sitio,
 Los diez años de mi vida
 Los he vivido hácia atrás
 Con mas grillos que el verano,
 Cadenas que el Escorial,
 Mas Alcaydes he tenido
 Que el castillo de Milán,
 Mas guardas que el Monumento,
 Mas hierros que el Alcoran:
 Mas sentencias que el derecho,
 Mas causas que el no pagar,
 Mas autos que el día de Corpus,
 Mas registros que el misal;
 Mas enemigos que el agua,
 Mas corchetes que un gavan,
 Mas soplos que lo caliente,
 Mas plumas que el torrear.
 Bien se puede hallar persona
 Mas xarifa y mas galan,
 Empero mas bien prendida,
 Yo dudo que se hallará.
 Todo este mundo es prisiones,
 Todo es carcel y penar,
 Los dineros estan presos
 En la bolsa donde estan.
 La cuba es cárcel del vino,
 La trox es carcel del pan,
 La cáscara de las frutas,

252 ROMANES
Y la espina del rosal.
Las cercas y las murallas
Carcel son de la ciudad,
El cuerpo es carcel del alma,
Y de la tierra la mar:
Del mar es carcel la orilla,
Y en el órden que hoy estan
Es un cielo de otro cielo,
Una carcel de cristal.
Del ayre es carcel el fuelle,
Y del fuego el pedernal,
Preso está el oro en la mina,
Preso el diamante en Ceylan:
En la hermosura y donaire
Preso está mi libertad,
En la vergüenza los gustos,
Todo el valor en la paz:
Pues si todos estan presos,
Sobre mi mucha lealtad
Llueva cárceles mi cielo
Diez años sin escampar.

II.
A la orilla de un pellejo,
En la taberna de Lepre,
Sobre si bebe poquito,
Y sobre si sobre bebe,
Mascaraque el de Sevilla,
Zamborondon el de Yepes,
Se dixeran mesurados
Lo de sendos remoquetes.

Hubo palabras mayores,
 De lo de no como liebre,
 Ni yo á la muger del gallo,
 Nadie ha visto que la almuerza,
 ¿Tú te apitonas conmigo?
 Hiédete el alma, pobrete!
 Salgamos á berrear,
 Veremos á quien le hiende.
 Hubo mientes como puños,
 Hubo puño como el mientes,
 Granizos de sombrerazos,
 Y diluvios de cachetes.
 Hallóse allí Calamorra,
 Sobre si no mata siere,
 Bravo de contaduría,
 De relaciones valiente.
 Con lo del ténganse digo,
 Y un varapálo solemne,
 Solfeando coscorrones
 Hace que todos se arredren.
 Zamborondon, que de zupia
 Enlazaba el capacete,
 Armado de tinto en blanco,
 Con malla de cepa el vientre;
 Acandilando la boca,
 Y sorbido de mofletes,
 A la campaña endereza,
 Llevando el vino á traspieses.
 Entrambos las hojarasca
 En el camino previenen,
 El uno la sacabuches,
 Y el otro la sacamete.

Séquito llevan de danza,
 En puros pícaros hierven,
 Por una y por otra parte
 Van amigos y parientes.
 Acogióse á toda calma
 A dar el punto á la Menda,
 El cañon de Mascaraque,
 Marquillos de Turuleque.
 A la puente segoviana
 Los dos jayanes descenden
 Asmáticos los resuellos
 Descoloridas las teces.
 Como se tienen los dos
 Por malos correspondientes,
 De espaldas van atisvando
 Los pasos con que se mueven.
 Manzorro, cuyo apellido
 Es del solar de la equis,
 Que metedor y pañal
 De paces ha sido siempre,
 Preciado de reportorio,
 Y almanake de caletre,
 Quiso ensalmar la pendencia,
 Y propuso que se cuele.
 Bramaban como los ayres
 Del enojado noviembre,
 Y de andar á sopetones,
 Los dos estan en sus trece.
 Mojagon que del sosquin
 Ha sido zaino eminente,
 Y en los soplos y el cantar
 Es juntos órgano y fuelles,

Dixo en baxando á lo llano,
 Que está entre el parque y la puente,
 Para una danza de espadas
 El sitio dice comedero.
 Los dos se hicieron atrás,
 Y las capas se revuelven;
 Sacaron á relucir
 Las espadas hechas sierpes.
 Mascaraque es Angulema,
 Científico, y Archimedes,
 Y mas amigo de atajo
 Que las mulas de alquileres.
 Zamborondon que de líneas
 Ninguna palabra entiende,
 Y esgrime á lo colchonero
 Euclides de mantinientes,
 Desatando torvellinos
 De tajos y de revesses,
 Le rasgó en la geta un palmo,
 Le cortó en la cholla un genio.
 Acudieron dos lacayos
 Y gran borboton de gente,
 Andaba el ténganse á fuera,
 Y llamen quien los confiese.
 Tirábanse por encima
 De los piadosos tenientes,
 Amenazando la caspa
 Unas heridas de á peyne.
 En esto desaforada
 Con una cara de viernes,
 Que pudiera ser acelga
 Entre lentejas y arenques,

La Mendez llegó chillando,
 Con trasudores de acayte,
 Derramando por los hombros
 El columpio de las liendres.
 El voto á Christo, enojaba,
 Que no le oyeron mas fuerte
 En la legua de Getafe
 Ni las mulas ni los cerros.
 ¿Quando pensé que tuvieras
 Que contar mas una muerte,
 Te miro de Mari barbas
 Con dos rasguños las sienes?
 ¿Andaste tú reparando
 Si Moñorros me divierte,
 Y no reparas un chirlo
 Que todo el testuz te hiende?
 ¿Estaba esta hoja en Babia
 Que no socorrió tus dientes?
 ¿De recibidor te precias
 Quando por dador te vendes?
 Llegóse á Zamborondon
 Callando bonicamente,
 Y sonóle las narices
 Con una nabaja acércen.
 Diciendo; chirlo por chirlo
 Goze de este la Pebete;
 Quien á mi amigo atarasca
 Mi brazo le calavera.
 A puñaladas se abrazan,
 Unos con otros se envuelven,
 Andaba el moja la olla
 Tras la goda delinquiente.

Quando se vieron cercados
De alguaciles y corchetes,
De plumas y de tinteros,
De espadas y de broqueles.
Al ténganse á la justicia
Todo christiano ensordece,
Favor al Rey piden todos
Los chillones escribientes.
La Mendez dixo, mancochos,
Si favor para el Rey quieren,
A mí me parece bien,
Llévenle esta cinta verde.
Unos se fueron al Angel
Con el diablo á retraerse,
Otros por medio del río
Tomaron trota de peces.
Manzorro cogió dos capas,
Una vayna y un machete;
Que desde niño se halla
Lo que á ninguno se pierde.

III.

Una incredula de años,
De las que niegan el fe,
Y al limbo dan tragantonas
Callando el matusalen,
De las que detras del meñe
Han procurado esconder,
Si no la agua del bautismo,
Las edades de la fe,
Buscaba en los muladares
Los abuelos del papel,

No quise decir andrajos
 Porque no se afrente el león.
 Fué pues muy contemplativa
 La vegezuela esta vez,
 Y quedóse así elevada
 En un trapajo de bien.
 Tarazon de cuello era,
 De aquellos que solían ser
 Mas azules que los cielos,
 Mas eptonados que juez.
 Y bamboleando un diente,
 Volatin de la vejez,
 Dixo con la voz sin huesos,
 Y remedando el sorber:
 Lo que ayer era estropajo
 Que desechó la sartén,
 Hoy pliego manda dos mundos.
 Y está amenazando tres.
 Está vestida de tinta,
 Muy propotente una ley
 Quitando haciendas y vidas
 Y arremetiendose á Rey;
 Con pujamiento de barbas
 Está brotando poder
 Desde una plana viznieta
 De un cadaver de arambel.
 Buen andrajo, quando seas,
 Pues que todo puede ser,
 O provision, ó decreto,
 O letra de Genovés;
 Acuerdate, que en tu busca
 Con este palo soez

Te saqué de la basura, y te di
Para tornarte á nacer: y así te vino
En esto haciendo cosquillas
Al muladar con el pie,
Llamada de la mislumbre
Y asustando el interés;
Si es diamante, no es diamante,
Sacó envuelto en un cordel
Un casquillo de un espejo
Perdido por hacer bien.
Miróse la viejecilla
Prendiéndose un alfiler,
Y vió un ojeon con tocas
Donde buscó un Aranjuez:
Dos cabos de ojos gastados,
Con caducas por niñez,
Y á boca de noche un diente,
Cerca ya de oscurecer.
Mas que cabellos arrugas
En su cascara de nuez,
Pinzas por nariz, y barba
Con que el hablar les morder.
Y arrojándole en el suelo,
Dixo con rostro ebuel,
Bien supo lo que se hizo
Quien te echó donde te ves.
Señoras, si aquesto propio
Os llegare á suceder,
Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay porque
El pagó solo la pena
De las culpas de su piel,

Quando el muladar de años
Como se vino se fué.

30. 12. 12. 12. 12.

IV. 12. 12. 12. 12.

Parióme adrede mi madre,
;Ojalá no me pariera!
Aunque estaba quando me hizo,
De gorja naturaleza.
Dos maravedis de luna
Alumbraban á la tierra,
Que por ser yo el que nacía
No quiso que un quarto fuera.
Nací tarde porque el sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.
Un Miercoles con un Martes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naciera.
Nací debaxo de Libra
Tan inclinado á las pesas,
Que todo mi amor se fonda
En las madres vendederas.
Diome el Leon su quartana,
Dióme el Escorpion su lengua,
Virgo el deseo de hallarlo,
Y el Carnero su paciencia.
Murieron luego mis padres,
Dios en el cielo los tenga,
Porque no vuelvan acá,
Y á engendrar mas hijos vuelvan.

Tal ventura desde entonces
Me dexaron los planetas,
Que puede servir de tinta,
Segun ha sido de negra.
Porque es tan feliz mi suerte
Que no hay cosa mala ó buena,
Que aunque la piense de tajo
Al reves no me suceda.
De estériles soy remedio,
Pues con mandarme su hacienda
Les dará el cielo mil hijos
Por quitarme las herencias.
Para que yean los ciegos,
Sáquenme á mí á la vergüenza,
Y para que cieguen todos,
Llévenme en coche ó litera.
Como imagen de milagros
Me sacan en las aldeas,
Si quieren, sol abrigado
Y desnudo, porque llueva.
Quando alguno me convida,
No es á banquetes ni á fiestas,
Sino á los Misacantanos,
Para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido
A todos quantos esperan
Para molerlos á palos,
Y así inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase,
Si ha de caer una teja,
Aciértanme las pedradas,
Las curas solo me yerran.

Si á alguno pido prestado,
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí,
Me hace prestar la paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni veteja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar,
Y la hallo en las tabernas,
Que mis contentos y el vino
Son aguados donde quiera.
Dexo de tomar oficio
Porque sé por cosa cierta,
Que en siendo yo calcetero
Andarán todos en piernas.
Si estudiara medicina,
Aunque es socorrida ciencia,
Porque no curará yo
No hubiera persona enferma.
Quise casarme este año
Por sosegar mi conciencia,
Y dábanme en dote al diablo
Con una muger muy fea.
Si intentara ser cornudo,
Por comer de mi cabeza,
Segun soy de desgraciado
Diera mi muger en buena.

Siempre fué mi vecindad,
 Mal casados que vocean,
 Herradores que madrugan,
 Herreros que me desvelan.
 Si yo caminor con fieltros,
 Se abrasa en fuego la tierra;
 Y llevando guardasol
 Está ya de Dios que llueva.
 Si hablo á alguna muger,
 Y la digo mil ternezas,
 O me pide, ó me despide,
 Que sea mi es una cosa mesma.
 En mí lo picado es roto,
 Ahorro qualquier limpieza,
 Qualquiera bostezo es hambre,
 Qualquiera color vergüenza.
 Fuera un hábito en mi pecho,
 Remiendo sin resistencia,
 Y peor que besamanos
 En mí qualquiera encomienda.
 Para que no estén en casa,
 Los que nunca salen della;
 Buscarlos yo solo basta,
 Pues con eso estarán fuera.
 Si alguno quiere morirse,
 Sin ponzoña ó pestilencia,
 Proponga hacerme algun bien
 Y no vivirá hora y media.
 Y á tanto vino á llegar
 La adversidad de mi estrella,
 Que me inclinó que adorase
 Con mi humildad tu soberbia.

Y viendo que mi desgracia sigue,
 No dió lugar á que fuera,
 Como otros, un pretendiente,
 Vine á ser un pretenmuela.
 Bien sé que apenas soy algo,
 Mas tú de puro discreta,
 Viendome con tantas faltas,
 Que estoy preñado sospechas.
 A questo Fabio cantaba,
 A los balcones y rejas,
 De Aminta, que de olvidable
 Le han dicho que no se acuerda.

V.

Padre Adán, no lloreis duelos,
 Dexá buen viejo el llorar,
 Pues que fuisteis en la tierra
 El mas dichoso mortal.
 De la variedad del mundo
 Entrasteis vos á gozar
 Sin sastres ni mercaderes,
 Plagas que tuvo otra edad.
 Para daros compañía,
 Quiso el señor aguardar,
 Hasta que llegó la hora,
 Que sentisteis soledad.
 Costoos la muger que os dió con
 Una costilla, y acá
 Todos los huesos nos cuestan,
 Aunque ellas nos ponen más.
 Dormisteis, y una muger
 Hallasteis al despertar;

Y hey en durmiendo un marido
Halla á su lado otro Adán.
Un higo solo os vedaron,
Sea manzana si gustais;
Que yo para comer una
Dios me lo habia de mandar.
Tuvistes muger sin madre,
Grande suerte, y de envidiar,
Gozastes mundo sin viejas,
Ni suegrecita inmortal.
Si os quexeis de la serpiente,
Que os hizo á entrambos mascar,
¿Quanto es mejor la culebra
Que la suegra, preguntad?
La culebra por lo menos
Os da á los dos que comais;
Si fuera suegra, os comiera
A los dos, y mas y mas.
Si Eva tuviera madre
Como tivo á Satanás,
Comiérase el Parayso,
No de un pero la mitad.
Las culebras mucho saben,
Mas una suegra infernal
Mas sabe que las culebras,
Ansi lo dice el refran.
Llegaos á que aconsejara
Madre deste temporal
Comer un bocado solo,
Aunque fuera rejalgar.
Consejo fué del demonio
Que anda en ayunas lo mas;

Que las madres de un almuerzo
 La tierra engullen y el mar.
 Señor Adán, menos quejas,
 Y dexad el lamentar,
 Sabé estimar la culebra,
 Y no la trateis tan mal.
 Y si gustáis de trocarla
 A suegras de este lugar,
 Ved lo que quereis encima,
 Que mil os la tomarán.
 Esto dixo un ensuegrado,
 Llevándole á conjurar
 Para sacarle la suegra
 Un cura y un sacristán.

VI
 1819

La que hubiere menester
 Un marido de retorno,
 Que viene á casarse en vago,
 Y halla á su muger con otro,
 Acudirá á mi cabeza,
 Mas arriba de mi rostro,
 Como entramos por las sienes
 Entre ceryantes y toro.
 Muchachas, todo me caso,
 Niñas, todo me desposo,
 Marido de quita y pon,
 Entre ciego y entre sordo,
 Persona de tan buen tallo,
 Que tengo el tallo de todos,
 Viéneme lo que me da

Los delgados y los gordos.
Doyme por desentendido
De quantas visiones topo;
No ocupa lugar en casa,
Y al rayo del sol me asomo.
Si estando con mi muger
Columbro brújula de oros,
Hago como que me fui,
Y aunque me quedo no estorbo.
Y con esto aun es tan vano
De mi cabeza el entono,
Que á quien me los pone á mí,
Parece que se los pongo.
Tengo en queriendo dormir
Sueño de pluma y de plomo,
Con prometimientos velo,
Y con las dádivas ronco.
Sabe á azibar la perdiz,
Que para comerla compro,
Pero si me lo presentan,
Sabe á perdiz quanto como.
Siete veces me he casado,
Siete capuces he roto,
Y me siento tan marido,
Que pienso ponerme el ocho.
La primera fué doncella,
Despues de mi desposorio;
Recatada, ya se entiende,
Recogida, en casas de otros.
La segunda hizo un enredo,
Que no lo hiciera un demonio;
Junto un v... y un preñado

Truxo el uno sobre el otro.
 Estiraba yo los meses.
 Porque viniesen al propio.
 Y achaquéme una barriga.
 Que no la ví de mis ojos.
 Las demas á puto el postre.
 Honraron mis matrimonios.
 Las tres, tres signos me hicieron.
 Arias, Tauro y Capricornio.
 Las dos pusieron virtudes.
 De mi cabeza en el moño.
 Que á competir las no bastan
 Las de muchos unicornios.
 Si de muchos fui tenido.
 Por un marido del soto.
 No os lo deparará el rastro.
 Mas Diego, ni menos, hosco.
 Mi condicion y mi vida.
 Es aquesta que pregonó.
 Muchachas, alto á casarse,
 Que está de camino el novio.

V I L L A N A

Cruel llaman á Neron,
 Y cruel al Rey Don Pedro.
 Como si fueran los dos
 Hipócrates y Galeno.
 Estos dos sí que inventaron
 Las purgas y cocimientos,
 Las dietas y medicinas,
 Boticarios y barberos.

Matalotes fueron crueles,
Y ministros del infierno,
Abreviadores de vidas,
Y datarios de tormentos,
Que Neron tuvo buen gusto,
Don Pedro fué justiciero,
Si cohechados y ladrones
No pusieran lengua en ellos.
Si inventáran estos dos
Esperar y tener celos,
Las mugeres de por vida,
La gota y hacerse viejos,
Cantar mal y porfiar,
Y templar los instrumentos,
El pedir de las búscas,
Las visitas de los necios;
Justicia fuera llamarlos
Cruelles la fama en extremo,
Pero si no lo señalan,
Es contra todo derecho.
Tuvo Neron lindo humor,
Y exquisito entendimiento,
Amigo de novedades,
De fiestas y pasatiempos.
Dicen que forzó doncellas,
Mas de ningun modo creo
Que él encontró con alguna,
Ni que ellas se resistieron.
Quísole Suetonio mal,
Pues le llamó deshonesto
Porque adoraba á su madre,
Siendo obligacion hacerlo.

Nótale de qué comia si se acordar
 Sin cesar un día entero, y
 Y es pecado que á la sarna
 Pudiera imputar lo mismo.
 Mató Neron muchos hombres,
 Mas son los que el sol ha muerto,
 Y llámanle hermoso á él,
 Y á este otro le llaman fiero.
 Gustó de quemar en Romano
 Tanto edificio, soberbio,
 Dexando así castigada
 La soberbia para exemplo,
 Quemó la débil grandeza,
 Que atesoraban los tiempos,
 Y á la vanidad del mundo
 Quiso mostrar su desprecio.
 Si á Séneca dió la muerte,
 Siendo su docto maestro,
 Hizo lo que una terciana
 Sin culpa pudo haber hecho.
 No es mucho que se enfadase
 De tantos advertimientos,
 Que no hay señor que no quiera
 Ser en su casa el discreto.
 Quitó á Lucano la vida,
 Mas no le agravió con eso,
 Quando inmortal le acredita
 Con la gloria de sus versos.
 Pues Don Pedro el de Castilla,
 Tan valiente y tan severo,
 ¿Qué hizo sino castigos?
 ¿Y qué dió sino escarmientos?

Quieta y próspera Sevilla,
Pudo alabar su gobierno,
Y su justicia las piedras
Que están en el candilejo:
El clérigo desdichado,
Y el dichoso zapatero
Dicen de su tribunal
Las providencias y aciertos.
Si Doña Blanca no supo
Prendarle y entretenerlo,
¿Qué mucho que la trocase,
Siendo moneda en su reyno?
Era hermosa la Padilla,
Manos blancas y ojos negros,
Causa de muchas desdichas,
Y disculpa de mas yerros.
Si á Don Tello derribó
Fué porque se alzó Don Tello,
Y si mató á Don Fadrique,
Mucho le importó el hacerlo.
De su muerte y de otras muchas
Sabe las causas el cielo,
Que aun fuera mayor castigo
Si rompiera su silencio.
Matóle un traydor frances,
Alevoso caballero,
Vió Montiel la tragedia,
Y el mundo le lloró muerto.
De Emperadores y Reyes
No hablan mal nobles y cuerdos,
Que es en público delito,
Y no es seguro en secreto.

Esto dixo un Montañés,
 Empuñando el hierro viejo,
 Con cólera y sin cogote,
 En un Cid tinto un Don Bueso.

VIII.

Yo el menor padre de todos
 Los que hicieron ese niño,
 Que concebisteis á escote,
 Entre mas de veinte y cinco;
 A vós Doña Dinguindaina,
 Que pareceis laberinto.
 En las vueltas y revueltas,
 Donde tantos se han perdido.
 Vuestra carta recibí
 Con un contento infinito
 De saber que esté tan buena
 Muger que nunca lo ha sido.
 Pedísme albricias por ella
 De haber parídomé un hijo,
 Como si á los otros padres
 No pidiéradés lo mismo.
 Hágase entre todos cuenta,
 A como nos cabe el chico,
 Que lo que á mí me tocara
 Libraré en el Antecristo.
 Fuimos sobre vos, Señora,
 Al engendrar el nacido,
 Mas gente que sobre Roma,
 Con Borbon por Cárlos quinto.
 Mis ojos decis que saca,

Mas segun lo que averiguo,
Vos me los sacais agora,
Por dineros y vestidos.
Que no negára á su padre,
Decis por lo parecido;
Y es el mal que el padre puede
Negar muy bien que le hizo.
Mas padres tiene que miembros;
Acomodad pues el mio,
Ya que querais encajarme
Esto de padre postizo.
¡O quién viera quando todos,
Armados de acero fino,
Amojonen lo que hicieron,
En el mayorazgo hechizo!
Quál dirá que engendró el solo,
Desde el hombro al colodrillo;
Y cuál pondrá su mojon,
Desde la espalda á el ombligo.
Qual conocerá una mano,
Y no faltará marido,
Que diga que por la priesa,
No acabó mas de un tobillo.
Haced creer estas cosas
A los hombres barbilindos,
Que por parecer potentes,
Prohijarán un pollino:
Que yo soy un hombre zurdo,
Cejijunto y medio vizco,
Mas negro que mi sotana,
Mas áspero que un erizo.
Infórmenle de mis partes

A ese que habeis parido;
Si él por padre me admitiere,
Que me tueste el santo oficio.
Paréceme que trazais
Catorce ó quince bautismos,
Y que unos por otros dexan
Moro al que nació morisco.
¡Qué será de ver los padres,
Y la esquadra de padrinos,
Unos con curas y amas,
Otros con vela y capillos!
¡Quál, andará el Licenciado
Cargado de sus amigos,
Enviando á la parida
Colacion y beneficios!
El viejo se pondrá plumas,
Y se quitará el juicio:
Que es su cabeza cortada
Creerá como en Jesuchristo.
¡Qué habrá gastado en mantillas
El arrendador del vino,
Seguro que le parece,
Hasta en lo perro judío!
Encargaisme de criarle,
Siendo el criar un oficio,
Que solo lo sabe Dios
Por su poder infinito.
Para ayudar á engendrar,
Iré sin duda, aunque indigno;
Con mi luxuria achocada
Entre estas peñas y riscos.
Naveguen otros las costas,

Que yó en el golfo me vivo,
Que á pecar bueno y de valde
Desde que nací me inclino.
Aquí sabré las historias
De ese parto tan partido,
Y el suceso de los padres
Que vos haceis putativos.
Aviso tendré de todo;
Mas tambien desde hoy la aviso,
Que para para los otros
Lo que engendrâre conmigo.
Padre llâme á los profesos,
Que yo motilon he sido,
Y con título de hermano
Viviré como un obispo.
Este año y este mes,
Y perdone que no firmo;
Porque mis mismas razones,
Dicen que yo las escribo.
No pongo calle ni tasa
Tampoco en el sobre escrito,
Porque segun vive, della
Dirán todos los vecinos.

SÁTIRA PRIMERA.

A una Dama.

Pues mas me quieres cuervo que no cisne,
Conviértase en graznido el dulce arrullo,
Y mi nevada pluma en sucia tizne.
Ya, mi Belisa, ya, rabiando, aullo

Tu ingrata sinrazon y mi cuidado,
Y del yugo, y maromas me escabullo.

Mas como puede ser quien ha cantado
Tu bello rostro, tu nevada frente,
El cuello hermoso de marfil labrado?

Que tu nombre escribió tan dulcemente
En levantado estilo, en versos graves,
Que le pueda ultrajar eternamente?

La causa yo la sufro, y tú la sabes,
Aunque en callarla pienso ser eterno,
Ora me vituperes, ó me alabes.

Escucha pues al son altivo ó tierno.
Mis queexas, y comienza el noviciado,
Que las damas hacéis para el infierno.

¡Cómo se echa de ver que me he enojado!
La culpa tiene aquella lengua mía,
Perdóname, que corro desbocado.

Perdóname mi bien, y mi alegría,
Que aquesta mala inclinacion me lleva,
Aunque un agravio sin razon la guia.

No tengas pena, no, que yo me atreva
A cosa que vergüenza pueda darte,
Que no podré yo hacer cosa tan nueva.

Ya parece que empiezas á mudarte,
Que pierdes la color, y el movimiento,
Que no acabas todo hoy de persignarte.

¡O lo que gritarás mi atrevimiento!
Diciendo: ¿este mordaz (y aquí te entonas)
Se atreve á una muger de mi talento?

Pero volviendo en ti, mi lengua abonas,
Y viendo, que no puedes desmentirme,
Por encubrir la caca me perdonas.

No dexaté , Belisa , de reirme .
Imaginando quantas maldiciones .
Arrojarás en mí por destruirme.

Ya me ordenas la muerte en pescozones,
Ya con el soliman de un favor tuyo,
Ya en tu mucho rigor , ya en tus razones.

Diciendo : yo á este bárbaro destruyo,
Con él enterraré mis liviandades,
Y alegre gozaré mi dulce enyo.

Tú te dices , Belisa , las verdades;
Quien te pregunta si eres, ni si has sido
Liviana por tus dulces mocedades?

Si te has helgado , y te has entretenido,
A mí no se me dá un ardite solo,
Désele , pues es justo , á tu marido.

Ponga en tu vida quien quisiere dolo,
Que yo pienso dexarla eternizada
En estos versos , aunque pese á Apolo.

Pues eres á mis ojos tan probada,
Y no es malicia , en penas y trabajos,
Que estás pura de puro acrisolada.

Rebujada naciste en dos andrajos,
De una hija de Adan por gran ventura,
Cuya comadre fueron quatro grajos.

Allí tu cuna fué tu sepultura,
Y qual pequeña planta de la tierra
Te levantaste en tan sublime altura.

Con la belleza hiciste al mundo guerra;
Siempre para vencer fuiste vencida,
Misterio grande , que tu vida encierra.

Amaste la humildad tanto en tu vida,
Que debaxo de todos siempre andabas,

Solamente en dar gusto entretenida.

A Dios eterno tanto amor mostrabas,
Que viendo que es el hombre imagen suya,
Con este zelo á todos los buscabas.

¿Pues qual sin alma puede haber que arguya
De vil pecado tan devoto zelo,
Y que en su lengua tanto honor destruya?

Un rayo de las bóvedas del cielo
En ceniza le vuelva, lengua y boca,
Si justicia faltáre acá en el suelo.

A Mástima, y á llanto me provoca
Tan dura suerte, y rigurosa estrella,
Bastante á enternecer un monte ó roca.

Nunca nacieras tan hermosa y bella,
Quizá no fueras perseguida tanto
Con solo aventurarte á ser doncella.

Pero yo, mi Belisa, no me espanto,
Que siempre en este mundo, y siglo rudo
Pasan los buenos penas y quebranto.

Preguntalo al hermano Cogolludo,
Que él declarará el misterio, quando
Verdad desnuda te dirá desnudo.

No te andes encubriendo, y recatando
Despues; que no hace el Medico provecho
Al enfermo, que pasa el mal callando.

Y pues te ves agora en tal estrecho,
Un dedo mas á menos, no seas corta,
Mi Belisa, descúbrele hasta el pecho.

Yo te digo á la fé lo que te importa,
Que soy hombre de bien á las derechas,
Y no amiguito de banquete y torta.

Vosotras las mugeres estais hechas

A ver aduladores, no soy de esos,
Amigo de dulzuras, y de endechas.

Nunca mi alma busca esos excesos,
Que es muy de mancebitos de la hoja,
Cuajada tengo la cabeza en sesos.

Paréceme, que oírme te congoja
En ver como mis tachas disimulo,
De nuevo agora, y sin razon, te enoja.

Solo en considerarte me atribulo
Echando mis simplezas á malicia,
Y por aquesto lo demas regulo.

Pues así del poder de la justicia,
Mis cosas libre Dios, y así me vea
Oficial reformado en tu milicia;

Que soy quien solamente te desea
Servir, aficionado de tu cara,
Que en su servicio tanta gente emplea.

Aficionóme á ti tu fama clara,
Y verte una muger de tomo y lomo,
Que aun de tu cuerpo nunca fuiste avara.

¡O virtud excelente! de quien tomo
Exemplo singular en la largueza,
Mis carnes venzo, mis pasiones domo.

Es tanta de tu vida la estrechez,
Que siempre andas cayendo y levantando,
De penitencia es grande tu flaqueza.

Continuo estás escrupulos llorando,
Que en tu buena conciencia los testigos
De la culpa venial están ladrando.

No lloras que aborreces enemigos,
Pues es tu mayor culpa, muger santa,
Querernos bien á todos por amigos.

¿Quién desta vida , y hechos no se espanta?
Quien á imitar tus pasos no dispone
La dura voluntad , la tarda planta?

¿Quién hay , Belisa , quién , que no pregone
Tu milagrosa vida tan austera,
Y la suya por ti no perficione?

Pues de la ley sagrada y verdadera
Tanto amas los preceptos que refieres
Por alcanzar la gloria venidera;

Que viendo que á los hombres y mugeres
Los manda amar sus enemigos todos,
Hasta los tres del alma bien los quieres.

Yo pues que en el infierno hasta los codos
Sumido estoy , y de pecados lleno,
Me voy aniquilando de mil modos.

De fuerza propia , y de valor ageno
Mi alma te encomiendo , ya que fieras
Culpas la tienen con mortal veneno.

Mas porque puede ser que no la quieras
Sin cuerpo y todo , todo te lo ofrezco
Con sana voluntad , y eternas veras.

Ampárame , que bien te lo merezco
Por esta voluntad , que en las entrañas
Con nueva obligacion conservo y crezco.

No quieras parecer á las arañas
En convertir las flores en ponzoña,
Ya que simiente engendras para cañas.

Apostaré un ducado , que mi roña
Acabas de entender en este verso,
Al fuego condenando mi zampoña.

Quiero , pues ya me tienes por perverso,
Darte , Belisa , una espantosa zurria;

Pues así lo permite el hado: adverso.

Tomado me ha sin remision la murria:
Ya quiero desnudar mi durindaina,
Ya le ha dado á mi lengua la estangurria.

Amaina, pues, desventurada, amaina,
Que por darte de presto; y á lo zayno,
Te quiero dar el golpe con la vayna.

Mas asco tengo en ver que desenvayno
Contra la Ninfa Bel de una zahurda;
Y del primero pensamiento amayno.

Pero bien me mereces que te aturda,
Y que ninguna falta te la calle,
Que un diluvio de sátiras te urda.

Pues tanto mal has diho de mi talle,
Y que me fuerzas, esme Dios testigo,
En este tu villete á divulgalle.

No mi disculpa en la pintura sigo;
Pero quiero mostrar de tu locura
El trato infame, el término enemigo.

No es ya como tu vida mi estatura,
Que por no decir ruin, quise ponello,
Bien larga he menester la sepultura.

Es como tu linage mi cabello,
Escuro y negro, y tanta su limpieza,
Que parece que no has llegado á vello.

Es como tu conciencia mi cabeza,
Ancha, bien repartida, suficiente
Para mostrar por señas mi agudeza.

No es de tu avara condicion mi frente,
Que es larga y blanca, con algunas viejas
Heridas, testimonio de valiente.

Son como tus espaldas mis dos cejas

En arco, con los pelos algo rojos,
De la color de las tostadas texas.

Son como tú vestido mis ojos
Rasgados, aunque turbios (como dices),
Serenos, aunque tengan mil enojos,

Son como tus mentiras mis narices
Grandes y gruesas; mira como escarvas
Contra ti, mi Belisa, no me fatizes.

Como tus faldas tengo yo las barbas
Levantadas, bien puestas: no me apoca
Que digas, que hago con la esapa parvas!

Es como tú, para acertar, mi boca,
Salida, aunque no tanto como mientes,
Con brava libertad de lengua y loca.

Como son tus pecados son mis dientes,
Espesos, duros, fuertes al remate;
En el morder de todo diligentes.

Es como tu marido mi gacnate
Estirado, mayor que tres cohombres,
Que el llamalle glotón es disparate.

Como son los soberbios son mis hombros,
Derribados, robustos á pedazos,
Que causa el verme al mas valiente asombros.

Como tus apetitos son mis brazos,
Flacos, aunque bien hechos; y galanos,
Pues han servido de amorosos lazos.

Traygo como tus piernas yo las manos,
Abiertas, largas, negras, satisfecho.
Que dan envidia á muchos cortesanos.

Como tu pensamiento tengo el pecho,
Alto, y en generosa compostura,
Donde pueden caber honra y provecho.

Como es tu vida tengo la cintura;
Estrecha , sin barranco ni caverna,
Que parezco costal en la figura.

Como tu alma tengo la una pierna,
Mala y dañada ; más Belisa ingrata
Tengo otra buena ; que mi ser gobierna.

Como tu voluntad tengo una pata,
Torcida para el mal , y he prevenido,
Que le sirva á la otra de reata.

Como tu casamiento es mi vestido,
Mal hecho y acábado , que un poeta
Jura de no ser limpio , ni pulido.

Es como tu conciencia mi bayeta,
Raida , y esto basta , aunque imagino,
Que aguardas , por si pinto alguna treta.

Mas yo quedarme quiero en el camino,
Que aunque trato de ti , tengo recato,
No digan , que á la cólera me inclino.

Esta mi imagen es , y mi retrato,
Adonde estoy pintado tan al vivo,
Que se conoce bien mi garabato.

Aquestos versos solo los escribo
Para desengañar al que creyere;
Que soy (como tú dices) bruto , y chivo.

Pues quien este retrato propio viere,
Sacará por mi cara tus costumbres,
Y te conocerá si lo creyere.

Paréceme , que á puras pesadumbres,
Si mas versos escribo , haré que viertas
Las destiladas lágrimas á azumbres.

Paréceme , Belisa , que despiertas
De noche con soñarme tan medrosa,

Que le das al vecino francas puertas.

Dirás , si yo no fuera rigurosa
Con esta mala lengua , pues sabia
Su condicion , viviera venturosa.

Ojalá quando yo te lo decia,
Ablandáras el ser con que enamoras;
No vieras en tu casa aqueste dia.

Mas ya que aquestas libertades lloras,
Arrepentida del vivir primero,
Buscaré tu amistad en todas horas.

No pediré mas cartas á Lutero
De favor para ti , ó al vil Pelagio;
Y harás por ellos la amistad que espero;
Sucederá bonanza á tu naufragio.

S Á T I R A S E G U N D A

Sobre el matrimonio.

¿Por qué mi Musa descompuesta y bronca
Despiertas , Polo , del antiguo sueño,
En cuyos brazos descuidada ronca?

No ves , que el lauro le trocó en beleño,
Y que dexa el velar para las grullas,
Y ya es letargo el que antes era ceño?

Pues si lo vés , ¿porqué gruñendo ahullas?
Que si despierta , y dexa la modorra,
Imposible será que te escabullas.

Mira , que ya mi pluma volar horra
Puede , y que libre te dará tal zurra,
Que no la cubra pelo , seda ó borra:

Obligado me has á que me aburra,
Y que á tu carta , ó maldicion , responda,

Sin duda ya la oreja te susurra.

¿He yo burlado á tu muger oronda?
He aclarado el secreto de la penca?
Llevé tu hija robada á Trapisonda?

¿Quemé yo tus abuelos sobre Cuenca,
Que en polvos sirven ya de salvaderas,
Aunque pese á la sórdida Zeluca?

Pues si destas desgracias verdaderas
No tengo yo la culpa, ni del daño
Que eternamente por su medio esperas;

Dime, ¿por qué con modo tan extraño
Procuras mi deshonor y desventura,
Tratando fiero de casarme ogroño?

Antes para mi entierro venga el Cura,
Que para desposarme, antes me velen
Por vecino á la muerte y sepultura.

Antes con mil esposas me encarcelen,
Que aquesa tome; y antes que *Sí* diga,
La lengua y las palabras se me yelen.

Antes que yo le dé mi mano amiga,
Me pase el pecho una enemiga mano;
Y antes que el yugo, que las almas liga,
Mi cuello abraza, el bárbaro Otomano
Me ponga el suyo, y sirva yo á sus robos,
Y no consienta el himeneo tirano.

Eso de casamientos á los bobos,
Y á los que en tí no están escarmentados,
Simples corderos, que degüellan lobos.

A los hombres que están desesperados
Cásalos, en lugar de darles sogas;
Morirán poco menos que ahorcados.

No quieras, que en el remo donde bogas,

Haya por consolarte otro remero,
Y que se ahogue donde tú te ahogas.

Solo se casa ya algun zapatero,
Porque á la obra ayudan las mugeres,
Y ellas ganan con carnes, si él con cuero.

Los siempre condenados mercaderes
Mugeres toman ya por grangería,
Como toman agujas y alfileres.

Dicen, que es la mejor mercadería,
Porque la venden, y se queda en casa,
Y lo demas vendido se desvia.

El grave Regidor tambien se casa
Por poner tasa á lo que venden todos,
Y tener cosa que vender sin tasa.

Tambien se casan los soberbios Godos,
Porque tambien suceden desventuras
A los magnates por ocultos modos.

Cásanse los roperos tan á escuras,
Como ellos venden siempre los vestidos,
Y ellas desnudas venden las hechuras.

Cásanse los verdugos abatidos
Con mugeres, por ser del mismo oficio,
Que atormentan del alma los sentidos.

El médico se casa de artificio,
Por si cosa tan pérfida acabase,
Y hiciese al hombre tanto beneficio.

Y él solo, será justo que se case,
Para que ambos den muerte á sus mitades,
Así la tierra de ambos se aliviase.

Cásanse los Letrados dignidades,
Para que á sus mugeres con Jases
Puedan tambien juntarse los Abades.

Con las espinas hacen los cambrones,
Tambien sus matrimonios cortesianos,
(Que ambos desnudan) porque el tuyo abone
Tambien los siempre iniquos escribanos,
Por ahorrar el gasto del tintero,
Dan con la pluma á su muger las manos.

Ya he visto yo volar un buey ligero
En uno de estos, que de plumas suyas
Alas formó sutiles de gilguero.

Déxame, pues, vivir, no me destruyas,
Ya que de mi pasión, y mi tormento,
Canté las celebradas aleluyas.

Quiero contar con tu licencia un cuento
De un filósofo antiguo celebrado,
Por ser cosa que toca á casamiento.

Vivió infinitos años encontrado
Con otro sabio, y nunca habia podido
Vengar en él el corazón ayrado.

Al cabo vino á hallarse muy corrido,
En ver á su contrario siempre fuerte,
Y en tanto tiempo nunca dél vencido.

Ultimamente le ordenó la muerte,
Y al fin, como traydor, vino á engañalle,
Y pudo de él vengarse de esta suerte.

Una hija tenia de buen talle,
Hermosa, y pulidísima doncella,
Y ordenó con aquesta de casalle.

Fingió hacer amistades, y con ella
Dexar el pacto siempre asegurado,
Aficionóse el enemigo de ella.

¡O gran poder de amor! que enamorado
Contento á casa la llevó consigo,

Casóse con la moza el desdichado.

Despues culpando al sábio cierto amigo
La ignorancia cruel, y el yerro extraño,
Que hizo en dar su hija á su enemigo;

El respondió: no entiendes el engaño,
Pues por vengarme del contrario mio,
Le di muger, del mundo el mayor daño.

Así, que por contrario de mas brio
Tengo, Polo cruel, al que me casa,
Que al que me saca al campo en desafío.

Juzgalo, pues que puedes, por tu casa,
Fiero atril de San Lucas, quando bramas,
Obligado del mal, que por ti pasa.

Los hombres, que se casan con las damas,
Son los que quieren ver de caballeros,
Sillas en casa llenas, llenas camas.

Ver, sin saber de donde, los dineros,
Que los lleven en medio los señores,
Que los quiten los grandes los sombreros.

Que los curen de valde los doctores,
Que les hagan mas plaza, que aun á el toro,
Tratar de vos los grayes senadores.

Gustan de ver la rica joya de oro
En sus mugeres, nunca preguntando
¿Qué duende fué el que truxo este tesoro?

Quieren que les esten continuo dando,
Y hasta las capas piden, como bueyes,
Que presos con maroma están bramando.

Privados suelen ser tambien de Reyes,
Porque de sus mugeres son privados,
Y estos, como camisas mudan leyes.

Pues si aquesto sucede en los casados,

¿Por qué han de procurar hembras crueles,
Ni yo, ni los que estan estarmentados?

¿Si me quiero ahorcar no habrá cordeles?
Faltarán que me acaben desventuras,
Tósigó no hallaré, veneno y yeles?

Si quiero desterrarme habrá espesuras,
Y si desesperado: despenarme;
Montes altos tendré con peñas duras.

Bien, pues, si con intento de acabarme,
Me aliñas de muger la amarga suerte,
No la he ya menester para matarme.

En quantas cosas hay, hallo la muerte;
En la muger la muerte y el infierno,
Y fin mas duro y triste si se advierte.

Mas quiero estarme helando en el inviérno
Sin la muger, que ardiendo en el verano,
Cercado el rostro de caliente cuerno.

Y á casarme, casárame fiado
De que estándolo tanto tus parientes
Habreis las malas hembras agotado.

Ya te pesa de verte entre mis dientes,
Ya te arrepientes del pasado yerro,
Ya vuelves contra mi cuernos valientes.

Ya por tanto ladrar me llamas perro,
Yo cuelgo, qual alano, de tu oreja,
Y tú bramando erizas frente y cerro.

¡Que á propósito viene la conseja,
Que del canino Diógenes famoso
Quiero contarte, aunque parezca vieja!

Yendo camino un dia presuroso
Vió una muger bellísima ahorcada

De las ramas de un álamo pomposo.

Y despues que la tuvo bien mirada,
Con lengua , como siempre , disoluta
Dixo digna razon de ser contada:

Si lleváran de aquesta misma fruta
Quantos árboles hay , mas estimadas
Fueran sus ramas de la gente astuta.

¡ Qué razones tan bien consideradas!
A ser como él , y yo toda la gente,
Ya estuvieran las tristes ahorcadas.

Viviera el hombre mas seguramente,
Sin tener enemigos tan mortales,
Volviera el siglo de oro á nuestro oriente.

Dirásme tú que hay muchas principales,
Y que hay rosa tambien donde hay espina,
Que no á todas las vencen quatro reales.

En Claudio te responde Mesalina,
Muger de un grand^e Emperador de Roma,
Que al adulterio la mejor se inclina.

¿ Quándo insolencia tal hubo en Sodoma?
Que en viendo al claro Emperador dormido,
Cuyo poder el mundo rige y doma;

La Emperatriz tomando otro vestido
Se fuese á la caliente mancebía,
Con el nombre , y el hábito fingido?

En entrando los pechos descubria,
Y al deleyte lascivo se guisaba
Asi , que á las demas empobrecia.

El precio infame y vil regateaba,
Hasta que el taita de las hienas brutas
A recoger el címbalo tocaba.

Todas las celdas y asquerosas grútas
 Cerraban ántes que ella su aposento,
 Siempre con apariencias disolutas.

Hecho habia arrepentir á mas de ciento,
 Quando cansada se iba , mas no harta
 Del adúltero y sucio movimiento.

Mas por no hacer ya libro , la que es carta,
 Dexó de meretricias dignidades,
 Y de cornudos nobles luenga sarta.

Mal haya áquel que fia en calidades,
 Pues cabe en carne obscura sangre clara,
 Y en muy graves mugeres liviandades.

Ni aun sin culpa algun olmo se casára
 Con la lasciva vid , si á sinrazones
 Tambien el sentimiento no negára.

Pues solo á disculpar los bujarrones;
 No ha de bastar , huir de las mugeres,
 Ni quieren admitirlo los tizones.

Dirás que no hay contentos , ni placeres,
 En donde no hay mugeres ; que sin ella
 Con soledad enferma y sano mueres.

Que es gran gusto abrazar una dñcella,
 Y hacerla madre del primer voleo,
 Gozando de la cosa que es mas bella.

Pues yo te juró , Polo , que deseo
 Ver , desde que nací , v..... y diablos,
 Y ni los diablos ni los v..... veo,

Demonios veo pintados en retablos;
 Y de caseros v..... contrahechos
 Llenos palacios , llenos los establos.

Los casados estais muy satisfechos

En el talle gentil , en el regalo,
Y en el entendimiento los mal hechos.

Fiase en la riqueza el hombre malo,
En el caudal el mercader judío,
El alguacil confiase en su palo.

Pero destas fianzas yo me rio,
Pues veo , que la muger del perezoso
Suele curiosa ser del de buen brio.

La que tiene el marido bullicioso,
Imagina , como es el sosegado,
Y como él fiero , si es el suyo hermoso.

La muger del soberbio Titulado
Desea comunicar al pordiosero,
Desea la del dichoso al desdichado.

La que goza del tierno caballero
Apetece los duros ganapanes,
Y á cansar un gañan se atreve entero.

La que goza valientes capitanes
Se enamora de liebres , y aun de zorras,
Y si títeres son , de sacristanes.

Quiero callar , que temo que te corras,
Aunque con tu paciencia , bien se sabe,
Que el timbre suyo á los cabestros borras.

Ya escucho que te ries de que alabe
Mi desprecio , y que á ti , dices , respeta
El caballero mas altivo y grave.

No entiendes no la poco honrosa treta;
Eres como el asnillo de Isis santa,
Quando el honor de la deydad aceta.

Pues viendo arrodillada gente tanta,
Que su llegada solamente espera,

Y que éste alegre danza , y aquel canta;
Se pára , hasta que á fuerza de madera
Con los palos transforman el jumento
En ave velocísima y ligera.

Diciendo : este divino acatamiento
No se hace á ti , sino á la excelsa diosa,
Que encima traes con tardo movimiento.

Asi , que la persona poderosa
No ha de hacer honra á aquel que ha deshonrado,
A su muger la hace que es hermosa.

Y si por ti la tomas , desdichado,
Vendrâte á suceder lo que al borrico,
Y serás tras cornudo apaleado.

Si yo quisiera ser , Polo , mas rico,
Tener mayor ajuar , ó mas dinero,
Pues no puedo valerme por el pico;

Como me habia de hacer bodegonero
Para guisar y hacer desaguizados,
O para vender agua tabernero;

O para aprovechar los ahorcados
Vil pastelero ; ó Ginovés harpia
Para hacer que un real para ducados;

El triste casamiento elegiria;
Qual tú lo hiciste , pues con él grangeas
Por la mas ordinaria , y fácil via.

Y por si acaso , Polo , aun hoy empleas
Tu muger en mohatras semejantes,
Quiero que mis astutos versos leas.

No tengas zelos de hombres caminantes,
Ni aun de soldados , gente arrebatada,
Ni aun de los vizcos Condes vergonzantes.

Que el caminante ha de dexar la espada,
Para gozar de tu muger vendida;
Y la golilla el Conde, si le agrada,

Solo te has de guardar toda tu vida
Del perverso estudiante, como roca
En su descomunal arremetida.

Este con furia descompuesta y loca,
Por no quitarse nada, se arremanga
Las, Dios nos libre, faldas con la boca.

Si tú vienes, las suelta; muy de manga
Con tu muger, maquinará ingenioso
Trampa, que sobre al desmentir la gauga,

Ya me falta el aliento presuroso,
Y ya mi lengua, de ladrar cansada,
Se duerme entre los dientes con reposo.

Mas porque no la llames mal criada,
Quiere, aunque disgustada, responderte
A tu carta satírica y pesada.

Ya empiezas á temer el trance fuerte;
Y tiemblas mas mi lengua, y sus razones,
Que la corva guadaña de la muerte.

Con una cruz empiezan tus renglones,
Y pienso que la envias por retrato
De la fiera muger que me dispones.

Luego, tras uno y otro garavato,
Me llamas libre, porque no te escribo,
Aspero, duro, zahareño, ingrato.

Dices, que te responda si estoy vivo;
Sí lo debo de estar, pues tanto siento
La amarga hiel, que en tu papel recibo.

Ofrécesme un soberbio casamiento,

Sin ver que el ser soberbio es gran pecado,
Y que es humilde mi christiano intento.

Escribes , que por verme sosegado,
Y fuera de este mundo , quieres darme
Una muger de prendas y de estado:

Bien haces, pues que sabes, que el matarme,
Para sacarme de este mundo importa;
Y el morir se asegura con casarme.

Dicesme que la vida es leve y corta,
Y que es la sucesion dulce y suave;
Y al matrimonio Christo nos exhorta:

Que no ha de ser el hombre qual la nave,
Que pasa sin dexar rastro ni seña,
O como en el ligero viento el ave.

¡ O si aunque yo pagase el fuego y leña,
Te viese arder , infame , en mi presencia,
Y en la de tu muger , que te desdeña!

Yo confieso que Christo da excelencia
Al matrimonio santo , y que le aprueba,
Que Dios siempre aprobó la penitencia.

Confieso que en los hijos se renueva
El cano padre para nueva historia,
Y que memoria dexa de sí nueva.

Pero para dexar esta memoria,
Le dexan voluntad y entendimiento,
Y verdadera , por soñada gloria.

Dices , que para aqueste casamiento
Una muger riquísima se halla,
Con el de grandes joyas ornamento.

Has hecho mal , ó misero , en buscalla
Con tan grande riqueza , que no quiero

Tan rica la muger para domalla.

Dices, que me darán mucho dinero,
Porque me case; lo barato es caro,
Rezelo, que me engaña el pregonero.

Su linage, me dices, que es muy claro,
Nunca para las bodas le hubo obscuro,
Ni ya suele ser ese gran reparo.

Muestrasmela vestida de oro puro,
Y como he visto píldoras doradas,
En ella temo bien lo amargo y duro.

Que hermanas tiene, y madre muy honradas
Cuentas; ó coronista adulterado,
¡Tú las quieres tan bien emparentadas!

De su buen parecer me has informado,
Como si por ventura la quisiera,
Por su buen parecer para Letrado.

Que tiene condicion de blanda cera;
Bien me parece, Polo, pero temo,
Que la derrita como á tal qualquiera.

Gentil muger la llamas por extremo,
Por gentil me la alabas y prefieres;
Solo ya te faltaba el ser blasfemo.

Nunca salgas, traydor, de entre mugeres,
Muger sea el animal que te destruya,
Pues tanto á todas sin razon las quieres.

Déxente ya que goces de la tuya,
Los que con ella estan amancebados,
Volverseteha en responso la aleluya.

Y en todos sus adulteros preñados,
Hijas te pára todas, y á docenas,
Y con ellas te crezcan los cuidados.

Esten las mancebías siempre llenas
De hermanas tuyas, primas y sobrinas,
Que deshonen la sangre de tus venas.

Tus desdichas aumenten, y tus ruinas
Mozas sin pluma, y emplumadas viejas,
Murmuren de tu vida tus vecinas.

Y pues en mi quietud nunca me dexas
Vivir, nunca el alegre desengaño
Con la verdad ocupe tus orejas.

¿Muger me dabas, miserable, engaño?
Pues aunque me heredaras, no eligieras
Para matarme tan astuto engaño.

No ves, que en las mugeres, si son fieras,
El hombre tiene, lo que no querría,
Y adora concubinas y ramera?

Si hermosas son, si tienen gallardía,
No son mas del marido que de todos;
La que me traes es tal mercadería.

En ellas tienen Fúcares y Godos
Una acción insolente de gozallas
Por mil ocultos y diversos modos.

¡Felices los que mueren por dexallas!
¡O los que viven sin amores dellas!
¡O por su dicha llegan á enterrallas!

En casadas, en viudas, en doncellas,
Tantas al suelo plagas se soltaron,
Quantas son en el cielo las estrellas.

Mas, pues, que de mis mañas te informaron,
De mis costumbres, y de mis empleos,
Y un bruto en mí, y un monstruo dibujaron;
Pues que por casos bárbaros y feos,

Te dixerón , mi vida caminaba

Al suplicio derecho sin rodeos;

Que en toda la ciudad se murmuraba

Mi disimulación y alevosía,

Y que pérfido el mundo me llamaba;

Que no se vió la desvergüenza mia

En alguacil alguno , ni en corchete;

Que nadie sus espaldas me confia;

Que he trocado en el casco mi bonete,

El vademecum todo en la penosa,

Y del año lo mas paso en el brete;

Pues si esto te dixerón , ¿quál esposa

Querrá admitir marido semejante,

Si su muerte no busca mariposa?

Ponla tantos defectos por delante,

Dila en fin , que yo soy un desalmado;

Enxerto en sotanilla de estudiante.

Y aunque hijo de padre muy honrado,

Y de madre santísima y discreta,

Dirás que me ha traído mi pecado

A desventura tal , que soy poeta,

NOTICIAS DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

Fué señor de la Torre de Juan Abad, y nació en Madrid en 1580. Estudió en Alcalá, y se graduó de Teología á los quince años, pero no por eso dexó de aplicarse á las demas facultades, saliendo muy aventajado en ellas, especialmente en toda clase de erudicion sagrada y profana, y en las lenguas griega y hebrea. Era diestro en el manejo de las armas, y alcanzaba grandes fuerzas; lo qual le ocasionó varios lances en el discurso de su vida. Uno de ellos le obligó á huir á Sicilia, donde á la sazón se hallaba de Virrey el celebre Duque de Osuna D. Pedro Giron. La proteccion que logró en este señor, y los servicios distinguidos que le hizo, así en Sicilia como en Nápoles, le valieron el favor de la Corte, la gracia del hábito de Santiago, y ser recomendado al Duque para que le emplease en nuevas comisiones. Pero la caída del Virrey en 1620 arrastró consigo á Quevedo, que fiel á su protector siguió la misma suerte, y padeció las mismas desgracias. Tres años y medio estuvo preso en la Torre de Juan Abad, sin que se le hiciese cargo ninguno, y al cabo de ellos dado por libre, pudo á pesar de sus emulos venir á la Corte, donde fué en gran manera estimado por Felipe IV., que le destinaba á empleos de la mayor consideracion. Pero Quevedo ya entonces deseaba retirarse del bullicio del mundo á la tranquilidad domestica; y ansioso de lograrla, se casó por los años de 1634 con Doña Esperanza de Aragon, señora de Cetina. La muerte de esta señora burló todos los proyectos de Quevedo, y fué la señal de nuevos infortunios. Sus enemigos le hicieron sospechoso al Gobierno, el qual dió orden para que se le embargase su hacienda, y se le llevase preso á la casa de San Marcos de Leon. Su encierro fué tan estrecho y miserable que se le tenía que vestir y alimentar de limosna, y á falta de facultativo tuvo él mismo que cauterizarse tres llagas, que por la humedad del sitio se le habian cañcerado. Escribió al Conde Duque sincerandose, y esto le produjo algun alivio; hasta que averiguado el autor de un libelo, con cuyo pretexto se le habia preso, fué puesto en libertad, y pudo venir á la Corte. Mas la pobreza á que estaba reducido no le dexó permanecer aquí mucho tiempo; y vuelto á su villa de la Torre, murió de un achaque de pecho contraido en su prision, en 8 de Septiembre de 1645, á los 56 años de su edad.

POESÍAS

DE VARIOS AUTORES.

RAQUEL,

POEMA

De D. Luis de Ulloa y Pereyra. ()*

De los triunfos de amor el mas lucido,
 El trance del dolor mas apretado
 La causa del poder mas ofendido,
 El fin en el favor mas desdichado,
 El rigor mas cruel, que ha cometido
 Violencia irracional, canto inspirado,
 No por conceptos de mi Genio solo:
 Yo los escribo; dictalos Apolo.

Vos, Príncipe, que fuisteis el primero,
 El único sereis; á quien elija
 Mi musa en su defensa, porque espero
 Razón de que se valga y se corrija:
 Y que alumbrada del mejor lucero
 Al templo de la Fama se dirija,
 Donde si vuestro amparó la defiende,
 No inmunidad, veneracion pretende.
 No presumo, Señor, que se suspenda
 La integridad del público cuidado,

(*) Natural de Toro; floreció en tiempo de Felipe IV.

Si que avara Parténope no entienda
Que profano incapaz vuestro sagrado.
Deidades hace la votiva ofrenda,
Aun es más que reynar ser invocado;
Y yo, ni al ocio el embarazo intento,
Bastareis para mí menos que atento.

Oidme, pues, acaso, que yo fio,
Que os he de disponer aclamaciones
Donde el exceso de calor y frio,
Hacen inhabitables las regiones;
Llevando en alas del aliento mio
Vuestro nombre á las ultimas naciones,
Para que le venere cada una
Por mayor que la envidia y la fortuna.

Despues que coronado de victorias,
De Alfonso Octavo el militar desnudo,
Dió materia feliz á las historias,
Y puesto el orbe en respectivo miedo;
Consagro de las Navas las memorias
En el ínclito templo de Toledo;
Quiso dar á las leyes la voz viva
Que el sordo estruendo de las armas priva.

Fatigaba el católico deseo,
(En la pureza de la fé zeloso)
Asegurarse del contagio Hebreo,
Al comercio de fieles peligroso:
Que en la torpeza de los vicios feo,
Y en la supersticion escandaloso,
Sembrando la cizafia su porfia,
Aun estorbaba, quando no nacia.

Ya, viendose vencidas las razones

Contrarias al estado en el delito,
(Que no hay verdad segura de opiniones,
Y tiene defensor cada delito)
Se repitió con públicos pregones
Justo destierro del infame rito:
Tembló la Sinagoga al gran decreto
Estremecida del común aprieto.

Y en una junta que formó secreta
Rubén, que por Pontífice aquel año
El crédito lograba de Profeta,
Menospreciando en el peligro el daño;
Dixo, que á hermosa virgen se cometa
Solicite del Rey el desengaño;
Y que será con animo constante,
Segunda Estér en caso semejante.

Eligióse Raquel, en quien se via
Toda la perfeccion sin competencia;
Y el mas hermoso resplandor del dia
Vistió de luto en la primer audiencia;
Y con tan inclinada cortesía,
Que mas fué adoracion que reverencia:
Salió la aurora del nublado velo;
Y á las plantas de Alfonso se vió el cielo.

Y libres del cendal las luces bellas
Que dexaron al Rey en ceguedades,
Verificó mejor que las estrellas
La fuerza de inclinar las voluntades;
¡Qué facil los discursos atropellas
Si con muda eloquencia persuades,
Hermosura infeliz, siempre nacida
Para mortal estrago de la vida!

Desconócese el Rey quando exâmina
La diferencia que en el alma siente;
En gustoso tormento se imagina,
O en pena , que le aflige dulcemente:
Y el alivio engañoso que destina,
Por lisonja del animo doliente,
Hace que del veneno se renueva
La sed ardiente , que la vista bebe.

La magestad cobarde se retira
Introduciendo la desconfianza;
Y viendose mirar quando no mira
Descubre , y no conoce la esperanza:
Raqué! que en el extremo de la ira
Halló tan improvisa la mudanza,
Estrañaba el enojo por suave,
Y turbábala mas lo menos grave.

Al dar el memorial tembló la mano,
Y al recibirle el Rey endurecido
Todas las señas recató de humano,
Hasta que de las ansias oprimido
Olvidó en el semblante soberano
La violencia , y en partes dividido
Algun afecto que dexó los lazos,
Fuera suspiro juntos los pedazos.

Volvió á cobrarse , que permite el fuego
En los principios tanta resistencia,
Y por fingir que se negaba al ruego,
Sin fenecerla levantó la audiencia:
Y entrando á sosegar tan sin sosiego,
Que cada accion envuelve una violencia;
Cerró la puerta golpe acelerado.

Para doblar la llave y el cuidado.

Cercado de rebeldes invasiones.

En los reparos del combate piensa,

Temiendo las humanas prevenciones

Que se conjuran todas en su ofensa;

Estrechan mas el sitio las pasiones,

Y sola la razon á la defensa.

En todas partes vigilante estaba

A quantas armas el amor tocaba.

Por frecuentes temblores que sentia,

Temió que el corazon se le minaba,

Fuele á reconocer, y vió que ardia

Por una parte, y que por otra helaba:

De varios elementos se valia

El ingeniero que el volcan formaba;

Porque en Vesubio racional se pruebe

La mezcla de la llama y de la nieve.

Raquel en tanto menos discursiva

Que crédula del Rey á la dureza,

Quiso culpar la presuncion altiva

En la lumbre del sol de su belleza,

Que reducir del monte fugitiva

Pudo la fiera de mayor rudeza,

Y en rayos mas activos y suaves

Exâminar la reyna de las aves.

Neutral desconfiaba y presumia,

Borrando un accidente otro accidente;

Ya salir del palacio pretendia,

Y ya lo executaba negligente;

Quando advertida de que el Rey queria

Revocar el destierro de su gente,

El temor del enojo se deshace,
Y otro temor de la esperanza nace.

Quedó á la novedad menos inquieta,
O mas osadamente quedó hermosa,
Y en su semblante amaneció perfecta
La luz que se eclipsaba temerosa,
Sucediendo á la cárdena violeta
La púrpura soberbia de la rosa;
Y lo aparente del celeste ornato
Dexó de ser temor, y fué recato.

Así despues que se crió señora
Del alcazar de amor Psiquis ufana,
La recató la soledad, autora
De las libres ofensas de Diana:
Y entre las opulencias donde ignora
Si las ministra diligencia humana,
De voces invisibles asistida
Temió la honestidad, y no la vida.

Sobre seguridad del vencimiento
Espera el Rey á la infeliz Hebrea,
Llega, vuelve á mirarla mas atento,
Y sin contradiccion teme y desea:
Y para que el glorioso rendimiento
Ya de la angusta fortaleza crea,
En la parte mas alta convenidos
Victoria apellidaron los sentidos.

No rumores de bélicos clarines
Dieron principio al amoroso asalto,
El aura sí movida en los jazmines
Que coronan el álamo mas alto;
Y el eco derramado en los jardines
Nunca al exemplo del deleyte falto,

Que repite de dulces ruisñores
Ansias de zelos , lástimas de amores.

Juntóse la eleccion con el destino:
El trato en que las llamas se eternicen,
Lo misterioso de su ser divino
Elogios inmortales solemnicen;
Y ríndanse á su efecto peregrino
Quantos conjuros los encantos dicen,
Quantos engaños los hechizos hacen,
Quantos venenos en Tesalia nacen.

Quiso decirse entonces que recibe
Fuerza con el auxilio del encanto,
Venus , y que á sus gustos apercibe
Tristes ministros del obscuro llanto:
Ella que en las empresas que concibe
Sabe que por sí sola puede tanto,
Burlando de rumores ignorantes -
Estrechó la prision de los amantes.

Equívocas las almas no sabian
En éxtasis de dulces confusiones
Si una por otra se substituian,
O juntas animaban las acciones ;
Y las ciegas lazadas reducian
A tan estrecha union sus corazones,
Que al formar los alientos se trocaban,
O con un movimiento respiraban.

Ya no son dos las vidas , ni se admite
Division de potencias racionales:
Cada sugeto juntas las repite,
Tratándose por término mentales;
Y tanta elevacion se les permite,
Que sin voz , sin cariño , sin señales .

Por milagro de amor que comprehenden
Se acuerdan , se enamoran , y se entienden.

Amor , no se celebre , que traxese
La Luna hasta la tierra su deseo,
Que al cielo Ganimédes ascendiese,
Y que al abismo penetrase Orfeo:
Todo en el culto de tus aras cese,
Y en la solemnidad de este trofeo
Solo te aclamen victoriosas palmas
Dios de los dioses , alma de las almas.

Un Príncipe clemente , justiciero,
Victorioso , feliz , sabio tuviste
Guardando de un alhago lisongero
Obscura cárcel de tiniebla triste:
Donde del tiempo ni al mordaz acero
Limar alguna parte permitiste
Que diese en el espacio de siete años
Un átomo de luz á sus engaños.

En tanta noche la razon dormida,
Ya con el clavo del gobierno roto,
De la Justicia y de la Fé oprimida,
Zozobraba la nave sin piloto:
La paz por todas partes combatida
En las ondas del público alboroto,
El Reyno sin el sol que le alumbraba
En tenebrosa obscuridad estaba.

Y porque tanto fuego no emprendiese
Mayor incendio con mayor olvido,
Llegó á tratarse que el remedio fuese
Entre los Ricos-hombres prevenido;
Y como á tales juntas asistiese
En el lugar del voto preferido

Por calidades de prudente viejo,
Así fué de Albar Nuñez el consejo.

“Ya por vuestra desdicha, Castellanos,
Del Hércules sabreis que os gobernaba,
Como le cercan pensamientos vanos
De nueva Yole la prudencia esclava;
Y que olvidadas las robustas manos
Del peso formidable de la clava,
Lisonjeando de Ninfas el estilo
Al uso femenino tuercen el hilo.

Esta de la nacion mas infamada
La sangre de los Godos amaneilla,
Su voluntad es ley tan venerada,
Que falta adulacion para cumplilla,
Quando á su arbitrio la cerviz postrada,
O cobarde inclinamos la rodilla,
Como propio recibe el homenaje,
Como ageno le trata en el ultrage.

Poco juzga de sí quando consiente
Humilde adoracion de los mortales
Si no pasa con ánimo insolente
A gobernar los astros celestiales:
Si la cansan las noches, obediente
De Neptuno á los liquidos umbrales,
O se detiene el sol, ó lo parece;
Si la enfadan los dias no amanece.

Alfonso del ardiente iman tocado
Sigue la falsa luz de sus estrellas,
En piélago de llamas anegado,
O en espumoso golfo de centellas:
Siempre de nuestras voces retirado,
Sordo al despacho, mudo á las querellas,

Con que en el ocio la discordia nace,
Yace el gòbierno , y el estado yace.

Con lastimosas lágrimas contemplo
Quanto las obras de virtud se truecan,
Y como llega la codicia al templo,
Donde las fuentes de piedad se secan:
Obedeciendo todos al exemplo;
Que los príncipes mandan quando pecan,
Y en la vida culpable de los Reyes
No son vicios los vicios , sino leyes.

Oficio es el reynar , ó ministerio
Que servidumbre espléndida se llama;
Y en el mayor poder es el imperio
Mas corto si se ajusta con la fama:
Entre Neron , Calígula y Tiberio
Voluntario el deleyte se derrama,
En las fatigas de los Reyes justos
Ignóranse los nombres de los gustos.

De una ramera torpe en la esperanza
Vivimos ó suspensos , ó postrados,
Siendo al arbitrio de su fiel balanza
Los premios y castigos ponderados:
Solo la liviandad de su mudanza
Nos tiene desvalidos ó privados;
Tanta paciencia en pechos varoniles
No los hace leales , sino viles.

No siempre en lo profundo del secreto
Esté nuestra paciencia suspendida,
Haga ruido el dolor con el aprieto,
Y parezca viviente nuestra vida:
Permítase que dentro del respeto
Gima la lealtad tan oprimida,

Si el furor de un exceso en otro exceso
Arriesga que se rompa con el peso.

No la corona del mayor planeta
Dexeis que asombre mas planta lasciva,
Que oprime lo que, finge que respeta,
Y con mentido culto lo cautiva:
Rayos, que presten la virtud secreta
Del cielo á nuestra saña vengativa,
Quando por nudos tan estrechos pasen,
Respeten el laurel, la yedra abrasen.

Sacrifiquemos esta ofrenda impía
En gracia de los Reyes ofendidos,
Que fueron con violenta tiranía
En voluntarios lazos oprimidos:
Hallará en este exemplo la osadia
Con que les embaraza los sentidos,
Para recelo del osado intento,
Esmaltado de sangre el escarmiento.,,

Aquí llegaba ronco, y prosiguiera
Concitando los ánimos feroces,
Si de Fernando Illan no se opusiera
La lozanía con ayradas voces:
“Tú que lo ardiente de la edad primera,
Le dixo, entre cenizas desconoces,
Como incapaz el accidente culpas
De mas exemplos y de mas disculpas.

Resplandor celestial que se deriva
De la Divinidad es la belleza,
Y se descubre con la luz mas viva
Entre las almas de mayor pureza:
Amarla es la virtud con que cultiva
Toda su perfeccion naturaleza,

**Y es de la humanidad frágil defecto,
Pasar á destemplanza en el afecto.**

**Es el amor deidad tan misteriosa
Que con ningún concepto se percibe,
Siguiendo su bandera victoriosa
Milita todo quanto siente y vive:
Aman los elementos la forzosa
Correspondencia que su ser recibe,
Amanse las estrellas á su modo,
Ama el autor universal de todo.**

**Sin haberse ajustado á la medida
Del pecho celestial, ni haber hallado
Alfonso de la ciencia encarecida
Lo que se llama infuso ó inspirado;
No es de sus capitanes homicida,
Ni sacrílego el templo ha profanado,
Introduciendo en ceremonias feas
Ritos de concubinas idumeas.**

**Amar la imagen del autor supremo
Adonde mas perfecto resplandece,
Es la substancia del delito extremo,
Que tu discurso bárbaro encarece;
Y que no asiste del gobierno al remo
Todo lo que á tu antojo le parece
Remitiendo el imperio, en que de paso
De tu veneno se derrama el vaso.**

**Llévanse á fuer de varios temporales
Los Reyes como el cielo los envía,
Y en votos y plegarias de leales
De su justicia la igualdad se fia;
No hay otro medio hecho en sus males;
Ni solo es la violencia alevosa,**

Las no muy limitadas persuasiones,
Los consejos prolijos son traiciones.

Y tu brutalidad (que atroz imita
Al Caribe voraz, que hambriento vierte
La sangre humana) sediciosa inclita.
El pueblo, y á su envidia le convierte:
El fin de la hermosura solicita;
Y al alma de su Rey traza la muerte;
¿Cómo no llueve fuego prodigioso
Júpiter en tu intento escandaloso?

No pudo decir más por el estruendo
Que lo estorbó del pueblo conmovido,
Y á su costumbre bárbara eligiendo,
Todo lo racional quedó vencido;
Y la parte cruel obedeciendo,
La rudeza del público alarido
En repetidas confusiones era:
Raquel ha de morir, ó Raquel muera.

Y para que el intento imaginado
Mas breve y fácil mas se executara,
Fué cómplice la cara, celebrado
Divertimiento que el poder amparar
Arte á las magostades dedicado
Que la fatiga del reynar repara,
Empresa que las fuerzas agilita,
Y las agilidades habilita.

A los montes sató menos distante
El engañado Rey no sin rezelo,
Que para vaticinios los amantes
Tienen afinidades con el cielo:
En las primeras noches los instantes
Cuenta ausente por siglos el desvelo,

Hasta que á sus horrores lo convierte
El perezoso hermano de la muerte.

Parécele soñando que los vientos
Remueven juntos la disorde guerra,
Y en todos los etéreos movimientos
O que se trueca el orden ó se yerra:
Que mudan su lugar los elementos,
Y el sol no permitiéndose á la tierra,
Así como en el luto de Tiestes
Retira las demas luces celestes.

Con triste duelo, con funesto llanto,
La madre del amor se le aparece,
Y en sangrientos pedazos de su encanto
Deshecho todo el ídolo le ofrece:
Envuélvese el dolor con el espanto,
Y el ansia congojosa, que padece
Le levanta, y le arroja, si no muerto,
O no dormido bien, ó mal despierto.

No lo incierto del sueño le asegura.
Ni en las dificultades se sosiega,
Sabe que no es dichosa la hermosura,
Que todo es fácil á la envidia ciega;
Que no merece parte en la ventura,
Quien á los hados perezoso ruega;
Y quisiera ligarse al pensamiento
Para entrar en Toledo por el viento.

De animado relámpago se fia,
Al céfiro legítimo heredero
Que las exálaciones competia
Del alma de su dueño, y lisongero
Tanto esfuerza el aliento la porfia
Que arrojado no fuera tan ligero,

Con ansia de alcanzar, cada suspiro
En el vuelo de un sacre mi en el tiro.

Estaba el año de la edad adulta
En el principio, quando ostenta ufano
La preñez que en los árboles resulta
De las verilidades del verano:
El alma Ceres con virtud oculta
En verdes mieses multiplica el grano,
Y ordena Juno que Fabonio vuelva
Para esmaltar florífera la selva.

Y aunque la hermosa amante ver quisiera
El calor en la noche remitido,
No dexa su epiciclo por esfera
De las divinas luces elegido:
Que si no aljaba de las flechas, era
Taller de los harpones de Cupido;
Con que todos los tiros son mortales,
Afiladas las armas en cristales.

Del lazo, en que se prenden importuno
Libra los hermosísimos cabellos,
Y para suspenderse en cada uno
Quisiera amor innumerables cuellos:
No fuera su color tan oportuno,
Si todo el sol se trasformára en ellos,
Por milagro de amor naturaleza
Juntó la oscuridad y la belleza.

Borrones son las luces, con que ordena
De rosicler el alba los colores,
Quando compiten de su tez serena
Con la mezclada lucha de las flores:
En que sale mas veces la azucena,
Y alguna los claveles vencedores,

Solo los labios , en que amor reposa,
Admiten pura la flamante rosa.

El incendio divino de sus ojos,
Que á vencimientos celestiales pasa,
Para lograr eternos los despojos
Aníma no consume lo que abrasa,
Y en medio de dulcísimos enojos
(Aun quando alumbran con la luz escasa)
Hallan las almas , que su ardor condena,
Abismo celestial , gloriosa pena.

Las demas perfecciones resplandecen,
Reducidas á union tan soberana
Que la disculpan , si la desvanecen,
Y se compiten por tenerla ufana:
En quantas hermosuras se encarecen
Nunca se vió la humanidad tan vana,
Ni con tantas divinas calidades
Para poder triunfar de las deydades.

Perdona , Celia , que retrato humano
Ni á tu belleza original ofende,
Ni la osadía de pincel profano,
Emulacion sacrílega pretende:
En tu memoria del dibujo vano
Idólatra mi alma se suspende;
Y en fiel demostracion de mi cuidado
A ti te adoró y á Raquel traslado.

Alzando entonces la fatal cortina
Némesis permitió que se mostrara,
Que los ultimos átomos destina
A la labor de Láchêsis avara:
El fin de la hermosura determina;
¡O quanto algun soberbio se templara,

Si al juzgarse inmortal hiciera el cielo,
Que de su estambre se corriera el velo!

Ya persuadian al mortal reposo
Del cielo descendiendo las estrellas,
Quando la turba ruidó temeroso
Que se formaba de iras y querellas:
Y aunque las voces por lo numeroso
Eran confusas, se aclaraba en ellas:
Muera quien nuestra libertad cautiva,
Viva la paz, y la justicia viva.

No quando al fuego de la quarta esfera
Se vió el hijo de Dédalo tan junto
Reconociendo liquidar la cera,
Justo castigo del soberbio asunto;
Despeñado, primero que cayera,
Se halló del sobresalto tan difunto;
Como del susto pavoroso muerta
Quedó Raquel al impeler la puerta.

Con la violencia de la gente armada
Tiemblan de las aldabas las evillas,
Entra furiosa la canalla osada
Resolviendo los quicios en astillas:
Traydores! fué á decirles, y turbada
Viendo cerca del pecho las cuchillas,
Mudó la voz y dixo, *caballeros,*
¿Por qué infamáis los ínclitos aceros?

Una muger acometeis rendida
Como si fuera ejército enemigo;
¿Amar á vuestro Rey correspondida,
Puede solicitar tanto castigo?
Mezclada de mi sangre y de mi vida
Toda su magestad vive conmigo;

Podrá vuestro rigor verlo deshecho,
 Primero que sacarle de mi pecho.

Mal pudo á tanto Rey, á Imperio tanto
 Resistirse rebelde mi flaqueza,
 Estas sangrientas fuentes de mi llanto
 Basten á enternecer vuestra dureza:
 Y desta vana compostura, quanto
 Tan ciegamente se llamó belleza....
 Rompió las piedras suspirando entonces,
 Y se irritaron los vivientes bronce.

Herida ya una vez, no se remita,
 Dixo, con nueva luz lo que merezco:
 A ti, Causa primera, solícita
 Mi alma en la fatiga que padezco,
 A tu piedad sin límite infinita
 El holocausto de mi vida ofrezco;
 Anima tú eficaz mi sentimiento,
 Y hasta martirio eleva mi tormento.

Con las venas sin número rompidas
 No apagan de los ánimos voraces
 El ansia los sedientos komielidas:
 Dureza fué de pechos pertinaces
 Repetir tantas veces las heridas,
 Pero querían hacerlas tan capaces
 Que pudiesen salir dos almas juntas,
 Clemencia fué de las crueles puntas.

¡O mudanza forzosa en la fortuna!
 ¿Qué vanidad en tu valor blasona?
 La que á sus plantas ostentó la luna,
 Pareciéndole poco una corona,
 Ya sin aliento de esperanza alguna,
 Entre la turba vil que le baldona,

Es víctima sangrienta de villanos,
 ¿Esto acontece, y duermen los tiranos?
 No fué bien de los bárbaros feroces
 Executado el prodigioso insulto,
 Quando en las alas del amor veloces
 Y en las tinieblas del temor oculto
 Llegaba el Rey; y las dolientes voces
 Le fingen un agujero en cada bulto;
 Fúnebre luz, que trémula lucia,
 Al desengaño trágico le guia.

Reconocióle, y el rigor ayrado
 Acusa de los dioses celestiales:
 Generoso Leon por esforzado
 Y por Rey infeliz de irracionales,
 Mirando en el semblante destrozado
 Las prendas de su alma ya mortales,
 Para resucitarlas con bramidos
 Pide brutalidad á los gemidos.

En los jazmines pálidos se arroja
 Que deshojados, y marchitos mira,
 Y explica dolorido la congoja
 En la debilidad con que respira:
 El clavel, que marchito se deshoja
 Contempla inmóvil, asustado, admira,
 Y suspendiendo indicios de viviente,
 Muestra que siente mas en que no siente.

De los injustos hados al intento
 Ya toda la beldad obedecía,
 Y con tan apacible movimiento,
 Que pudiera lucir quando vivia:
 Al despedirse del postrero aliento,
 Para mostrar que el cielo se rompía.

Abrió los ojos , y al cerrarlos luego,
 Todo lo que alumbró lo dexó ciego.

Dando las señas de su fin constante
 Tres veces se afirmó sobre los brazos,
 Y persuadida del preciso instante
 Átropos corta los vitales lazos:
 Pártese el alma y del mortal amante
 Sale deshecho, en líquidos pedazos,
 A recibir los ultimos despojos,
 El corazon vertido por los ojos.

Como despues de las perdidas horas,
 Dió el Rey toda la edad al escarmiento,
 Labrando las virtudes triunfadoras
 A su fama glorioso monumento,
 Decidlo , de Hipocrene moradoras,
 Pérmítase al dolor mi desaliento:
 ¿Qué voz de hierro durará sonora
 Quando espira Raquel y Alfonso llora?

ROMANCES.

DEL PRÍNCIPE DE ESQUILACHE. (*)

I.

Tan dormido pasa el Tajo
 Entre unos álamos verdes,
 Que ni los troncos le escuchan

(*) Natural , según se cree comunmente , de Madrid.
 Fué Virrey del Perú ; y murió en Madrid el año de 1658
 ya muy abanzado en edad.

Ni las arenas le sienten.
En su silencio y descanso
Los ruiseñores alegres
A voces le están diciendo,
Que, pues sale el sol, despierte.
En los juncos de su orilla
Daba la dulce corriente,
Sino de que está despierta,
Señales de que se mueve.
Hasta llegar á Toledo
No es posible, que recuerde,
Que solo despiertan peñas
A quien sobre arenas duerme.
Junto á un peñasco en que forma
El sol en su orilla siempre
Al nacer sombra en las aguas,
Y en los campos al ponerse,
Estaba el pastor Lisardo
Con las ovejas que tiene,
Que por ver la cara al sol,
Ni juegan, pacen, ni beben.
Y templando el instrumento,
Que no fué poco el tenerle,
Dixo á las aguas del Tajo
A quien cantó tantas veces:
Cristales del Tajo,
Que dormís al son
Del risueño viento,
De su alegre voz;
Despertad, que os llaman
Las aves y el sol.
Aguas cristalinas,

Que baxais de Cuenca
 A regar los campos,
 Y á dexar las sierras,
 Si en vuestras riberas
 No os dispierto yo;
 Dispertad que os llaman
 Las aves y el sol.

T. I.

Entre dos montes soberbios
 Está tan guardado un valle,
 Que por él pregunta el sol,
 Y donde vive no sabe.
 Un solo manso arroyuelo
 Su verdé término parte,
 Y riendo no consiente
 Que otras aguas por él pasen.
 Tantas sombras le acompañan,
 Tan mudas pasan las aves,
 Que en sus peñascos parece
 Que el miedo y la noche nacen.
 Ni en ellos cantan ni anidan
 O suspensas ó cobardes,
 Que en las casas de los tristes
 No hay quien se alegre ni cante.
 La diferencia que siente,
 Quando las estrellas salen,
 Es, que suenan en las guijas
 Un poco mas los cristales.
 De los árboles sombríos
 El valle y los montes hacen,

Que para mas confusion
 Las verdes ramas se abracen.
 Al verde horror, que se encubre,
 Con un silencio tan grande,
 Ni las mañanas le alumbran
 Ni le escurece la tarde.
 Y aunque esté tan triste y solo,
 Sin peligro de engañarme,
 Yo por las tuyas trocaré
 Mi tristeza y soledades.
 El parece que está triste
 Quando yo lloro pesares,
 Si él parece, y yo padezco,
 Diferentes son los males.
 A verle voy que es forzoso
 Que un triste al otro acompañe,
 Porque mis penas le alegren,
 O sus tristezas me acaben.
 ¿Mas por qué pierdo pasos en buscarle,
 Si es mi desdicha el mas confuso valle?

I I I.

Truécanse los tiempos,
 Múdanse las horas,
 Unas de placeres,
 De pesares otras:
 Y en la primavera
 De las mas hermosas
 Noche son los años,
 La niñez aurora.
 El arbol florido,

Que el zierzo despoja,
Si Enero le agravia,
Mayo le corona.
La callada fuente,
Que murmura á solas,
En verano rie,
Y en invierno llora.
Si en prisiones duermen
Las aves sonoras,
Libertad del día
Por los ayres gozan.
Si los vientos braman,
Y la mar se enoja,
Quando el alba nace
Descansan las olas.
Si de nieve mira
Cubierta su choza
El pastor, que en ella
Guarda ovejas pocas;
Quando vuelve Mayo
Que sus pajas dora,
Los copos de nieve
De plata son copas.
La viuda montañá
Sus nevadas toca
Por las galas trueca
De lirios y rosas.
Y el sol á quien prenden
Sus pasos las sombras,
Mas galan despierta
Por campos de aljofar.
Para todos sale

Desterrando á todas,
Que las sombras huyen
De su luz medrosas.
Silvia, tus cabellos,
Y mexillas rojas,
Si el tiempo las pinta,
El mismo las borra.

IV.

A la queda está tocando :
La campana de mi aldea;
Para quien viene se toca,
Mas no para quien se queda.
Ya volvieron los zagales
De las parvas y las eras,
Y aunque la noche ha llegado
Si queda Jacinto en ella.
El que sabe que le quieren,
Y que con zelos le esperan,
No hay gusto que no le aparte,
Ni obligacion que le vuelva.
A nadie por el pregunto
Porque temo la respuesta,
Y quando no de aguardarle
De preguntar me arrepienta.
Mis vecinas no los guardan,
Ni sus esposos las zelan;
¡Triste de mí, que los zelos
Conmigo las manos truecan!
Mas ya que todas reposan,
Y han salido las estrellas,

Cantarle quiero estos versos,
Llorarle quiero estas quejas.
Mi amor en el campo
Duerme esta noche,
¡Ay de quien la desvelan
Zelos y amores!

Aunque de su esposa
Le falte la cama,
Quien duerme sin zelos,
Sin ella descansa.
Si espera que el alba
En los campos llore;
¡Ay de quien la desvelan
Zelos y amores!

V.

Llamaban los pajarillos
Con dulces voces al sol
Que por ver á quien le llama
Mal dormido recordó.
Escuchaba entre las aves
De un arroyuelo la voz,
Que agradecido á su lumbre,
La bien venida le dió.
Entre las ramas de un olmo
Le acompaña un ruiseñor,
Enamorado testigo
De quantas veces salió.
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.
En el valle de mi aldea,

Zelosa aguardando estoy
Que salga un sol á mis ojos
Que en otros brazos durmió.
Montes, decidle, que siento
De los males el mayor,
Si como al padre del día
Le veis primero que yo.
Aquí de la noche el alba
Llorando memorias soy
De mis esperanzas sombra,
A que nunca amaneció.
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.

¡Quántas veces con suspiros
Durmiendo el sol me llamó,
Con mas lisonjas que al día
El pajarillo cantor!
Desveladas noches tristes
Zeloso al yelo pasó,
Y agora seguro duerme
Lo que rogando veló.
Por estos campos del Tajo
Ausente y perdida voy
A buscar agenos bienes,
Que mi desdicha perdió:
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.

Así Amarilis se queja
Al primero resplandor,
Que del prado de su aldea
La muda sombra vistió.
Mirando está la cabaña,

Que de su ausente pastor
 Fué lisonja , casa y sombra,
 Que sus engaños cubrió
 Y viendo en las verdes ramas
 Que repiten la cancion
 De los arroyos las aves,
 Así dixo y suspiró;
 Yo sola triste al son
 De todos lloro soledad y amor.

VI.

Escondido yace un valle
 Entre dos soberbios montes,
 Que solo ha visto un arroyo,
 Que por él medroso corre
 Tan callado y tan dormido,
 Que ni el silencio interrumpe
 Al descuido de las hojas;
 Ni al descanso de las flores.
 En los ecos vuelve á veces
 Los ladridos y las voces
 De los cuidadosos perros,
 Y mal dormidos pastores.
 Y quando huyendo del alba
 Con negros pasos veloces
 La noche á buscarle viene,
 En él encuentra otra noche.
 Y como en tan corto espacio
 La obscuridad se recoge,
 El por noche , ella por valle,
 Entrambos se desconocen.

Al sol no ha visto la cara,
Sino pocos resplandores
Mira de un monte en los pies
Quando en diciembre se pone.
A entrambos montes rendido
A sus peñascos y robles
Pidiendo está que se tengan,
Y que sobre él no se arrojen.
No me espanto que los tema,
Pues siempre fueron conformes
Las amenazas del rico,
Y los rezelos del pobre.
Pierde del riesgo que temes,
Valle humilde, los temores,
Que en el monte mas vecino
Ha de ser mayor el golpe.
Entrambos montes compiten,
Y quando alguno se enoje
Nunca lastima al rendido,
Sino al igual que se opone.
Poco cielo te corona,
Y en tan breves orizontes
Te librára de las peñas
Quien te guarda de los soles.
Y es dicha, escondido valle,
Pues no tienes pretensiones,
Que no te conozca el sol,
Si tú mismo te conoces.

VII.

Niñas de mi aldea,
Que vais á la fuente
Por agua las menos,
Las mas, porque quieren,
Si el amor os lleva,
Y el pesar os vuelve;
El verdad os dice,
Y el amor os miente.
No son buenas prendas
Plumas y papeles.
Para dar el gusto
Quien libre le tiene.
Mirad que en la vida
Son quien mas defiende
De asaltos de amores
Armas de desdenes.
Mirad el peligro,
Porque á las mugeres
Verdad y mentira
Dañan igualmente.
En las que se engañan,
Y en las que se pierden,
Mal los pocos años
Aconsejan siempre.
Mirad como el árbol
Quando está mas verde
En Abril un zierzo
Le burla y ofende.
No os engañen, niñas,

Los floridos meses,
Que al paso de Mayo
Camina Diciembre.
¿No veis que las manos
Del tiempo convierten
Las rubias espigas
En nevadas mieses?
Los alegres años
No esperéis que vuelen,
Y los tristes vengan,
Que jamas se vuelven.
Pierde quando turbio,
Con los años crece
Del amor el río,
El vado y la puente.
De las mas gallardas
Es quando envejecen,
Quien mejor se sienta,
Quien peor se siente.
¿Visteis las que hollando
Tiempos diferentes
Causaron envidias?
Ya á lástima mueven.
Vuestro engaño vive,
Pues quando os desmiente,
Lo que lloran unas,
Otras no lo creen.
Son de las mas bellas
En su blanco oriente,
Rostros quando salen
Gestos al ponerse
Oid mis consejos,

Mirad que os advierten,
Pues los años vuelan,
Que el engaño vuela.

VIII.

Los áspides en la mano,
Y el corazon en Antonio
Mas libre para morir,
Que para rendirle á otro;
Está la Reyna de Egipto
Mirando en un hombre solo
El imperio de la tierra,
Y la libertad de todos.
Llora la suya perdida,
Y el amor osado y loco.
Los áspides animaba
Contra sus brazos hermosos.
Aspides (dixo) á mi desdicha sordos,
¿Cómo vive Cleopatra sin Antonio?
Y aunque es grande el amor, y el dolor mûcho,
Hacer podreis lo que ninguno pudo.

Yo perdí por mi desdicha
Entre las penas que lloro,
A un hombre que me estimaba,
Que es mas que perder mi esposo.
En Roma pensé triunfar,
Y á su lado victorioso
Ver á mis pies humillado
El honor del Capitolio.
Y agora libro el no ser
En vuestro oficio pladoso,

De la fortuna desprecio,

De su enemigo despojo.

Aspides (dixo), &c.

Llegad presto, si cobardes

De hallar no estais rezelosos,

En los brazos de Cleopatra

Mas veneno que en vosotros.

Aunque sus aguilas ponga

En el de Idaspe remoto,

Como conmigo no sea,

Augusto quede con todo.

Deste peligro y afrenta

Librad el honor medroso

De Cleopatra, que os obliga

Con lágrimas de sus ojos.

Aspides (dixo), &c.

IX.

Con rayos de yelo y plata

Armado sale Diciembre

A vengarse de los campos,

Que hospedaron á las mieses.

Las altas sierras descubren

Por el manto de las nieves

Entre cabellos de vidrios,

De riza escarcha las sienas.

Ya prende las dulces aguas,

Porque al cielo no se quejen,

Que amenazan el poder

Aun las quejas de las fuentes.

Los secos troncos murmuran

Del engaño de los meses,
A tanto rigor desnudos,
Y á tanta lisonja verdes.
Las humildes ovejas
Por las dormidas corrientes
Descansan mudas y tristes,
Donde bebieron alegres.
Ayrados braman los ayres,
Que son soberbios valientes,
Y en los enojos del año
Los mas vengativos siempre.
Las aves que dan al sol
Naturales parabienes,
Con tiernas voces le llaman,
Porque sus nidos caliente.
Apénas comienza el día,
Y al sol en distancia breve
A sus pies le ven los montes,
Que le vieron en sus frentes.
Y á las puertas de Amarilis,
Lisardo quando amanece,
De blanca nieve cubierto,
Así cantó lo que siente:
A tus puertas me abraso,
Mal casada bella,
Fuegos son mis suspiros
Quando mas yela.

Junto á una peña del Tajo,
 A quien sus blancos cristales
 En el verano la cercan,
 Y en el invierno la baten;
 Sentado estaba Lisardo
 Esperando que la tarde
 En los brazos de la noche,
 Y del silencio descansase,
 Para cantar á Lucinda
 Sus quejas y sus verdades;
 Siendo en su olvido lo mismo
 Que las llora, é que las cante.
 Y es en la bella casada
 Imposible que se igualen
 La posesion de un marido,
 Y las quejas de un amante.
 Un tiempo quiso á Lisardo,
 Y despues quiso olvidarle;
 Y á Silvio, que aborrecia,
 Quiso querer y mudarse.
 Así se pasan los años,
 Y engañan las voluntades;
 Y son bienes en un tiempo
 Los que en otros fueron males.
 Ausentóse de su aldea,
 Y es con zelós ausentarse
 No curar la enfermedad,
 Y hacer que el remedio mate.
 Apenas cubrió la noche

De los montes los umbrales,
Quando empezó su tristeza,
No á cantar sino á quejarse.

Bella casadilla,
Mal haya tu amor;
Pues dicen mis celos,
Que sufriendo estoy,
Que él tenga la dicha,
Y la envidia yo.
¡O que mal te acuerdas
Quando oyó tu calle,
A tu fé mentiras,
A mí amor verdades!
Ya las olvidaste,
Sabiendo tu amor
Que sufriendo estoy,
Que él tenga la dicha
Y la envidia yo.

X I.

La Morena sierra
Pasaste, Lucinda,
Y habrá mas de un año
Que estás en la villa.
Con ninguna tratas,
A ninguno miras;
Si por nada mueres,
¿De qué vives, niña?
No nació tu yelo
En la Andalucía,
Sino en los nevados
Campos de Castilla.

La cuna del Tormes
Y sus nieves frias,
Son con tus desdenes
Una cosa misma.
Ni el cristal bebiste
Que parte á Sevilla,
Y al mar por sus puertas
Seguro caminas.
Dexa los rigores
Dexa tus porfias;
Si de ver no gustas,
Huelga de ser vista.
Al son de unas cuerdas,
Esta mañanica
Te canté estos versos,
Pienso que dormias.
No retires tus ojos,
Niña del Betis;
Dexa que los quieran,
Ya que no quierés.

XII.

Quando del airado invierno
Las altas cumbres se quejan
Y coronadas de nieve
Su helada vejez confiesan:
Quando soberbios los rios
Al mar presurosos llegan,
Y con su fuerza las olas
Se miden con las estrellas:
Y los inútiles troncos
Rendidos á su inclemencia;

Desnuda de hojas el tiempo
Porque mas su injuria sientan:
Quando el yelo á los arroyos
Castiga con muda fuerza
Que por lo que han murmurado
Justamente los enfrena;
Sobre la desierta orilla
De las aguas de Pisuerga
Ausente un pastor del Tajo
Cantaba al son de sus quejas:

Partí de unos ojos,
Que sin verme ausente,
Vivo me lloraron;
Matarme quieren.
Su rigor ordena
En tan dura suerte
Que causen mi muerte,
Y lloren mi pena:
Y aunque en su cadena
Mi fé se defiende,
Vivo me lloraron
Matarme quieren.
Y si me han dexado
Vivo á la partida,
Partí de la vida
Mas no del cuidado:
En tan triste estado
Muere un ausente,
Vivo me lloraron
Matarme quieren.
Dan al mal de ausencia
Los médicos sabios

Menores agravios
A mayor paciencia.
Y aunque su violencia
Rendida quede;
Vivo me lloraron
Matarme quieren.

XIII.

Salió á la fuente Jacinta
Quando Pasqual que se abrasa,
A buscarla va á la fuente,
Como ella á la fuente el agua.
Las blancas perlas recoge,
Que en el nacer desatadas
De su patria fugitivas,
Arenas y flores bañan.
Unos dicen que zelosa,
Otros que suspensa estaba,
Y al fin en los ojos muestra
Lo que Pasqual en el alma.
Y mirando como corren,
Mira tambien como pasan;
Y á su altivez y hermosura
Riendo la desengañan.
Cuidados tiene Jacinta,
Ni el ir ni el venir la cansa;
En los testigos no advierte,
Ni en el cántaro repara.
Y dexándole en la fuente.
Por escuchar lo que cantan,
Al son del agua y las guijas

Así Pasqual le cantaba.

Zagaleja que vas á la fuente,
Déxala y vuelve,
Que si quieres agua que corra,
De mis ojos corre siempre.
Hermosa serrana,
Que de nuestra aldea,
Del pueblo á la fuente
Tu cántaro llevas;
Si lleno deseas
De lágrimas verle,
Déxala y vuelve;
Que si quieres agua que corra,
De mis ojos corre siempre.

XIV.

Mientras que el mar ayrado
Compite con las rocas,
De mi destierro triste
Quejarme quiero á solas.
Escucharán mis males,
Y las amargas horas,
Que la esperanza cuenta,
Y el sufrimiento llora.
Haré testigos mudos
De las confusas olas,
Que callan mis verdades
Y sienten mis congojas.
Serán discursos tristes
De las pasadas glorias;
Que mal se acuerda de ellas

El alma que reposa.
Mas temo que me falte
El tiempo, porque acorta
Los plazos de la vida
El mal de la memoria.
Y el importuno viento
Lleva mis ansias locas,
Que en la desdicha imitan
Su mismo dueño ahora.
Amada ausente mía,
Si de la luz hermosa
De tus divinos ojos
Mi soledad es sombra;
¿Quándo llegará el día,
Que el Tajo me responda
Tu nombre que repitan
Sus aguas venturosas?
Desterrará del alma
El nuevo sol que adora,
De mi llorada ausencia
La noche temerosa.
Serás el que naciendo
Las altas cumbres toca,
Los baxos valles viste,
Los verdes campos dora.
Ofreceráte entonces
Mi dicha vencedora
Los desatados lazos
Y las cadenas rotas.
Y harán, si te acordares,
Seguras de lisonjas
Palabras verdaderas,

Sospechas mentirosas.
Razones que pudieran
Obligarte, señora,
Me nacen en el pecho,
Y mueren en la boca.
Por esta inutil playa
Mis quejas lastimosas
Lloradas de sus ecos
El fiero mar arroja.
Si he de volver á verte,
¿Qué dudas me alborotan?
¿Qué miedos me atormentan?
¿Qué penas me congojan?

XV.

Quiera el cielo, Silvia ingrata,
Que el agravio y el desprecio
De tanto amor se conviertan
En dolor, venganza y celos.
Y es tan injusto el rigor
De las ofensas que siento,
Que no rezelo que quieras,
Ni que me mates rezelo.
Y al que enemiga quisieres,
Mires en brazos ajenos
De tus quejas tan seguro,
Como lo estás de mi fuego.
Y entonces, Silva zelosa,
En mas conocido espejo,
Del rostro de mis agravios,
Verás mejor los defectos.

En él verás lo que ofende
La fé y la verdad de un pecho
Un desden tenido en mas,
Y un amor tenido en menos.
¡Qué ufana estás, quando escuchas,
Que en tus umbrales me quejo,
Y tus lecciones aprenden
De las ventanas los hierros!
Teme, Silvia, que por ellas
Los rigores de su dueño
En flaquezas convertidos
A la calle saque el tiempo.
Yo mis quejas le remito
Que siempre sus brazos dieron
A las lágrimas venganza,
Y á las desdichas remedio.
De tu soberbia y mi agravio
Entrámbas cosas espero;
Y que podré despreciar
Lo mismo que ahora temo.
No lo dudes, Silvia ingrata;
Porque ha de querer el cielo,
Que mueras del mismo mal
De que estoy aquí muriendo.

XVI.

Las zagalas de su aldea
Todas en el bayle están,
Mucho saben de envidiarse,
Harto mas que de baylar.
Todas aman, todas penan,

Y Belilla siente mas,
Que es sobre achaque de zelos
El peligro de su mal.
Con los mancebos del pueblo
Murmurando está Pasqual;
Que el remedio sabe Anton,
Y no la quiere curar.
Con la hija del Alcalde,
La mañana de San Juan
Tantas mudanzas bayló,
Que al fin se vino á mudar.
¡Qué triste y zelosa vive!
¡Qué desengañada está!
Que del que ofende y olvida
No tiene amor que esperar.
No divierte sus tristezas
El ver, que de su lugar,
Dexando alegres los campos
Quiere Abril partirse ya.
Por ellos baxaba Menga,
Y tantas galas les da,
Que el bayle dexó Belilla
Sin poder disimular.
Y mirando cuidadoso,
La que viene y la que va,
Al son del bayle y del agua
Pasqual comenzó á cantar.
Entra Mayo y sale Abril,
¡Quán floridito le ví venir!
Venga el Mayo verde,
Váyase el Abril,
Que dexó los campos

A medio vestir.
Sus prisiones rompan
La rosa y jazmin,
Que el soplo agradecen
Del viento sutil.
Vistanse las flores
Blanco y carmesi;
Manto de esmeralda,
Y de oro el perfil.
Entra Mayo, y sale Abril,
¡Quán floridito le vi venir!
Enlace amorosa
Al olmo la vid,
Que en sus brazos quiere
Medrar y subir.
Risueñas las fuentes
Conozcan en sí,
Lo que en todos puede
Callar y sufrir.
El año comience
A volver por sí,
A cantar las aves,
Y el alba á reir:
Entra Mayo, y sale Abril
¡Quán floridito le vi venir!

xvii.

Una Zagaleja
Que nació en la Sagra,
Y dexó su pueblo
De matar cansada;

Vino á Manzanares
La fiesta de Pasqua
A probar venturas,
Y á traer desgracias.
Como si faltasen,
Quando todo falta,
Pesares sin cuenta,
Desdichas sin tasa.
Yo la ví en el bayle,
Que Anton la miraba
Aun con mas cuidado
Del con que ella bayla.
De estar tan torcidos
Dicen que es la causa,
Que Anton se la jura,
Y ella se la guarda.
Quando sueltos corren
Zelos en el alma,
No hay humo tan fuerte,
Ni muger tan brava.
Y una condicion
Tán libre y tan vana,
Dexada se ofende,
Querida se cansa.
Y Anton que lo siente
Una noche helada
Esto á los umbrales
Cantó de su casa.
No me mates con zelos,
Bella Aldeana,
Porque á zelos muere
Quien á zelos mata.

Niña que dexaste
Abrasado el pueblo,
Y harás con tus ojos
Lo mismo del nuestro;
Mas penoso fuego
Sentirás, Anarda,
Porque á zelos muere
Quien á zelos mata.

XVIII.

Yo, verde Mayo, me acuerdo
Quando fuistes bien venido,
Y con auroras y flores
Tan galan como vos mismo.
De vuestros zelos se queja
El campo inutil y frio,
No hagais, Mayo, novedades,
Y no tendreis enemigos.
Yo vi quando conocian
Montes y campos floridos
En vuestros ardientes soles
La vecindad del estío.
Y ahora encogido y triste
Quando os toca por oficio
Vestir de flores las selvas;
Vestís de nieve los riscos.
Y vuestro rigor obliga
Que busquen los paxarillos
Mas defensas para el ayre,
Mas plumas para su nido.
¡O qué burlados quedaron

Los que buscan ofendidos
De las injurias del año
El reparo y el abrigo!
Ni es razon que á los arroyos
Humildes y fugitivos,
Despues de prision tan larga
Les pongan segundos grillos.
¡O que bien entre las aves
Sonaron en los oidos
Las canciones de las fuentes
Y las voces de los rios!
Del mas dulce ruiseñor,
Que alegre á buscaros vino,
Las mas amorosas voces
Ya son apenas suspiros.
Campos , arroyos y selvas,
Altos montes y sombríos
Os desconocen presente,
Y os buscan como perdido.
Volved , Mayo , á lo que fuistes
En vuestros verdes principios,
Dexad á los meses locos
Nieves , furias y peligros.
Estos versos sin cantarlos
Lisardo á Mayo le dixo,
Mirando montes de plata
De escarcha y nieve texidos
 ; Quereis , verde Mayo,
 Galan florido,
 O matar con yelos,
 O morir con frios?
Vos que tantos tiempos

En vestir los campos
 Liberal pusistes
 La postrera mano,
 Mirad que es engaño
 Y error conocido,
 O matar con yelos,
 O morir con frios.

DE D. FRANCISCO MANUEL. (*)

E P Í S T O L A.

Partístete á los campos de Castilla,
 Amigo Licio , y con dolor dexaste
 Todas las atenciones de la villa.

¿Qué mucho , si contigo te llevaste
 A ti mismo , que llore tu partida
 El aplauso comun á que faltaste?

Siéntola , mas mi pluma de advertida
 El quanto calla , mientras que te pide
 Tu propio sentimiento por medida.

Tú pues , si la memoria no lo impide,
 No lo rehusa , por las mas costosas,
 Que hoy mi dolor en tus ausencias mide.

Las Musas olvidadas , y dudosas,
 Estrañando el silencio en que las tienes,
 Te llaman por los campos querellosas,

Sin que puedan creer , que los desdenes
 A estaciones te lleven solitarias,

(*) Portugués: floreció en tiempo de Felipe IV. y fué
 amigo de Quevedo.

Bien que la paz del ánimo previenes.

Pues quando las dolencias son contrarias
Del orden natural, no basta cierto
La virtud de triacas ordinarias.

Piérdese, á veces, en el manso puerto
El baxel, que escapó de la tormenta
Del fiero mar, con el costado abierto;

Allá con el peligro se le aumenta
La vigilancia, acá con el reposo
El infiel descuido se acrecienta.

Tu leño acostumbrado y cuidadoso
En la navegacion de tantos mares,
En el puerto le temo peligroso.

Y las robustas fuerzas singulares,
Con que luchabas, y te defendias
De la persecucion de los pesares,

¿Quién duda que de ociosas tantos dias,
Torpes un ora veas? que el sosiego
Destempla las mas altas osadías.

Nunca traidor, ó pertinaz el fuego
Daña, si prende dentro del poblado,
A donde le castiga el agua luego;

Quanto en la soledad, y despoblado
Hace la libre llama de ruina,
Contra lo mas precioso y mas vedado:

No perdona á los años de la encina,
Ni lo sagrado del laurel respeta,
A quien el alto Jove no fulmina.

Si arde en ti mesmo tu pasion secreta,
Que disimula tu interior halago,
Y á la vista no turba, ni te inquieta;
Antes que humee tu escondido estrago,

Procura que lo apague la prudencia;
Deduciendo el suceso del amago.

Que importa que se valga de la ausencia
Aquel que huye , si llevó consigo
El ídolo que el alma reverencia?

La fé no muda , pues del culto antiguo
Viven en sus afectos las señales,
De que la oculta imagen es testigo.

Casi siempre se adoran inmortales
Las estatuas que forma la memoria,
Quando el amor prepara los metales.

Yo juzgo por mi fábula tu historia;
Tambien yo padecí , tambien seguía
Esa , vana mil veces , vanagloria.

Tambien pasé de un día en otro día,
Al hombro del engaño la esperanza,
Tras del bien que buscaba , y mas me huía.

Tambien yo reconozco quanto alcanza
Esa terrible rueda poderosa
Que unos llaman fortuna , otros mudanza.

Tambien vi , como á veces , ingeniosa
La voluntad , llegando al precipicio,
Se afirma en el peligro poderosa;

Como tal vez abriéndose un resquicio,
Queda mas fuerte el edificio , quando
Su ruina esperaba el edificio.

Y entre afectos que anduve examinando
Busqué contra el amor en el destierro
El remedio tambien que hoy vas buscando.

Ausente amaba , y conocido el yerro,
Ya su industria desprecio , si es diamante
Tanto el amor como la ausencia es hierro.

Quando en el alma llega á ser constante,
Y no produce amor ese accidente,
Jamás para gastalle fué bastante.

Si quieres tú, que el ánimo doliente
Vuelva en aquella su primera esencia
De honesta libertad cumplidamente;

No te lo alcanzará, Licio, el ausencia,
Que es más valiente la humildad cobarde
Que no la temeraria resistencia.

Vuélvete al fuego, que si á pausas arde,
Y si con nuevas ascuas no lo alientas,
Tu llama es fuerza que en morir más tarde.

Licio, si osado, si constante intentas
Vengar tu libertad del dulce engaño,
Que no sé si le extingues ó acrecientas;

Prosigue un año á amor, que antes de un año,
El de su mismo fuego ha de encenderte
Aquella hermosa luz del desengaño.

Porque es sin contingencia acontecerte
Zelos, ingratitudes, deslealtades,
Que son de amor la inevitable muerte.

Estos no pueden dar las soledades,
Que en fin, como traidores y asesinos
Viven con el tropel de las ciudades.

O si también con pensamientos duros,
No del amor, del tiempo te apartaste,
Por gozar en quietud todos divinos;

Si porque el premio, la virtud buscaste
(Perdido de la corte en lo confuso)
Y al campo huyes, porque no le hallaste;

O si cansado ya del mortal uso
De la lisonja, que en las cortes mora,

Rehuyas con tu crédito á su abuso;

O si del falso oráculo que adora
Nuestra ciega ambicion haces desprecio,
Quando la voz comun le ruega y llora;

Si haces de sus respuestas el aprecio,
Midiendo su dudosa certidumbre

Por lo que das por esa duda en precio;

Tente, no baxes de la altiva cumbre
Del pródigo escarmiento, al triste llano,
Ardido al rayo de engañosa lumbre.

Dexa abrasar al ciego cortesano:

Y entre la boca, y vaso del veneno,
No interpongas el grito, no la mano.

Dexa que en el intenso, obscuro seno,
Guarde todos sus áspides la envidia,
Haciendo propio mal del bien ageno.

Si destas vanidades se fastidia
Convalecido ya tu pensamiento
De las fantasmas con que enfermo lidia;
No acuso tu retiro; antes tu intento
Fanal piadoso en noche oscura y grande
Será á la confusion de mi ardimiento.

Ama tú soledad, y dexa que ande
Perdido el mundo, dexa que le enmiende
Quien dexaron los hados que lo mande.

Incauta es la piedad del que pretende
En dulce puerto apenas escapado,
Donde ni el viento sopla, ó mar ofende;

Por socorrer al leño fatigado
Arrojarse á las ondas del Egeo,
Habiendo su peligro antes probado.

Y no lo niega, que es ilustre empleo

Valer á todos, mas si el riesgo es mio,
Despeño, y no valor será el deseo.

No porque en tu constancia no confío,
Te acuerdo el precipicio á que nos lleva
Esta infidelidad del albedrío;

Antes á mis avisos se les deba,
Que á tu experiencia, escarmentando el gusto
Lo que con tantos exemplares prueba.

Y si con igual ánimo al injusto,
Tiempo ves que no puedes dar remedio,
No forcejes al tiempo, que no es justo.

La plaza que padece un duro asedio
De enemigo mortal, si se socorre,
Mas de la industria que de fuerza es medio:

Quando aquel río impetuoso corre,
Qualquier fácil peñasco le resiste;
Manso y contino veace al alta torre.

Para mí, todo el mundo en mí consiste,
Y en vano intento remediar al mundo,
Si al mundo no remedio que en mí asiste.

Tú primero, y primero sin segundo,
Secretario de Apolo en poesía,
A quien dictó lo grave y lo profundo;

Si falta en persuadir la Musa mia,
Manda tu persuadirte por tu Musa
La fé de esta inmortal filosofía.

Mi intencion inclinada á la confusa
Escuela de la colera de Marte,
Tambien estos preceptos me rehusa.

Y procede mi engaño con tal arte,
Que teniéndome ciego y sin aviso,
Me hace poner gran fuerza en avisarte.

De los hombres error siempre preciso,
Ver el arista en los ajenos ojos,
Quien la viga en los suyos ver no quiso.

Mas bellos te parecen sus abrojos
Al rustico, que en fértiles jardines
Los blancos lirios, y claveles rojos.
Varios como los hombres son sus fines:
Uno vive al aplauso, otro al provecho;
No por el tiempo tú los examines.

Con esto pienso, tengo satisfecho
La obligacion de epístola mitiva,
Segun manda el poético derecho.

Ni me consiente que mas largo escriba
El confuso ruido, el sordo estruendo,
Desta guerra mortal, quanto es mas viva.

Porque en este rincon donde escribiendo
Retirado te estoy estos renglones,
Le estoy al eco militar oyendo;

Que entre confusos diferentes sonos,
A los castigos de la Celtiveria,
Convoca nuestras bélicas legiones.

Ya partiremos, dandole materia
De lástimas al siglo, que presente
Con sangre escribirá tanta miseria.

Yo tambien al tropel de nuestra gente,
No menos ofendido que forzado,
Las huellas piso perezosamente.

No puedo resistirme, y voy llevado
Para ser instrumento del castigo,
Y voy á ser castigo y castigado.

Esta es en fin la relacion, amigo,
De mi fortuna, el juicio de tu suerte,

Que atento ofrezco , cuidadoso sigo;
Tal soy (tú lo verás) hasta la muerte.

DEL MISMO.

FRAGMENTOS DE OTRA EPÍSTOLA.

Dos plumas tengo , ó Fabio , con que escribo
Una las burlas del amor, tirano;
Otra las veras del discurse activo.

Ambas para escribir tentó hoy la mano,
La prudente escogí , bien que la envidia
Del amor procuró trocarse en vano.

Ya tanta burla , amigo , me fastidia,
Que si un favorecido se disgusta;
¿Qué hará quien siempre con desdenes lidia?

Hice promesa de escribirte justa,
En avisos la cumplo , no en novelas,
Lecion que á mugeril genio se ajusta.

Demos versos al viento , en vez de velas,
Bien que tu á vista de este idioma extraño,
Las letras temerás como cautelas.

O Fabio , no es cautela , ni es engaño;
Pero importa pedir lengua prestada
Al que quisiere hablar un desengaño.

Hoy deseo dexar la amiga tierra,
Por el airado mar , pero mañana
Vender la paz , para comprar la guerra.

Enfádame la vida cortesana,
Y en lo sagrado de los montes quiero
Hacer robusta mi esperanza vana.

Cifíase cada qual lucente acero,
Vístase cada qual fino diamante,
Fínjase cada qual Marte severo.

Pase toda la vida navegante,
De los angostos términos de un pino
Apenas morador, ya naufragante.

Pise incauto las ondas peregrino,
Y de quantos ancones el mar tiene
La figura traslade al pergamino.

Cánsese el pretendiente á quien mantiene
La ambigua explicacion de la palabra,
Que las postreras lástimas previene;

Labre, qual el gusano en hilos labra,
Su muerte infiel, su infame sepultura,
Donde á ninguna voz sus losas abra.

Busque esotro la suerte y la ventura
En el ocio, y la llame mediana
Sin advertir que á extremos la procura.

El otro se consume noche y día
Por concertar del mundo los estados,
Filosofando atroz filosofía.

Hércules nuevo aquel de los cuidados
Del viejo Atlante, tome por su cuenta
El peso de los cuerdos magistrados.

O caze, ó pesque la ambición sedienta,
Los gruesos bosques, y opulentos mares,
Del que á Epicuro el séquito acrecienta;

Aras levante, y constituya altares
A Venus Pafia, quien su ley venera,
Confundiendo deleytes y pesares;

Derrame astuta venenosa fiera
El pestifero humor sobre la fuente,

A donde bebe la virtud sincera;

Mientras yo, por vivir honestamente,

Busco, huyendo las leyes ya olvidadas,

Sencillo estadio de la antigua gente.

Digo las soledades no alteradas

Del tráfago del vulgo sedicioso,

Ni del marcial estruendo profanadas.

Patria segura del comun reposo,

Tesoro universal de desengaños,

Sagrado contra el tiempo riguroso.

Ciudad de quien son muros los castaños,

Las copadas encinas torreones,

Firmes á los combates de los años.

Calles que no pasean sin razones,

Plazas jamas pisadas de malicia,

Puertas nunca llamadas de trayciones.

Corte siempre distante á la codicia,

Donde es plata la paz, oro el sosiego,

Que la soberbia ignora, y la avaricia.

¡O bienaventurado aquel que luego

Sacrificar te pudo la presencia,

Sin ofrecer la víctima del ruego!

¡O si fueras quietud de la pendencia,

Que dentro en mí disponen mis cuidados,

Rebeldes á razon y á residencia!

Entonces quantos dias engañados

Pasé sin cuento, en años los volviera,

Todos vividos, todos bien logrados.

Al mundo, al mar por señas conociera,

Y las distancias de la mar, y el mundo

A dos próximas tapias redujera;

Y con desprecio, ó bárbaro, ó profundo,

Por el sayal pacífico trocara
El hábito de Marte furibundo.

Cada arroyo oceano contemplara,
Y en firme puente, embarcacion segura,
Fuera de este á aquel margen la mas rara.

Cortára por mi mano mi ventura,
Y único de los cielos pretendiente
Cortejára la rústica espesura.

En Junio entones claro, en Julio ardiente,
(Vueltas ya frutas las primeras flores)
Sombra me diera el bosque, agua la fuente.

.....

No por bocas de hierro al duro monte
El censo le pidiera de animales,
Atronando el pacífico horizonte.

Ni con red engañosa los cristales
Claros quebrára de los mansos rios,
Prendiéndoles sus simples naturales.

Y aun temiendo de amor los desvarios.
Jamás otras antenas le fiara,
Por no volver á dar en sus vaxios.

Solo la blanca aurora enamorára
Y en su contemplacion todo elevado,
Ni por Céfalo entones me trocará.

No pisára el umbral de mi cuidado.
La malicia, de sátira vestida,
De mi pluma y mi boca todo honrado.

¡O vida dulcemente apetecida,
Dentro de cuyos límites se vive
Todo quanto los cielos dan de vida!

.....

¿Que importa ya que el pecho en valor arda,

Si nuestra edad hoy juzga por locura,
Lo mismo que antes era acción gallarda?

El entregar la vida á la ventura,
Trocar la gala de la seda blanda
Por la xerga feroz del armadura;

Las regaladas sábanas de olanda
Convertir en los céspedes agudos
Donde el desvelo de las armas anda;

En fin los pasos de la guerra crudos,
Fueron solo pagados y queridos
En tiempo de Pelayos y Bermudos.

El ayre de los siglos corrompidos
No respeta el laurel en los honrados,
Como adora la palma en los validos.

Romper los senos de la mar ayrados,
Es fatiga del animo infamada,
Si de Colcos volvistes despojados.

Vale una pluma mas que una espada,
Espada á veces, que mas vidas corta,
Que del Cid la tizona celebrada.

No tanto á Silio crédito le importa
El Marcio campo, quanto del ministro
La leve seña, ó la palabra corta.

De la gracia imperial se hace registro,
Quien se la hurta mas que se la adora;
Dolor universal del Tajo al Istro.

Valia es mas, que no valer agora:
Mas, porque siempre sirve la valia,
Y el valor solo sirve para una hora.

Valida la lisonja y la porfia
Emprenden de los premios coronarse
Propios de la paciencia y la osadia.

Dicha siempre del vicio fué llevarse
La honra á la virtud, y siempre usado,
Porque es grande el servicio, castigarse.

¿Quién vió jamás un necio desdichado?
¿Quién sin empleo vió jamás indiano?
¿Quién jamás al honrado ha visto honrado?

Costumbre fué del mundo, ó desatino,
Trocar las señas, propia al caballero
Es la espada, el bordon al peregrino.

Que venza Aquiles, que le caute Homero,
¿Quién se lo acusa? Mas Sardanápato,
¿Por qué tendrá cronista Hsengerb?

Tenga el siglo por malo lo que es malo,
Pues de lo que es virtud á lo que es vicio
Es quasi inmensurable el interválo.

Llámesese maleficio el maleficio,
Que en llamar desventura á la baxeza,
Escándalo se vuelve el beneficio.

¿Pero mi pluma llena de rudeza,
Qué intenta? ¿prevenir las magestades,
Donde todo es igual con la grandeza?

Sí, que á todo se atreven las verdades,
Y al mas excelsó trono estas envían
Zelosas, que no libres, se quedades.

Las yedras, que humilísimas vestían
Los rudos miembros de algun tronco anciano,
Que entre sus hojas pobres escondían,

Quando á sus propias hojas dió la mano
La cortés vecindad del alto muro,
Suben al capitel mas soberano.

Yo no procuré toga, ni procaro
La cívica mural, porque antes creo

Quanto es el ocio el fruto más seguro.

De lo que escucho escribo y lo que veo,
Y quando el zélo á naufragar me obligue,

No á sola mi intención hundió el Egeo.

O se embravezca más, ó se mitigue

La cólera de Marte ó de Neptuno,

La ignorancia desprecie, ó la castigue;

¿Qué voz fatal no ha sido ego importuno?

Ciega, y mas para sí, el entendimiento

De mas ojos, que lleva áve de Juno.

Fabio, si me leyeras descontento,

Páramos hallarás, si mas amigo,

De cada flor brotando un escarmiento.

Nunca lo deleytoso, lo útil sigo,

Quando te escribo, ó quando te aconsejo,

Quando te persuado y te averiguo.

Niño es amor, mas tiene como viejo

La profunda experiencia á que provoca

Los aciertos de un ánimo perplejo.

Prerrogativa que altamente toca

A la verdad, que tiene de excelencia

Dar virtud, no tomalla de la boca.

Hago de mis principios grande ausencia;

No sé qué vanidad tiene la pluma,

Que remeda del cetro la eminencia.

Veo que escribo ley sobre la espuma,

Mas esta vana gloria de escribilla

Me fuerza á que obediencias le presumo

¿Quién tal cosecha espera á tal semilla?

¡Coger Licurgos, y plantar Marones,

Y del pobre bufete hacer real silla!

¡Mas quien duda, que de entre las canciones

Salga Mercurio! pues que la armonía
Mas eficacia adquiere á las razones.

Aquel que inexpugnó Tebas un día,
Que artifice su voz y su instrumento
Desatados los cerros conducia;

Geroglífico, fué del pensamiento,
Donde Grecia mostró que la blandura
Fuerzas al ruego da de mandamiento.

DEL MISMO.

SONETO I.

Á un sugeto maltratado de un ministro.

No es tiranía, Fabio, esa que emprende
El fiero monstró que adorar solías,
Quando aspirante á mas que idolatrías,
Hoy con tu misma ceguedad se ofende.

Ni el fuego que en el ánimo se enciende,
Sobre quien arden esperanzas frias,
Se paga del vapor, ni á los que envias,
Injustos votos, su altivez atiende.

No por desgracia, por piedad lo cuenta;
¡O desprecio á mas luces venerable,
Padre del desengaño siempre justo!

Dexa que gima lastimado el gusto,
Y en lugar de aquel ídolo exécrable
Adora por tu ídolo tu afrenta.

SONETO DE LA SEMEJANZA DE LOS TIEMPOS

Semejanza de los tiempos.

Fabio, si tú has topado un nuevo mundo
 (Nuevo Colon) sin penetrar su daño,
 No solo yo disculparé tu engaño,
 Mas sulcaré su pielago profundo;

Mas si, como el primero es el segundo,
 Tan vario, tan confuso y tan extraño;
 Antes quiero habitar mi desengaño,
 En que el remedio de mis males fundo:

Si en este amaneciese un justo día
 A la virtud de gloria y alabanza,
 Y á la culpa de afrenta y vituperio;

Yo sus vultos tambien adoraria;
 ¿Mas qual razon no huye á la esperanza,
 Que lo mas que promete es cautiverio?

DEL MISMO.

LETRAS PARA CANTAR.

¿Qué me pides, zagal, que te cuente
 Del verde consorcio que ayer tarde ví;
 Si no han vuelto hasta agora los ojos,
 Que todos llevaron los novios tras sí?
 Una tarde, que el bien viene tarde,
 De un mes que se llama el mes del Abril,

Cata aquí que se rompen los cielos,
Y mandan al sol de tarde salir :

Dividido en dos resplandores
A quien amor jura que preste ha de punir,
Por formar de los dos una estrella
De rayos tan bellos que valga por mil.

La hermosa y la gala, que vanas
Entraron, salieron corridas de allí,
De mirar que las ganan por mano
Bellezas y aseos que caen por ahí.

Cuenta el ayre, que quanto florido
Se quiso á sus pies ayroso esparcir,
Mejor ayre, y mas flores le esparcen
Su paso gallardo, su planta gentil.

La ribera de Alcántara hermosa,
Vestida cambray en vez de tabi,
Para fuente le ofrece sus fuentes,
Le presta sus aguas para agua manil.

Haame dicho que el cura discreto
Tomando á los novios sus manos de lis,
Quando el pueblo pensó los ataba,
Hizo un ramillete de rosa y jazmin.

Los cordones texió de las telas,
Que dentro del alma se suelen urdir;
Que son telas que el tiempo no gasta,
Y quanto mas duran mas suelen servir.

Los padrinos dixerón entonces,
Pues dentro de un año habeis de pedir,
Que al bateo volvamos galanes,
Par Dios pues lo estamos quedemos aquí.

Ya con risa pregunta á lo zaino
El cura á los novios, si dicen que sí,

Y responden , haciendose rojos,
Que en lengua de novios se quiere decir.

II.

Aura fresca , aura volante
Que en el ayre andas vagando;
Y viciosa y mormurante
Vas con las ramas jugando;
Mientras te digo mi duelo,
Ay! afirma , afirma el vuelo.

A vos digo , aura piadosa,
Que esotra piedad no siente;
Con vos hablo , aura amorosa,
Que ella rie , al lloro ardiente:
Pues si os doleis sin fingiros,
Suspirad con mis suspiros.

Aura , pues , volando andad
A aquella que me enamora;
Suspirando la contad
Quanto mal dentro en mí mora,
Y con llorosos acentos
Incitareis mis lamentos.

Y pues con soplos lascivos
Revolveis su pelo de oro,
Y los anillos mas vivos,
Hurtais del bello tesoro;
Soltad el lazo dorado
Que ha mi corazon atado.

Si con dulces ventezuelos
Girais su bello semblante;
El ardor de sus ojos

Templad siquiera un instante:

Que sus bellos rayos rojos,

Ni aun templados arden flojos.

III.

¿Adónde te partes , dulce mi enemigo,

Que nunca te afliges con ir y volverte?

Si es bien que no quieres llevarme contigo,

Mis ojos por eso no habrán de perderte.

¿Tan mal te agasajo , dulce pensamiento,

Que donde naciste tan presto te partes?

Y al cabo , ¿qué alcanzas en tu movimiento,

Si el bien me le robas y el mal me repartes?

¿Qué buscas ventnras , probando rigores,

En todas regiones que pisan tus pasos?

¿No sabes, no lloras que son los amores

Comenzando largos , acabando escasos?

Antes del peligro saber ser osado

Inculca constancia , noble , alto desprecio;

Mas despues de visto , seguirle obstinado

En vez de constante empresa es de necio.

DE DIEGO MEXIA. (*)

Epistola.
Traducida de Ovidio.

SAFO A FAON.

¿Por ventura, Faon, luego que abriste
 Mi carta, en ver su letra artificiosa,
 Por mia la juzgaste y la tuviste?

¿Por ventura, mostrárase dada
 Tu mente en vacilar quien te escribía,
 Si no vieras mi firma dolorosa?

Preguntarás, que si la musa mia
 Ha siempre versos líricos cantado,
 ¿Por qué la que te escribo es elegía?

¡Ay! que mi triste amor ha ya espirado?
 En tu pecho cruel, y en este punto
 De mí ha de ser su tránsito llorado.

Y porque el verso al dolorido asunto
 De hoy mas responda, escojo el lamentable,
 Que el lírico no es verso de difunto.

Abrásome en incendio irremediable,
 Qual arde el campo donde el fuego emprende,
 Si sopla el sordo viento incontrastable.

La seca parva con furor se enciende,

(*) Sevillano : floreció á principios del siglo XVII: tradujo las Heroidas y el Ibis de Ovidio, y las publicó con el título de *Parnaso antártico*.

La llama excede al resplandor Febéo:
Tal es el fuego que lá mi pecho ofende. U

Allá habita Faon, donde á Tiféo
Etna con fuego y sempiterna brasa
Oprime y quema el cuerpo gigantéo.

Pero con más ardor y más sin tasa
Que si estuviera en Etna y sus fogones,
El iracundo amor mi pecho abrasa,

No se me ofrecen versos, ni canciones
Para poner en dulces instrumentos,
Que es lo que alegra tristes corazones.

Que el componer y el entonar acentos,
Son ejercicios y obras virtuosas,
De entendimientos libres y contentos.

Ya me son las Piérides odiosas,
Ya huyo de las Driadas doncellas,
Solo me ocupo en quejas amorosas.

Amilthon, Cidno y Attis, mozas bellas,
Son viles, á quien tanto las queria,
Ni las quiero hablar, ni puedo vellas:

Y otras ciento que, quando Dios queria,
Por sola su virtud y compostura
Gustaba de tener su compañía.

Mira, Faon, si es mucha tu ventura,
Pues el amor que á tantas he quitado,
Le he puesto en tu divina hermosura.

Tienes el rostro bello y delicado,
Tienes edad á gustos conveniente,
¡O rostro que has mi vista emponzoñado!

Coge la lira y toca dulcemente,
La aljaba toma, y te veremos hecho
Un nuevo Apolo en música y valiente.

Ponte aquella señal que á mi despecho
Me pongas: serás Baco, y en belleza
Al uno y otro declararás deshecho:

Pues. Febo á Dafne amó y á su altiveza,
Y Baco amó á la Grécida Ariana,
Siendo dioses los dos de sama altosa.

Y aunque fué su belleza soberana,
No alcanzaron el don de Boccia,
Ni aquel licor que en el Parnaso mana.

A mí la Pegaséa compañía
Me dicta versos, yendo ya mi nombre
Por quanto abrasa el sol, y el mar enfria.

Ni tiene mas honor, ni mas renombre
Alceo el Mítileno y celebrado,
Aunque mas con su verso al mundo asombre:

Si la naturaleza me ha negado
Rostro elegante, forma y estatura,
No tengo culpa, yo no me he criado.

Yo suplo aqñese yerro de natura
Con mil ingenio y virtud que al mundo encanta,
Y la virtud excede á la hermosura.

No altivo me desprecies, que si tanta
Es esta pequeñez en que me veo,
Mi fama hasta los cielos se levanta.

Si no soy blanca, Andrómeda á Perseo
Agradó siendo negra de Etiópia,
Que no por ser moreno un rostro es feo.

Verás que es cosa natural y propia
Unirse con palomas variadas
Blancos palomos, y esto en mucha copia.

Tambien las tortolillas son llamadas
De verdes papagayos: ni fustaba

Tiene á las damas negras olvidadas, sino

Si no te ha de gozar dama ninguna,
Sino es la que iguale á tu belleza, y una
No te habrás de gozar mujer alguna.

Quando tú me subiste á tanta altura,
Que me elegiste, herabosa me juzgastes
No viste escoria, todo fue fineza y

Que á mi sola antarias me juraste,
Juraste que yo sola te agradaba,
Mentiste en esto, aquello quebrantaste.

Por tu gusto me acuerdo que cantaba,
(Que nada al que es amante se le olvida)
Y con el dulce canto te elevabas.

Era de ti mi voz interrumpida
Por me besar, queciendome mi boca
Hurtarme la canción aun no nacida.

Ahora ¡ay rabia, que me vuelve loco!
Tienes por tuyas muchas damas bellas,
Allá en Sicilia, cuyo amor te toca,
¿Qué me detengo aquí sin ir á ellas?
Quédese Lesbos, si en Sicilia hay ditas,
Siciliana quiero ser con ellas.

Señoras y matronas venturosas,
A quien el cielo da por patrio hider
De Nesa las ciudades poderosas,

No doreis el error que he cometido,
Diciendo, que á un extraño de mi tierra
Le di mi fé, no siendo conocido.

Guardaos no siembre en vuestras almas guerra
Este traidor con los embustes raros,
Que en la blandura de su lengua encierra.

Quánto os dice y dirá por engañaros,

Tanto me dize ¡ay, mísera! primero,
Y como á mí me olvida, ha de olvidarme.
Tú, célebre Ericina, que del tercer
Círculo habitas y eres venerada
De los Sicanos con amor sincero,
Mira por sí Reeta, desdichada,
Dame consejo y Dios en esta pena,
Socorrela un alma triste enamorada
Frecuente que jamás me ha sido buena,
¿Presigne por su tura aquel tormento,
Que desde el punto que nació me ordena?
¿Ha de permanecer su duro intento?
¿Siempre en mil daños el tiempo está fijado,
Siendo su natural el movimiento?
A seis años de edad no hubo llegado,
Quando ya con omni lágrimas había
Las cenizas paternas hodiado.
Mi hermano el patrimonio que tenía
Consumió, regalando á una farsa,
En cuyo amor el miserable ardía
Mil daños y bienes lindos de quien era,
Gratificó con afronta miserable
Que de servirle en el mundo esto se espera.
Y agora pobre, humilde, insaturable,
Por reparar su hambre y su pobreza
Navega el mar de dudas incontrastable
Con mal medio procura la riqueza,
Que con mal medio disipa el linaje,
Dándose torpemente á la torpeza,
Y á mí porque he sido como á mi hermano,
Consejos seductores me aborrece como
Que no quiera consejos al diablo al orgullo.

Esta es la utilidad que se recrea con
A aquella que en amalle se desvela,
Y mi piadosa lengua esto merece.

Y como si faltase que le duela
Al corazon, aumenta mis pasiones
Una niña que tengo por pequeña.

Tú agotará mis tormentos y aficiones
Te añades, y entre todos mides palma,
Con esta larga ausencia en que me pones.

¿Por ventura mi nave, que es calma,
No tornará viento favorable y bello,
Para no estar en sempiterna calma?

Mi esparcido por la espalda y cuello,
Sin artificio ni orden elegante,
Mi crespo, largo y nítido cabello.

Ni mis sedos adorno como amante,
Por demostrar que sin disfraz me agravia
Con el rubí, crisólito ó diámante.

Vilmente visto; mi ornamento es rabia
Ni enlazo mi cabello en lazos de oro,
Ni le regalo con licor de Adán.

¿Mas para quien sino es de luto y lloro
Me tengo de adornar? ¿para quien pay triste?
Procuraré agradar como tesoro.

¿Qué gelas me porqué, si quien consiste
Mi gusto, vive ausente y no me desama,
Y de tristeza y de dolor me viste?

Mi eterno corazon (que en fin soy dama)
Es herido, y apunado en horno ardiente
De veloci flecha y de ligera llama.

Y como mi martirio es vehemente,
Siempre la casa vive y va en aumento.

Para penar y amar eternamente.

O fué que en mi infelice nacimiento

Las Parcas por su ley me condenaron.

A amarte siempre y á sufrir tormento:

O el aspa donde el hilo devanaron;

De mi vida (si es vida la que es muerte)

De dura pertinacia la formaron:

O la costumbre larga de querente,

Decansando en la escuela de Cupido,

En mi naturaleza se convierte.

Hame Tália el alma enternecido,

De muerte que no tengo fortaleza

Para librar del fuego á mi sentido.

¿Y qué mucho que tenga esta flaqueza,

Si quando te apuntaba el primer tozo,

Me sujetó y robó tu gran belleza?

¿Qué maravilla me rindiese un mozo,

Que á los varones sujetar pudiera,

Con se adornar de femenil rebozo?

¡O tú, que eres de Apolo mensagera!

¿Quántas veces temí que me hurtaras

Este mancebo, porque yo muriera?

Y entiendo, bellâ Aurora, le robaras;

Mas á su intento Céfalo repuna,

Cuyas conversaciones te son caras.

Faon, pues si te alcanza á ver la luna,

Querrá que siempre duermas por besarte;

Mas védalo su amante y la fortuna.

Venus tambien quisiera arrebatarte

En carro de marfil allá en su cielo;

Mas ve que es justo complacer á Marte.

¡O tú que eres la gloria de este suelo,

Y del presente siglo la hermosura, y de tu estado
Y de mi triste espíritu el consuelo: O

Tú que aun no llegas á la edad madura,
Ni eres muchacho, que es el venturoso
Tiempo para deleytes y dolzura: O

Ve y torna, vuelve á mí, joven hermoso,
Basta la grave ausencia que he pasado,
Vuelve á mí seno, toma en él reposo: O

No te quiero rogar desamorado,
Que tú me quieras lo que yo pretendo
Es que solo contentas ser amado: O

Escribo, y mientras voy aquí escribiendo
Mis ansias, mis tormentos, mis pasiones,
Mis ojos van mil lágrimas vertiendo: Y

Contempla quantas manchas y borrones
Lleva esta carta miserable unia,
Pues tiene mas que versos y diciones: O

Si queriendo dexar mi compañía,
Estabas cierto de irte, bien hicieras
Si usaras de modestia y cortesía: O

Fuera razon de mí te despidieras,
Y si mi propio nombre abominaras,
Moza de Lesbos, queda á Dios, dixeras: Y

Que en fin algunas lágrimas llevaras,
Que derramára allí mi sentimiento,
Y algun abrazo y beso grangearas: O

Yo nunca rezelé tu apartamiento,
Nunca temí tan áspero castigo,
Ni tuve miedo al grave mal que siento: O

Ninguna prenda tuya está conmigo,
Sino es la injuria y grave alevosía
Que has hecho en mí dexar como enemigo,

Ni menos tú llevaste prenda mía,
Que espereja te sirviera de retrato
De esta, que el tuyo adora noche y día.
Ninguna ley te di, ningún mandato,
Ni otro te diera, salvo que en ausencia
De mí no te olvidaras como ingrato.
Júrate por la fuerza y vehemencia
De este mi amor, que ni dexar procuro,
Ni él se puede apartar de mi presencia:
Por las nueve Libétrides te juro,
Cuyas deidades por mi honor serviste,
Y yo venero y agradar procuro:
Que quando no sé quien me dixo ¡ay triste!
Tu bien se va, tu gloria es eclipsada,
Hoy tu contento y tu Faon perdiste;
Así quedé en peñasco transformada,
Que ni pude llorar de suspendida,
Ni me pude quejar de alborotada.
Suspendióse en mis ojos la avenida,
De lágrimas; la lengua perdió el brio,
Y al muerto paladar se quedó asida.
El amoroso ardor del pecho mio
Se amortiguó, sus llamas ocultando,
Y dió lugar que le ocupase el frio.
Mas despues que el dolor se fué apacando,
Despues que el cuerpo helado mas que roca
Fué su calor y espíritu cobrando;
Rasgué mi pecho á golpes como loca,
Meséme, y sin mirar lo que debiera,
Bramé, grité, desenfrené la boca.
Y esto no de otra suerte, que si fuera
Acompañando el cuerpo, madre pia,

Del hijo recién muerto, á la hoguera

 Mi mal hermano, viendo mi agonía,

Se goza, regocija y se recrea,

Y aumenta con mi pena su alegría.

 Delante de mis ojos se pasea,

Que porque su presencia me es odiosa,

Quiere que á mi pesar le hable y le vea;

 Tambien porque la causa vergonzosa

De mi dolor al mundo esté patente,

Me dice con voz grave y desdenosa:

 ¿Qué pena, qué tristeza, qué accidente

Puede afligirte, si tu Cleis es viva,

No solo viva, mas ni está doliente?

 Todo el mundo miraba mi excesiva

Angustia, y mi vestido descompuesto,

Y el pecho al ayre, do tu amor estripa.

 Que no puede el amor que es deshonesto

Con la vergüenza estar acompañado;

Y lidian entre sí, torpe y honesto.

 Eres, Faon, mi gloria, mi cuidado,

Y mis sueños así te representan

Como si no te hubieras ausentado,

Y porque en estos sueños se alimentan

Mis gustos, me es la noche de mas lumbre,

Que los rayos del sol que la ahuyentan.

 Que aunque del mar la inmensa pesadumbre

Te esconda, y aunque vivas de mí ausente

En las faldas del Etna ó en su cumbre;

En sueños cada noche estás presente,

Allí te hablo y miro tu figura,

Y allí te abrazo y toco dulcemente.

 Mas tiene una gran falta esta datura,

Que en fin como es de sueño es abreviada,
Y lo que es falso y vano poco dura.

Imagino tal vez que reclinada
En tus brazos estoy, y algunas pienso
Que mi brazo te sirve de almohada.

Tal vez... mas ¿para qué tan por extenso
Quiero contar lo que contado ofende
A mi sensualidad pagando el censo?

Ya en esto alegra, ilustra, aclara, enciende:
Titan el rey, y muéstrase al instante
La luz, y quanto el mundo comprehende.

Huye mi sueño, y huyese mi amante,
Y agráviome de ver tan presto huyan,
Siéndome su vision tan importante.

Y remiendo estas ansias me destruyan,
Visito el bosque, y una y otra cueva,
Y pido que á Faon me restituyan.

Como si el bosque á compasion se mueva,
Como si aquellas cóncavas sonoras
Conocen el ardor que á mí me lleva.

Mas pídeles favor como á fantoras,
Que fueron de mis gustos algun dia,
Siendo de mis deleytes sabidoras.

Furiosa voy á, do el furor me guia,
pobre de entendimiento y desgredada,
Manifestando así la rabia mia.

No menos que si fuera enhechizada
De la infernal Ericto maga astuta,
Por sus encantos fuertes celebrada.

Aquí miro una cueva, allí una gruta,
Ya me suspendo allí, y aquí me paro,
Que aquí y allí gusté de amor la fruta.

Y aunque estas cuevas tienen por reparo
Areniscos peñascos escabrosos,
Fuéronme un tiempo mármoles de Paro.

Andando estos boscajes montuosos,
Llego á la selva que sirvió de alfombra
Y cama á nuestros cuerpos calurosos,

Y en muchas siestas, quando el sol asombra,
Nos recogió con regocijo y fiesta
En so copada y agradable sombra.

Más aunque me es la selva manifiesta,
No hallo en ella á mi señor trocado,
Que es también el señor de la floresta.

Y así me es vil, humilde y desechado,
Aquel lugar, pues todo su ornamento
Estaba en la presencia de mi amado.

Hallé todas las flores de este asiento
Selladas de tu huella conocida,
Para recordacion de mi tormento.

La tierna yerbezuela vi oprimida,
Clara señal que nos sirvió de cama,
Y que de nuestro peso está abatida.

Allí furiosa me arrojé, y la grama
Besé, donde tu suerte favorable
Te tuviera en los brazos de tu dama.

Y la yerba que entonces fué agradable,
Agora por mis ansias y congojas
Se riega con mi llanto miserable.

Los árboles también, porque me enojas,
Parece que me ayudan en mi llanto,
Despidiendo de sí sus verdes hojas.

Las aves entmudecen, y entre tanto
Que en aquel bosque mi clamar se siente,

Suspenden todas en apacible canto.

El ave; Daulia, llora solamente.

Al hijo, y de no haber primero muerto.

A su marido pérfido, insolente.

A Itis llora; Progne en el desierto.

Y Saffo llora, y gime sus amores.

Y así está el bosque de dolor cubierto.

Tantos son los sollozos y clamores,

Que todo se suspende y todo para.

Como en la media noche los rumores.

Aquí nace una fuente dulce y clara,

De tal difanidad, alabastrina,

Que excede al río, cuya olifa es rara.

Muchos en esta fuente cristalina

Viendo su magestad y que es tan bella,

Entienden que hay deidad santa y divina.

Hácele sombra, extendese sobre ella

El árbol que fué Ninfa y fué hermosa,

Y agora es tronco, la que fué doncella.

Al rededor la tierra está vieiosa,

Aquí está el lilio y el jazmín preciado,

Allí el clavel y la púrpura brosa.

Aquí como inclina el fatigado

Cuerpo, y riñe al sueño favorable.

Mi pena, mi congoja y misicuidad,

Luego un manchón de baldad notable

En mi presencia apareció, mostrando

Su blanco rostro, bello y agradable.

Dixome: "¡o Saffo! pues te estás quemando

En desigual ardor, y en esta guerra

Has de morir, sin premio peleando;

Conviene vayas a la Ambracia tierra.

Que es en Epitú, y busca el monte santo,
Donde de Febo un templo la ara encierra:

Desde su cumbre se avista quanto
El mar Attéo, ó el Beocadio baña
En sus faldas hiriendo con espanto.

De aquí te arroja, y esa brasa extraña
Se apagará, que impide tu reposo,
Ganando prez y honor con tal hazaña.

De aquí se arrojó al mar el animoso
Deucalion, ardiendo en fuego horrible
Por el amor de Pirra poderoso.

Y aunque este salto pareció terrible,
Salió del mar de todo riesgo ageno
Que nada hay á los Dioses imposible.

Luego pudo gozar de Pirra el seno;
Mas ya Deucalion libre se via
Del fuego de Cupido y su veneno.

Esta es la misma ley que guarda hoy día
Este lugar, no temas arrojarte,
Pues que tu bien consiste en la osadía.

Dixó, y diciéndo con su voz se partió,
Y yo asombrada de estas maravillas,
Me levanté mirando á toda parte.

Mis lágrimas regaron mis mejillas,
Bastantes á ablandar las piedras duras,
Y á desecar las verdes florecillas.

¡O tú qualquiera que mi bien procurras,
Yo buscaré el peñasco revelado,
Pues tanto bien, si salto, me aseguras!

Qualquier temor, qualquiera miedo helado
Huya de mí, si amedrentarme quiere,
Triunfe el insano amor desvariado.

Qualquier suceso, ó fin que estouviere,
 Será mejor, que el insuportable exceso
 Del mal que sufre, la que pasa y muere.
 Yo volaré mas leve que mi seso,
 Los vientos me serán firmes escalas,
 Y mi cuerpo no tiene mucho peso.
 Tú, como amor, de quantas obras malas
 Me has hecho en daño tan grande de mi suceso,
 Préstame agora tus veloces alas;
 Si quiera, porque infame con mi muerte,
 No quede el mar Leucadio, y de esta historia
 No pueda acusarte y convencerte.
 Si esta consigo en vuestras de victoria,
 Será á Febo mi eterna ofrenda,
 Y estos versos que guarden mi memoria.
 Ella, Poetisa Safo, agradecida
 Te ofrece la vihuela á este santo Febo,
 Que á este y á este y á entrambos es debida,
 Pero, ¿por qué razón, noble mannebo, y
 Quieres en ese mar precipitarme,
 Dónde será quizá á los peces cebo?
 Tú puedes de este daño rescatarme,
 Volviendo á mí la planta fugitiva,
 Que ha sido tan veleno para darme.
 Faon, si gustas, que tu Safo viva,
 Mas saludable me serás, si quieres,
 Que el mar Leucadio ni la cumbre altiva.
 Seráme tu presencia si vieres,
 Un nuevo Apolo en mérito y belleza,
 Y envidiaránme todas las mugeres.
 Dí, mas sordo y fiero, que la fiera
 De los boscos, rígido y humano,

Mas ¡cuanto fiero me voy con brío!

Dime, ¿podrás distinguir
Con esta muerte tan enorme
Podrarte dar nombre soberano?

¡Ay quanto mejor fuera que me
Se uniera con el tuyo, pues con opus,
De tuyo en el centro quedara deshecho!

En el por, el pecho, el rostro que desdén,
Los mismos son; Paón, ¿quanta ambición
Los mismos que gozaste entre las breñas?
Los mismos miembros son que laxabas
La misma soy, y la conciencia es tan profunda
Como lo fue en el tiempo que me amabas.

Solo quisiera agora ser facunda,
Para blandarte el pecho y alma ingrata,
Que en odio y desamor se arraiga y fanda.

Mas el dolor así me ligó y ara,
Que el ingenio se trasea con mis males,
Y el dolor me confunde y desbarata.

Las fuerzas de mi alma no son tales,
Mi agravio de tu maldad ha hecho rinde,
Robando sus espíritus vitales.

En el instante que faltó mi ayuda,
Con el dolor el pecho está olvidado,
Y está con el dolor la lira muda.

¡O Isletas de mis lágrimas!
O que no lo seais, pues me escuchastes,
Escuchadme en el fin desesperado.

Mozas de estos, las que me ácarastes
A amar y á ser amada torpemente,
Oid agora á la que tanto amastes.

No vengais á escuchas mi voz doliente.

Que en quanto escribo, taño, y canto y digo,

Ya mi ventura ha perdido su torrente. no oírvi

Aquel Faon, tan páfido enemigo, no sé si

Huyendo de mi vista desgraciada, q' hien

Todas mis gracias se llevó, consiga el fin

Aquel Faon, que ha poco, y ay desdichada!

Que puede llamar mio, y que barrunto A

Que el alma que me dió la tiene clausura. I

Haced que vuelva á mí, y en este punto

Vuestra Poeta misera y marchita se oír

Volverá al metro, al canto y contrapunto.

Que como en mi Faon se deposita, la I

Mi alma y mi saber esté en sus manos: I

El da al ingenio fuerza, y él la quita. I

Mas, ¿para qué me canso en negos vanos?

¿Puede moverse un corazon de fieras? I

¿Reyna clemencia en pechos de villanos? O

¿No echo triste de ver que la tigura. I

Y presta esquadra de veloces vientos. I

Llevan mis ruegos y tu fé primera?

Quisiera Aí, pues lleva mis lamentos, I

En retorno truxeran tu navio,

Para que diera fin á mis tormentos,

Y este retorno saludable y pio,

Honrose te era, justo y conveniente. O

Si supieras pesar el daño mio, q' aspid. I

Pero si has puesto en la amorosa mente I

La vuelta, y en la popa de tu nave. I

Tienes el don votivo ya presente. I

¿Para qué rasgas con tardanza grave. I

Un tierno corazon que no reposa?

¿Por qué no vuelas convertido en ave? I

Alza las anclas, que de amor la Diosa
Nació en el mar; y al que es amante fino
Le allana el mar con su presencia hermosa.

Será propicio el viento en tu camino;
Todo te ayudará, coge el momento
Las anclas, corta el golfo Neptunio.

Amor será el piloto, y dará al viento
Las velas con su tierna y blanca mano,
Cogiéndolas ya surto en salvamento.

Pero si te parece que es mas saho
Alejarte de mí, porque te ofresco
El alma que otra vez te he dado en vano;

(Bien que yo no soy digno, ni merezco
De que huyas de mí, ni que se parta
La union que tanto busco y apetezco)

Respóndeme á lo menos, y en la carta
Ordena, que pues ya la acerba suerte
De tus deleytes con rigor me aparta,
En el Leucadio mar busque la muerte.

DE AGUSTIN DE TEXADA PAEZ. (*)

C A N C I O N .

Caro Constancio, á cuya sacra frente
Las hojas de Penéo
Promete en galardón el Dios Timbreo,
Por ser la clara espuma de su fuente,
Préstale oído atento
Al son confuso de mi sordo acento.

(*) Nació en Antequera en 1568, y murió en 1636.

Que aunque suene mi voz baxa y confusa,
No es de tan poca estima,
Que no humillase la soberbia cima
Del sacro Pindo, al conmover mi musa
Con sus tiernas querellas
Del ayre y cielo las regiones bellas.

Y ya se vió colgar de un verde lauro
Su bien templada lira,
Quien por Dafne cruel gime y suspira,
Mientras que orillas del sagrado Dauro
Sonaba mi instrumento,
Y darle grato oído estando atento.

Y ya se vió también vibrar la lanza,
El brazo sacudiendo,
Y el escudo fogoso Marte horrendo
Vestido de diamante y de venganza;
Mas mi canto, aunque rudo,
Le hizo suspender lanza y escudo.

Y entre las sombras, que la muerte viste,
De amarillez y espanto,
Hubo atención á mi acordado canto;
Y porque al Cáncerbero, horrendo y triste
Su dulzura no dome,
Pluton se enterneció y el canto oyóme.

Que el verso fácil, terso y numeroso
Los dioses celestiales
Aplaca, y á los dioses infernales;
Porque la concordancia es son glorioso,
Tanto, que su enemigo
De sí mismo no puede ser amigo.

Mucho puede, señor, y mucho vale
Qualquiera estilo terso

De un sabio , sonoro y alto verso,
Que de un sabio y divino pecho sale,
Tal qual es ese vuestro,
A Febe espanto , gloria al siglo nuestro.

Vese este tal entre salobres ondas,
Que al cielo se levantan,
Y que en peñascos cóncavos quebrantan,
En muerte envueltas las arenas hondas;
Mas sacando su aliento,
Calma el mar, rinde el tiempo, enfrena el viento.

Vese este tal donde el furioso scita
Entre escarchada nieve
Sangre espumosa de caballos bebe,
Y va ante él , aunque mas su furia incita,
Mas seguro y constante,
Que ante el ladrón desnudo caminante.

Y si por caso de su patrio muro
El contrario avasalla
La libertad á fuerza de batalla,
Entre el despojo , como está seguro,
Burla de su enemigo,
Porque sus bienes llevará consigo.

Dichoso el tal , dichoso , pues que puede
Su trofeo divino
Colgar de qualquier roble ó qualquier pino,
Sin que fuerza ó envidia se lo vede,
Pues nunca á su esperanza
El tiempo volador hizo mudanza.

Sale hermosa del rosado oriente
La aljofarada aurora,
Que el cielo de oro y bermellon colora;
Y sale al caer el sol en occidente

La noche de su gruta,

Que alza el mar, cubre el mundo, el cielo anota. Y

Viene el verano y de pintadas flores

Y verdes esmeraldas.

Borda del campo las tendidas faldas,

Y tras él de humedad, frío y temblores,

Luego el invierno marcha,

Que hojas bate, flor quema, campo escarba.

Arenas de oro entre orlita luciente

Mezclando el olarío río

Va á descansar al mar su fuerza y brio,

Pero no siempre lleva una corriente

Por una misma tierra,

Que ya lo impide un valle, ya una sierra.

No siempre el justo cielo favorece

Los intentos humanos

Porqué penetra bien que son livianos,

Y que qualquier favor los desvanece;

Y por ello fortuna

Imita en sus mudanzas á la luna.

¡Qué de veces se vió en noche serena

Lleno el rostro hermoso

De blanca plata, y resplandor lustroso,

Llenos los cuernos de la luna llena,

Y despedir centellas

Claras y rutilantes las estrellas;

Y qué de veces en un punto luego

Se vió triste y nublada

Batos los cuernos, y la luz menguada,

Amarilla su plata, muerto el fuego,

Y las centellas muertas,

Y las estrellas de humedad cubiertas!

Sécase el río , el manso mar se altera,
 Eclipsase la luna,
 Truécase el tiempo , múdase fortuna,
 Para el día , y la noche se aligera,
 Y todo nos molesta:

¡O santo cielo!, qué mudanza es esta!

Solo el sabio se ve firme y constante.
 Entre mudanzas tantas,
 Porque tiene firmísimas las plantas
 Sobre duras columnas de diamantes;
 ¡Mas, quién será este sabio!
 Que en su alabanza moveré mi labio:

O salve (le diré) tú , que seguro
 De las injurias largas
 Del tiempo , tan mudables como amargas,
 Burlas dellas y del , firme qual muro,
 Tus pies humilde beso,
 Pues para tanto te ha bastado el seso:

Tú solo ves el cauteloso pecho
 Del hombre fementido,
 Que el cuerno agudo en bene trae escondido,
 Y que solo procura su provecho,
 Y en apariencia humana
 Cubre el intento cruel de Tigre birreana.

Tú solo ves con gloria de tu nombre,
 Aunque fortuna ruede,
 Que el mayor mal , que al hombre le sucede
 No es de las fieras , no , sino de otro hombre;
 Que la fiera se amansa,
 Y el hombre en daño de otro no descansa.

Armas al fiero leon las garras gruesas,
 Cuerno al toro furioso,

Ligereza á la onza , fuerza al oso,
Uñas y pico al grifo , al lebrei presas,
Y al mortífero seno

De la sierpe cruel mortal veneno.

Más al hombre , por ser mas cruel y fiero

Que onza y leon furioso

Que sierpe , toro , grifo , lebrei , oso,

Naturaleza de arma en ser ligero,

Veneno , corno , presas,

Fuerzas , uñas y pico , y garras gruesas.

¿Mas qué divino espíritu me inflama

Que á mi llano language.

De trágico te adorna y alto trage,

Y de la humilde tierra lo encarama

A la cumbre sagrada,

De virginales plantas paseada?

Mejor será , señor , que nos burlemos

De ver las pretensiones,

Que encierran los humanos corazones

Siguiendo , en mortíferos extremos,

Y en amistad constante ,

Enlazados pasar de aquí adelante.

Y en vos , como laurel verde y sagrado,

Después que he dado al viento

La ronca voz , suspendo mi instrumento

Que ha sido tan oído y celebrado,

Y por vos ha podido

De la muerte triunfar tiempo y olvido.

Y oireis al descolgarlo mil hazañas,

Que gentes españolas

Del mar sulcando las bramantes olas

Hicieron en regiones mas extrañas,

Que si Febo no miente,
Darán espanto al sur, miedo al oriente.

DE D. ANTONIO MIRA DE AMESCUA. (*)

C A N C I O N

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el ayre el pardo gileverillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya;
Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo blanco y amarillo
La pluma concertó pagiza y bayat
Y zeloso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus zelos y amor junto,
Y al ramillo, y al prado, y á las flores,
Libre y ufano cuenta sus amores.
; Mas ay! que en este estado,
El cazador cruel de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquivas,
Y envuelto en sangre en tierra lo derriba;
; Ay vida mal lograda,
Retrato de mi suerte desdichada!

De la custodia del amor materno
El corderillo jugueton se aleja,
Enamorado de la yerba y flores;
Y por la libertad del pasto tierno

(*) Autor Dramático del tiempo de Felipe IV.

El cándido licor olvida y dexa;
Por quien hizo á su madre mil amores:
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y paze tallos tiernos y sabrosos.
¡Mas ay! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo, el donado vellocino.
¡O inocencia ofendida,
Breve bien, caro pasto, corta vida!
Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca con ligero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas;
Y puliendo sus negros martinetes,
Precuta ser allá cerca del cielo,
La reyna sola de las aves bellas;
Y por ser ella de ellas
La que mas altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
A los ojos del lince mas atentos,
Y se contempla reyna de los vientos.
¡Mas ay! que en la alta nube
El aguilá se vió y al cielo sube,
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarrá
Del bello ayron, que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso,

¡Ay páxaro altanero,
Retrato de mi suerte verdadero!

Al son de las belísonas trompetas,
Y al retumbar el sonoro parche
Formó esquadron el Capitan gallardo:
Con relinchos bufidos y corbetas
Pidió el caballo que la gente marche,
Trocando el paso de veloz en tardo:
Sonó el clarín bastardo.

La esperada señal de arremetida,
Y en batalla rompida,
Teniendo cierta de vencer la gloria,
Oyó á su gente, que cantó victoria.
¡Mas ay! que el desconcierto
Del Capitan bisoño y poco esperto,
Por no observar el orden,
Causó en su gente general desorden,
Y la ocasión perdida,
El vencedor perdió victoria y vida,
¡Ay fortuna voltaria;
En mis prósperos fines siempre varia!

Al cristalino y mudo lisongero
La bella dama en su beldad se goza,
Contemplandose Venus en la tierra,
Y al mas rebelde corazón de acero
Con su vista enternece y alboroza,
Y es de las libertades dulce guerra:
El desamor destierra
De donde pone sus divinos ojos,
Y de ellos son despojos
Los purísimos castos de Diana,
Y en su belleza se contempla ufana.

¡Mas ay! que un accidente
Apenas puso el pulso intercadente.
Quando cubrió de manchas,
Cardenas ronchas, y viruelas anchas
El bello rostro herinoso,
Y lo trocó en horrible y agüeroso.
¡Ay beldad malograda,
Muerta luz, turbio sol y flor pisada!

Sobre frágiles leños, que con alas
De lienzo débil de la mar son carros,
El mercader surcó sus claras olas:
Llegó á la India, y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas españolas:
Tremoló banderolas,
Flámulas, estandartes, gallardetes,
Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria el dulce puerto.
¡Mas ay! que estaba ignoto
A la experiencia y ciencia del piloto
En la barra un peñasco,
Donde tocando de la nave el casco,
Dió á fondo, hecho mil piezas,
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡Pobre bagel, figura
Del que anegó mi próspera ventura!

Mi pensamiento con ligero vuelo
Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Sin conocer temores la memoria,
Se remontó, señora, hasta tu cielo,
Y contrastando tu desden ayrado,

Triunfó mi amor, cantó mi fé victoria;
Y en la sublime gloria
De esa beldad se contempló mi alma,
Y el mar de amor sin calma
Mi navecilla con su viento en popa
Llevaba navegando á toda tropa.
¡Mas ay! que mi contento
Fué el pajarillo y corderillo esento,
Fué la garza altanera,
Fué el capitan, que la victoria espera,
Fué la Venus del mundo,
Fué la nave del pelage profundo;
Pues por diversos modos
Todos los males padecí de todos.
Cancion, vé á la columna,
Que sustentó mi próspera fortuna,
Y verás, que si entonces
Te pareció de mármoles y bronce,
Hoy es muger, y en suma,
Tuve bien, facil viento, leve espuma.

JORGE PITILLAS. (*)

S Á T I R A.

No mas, no mas callar, ya es imposible:
Allá voy, no me tengan, fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.

No censures mi intento, ó Lelio amigo,
Pues sabes quanto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.

Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.

Protesto, que pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de ogafío,
Y he de echar el repollo todo junto.

Las piedras, que mil dias ha que apafío,
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el comun y el propio daño.

Baste ya de un indigno sufrimiento,
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento,

He de seguir la senda de los raros,
Que mendigar sufragios de la plebe,
Acarrea perjuicios hartos caros.

Y ya que otro no chista, ni se mueve,

(*) Autor desconocido: dícese que su verdadero nombre era D. Josef Gerardo de Herbás.

Quiero yo. ser satírico Quijote,
Contra todo escritor follon y aleve.

Guerra declaro á todo monigote,
Y pues sobran justísimos pretextos
Palo habrá de los pies hasta el cogote.

No me amedrentes, Lelio, con tus gestos,
Que ya he advertido, que el callar á todo,
Es confundirse tontos y modestos.

En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebató,
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.

¿Quieres que aguante mas la turba ingrata
De tanto necio, idiota y presumido,
Que vende el plomo por preciosa plata?

¿Siempre he de oír no mas? ¿no permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos peores que he sufrido?

Tambien yo soy al uso literato,
Y sé decir *Rhomboides*, *Turbillones*,
Y blasfemar del viejo *Peripato*.

Bien sabes que imprimí unas conclusiones,
Y en famoso teatro arguí racio,
Fiando mi razon de mis pulmones.

Sabes con quanto afán busco y aprecio
Un libro de impresion Elzeviriana,
Y le compro, aunque ayune, á todo precio.

Tambien el arbol quise hacer de Diana,
Mas faltóme la plata del conjuro
Aunque tenia vaso, nitro y gana.

Voy á la Biblioteca, allí procuro
Pedir libros, que tengan mucho tomo,
Con otros chicos de lenguaje oscuro.

Apunto en el papel que pesa el plomo,
Que Dioscorides fué grande herbolario,
Segun refiere Wandenlarchk el Romo.

Y allego de noticias un armario,
Que pudieran muy bien segun su casta,
Aumentar el *Mercurio literario*.

Hablo Frances, aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y á fermentar la castellana pasta.

Y aun por eso me choca la leyenda,
En que no arriba hallarse un *apanage*
Bien entendido que al discreto ofenda.

Batir en ruina es célebre *pasage*
Para adornar una española *pieza*,
Aunque Galvan no entienda tal *potage*.

¿Qué es esto, Lelio? ¿Mueves la cabeza?
¿Que no me crees, dices? ¿Qué yo mismo,
Aborrezco tan bárbara simpleza?

Tienes, Lelio, razon de este idiotismo,
Abomino el ridículo exercicio,
Y huyo con gran cuidado de su abismo.

La práctica de tanto error y vicio
Es empero (segun te la he pintado)
De un moderno escritor sabido oficio.

Hácele la ignorancia mas ósado,
Y basta que no sepa alguna cosa,
Para escribir sobre ella un gran tratado.

Y si acaso otra pluma mas dichosa,
En docto escrito deleytando instruye;
Se le exalta la bilis envidiosa.

Y en fornido volumen, que construye,
Empuñando por pluma un varapalo

Le acibilla, le abrasa, le destruye,

Ultrages y dicterios son regalo

De que abundan tan torpes escrituras,

Siendo cada palabra un fuerte palo.

En todo lo demas camina á obscuras,

Y el asunto le olvida, ó le defiende

Con simplezas é infieles imposturas.

Su ciencia solo estriba en lo que ofende,

Y como él diga desvergüenzas muchas,

La razón ni la busca ni la entiende.

A veces se prescinde de estas luchas,

Y hace toda la costa el propio Maste,

En que hay plumas tambien que son muy duchas.

No menor ignorancia se reparte

En estas infelices producciones,

De qué Dios nos defienda y nos aparte.

Fíjanse en las esquinas cartelones

Que al poste mas mazizo y berroqueño

Le levantan ampollas y chichones.

Un título pomposo y alhagüeño,

Impreso en un papel azafranado

Da del libro magnífico diseño.

Atiza la gazeta por su lado;

Y es gran gusto comprar por pocos reales

Un libreo amarillo y jaspeado.

Caen en la tentacion los animales,

Y aun los que no lo son, porque desean

Ver á sus compatriotas racionales:

Pero ¡ó dolor! mis ojos no lo vean:

Al leer del frontis el renglon postrero

La esperanza y el gusto ya flaquean.

Marín, Sanz ó Muñoz son mal aguero,

Porque engendran sus necias oficinas

Todo libro incivil y chapucero.

Crece á cada paso las mohinas

Viendo brotar por planas y renglones

Mil sandeces insulsas y mezquinas.

Toda dedicatoria es clausulones

Y voces de pie y medio que al Mecenaz

Le dan, en vez de inciensos, coscorrones.

Todo prólogo entona cantilenas,

En que el autor se dice gran supuesto,

Y Bachiller por Lugo ó por Athenas.

No menos arrogante é inmodesto

Pondera su proyecto abominable,

Y ofrece de otras obras dar un cesto.

Yo lo fio, copiante perdurable,

Que de agenos andrajos mal zurzidos

Formas un libro ingerto en porra ó sable;

Y urgando en albañales corrompidos

De una y otra asquerosa Poliantea,

Nos apestas el alma y las sentidos.

El estilo y la frase inculta y fea

Ocupa la primera y postrer llana,

Que leo enteras sin saber que lean.

No halla la inteligencia siempre vana

Sentido en que emplearse, y en las voces

Derelinques la frase castellana.

¿Por qué nos das tormentos tan atroces?

Habla, bribon, con menos retornelos;

A paso llano y sin vocales coces.

Habla como han hablado tus abuelos,

Sin hacer profesion de boquilobo

Y en tono que te entienda Ciempozuelos.

Perdona , Lelio , el descortés arrebo
Que en llegando á este punto no soy mio,
Y estoy con tales cosas hecho un bobo.

Déxame lamentar el desvarío
De que nuestra gran lengua esté abatida,
Siendo de la eloquencia el mayor río.

Es general locura tan crecida,
Y casi todos hablan qual pudiera
Belloso Geta , ó rústico Namida,

¡ Y á estos respeta el Tajo ! A estos venera
Manzanares y humilde los adora
¡ O ley del barbarismo agria y severa !

Preguntarásme acaso , Lelio , ahora
Quales son los implacables escribas
Contra quienes mi pluma se acalora.

Yo te daré noticias positivas,
Quando hable *nominatim* de estos payos,
Y les panga el pellejo como crivas.

Mas claro que enbuenta papagayos
Dirá sus nombres mi furioso pico,
Sin rodeos , melindres ni soslayos.

¿ La frente arrugas ? ¿ tuerces el hocico ?
¿ Al *nominatim* haces arrumacos ?
Oyeme dos palabras te suplico.

Yo no he de llamar á estos bellacos
Palabra alguna que la ley detesta,
Ni diré , que son putos , ni berracos.

Solo diré que su ignorante testa,
Animada de torpe y brutal mente
Al mundo racional le es muy infesta.

Tontos los llamaré tan solamente,
Y que sus libros á una vil cocina

Merecen ser llevados prestamente

A que Dominga rústica y mohina
Haga de ellos capaces cacuruchos

A la pimienta y á la especia fina.

De este modo han escrito otros muchos
Satíricos de grados y corona,

De que da la leyenda exemplos muchos.

En sus versos Lucilio no perdona
Al consul, al plebeyo, al caballero,
Y hace patente el vicio y la persona.

Ni Lelio adusto, ni Scipion severo
Del Poeta se ofenden, aunque mage
A Metelo y á Lupo en su mortero.

Qualquiera sabe bien, aunque sea page,
Que Horacio con su pelo y con su lapa
Satiriza el pazguato y el bardage.

Y entre otros á quien zurna la badana
Por defectos y causas diferentes,
Con Casio el escritor no anduvo raña.

Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto Alpino, aquel que en sus cantares
Degollaba Memnones inocentes!

El que pintaba al Rhin los aladares
En versos tan malditos y endiablados;
Como pudiera el mismo Cañizares.

Persio á todo un Neron tiró bocados,
Y sus conceptos saca á la vergüenza
A ser escarnecidos y afrontados.

Juvenal su labor así comienza,
Y á Codro el escritor nombra y censura,
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.

No solo la Theseyda le es muy dura,

A Télefo y á Orestes spiritado
Tambien áspüos golpes los madura.

Con esto á sus autores hunde un lado
Si á Cluvieno le quiebra una costilla,
Y una pierna á Mathon el Abogado.

Con libertad en fin pura y sencilla
Observa toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á quantos lee la cartilla.

Y por si temes que me falte asilo
En exemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en bilo.

Cervantes el divino viagero
El que se fué al Parnaso piano piano
A cerner escritores con su harnero;

Si el gran Mercurio no le va á la mano;
Echa á Lofraso de la nave al Ponto
Por escritor soez y chabacano.

De Arbolanches descubre el genio tonto,
Nombra á Pedrosa novelero infando,
Y en criticar á entrambós está pronto.

Sigue el pastor de Iberia autor nefando,
Y el que escribió la pícara Justina;
Capellan lego del contrario bando.

Y si este libro tanto se acrimina;
¿Qué haria si al Alfonso aspero y duro
Le pillase esta Musa censorina?

Otros mas con intento casto y puro
Ata de su censura á la fiel rueda,
Y les hace el satírico conjuro.

Aunque implicitamente, y sin que pueda
Discernir por la bulla y meacolanza,
Qual es el Garcilanita ó Timonedá

Bien la razón de su razón se alcanza,
Porque como él en versos placenteros
Intima en el discurso de su andanza;

*Cernícalos que son lagartigeros
No esperen de gozar las preeminencias,
Que gozan gavilanes no pecheros.*

Cesen ya , Lelio , pues , tus displicencias,
Y á vista de tan nobles exemplares
Ten los rezelos por impertinencias,

Y escusemos de dares y tomáres,
Que el hablar claro siempre fué mi maña,
Y me como tras ellos los pulgares.

Conozco que el fingir me affige y daña;
Y así á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á Mañer le llamé siempre alimaña.

No por eso mi genio liso y franco
Se empleará tan solo en la censura
Del escritor , que cree cojo ó manco.

Con igual gusto , con igual lisura
Daré elogios humilde y respetoso
Al que goza en el mundo digna altura.

Que no soy tan mohino y escabroso,
Que me oponga al honor y crédito y lustre:
De autor que es benemérito y famoso

¡ Pero ó cuán corto que es el bando ilustre!
¡ Cuán pocos los que el justo Jove ama,
Y en quien mi justa crítica se frustre!

Ya ves que impetuosa se derrama
La turba multa de escritores memos
Que escriben á la hambre , no á la fama.

Y así no estrañes , no que en mis extremos
Me muestre mas sañudo que apacible,

Pues me fuerza el estado en que nos vemos.

La vista de un mal libro me es terrible;
Y en mi mano no está, que en este caso
Me dexe dominar de la irascible.

Días ha que con ceño nada escaso,
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso.

Si tú en tus cobardias siempre fijo
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo, quien lo dixo.

De aquí en adelante pienso desquitarme,
Tengo de hablar y cayga el que cayere;
Y en vano es detenerme y predicarme.

Y si acaso tú ó otro me dixere,
Que soy semipagano, y corta pala,
Y que este empeño más persona quiere;

Sabe Lelio que en esta cata y cala
La furia que me impele, y que me ciega,
Es la que al desempeño mas señala:

Que aunque es mi Musa principiante y lega,
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignacion me hará hacer versos.

EL DEUCALION.

P O E M A

*De D. Alonso Verdugo de Castilla, Conde
de Torrepalma.*

La horrenda historia del undoso estrago,
Castigo universal del orbe entero,
Y de su acervo fin terrible amago,
Repite, ó Musa, si al idioma Ibero,
Si á la bética lira, si al alhago,
Del sonante rima lisongero,
Como inspirastes al cantor latino,
Grata concedes tu favor divino.

Y tú del numeroso Apolo, en tanto,
De Mercurio eloquente alto museo,
Suspende para oír mi humilde canto,
A la lira la acción, ó al caduceo:
Perdone el fuego á la copela, en quanto,
Sobre el agua cruel pendiente veo
Tu piadosa atención, mientras conoces,
Que escorias son de tu crisol mis voces.

Ya la indignada Astrea abandonaba
Ultimo numen el iniquo mundo,
Y ya la férrea edad aprisionaba
Entre muros el antes errabundo
Pueblo, ya mal sufridos levantaba
Sus troncos la ambición, y del fecundo
Tronco de la impiedad y la malicia
Brotaba la licencia y la injusticia.

Tiránico el poder, las leyes muertas
 Venerado el delito, el culto vago,
 La piedad falsa, las cautelas ciertas,
 El trato fraudulento, el juicio insano,
 Erraba el mundo; y á las altas puertas
 Del claustro de los Dioses soberano,
 Llamaba con igual desasosiego.

La impía queja y el devoto ruego.

Jove la exécracion mas que el gemido,
 Atónito escuchó, y el indignado,
 Rey del etéreo Olimpo conmovido
 Los dioses junta atento y alterado:
 Duda el celeste coro y prevenido
 El silencio, con ánimo inflamado
 Vierte en la exórtacion que los conspica,
 Así la magestad, así la ira.

“¿Hasta quando, deidades soberanas,
 Su engaño el mundo seguirá grosero,
 Y el contrario agitar de las humanas
 Pasiones copiara sus caos primero?
 ¿Dónde llevan los hombres sus livianas
 Mentes? ¿Qué error les odia el verdadero
 Bien de la dulce paz, ó que malicia
 Deprava la recíproca justicia?

La fugitiva Astrea aun no ha librado:
 Su pura toga del audaz insulto,
 Y á su etéreo solar se ha refugiado
 Reusando indignada el falso culto
 De la fé y la virtud acompañado
 Se retira el honor del vulgo inculto,
 Y el amor la fraterna sangre olvida,
 Y en ella la inocencia huye temida.

Yace la religion: ¿qué templo, qué aras
 Vió rectos humos ni sencillo ruego;
 Sin que el voto sacrílego manchara:
 Mas que la sangre al jaspe, el puro fuego?
 Ya en vez de la piedad ruega la avaria
 Ansia de suceder, y en culto ciego,
 Hallar pretenden la deidad propicia
 Cómplice de su error ó su injusticia.

Ya de los anchos términos del mundo
 Todo el espacio aun es límite breve
 Al humano poder, que furibundo
 Tirano usurpadoras armas mueve
 Entre lagos de sangre el triunfo inmundo
 Canta impio, y sacrílega se atreve,
 A asaltar las esferas celestiales,
 La ambicion de los míseros mortales.

Vosotros lo decid, que de la insana
 Guerra sufristeis los trabajos duros,
 Y (afrenta es referirlo) de la humana
 Audacia recelasteis mal seguros:
 ¿Por ventura bastó á la soberana
 Mansion la altura de sus claros muros,
 Para que no intentasen los Gigantes
 Escalar sus alcázares distantes?

Mirad, ó sumos dioses, profanados
 Los templos en honor vuestro erigidos,
 Ved en horrenda púrpura bañados,
 Titubear los tronos mal sufridos:
 Los inocentes larses apagados,
 Con sangre ó en incendio convertidos,
 Y si aun vive algun justo, opreso, duda
 Entre argolla servil ó espada aguda.

Yadde nuestra clemencia estarnecida
 Los abusados límites ignoro,
 Y temo que humillado piedad pida
 Al vano mundo el soberano coro,
 O que intente su audacia presumida
 A los cielos borrar los astros de oro:
 Tanto sufrir infama la constancia,
 Y hace complicidad la tolerancia.

Si tanto se tolera, otro esta silla
 Indigno ocupe, y este cetro grave
 Rija con débil mano, al qual se humilla
 Quanto en el seno aun del futuro cabe;
 El flaco imperio entonces sin mancilla
 La deydad vana de ultrajar acabe
 El mundo; mas no á mí, en cuya clemencia
 Pende su disoluble consistencia.

Aun se vibra en mi mano el inflamado
 Trisulco, á las maldades prometido,
 Que al Pelion sobre el Osa levantado
 La alta mole arruinar supo esgrimido:
 Aun se oye á Licaon enbarnizado
 Vagar las selvas con nocturno aullido;
 Y aun estremece el pardo Lilebeo,
 Quando palpita exánime Tifeo.

Aun hay Júpiter, dioses: hoy os juro,
 Vengades: arda en fuego portentoso
 El infimo orbe, cuyo vulgo impuro,
 La ultima pena pruebe criminoso,
 Tal diciendo, abre ayrao el limbo oscuro,
 Que es sepulcro de Encéfalo rubioso,
 Y los adustos Cíclopes convoca
 Al negro umbral de la tartárea boca.

Ya los fieros ministros fiero exhiben
 La enorme flama, y en la fragua etnea
 Inmenso yunque prontos aperciben,
 Y el sonante martillo á la tarea.
 Mas en su inalterable ley escriben
 Los necesarios hados que aun no sea
 Abrasada la tierra: nada intento,
 E impera igual estrago á otro elemento.

Abvago reyno del berúleo hermano.
 La dominante horrenda voz convierte,
 Y, ¡ó tú! dice, del líquido oceano
 Grande moderador, mi acento adviertes:
 La forcejada rienda de la mano
 Dura relaja á la quadriga fuerte,
 Dexa esta vez tu reprimida saña
 Correr libre por la árida campaña.

Inspira el Jove undoso la sonante
 Concha, y el eco vuelve repetido
 Horrisono el Triton aun mas distante,
 Ronco aleutando el caracol tortido:
 De las tormentas présago, el nadante
 Vulgo de los delfines conmovidos
 Cruza nadando; el pescador se espanta,
 Truena el polo, y el golfo se levanta.

Con torpe mano apenas abrir osa
 Éolo la caverna de los vientos,
 Huyen silvando de la gruta odiosa,
 Y empañan las esferas sus alientos;
 Vierte el astro su lluvia procelosa;
 Arma Orion sus truenos truculentos,
 Aun del auna, aun del zefiro las plumas
 Perezosas ventilan negras brumas.

Muge el undoso toro levantadas
 Las puntas de sus cuernos litorales,
 Al repetido incurso atropelladas
 Van huyendo las playas desiguales:
 Las ondas prodigiosamente hinchadas,
 Amenazan las luces celestiales;
 Y de negro vapor lluvioso velo
 A los ojos del mundo niega el cielo.

Las dulces venas de las claras fuentes,
 Que bebió en riego escaso el verde prado,
 Los peñascosos cauces impacientes
 Rompen y el campo borran inundado:
 Los viejos ríos las mojadas frentes
 Levantan con horrible ceño ayrado,
 Y las urnas volcando, aun juzgan poca
 La vasta plenitud de su ancha boca.

Con impetu ruinoso los torrentes
 Disuelven de los montes las raíces,
 Envolviendo en sus tómidas crecientes
 Los pueblos y los campos infelices:
 Con largo miedo suerte igual las gentes
 Esperan de la sierra en las cervices,
 Mientras admiran su áspero desierto
 De nunca vistas naves triste puerto.

Vuelve el pino á sus montes: ya la quilla
 Navega el valle en que arrastró primero:
 La altura en que apidaba la sencilla
 Paloma alverga al tiburón roquero;
 Los peces se deslizan en cuadrilla,
 Sobre la grama en que saltó el cordero,
 El risco ya es escollo, y ya á la piedra
 Cubren las algas, que vistió la yedra.

El piloto, que al fin de su jornada
Desde lejos descubre el patrio suelo,
La improvisa tormenta viendo armada
Las faenas duplica y el anhelo:
En tanto de las ondas superada,
La patria, pierde el tino y el consuelo;
Fluctúa extraño mar la propia tierra,
Y en sus techos las áncoras aferra.

Qual al cercano asilo refugiado,
Torre eminente ocupa ú alta roca,
Y del inmenso pielago cercado,
Crecer ve el agua, y ya su muerte toca:
Qual corre al templo y á los pies postrado
De ídolo colosal clemencia invoca;
Urge el peligro, y olvidando el culto,
Sube á los hombros del gigante bulto.

Qual de la erguida palma la accesible
Caña tremulo escala, qual confia
Del añoso nogal al inmovible
Tronco, y salvarse en la alta copa fia;
Temiendo solo si al embate horrible
La podrida raíz ceder podría:
Resiste por su mal firme y profunda,
Y el que nadara leño, árbol se inunda.

El viejo labrador que vió primero
De la turbia creciente arrebatada
Su pingüe siembra, su guardado apero,
Y al fin nadar su choza destrozada;
Próvido al monte huye; y el ligero
Vulgo de su familia la erizada
Altura busca, el hombro trabajado,
De la pobre riqueza mal cargado.

Guia el anciano , y de la tierna planta
Del niño la torpeza reprehende,
Mas que la fuga el riesgo se adelanta,
Ya nadie á conservar su carga atiende,
Ya del mísero viejo se quebranta
El ánimo y la fuerza ; mas suspende
La reverencia al hijo , huye esperando,
La mano , el brazo , el hombro al padre dando.

Yacen baxo las aguas sepultados
Los altos templos , los palacios reales,
Y los marinos dioses admirados
Registran los ignotos penetrales,
Ya en vez de las espigas coronados,
Ve Cibeles sus frisos de corales;
Y donde tripudiaban las Bacantes,
Coros tejen las Driades nadantes.

A las escasas cumbres retirados
Se estrechan en el último recinto,
Los que sin eleccion juntó asombrados,
Duro consorcio al ámbito sucinto:
Sin que el pastor los silve , los ganados,
Y las fieras se asocian por instinto,
En la cima , que juntos yacer dexa
El perro al lobo y al leon la oveja.

Crece las ondas , crece la tormenta,
Y compiten la ultima esperanza
Los hombres y las fieras ; ya es sangrienta
Muerte de uno la vida que otro alcanza:
Desalojar al flaco el fuerte intenta;
Sobre el fuerte el ligero se abalanza,
Huye del toro virgen temerosa,
Y otra al cuello indomado ascender osa.

El fino esposo apenas ocupada ,
La espalda del caballo belicoso,
Los brazos tiende á la que ya inundada
Su nombre clama en hábito amoroso:
La cadera á la esposa destinada,
Ocupa al enemigo y al dudoso
Trance , que de tan rara lucha pende,
Pone funesta paz la onda que asciende.

Sobre la última roca retirada
Amante madre , al tierno infante asida,
La planta de las ondas ya bañada,
Lo levanta á los hombros afligida;
Del miedo y de las olas perturbada
En el piélago cae desvanecida,
Y aun en la ansia letal agonizando,
Va el hijo entre las ondas levantando.

Ya las últimas cumbres inundaban
Las aguas , y al cubrirlas el mar fiero,
De míseros nadantes se escuchaban
Los roncros votos y el clamor postrero:
Con monstruosa expansion se dilataban
Las ondas de su espacio verdadero,
Y quanto mas extensas menos graves
El peso no consienten de las naves.

Del líquido sutil humedecidas,
Fluye la tierra sus innatas sales,
Y en légamo se funden derretidas
Las eminentes cumbres desiguales:
De los vientos las ondas impelidas
Forman corrientes , y ellas los canales;
Y en vehemente y vario movimiento
Muda la forma de la tierra el viento.

Solo en el vasto mar se descolaba
 De laureles inmunes coronado
 El bifronte Parnaso, en que bañaba
 Los umbrales del templo venerado
 De Temis la onda inquieta, y azotaba
 Tan tormentosa el pórtico elevado,
 Que al alto friso del sagrado muro
 Salpicó de espumoso limo obscuro.

En poca barca prodigiosamente
 Del espumoso ponto sustentada,
 Escasa copia sí, pero inocente,
 Afligida, mas no contaminada,
 Yugo imponía á la soberbia frente
 Del mar, freno á la furia desatada
 Del viento, aquella de inocencia pura
 Celeste inmunidad, salud segura.

Deucalión solo y Pirra por los hados,
 Como inocentes raros ejemplares
 De virtud incorrupta, preservados
 De la culpa y la ruina populares;
 Entrambos de los númenes sagrados
 Cultores pios, que unos patrios lares,
 Un tálamo juntó, y en breve pino
 Unió el amor y conservó el destino.

Puerto feliz al leño zozobrado
 Si poca tierra da la cima breve
 Y mucha duda al animo turbado,
 Qual debil esperanza elegir debe:
 Dichoso el buque sí, pero cascado,
 Mal otra vez á tanto mar se atreve,
 La cumbre escasa bien se representa
 Última en la ruina, mas no escata.

Ya no hay contra quien armen vengativa
 Su ira los cielos; Júpiter serena
 El ceño torvo y la violencia activa
 De ondas y vientos aplacar ordena:
 El mar, cuya tormenta destructiva
 Los montes disolvió, ya de la arena
 No sufre el peso, y liquidando el seno
 De sus aguas coagula otro terreno.

La vaga nuncia de la estérea Juno
 Tiende el gayado manto; el sol renace:
 El bramido del abrego importuno
 Cesa, y la nube el Aquilon deshace:
 Sus ruinosos impetus Neptuno
 Templa, la tierra entre las ondas nace:
 Huye el mar; y ya en pardos horizontes,
 La mojada cerviz sacan los montes.

Con mudo horror desde la cumbre yosta:
 Restituirse el mundo absortos miran,
 Y con tierna memoria y vista incierta
 La antigua tierra en nueva forma admiran:
 Y la llanura en partes descubierta,
 Ya las últimas aguas se retiran;
 Y las húmedas sierras al sombrío
 Valle destilan gota á gota el río.

Llora el orbe desiesto el generoso
 Nieto de Prometeo, y pó cuán dura
 Vida nos guarda el cielo, clama ansioso,
 Sobre-viviendo á tanta desventura!
 Nosotros solo en quanto luminoso
 Febo descubre, de su lumbré puja
 Gozamos noche eterna y mar profundo:
 Todas las gentes cubre todo el mundo.

Sola tú, solo yo, con igual suerte,
 Vivimos : en los dos la especie humana
 Fallece , ó se conserva , si la muerte
 Fiera nuestro consorcio no profana :
 Aun con terror la triste vista advierte,
 De nubes una y otra cumbre caen,
 Si uno faltase ¡qué infelizmente
 Seria el otro el único viviente!

Yo , si tú de las ondas sumergida
 Fueses : (no escuchan voz tan ominosa
 Los cielos) no quedára con la vida
 Ni reusára los hados de mi esposa:
 Mas tú, si de la barca combatida
 Caer me vieses á la mar undosa;
 ¿Cómo pudieras en tan triste suerto
 Salvar tu vida , ni sufrir mi muerte?

Beso esta singular, esta de tantos
 Riesgos mortales vida combatida,
 Don generoso de los dioses santos,
 Ríndase á su bondad reconocida:
 Suceda la piedad á los espantos,
 Y antigua religion la nueva vida
 Consagre : sea adoración profunda
 El primer culto de la edad segunda.

Los dioses de los templos profanados
 Y de la desolada tierra huyeron:
 Los altares dexaron indignados,
 Y de los tardos votos se rieron:
 En el etéreo olimpo retirados
 Con rostro enjuto el comun llanto vieron,
 Solo Temis severa en alto templo
 Al castigo preside y al exemplo.

**Mas si es placable la celeste ira.
Víctima ya, á su enojo el mundo ha sido,
Ya tanta ruina á la piedad conspira,
Ya tanta pena el crimen ha abolido:
No en vano á su clemencia la fé aspira
Que entre sus puras leyes ha vivido:
Honremos la deydad, y escuche luego
El justo numen nuestro justo ruego.**

**Con medrosa piedad en el limoso
Umbral imprimen la devota planta,
El templo en un silencio pavoroso
Obscuro asombra, é inundado espanta:
Fétido cieno, en vez del religioso
Fuego, cubre profano el ara santa:
Póstranse al frío jaspe; y así en tanto,
Con voz tímida alterna ruego y llanto.**

**„¡O tremendo del mundo criminoso
Inmaculado numen, de su ruina
Sola reliquia, y del delito odioso
Inevitable ultriz, Temis divina!
Si en tanto estrago cumplen prodigioso
Su indignacion los cielos, si termina
Su cólera, no sea qual contemplo,
Venganza esteril tan costoso exemplo.**

**Desolada la tierra, gira en vano
El sol, trayendo al mundo inutil dia,
Mientras desierto el orbe del humano
Vulgo, las focas, los delfines cria:
¿Serán estos del culto soberano
Dignos ministros en su esfera fnia?
No os falte, ó dioses, tanto sacrificio,
Porque la virtud viva, nazca el vicio.**

Benignos , conservad quantos ofrece
Héroes grandes , justísimos varones,
La venidera edad , sino parece
La emulada virtud de las naciones:
Aun entre la mas bárbara florece
Rústica religion , y en pobres dones
Honra vuestra clemencia el aldeano,
Como en sus hecatombes el tirano.

¡ Ojalá como supo el grande abuelo
La humana forma al barro primitivo
Dar ingenioso , y usurparle al cielo
Para llama vital su fuego activo;
Pudiera yo , imitando su desvelo,
Dar nueva gente al tiempo sucesivo!
Mas quien puede implorar clemencia , puede
Quanto el cielo á los ruegos fiel concede. „

Calló , y de horror absorto religioso
El flevil eco hasta el silencio escucha,
Alta luz mueve el templo y el dudoso
Animo entre esperanza y temor lucha:
El duro labio aliento prodigioso
Informa ; y suerte pronunciando mucha,
Así predice , articulando el viento
En frase obscura , pero en claro acento.

„Salid , cubrid el rostro , y desceñidos,
Los huesos á la espalda id arrojando
De vuestra madre.„ Callan suspendidos
El cruel vaticinio interpretando:
Atónitos vacilan, y afligidos,
Repitiendo tal vez , tal repugnando,
Amarga suerte , la que aun no dispensa
Los patrios manes de la impia ofensa.

Rompe el silencio Deucalion ; „no yerra
Mi fe , dice , el misterio he descubierto ;
Piadosa no inhumana ley encierra,
Las deydades no engañan ; todo es cierto :
Gran madre de los hombres es la tierra,
Huesos las piedras suyos ; si el desierto
Mundo poblar el hado así prescribe,
Piadoso y fácil modo nos exhibe.

Flamea , no ruberosa , á la inspirada
Casta propagacion el rostro xela:
La que del hombro pende desatada
La aun no virgínea zona , libre tela,
Forma luego en nupciales imitada
Supersticiosos ritos , que á sequela
Del fausto exemplo anuncian religiosos,
Copia á la prole , dicha á los esposos.

Con indecisa fé , con titubeante
Mano , á la espalda frias piedras tiran,
Y tímida la accion , el paso errante,
La paludosa tierra inciertos giran:
Aun el ánimo duda repugnante:
El prodigio que obran y no miran,
Pero constante su piedad prosigue,
Y el fin , que aun esperar duda , consigue.

Vegeta el duro canto , se enternece,
Y trasmutado de interior fermento,
De órganos y de humores se enriquece,
Y al vital se prepara movimiento:
Ya de la humana forma haber parece
El primero confuso lineamento,
Qual en dudosas señas de la errante
Luna el orbe figura su semblante.

Abúltanse, y mil términos en vano,
El otra vez comun campo produce,
De vario sexô, como lo es la mano,
Cuyo tiro á viviente lo reduce:
En las perfectas formas soberano
Aflato auras vitales introduce,
Muévense, sienten, piensan, hablan, aman,
Y en pueblos por el orbe se derraman.

Las brutas formas, el calor suave,
La templada humedad, la aura fecunda
Imprimen; y la tierra aborta grave
De su primera prole grey segunda:
La fiera montaraz, aérea el ave
De los tímidos céspedes redunda;
Y semiformes los reptiles yacen,
Siendo aun parte del légamo en que nacen.

Desnuda entónces, y jamás vestida
Del antiguo verdor la tierra vuelve:
O por fatal castigo enflaquecida,
O porque el agua su vigor disuelve.
En tener frutos, en escasa vida
Naturaleza su poder resuelve,
Moderando los astros mas propicios
La fuerza en su virtud á nuestros vicios.

¡O de petréo origen prole dura,
Generacion de mármoles helada,
Cuya rebelde rigidez aun dura
En tus feroces pechos propagada!
¡O feliz tu primera compostura
De barro humilde y de alta luz formada,
En cuya masa tierna y obediente
Aun fué docilidad el ser viviente!

Pudo de piedra á hombre conducirte
La piedad de los dioses; y pudiera
A tu fria inaccion restituirte
Con pena digna su virtud severa;
Solo sus santas leyes reducirte
No pueden de hombre á justo; pues espera
Que quien lo frágil reparando enmienda,
Tambien lo duro quebrantando ofenda.

DE DON IGNACIO DE LUZAN (1).

CANCION I.

A la conquista de Orán.

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos
El arco y cuerdas, y de nuestro canto
Se oiga la voz por todo el emisfero;
Las vencedoras sienes coronemos
Del sagrado laurel al que es espanto
Del infiel Mauritano, al Marte Ibero.
¿Ya para quando quiero
Los himnos de alegría, y las canciones,
Premio no vil que el coro de las nueve
A las fatigas debe,
Y al valor de esforzados corazones?
¿Para quando estará, Musas, guardado
Aquel furor que bebe
Con las ondas suavísimas mezclado

(1) Nació en Zaragoza en 1702; y murió en Madrid en 1754.

De la Castalia fuente, el labio solo
De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?

Una selva de pinos y de abetres
Cubrió la mar, angosta á tanta quilla:
Para henchir tanta vela faltó viento
De flámulas el ayre y gallardetes
Poblado divisó desde la orilla
Pálido el Africano y sin aliento
Del húmedo elemento
Dividiendo los líquidos cristales,
Y blandiendo Neptuno el gran tridente,
Alzó ayrado la frente

De ovas coronada y de corales:
¿Quién me agovia con tanta pesadumbre
La espada? ¿Hay quien intente
Poner tal vez en nueva servidumbre
Mi libre imperio? ¿O por ventura alguno
Me le quiere usurpar? ¿No soy Neptuno?

Así decía el dios: las españolas
Proras en tanto del undoso seno
Iban cortando la salada espuma:
Humildes retirabanse las olas,
Céfiro por el cielo ya sereno
Batía en torno su ligera pluma.
¿Adónde irá la suma
De tanto alado pino? Hay otro mundo
Que el español intrépido someta?
¿Hay otros que acometa
Riesgos por el océano profundo?
Si es que al soberbio ingles moverá guerra,
O si verá otra vez la Etnisia tierra?
¿Adónde ha de ir, sino es donde le llama:

La santa fe la verdadera fama?

Estremeci6se el africano suelo,
Y temblaron de Orán torres y almenas
Del formidable vencedor á vista:
En vano á la Mezquita err6neo zelo
Trae madres y esposas de horror llenas
A rogar que Mahoma las asista.
No hay poder que resista
Al ímpetu y ardor del le6n de España,
Que vino, vi6 y venció; y el Agareno
Probó de susto lleno
A un tiempo amago y golpe de su saña:
Qual suele ver, no sin mortal desmayo
Rogarse en ronto trueno
Las pardas nubes, y abortar el rayo,
El pasmado pastor, y todo junto
Arder cielo y encina á un mismo punto.

Reconocen los bárbaros adarves
El ya noto pend6n que se enarbola
Con armas de Castilla y Celtiberas:
Gimen de pena y rabia los Alarbes
Al ver que el viento plácido tremola
Con respeto la cruz de las vanderas.
De esquadras lisongeras
De alados paraninfos cortejada
Entra la Fé triunfante por las puertas,
Ahora de nuevo abiertas
Por el zelo de España y por su espada.
Huye del Alcoran el falso rito,
Y abandona desiertas
Las mezquitas infames; y bendito
El lugar profanado y templo inculto,

Vuélvese á consagrar en mejor culto

Estas , ó noble España , son tus artes,

Al cielo dirigir guerras y paces,

Pelear y vencer solo por Christo:

Del orbe enteró ya las quatro partes

Siempre invencibles discurrir: tus haces

Por la sagrada religion han visto.

Por ti desde Calisto

Hasta el opuesto polo en trecho inmenso

Al verdadero Dios el Indio adora,

Y el que en la tierra mora

Donde al cruel Pluton se dába infienso.

Por ti del Evangelio arrebolada

Con mejor luz la aurora

Del Ganges sale , y por ti da la entrada

A nuestra fé la mas remota playa

Del Japon , de la China y de Cambaya.

Por ti de hoy mas el bárbaro Numida,

El de Getulia , y el feróz Masilo

Dexarán la impia secta y ritos vanos:

Renacerán á mas felice vida

Quantos habitan entre Lixó y Nilo

Abrazando la ley de los christianos.

Con tratos mas humanos

El togado Español pondrá sus leyes

Entonces al morisco vasallage;

Y parias y homenaje

Recibirá de los vencidos Reyes.

La piedad , el valor , la verdadera

Virtud y el nuevo trage

Aprenderá la Libia prisionera;

Y sabiendo imitar , sin otra cosa

Su misma esclavitud la hará dichosa.

Solo el industrioso comerciante

El libre mar Tirreno y el Egeo,

Sin temor de mazmorra y de grillete:

¿Si diré tú que mandas que ahora cante,

O Febo, ó dexáre que lo que veo

Claro, en la edad futura otro intérprete?

El Andalúz ginete

Beberá del Cedron; el santo muro

Libertado será; y el fiel devoto

Podrá cumplir su voto,

De tiranos insultos ya seguro.

Tendrá la España; mas que un tiempo Roma,

De su imperio en el coto

El marfil India y el sabeo aroma.

Para las aras y el sagrado fuego;

Ven, ó dichosa edad, pero ven luego.

De tu antiguo valor así no olvides

Los ilustres ejemplos, patria mia,

Lejos del ocio y de estrangera pompa:

Ame el fuerte mancebo armas y lides,

Y en vez de afeminada melodía:

Guste solo del parche y de la trompa.

Ambos hijos rompa

Con la espuela el brido: con pecho fuerte

Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda,

Y por la brecha ascienda

A buscar y vencer la misma muerte:

O aprende á domoñar del mar la furia,

O á moderar la rienda

Del gobierno político en la curia,

Dexando en guerra y paz clara memoria:

Así se sube al templo de la gloria,

Pues ya tanto tu vuelo se remonta,

Cancion ligera y pronta,

Ve de Orán á la playa,

Y allá tambien contigo al campo, vaya

Este aplauso primero:

Y di en mi nombre al vencedor Ibero,

Que si por dicha tanto

Como ya su valor puede mi canto,

Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbe,

Será eterna su fama en todo el orbe.

CANCION A LA DEFENSA DE ORÁN

A la defensa de Orán.

Dame segunda vez, Euterpe amiga,

Bien templada la lira y nuevo aliento,

Que alcance á referir nuevas hazañas:

Ya de Orán y de Cénta las campañas

Ofrecen otra vez alto argumento,

Que renovar aplausos nos obliga

El Africa enemiga

Ya produce otras palmas y laureles

Para adornar del español la frente.

Tú, divina Piérde, consiente

Que del furor sagrado, con que sueles

Grandes heroes cantar, y sus renombres,

A pesar del olvido entre los hombres

Inmortales hacer, pida hoy no poco:

Es justa la razon porque te invoco.

Como la generosa águila altiva,

Sobre las vagas aves hecha reyna,
Y que sirvé al tonante el pronto rayo,
Si de su arrojo en el primer ensayo
Culebra arrebató que escamas peyna.
Y erguida la cerviz su furia aviva;
En vano ya cautiva
De la garra feroz silva y forceja,
Que el ave, uñas y pico ensangrentada,
No suelta mas la presa, y remontada
Por la región suprema el vuelo aleja,
Hasta que al monstruo el fiero orgullo abate;
Y destrozado en desigual combate,
Palpitando algun miembro en tierra yace;
Lo demas en el ayre su hambre pace:

Así la osada juventud de España
Contra el Moro obstinado ahora defiende
Las conquistas debidas á su brio.
En vano el ya perdido señorío
La descendencia de Ismael pretende
Recobrar con la fuerza ó con la maña.
Veráse la campaña

De Marruecos, de Argél y Terudante
De púrpura teñida y rios rojos:
Revolcarán los bárbaros despojos
Al mar del mediodia y al de atlante,
Destinados juguete al Euro y Noto:
Quando despues sulcare algun piloto
Las playas, hasta donde fué Cartago,
Conocerá en los huesos el estrago.

Es difícil empresa al enemigo
La firmeza vencer de tales pechos,
Que honra solo, valor y fé respiran:

Ya vulgares exemplos no se admiran;
Ya del brazo español no salen hechos
Sin conducir la heroycidad consigo.
Del infeliz Rodrigo
No dura mas el ocio y muelle trato:
Entre noble vergüenza y rabia lucha
Qualquiera de nosotros, quando escucha
El nombre pronunciar de Mauregato.
Ya en defender circunvalado muro,
Con varia muerte es del Ibero duro
Propio, inato el teson, del qual arguyo
Que seria obstinado, á no ser suyo.

¡O Cantabria feroz! ¡O de Sagunto
Inflexible valor! ¡O gran Numancia,
Cuyas pérdidas hoy son nuestra gloria!
Siempre que se renueva la victoria
De nuestra heroyca indomita constancia
Falta voz á la fama en tal asunto.
Quando el extremo punto
Llegó del hado, el fiero Numantino
Al fuego se arrojó de rogos varios,
Dexando admiracion á los contrarios;
Trofeos no, que el vencedor latino,
Cuyo valor no en vano se eterniza,
Solo pudo triunfar de la ceniza:
No haga otra gente de constancia alarde,
Que á esto no llegó nunca, ó llegó tarde.

Nace del fuerte el fuerte, y de la interna
Virtud del padre toma el becerrillo,
Que en las dehesas de Jarama paca.
¡Acaso alguno vió jamas que nace
Del águila feroz triste cuclillo,

Nocturno buho , ó palomita tierna?
Como en cadena eterna,
Se eslabona el valor , y la prudencia
Se infunde al español de sus pasados:
De aquellos ascendientes celebrados
Esta nació valiente descendencia,
De quien ahora tiembla el Mauritano:
Después vendrán , y no lo espero en vano,
Emulandose en glorias y en efectos
Los hijos de los hijos y los nietos.

Cancion , si yo pudiese , bien querría
Hacer de modo que tu voz oyese
La zona ardiente , la templada y fría;
Y que en tus alas fuese
La fama de mi patria y sus trofeos
A los pueblos del Indo , á los Sabeos,
A los de Arauco , Tauro , Eda , Erimanto,
Pero no son tus alas para tanto.

C A N C I O N III. †

*Leida en la Academia de las Nobles Artes
año de 1753.*

Ya vuelve el triste invierno
Desde el confin del Sárмата aterido
A turbar nuestros claros horizontes
Con el ceñudo aspecto , y faz rugosa,
Con que á influxo de la osa
Manda intratable en los Rifeos montes,
Y en la Zembla polar ; donde temido
Señor de eterna nieve , y yelo eterno,

Con tiranó gobierno
La entrada niega á todo trato humano:
El piloto olandés se atreve en vano,
Avido pescador del ceto inmenso,
A surcar codicioso
El piélago glacial : el frio intenso
Pára su rumbo , y dexa riguroso
En remota region lejos del puerto
La quilla inmóble , el navegante yerto.

La hermosa primavera
Desterrará al invierno , coronada
La bella frente de jazmin y rosa,
Qual iris que en las nubes aparece:
Se alegra y reverdece
A su vista la tierra , y olorosa
Recrea los sentidos , revocada
La lozanía , y juventud primera.
Poco antes prisionera
La fuentecilla de enemigo yelo
Ya entonces libre fertiliza el suelo,
Y nuevas yerbas alimenta y cria:
Robles , hayas y pinos,
Vuelven á hacer la selva mas umbría:
En tanto al ayre mil suaves trinos
Esparcen las canoras avecillas,
Mas agradables , quanto mas sencillas.

Sucedirá el estío;
Y el çan fogoso , y el leon rugiente
Marchitará la verde pompa y flores,
Y agotará á la fuente sus cristales:
Así bienes y males
Mezcla próspera el cielo : moradores

Hay en la fria zona , hay en la ardiente
Sufriendo extremos de calor y frio.
Su vario señorío.
Exerces en todo la inconstante suerte
Nace sujeta á sucesiva muerte
Cada estacion : murió la antigua gloria
De Roma y de la Grecia,
Cuyas soberbias ruinas y memoria
Tanto la fama lisongera aprecia:
Que al impulso fatal de las edades
Mueren tambien los Reynos y Ciudades.

Solo la virtud bella

Hija de aquel gran padre , en cuya mente
De todo bien la perfeccion se encierra,
Constante dura sin mudanza alguna:
En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Qual contra firme escollo inutilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas : ella
Como la fija estrella,
Que el rumbo enseña al pálido piloto
Quando mas brama el aquilon , y el noto,
Al puerto guia nuestro pino errante.
Quien con esto se acuerda
De envilecer su plectro resonante
Donde de vista la virtud se pierda?
O un falso bien , ó un engafoso halago
Sirva de asunto al canto , y mas de estrago?

No , no ; lejos aparte

Apolo del Parnaso error tan ciego,
Y en sus sagrados bosques no resuene
Sino pura armonía , y casto acento:

Con severo instrumento,
 Calzado el gran coturno, al ayre lleve
 De trágico terror Leghinto, el griego
 Canto emulando en sencillez y en arte:
 Yo cantaré de Marte:
 Las heroicas hazañas, que gloriosos
 Acabaron los hijos generosos
 De nuestra España, y llenaré la esfera
 De aplausos de su fama:
 Y sin ser por afecto lisonjero
 Mi voz, creciendo la apolínica llama,
 Me oirán remotos climas admirados
 Celebrar nuevos hechos ignorados.

Mas Febo en este día
 No me permita, que de Marte ayrado
 Cante las obras, y el furor horrendo,
 Ni estragos tristes de sus armas fieras.
 Cedan palmas guerreras
 A pacífica oliva, y al estruendo
 Militar se convierta mejorado
 En apacible métrica armonía.
 A ti la lira mia,
 Noble Academia, hoy se consagra solo;
 A ti me manda celebrar Apolo,
 Y que á tus bellas hijas floreciente
 Corona texa amiga
 La Poesía, para ornar su frente,
 Premio no vil de toda su fatiga:
 Lo que no puede el oro el verso puede,
 Que el dar eterna fama á todo exceda.

La luz y sombras dieron
 Feliz principio y ses á la pintura;

Creció su gracia el vario colorido,
Y el arte del escorzo y perspectiva:
Solo el tacto en la viva
Imitacion de objetos lo fingido
Puede reconocer, y la estructura
Que artificiosas líneas compusieron.
Quanto los ojos vieron,
Quanto ideó la fantasía, fieles
Imitadores copian los pinceles,
A un lienzo dando bulto, alma y acciones;
Y con arte que admira,
Movimientos, afectos y pasiones
De gozo, de dolor, miedo, amor, ira;
Y si le falta hablar, la vista duda
Como tal perfeccion puede ser muda.
Con cincel primoroso,
Noble Escultura, igual sabes los duros
Mármoles animar; y afecto blando
Diestra inspirar en modelados bustos.
Tus palacios angustos,
O grande Arquitectura, levantando,
Arcos, teatros, y soberbios muros,
Sabes tu nombre eternizar famoso.
Aun del Rodio Coloso
Dura la admiracion, y la romana
Gente ensalza al autor de la Trajana
Coluna: aun vive el nombre de Lisipo:
Aun vive Apeles, claro
Amigo del gran hijo de Philipo;
Y viven á pesar del tiempo avaro
Praxíteles, y Zeuxis, y el que quiso
Todo el arte apurar en su Yaliso.

¿Pero á que fin la achêa
Fama m^é acuerda nombres y memorias
De antiguos siglos , quando ya los cielos
Me ofrecen nuevo asunto en nuestra Iberia?
El arte á la materia
Excede con primores y desvelos
En este real albergue , en quien las glorias
De España cifra una ingeniosa idea.
Tal es justo que sea
La esfera y centro de sús grandes Reyes;
Para dar desde aquí suaves leyes
A los dos obédientes emisferios.
Aquí al vivo esculpidos
Por el cincel de artífices esperios
Respiran Reyes siempre esclarecidos;
Y el primero es Fernand^ó , en cuya guarda
Ruge un leon , y su señal aguarda.

¿Mas qual tan peregrina
Fábrica suntuosa se levanta,
Obra de docta mano? ¿A quién dedica
Un magnífico zelo el nuevo templo?
De tan devoto exemplo
La universal aclamacion publica
El intento piadoso , y de la santa
Educacion los frutos adivina.
A aquel que de la Alpina
Grey fué pastor zeloso , al grande Sales
Consagra estas memorias inmortales
De una gran Reyna la piedad profusa.
Permite que en tus sienes
Entrelace , Señora , humilde Musa
Esta yedra á los laurós que ya tienes,

En tanto que con plectro mas sonoro
Se ocupa en ti todo el aonio coro.

Sagrado Evangelista,

Tambien tus aras renovadas veo
Por artífice diestro, que reduxo
Lo hermoso, y grande á limitado giro.

Allí igualmente admiro

Al pincel español, cuyo dibujo

Ilustre hazafia y militar trofeo

Del gran Felipe acuerda á nuestra vista,

A Samuel y al Salmista

Rey al ungirse otro pincel colora;

Y al santo Apóstol que la España implora

Por su patron, en la feliz orilla

Del ibero y el sacro

Principio de la antigua alma capilla,

Y el pilar, y divino simulacro

Al fresco esprime, y como todo á vuelo

Al suelo Aragones se vino el cielo.

Nieto del grande Albano,

A quien Minerva y Marte belicoso

Guian de la virtud al arduo templo

De claros ascendientes por las huellas;

Tú tambien á las bellas

Tres nobles artes con ilustre exemplo

Amparas y proteges, y oficioso

Tiendes en su favor la amiga mano.

Y tú, que pio, humano

El Imperio Español en paz estable

Riges, sexto Fernando, admite afable

Agradecidos votos que te ofrecen

Las artes decoradas:

A ti las ciencias, que á tu influjo crecen,
 A ti invocan las Musas, y alentadas
 Con tu piedad, de flores de Helicon
 Van texiendo á tu frente otra corona.

Suspende aquí tu vuelo
 Cancion, no quieras remontarte tanto;
 Es muy débil tu voz, inculto el canto
 Para tan alto empeño: al Dios de Delo
 Cede la empresa; él solo
 Con cítara divina
 Sabrá esparcir del uno al otro polo
 El nombre de Fernando, y celebrarle:
 Tú con respeto humilde te avecina
 A su real trono, y pues para elogiarle
 Tu amor ni voces, ni conceptos halla,
 Póstrate á tu señor, ámale y calla.

C A N T O É P I C O .

·LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS.

De D. Nicolás Moratin.

Canto el valor del Capitan Hispano,
 Que echó á fondo la armada y galeones,
 Poniendo en trance, sin auxilio humano,
 De vencer ó morir á sus legiones:
 El que holló el ancho Imperio Mexicano
 A pesar de tan bárbaras naciones:
 Empresa digna de su aliento solo,
 Si en verso cabe, y si me inspira Apolo.

Y tú, sacra Piéride, si alguna
Hay en Parnaso por feliz destino,
Que á engrandecer la hispánica fortuna
El hado dichosísimo previno;
Mi pecho enciende en llama qual ninguna,
Vierte en mi labio cántico divino,
Que está esperando la impaciente España
Del gran Cortés la prodigiosa hazafia.

Díctame, Musa, cómo ya arrollado
El Mexicano golfo turbulento,
En mil combates vencedor del hado,
Coyunda impuso al bárbaro sangriento;
Y como á Vera-Cruz el nombre ha dado,
Edificada en sólido cimiento;
Freno á las gentes fieras y remotas,
Escala y puerto á las indianas flotas.

Aquí ostentaba su milicia un día
Con pompa y gala, y en vistoso alarde
Asombra la feroz caballería;
Tal es el fuego que en los brutos arde:
La robusta española infantería
Aliento infunde al pecho mas cobarde:
Tocan clarines, y las caxas suenan,
Mares y playas y montañas truenan.

Muéstrase altivo el inclito guerrero,
Sandobal digo, en un caballo armado,
Monte parece de brufido acero,
Apénas por su dueño sujetado:
Ancho pavés sin cifra ni letrero,
Y el peñasco de Amaya relevado,
Solar de su linage; y por decoro
La vanda negra sobre campo de oro.

Con un sayo galan de fino paño,
Con gorbion de encarnado y amarillo,
En un revuelto pisador castaño
Monta Pedro Gonzalez de Truxillo;
Y Dávila soberbio en genio extraño
Fatiga los hijares á un tordillo,
Llevando en el escudo sin quarteles
Por antiguo blason trece roeles.

De pecho firme y ancha de cadera,
Con lazos jaldes, y con borlas blancas,
Muy briosa de juego y de carrera,
Sin temor de arrecifes ni barrancas:
De bordada melania la pechera,
Y bélicas cubiertas de las ancas,
Rige una yegua Pedro de Alvarado,
Que á tierra no pasó mejor soldado.

Tirada atras la roxa sobreveste,
Descubre el peto y espaldar bruñido,
Vuelan las plumas de color celeste
Sobre el almete de oro guarnecido:
Y indicando quan poco le moleste,
Roto el arco y las flechas de Cupido,
Era su empresa: en potros Xerezanos
Le siguen y respetan sus hermanos.

Ordaz con fuertes armas pavonadas,
Fiero en palabras, rígido en semblante,
Monta un pezeño, y lleva recamadas
De azul y negro las haldetas de ante:
Ni las mudas edades ya pasadas,
Ni el alto olvido harán que yo no cante,
¡O insigne Lariz! tu valor, que vuela
Desde Panuco al Cabo de la Vela.

Ni serás en mis versos olvidado;
 Célebre Alfonso, honor de los Mepdozas,
 Que un corcel, cabos negros y melado,
 Gobiernas, y corriendo te alborozas:
 El escudo en triángulos cortado
 Muestra las roxas vandas de que gozas,
 Y por orla y riquísimo tesoro
 El Ave de Gabriel quitada al Moro.

Y Juan Velazquez de Leon movia
 Un valiente caballo, y con la espuela
 Le aflige, y con el freno le oprimia,
 Sonándole la espada en la escarcela:
 Yelmo con tembladora argenterja,
 En cuerpo y en el rioste la arandela:
 En él encuentra la razon abrigo,
 Deudo Velazquez, y Cortés amigo.

Un Leon roxo por blason ponía
 En sus quarteles con dorados marcos,
 Jactándose con él, que descendía
 De los Leones de la casa de Arcos:
 Una soberbia alfama, cuya cria
 Vió el mar nacer en los veleros barcos,
 Sedeño el rico á paso lento lleva,
 Y un negro asido á la mielada greva.

Y tú, Morja, también en blanco armado
 Vas escaramuzando largo trecho
 Sobre un fuerte briden azabachado,
 De moscas blancas salpicado el pecho:
 Pacheco un vayo arremetiendo alado,
 Muestra, corriendo al General derecho,
 Ancha faja de azules cuñas llena,
 Blason de los Señores de Villena.

Ya desfilaba con mover ayroso
 Saucedo, tierno joven rubicundo,
 Que él qual otro no fuera más hermoso,
 Ni pasó tan gallardo al Nuevo Mundo:
 El mirar de un Adonis amoroso;
 Y uniendo á lo galán lo furibundo,
 Va con escarces, vueltas y reveses
 Sobre un potro alazan de treinta meses.

Una casaca verde acuchillada
 De trasflor y sutiles canquiés,
 Mostrando rica tela nacarada
 Con broches y alfileres de rubies:
 Cadena de labor muy extremada,
 Y mangas de almayzares tunciles,
 Vergel de muchas y diversas flores,
 Y el lazo del codon de mil colores.

En un ruelo rodado muy brioso
 Sale Escobar con malla y firos antes:
 Y en un caballo negro poderoso
 Villarroel con ojos centellantes.
 Celebrará mi verso numeroso
 Tus hechos, y las armas radiantes,
 Con que, ¡ó diestro Domínguez! tú reluces,
 Domador de caballos andaluces.

Admira tan lucida cabalgada,
 Y espectáculo tal Doña Marina,
 India noble al caudillo presentada,
 De fortuna y belleza peregrina:
 De la injuria del clima reservada,
 Y del color del alba matutina,
 Muestra que herir bien puede el pecho humano
 Cupido con harpon americano.

Con despejado espíritu y viveza
Gira la vista en el concurso mudo:
Rico manto de extrema sutileza
Con chapas de oro autorizarla pudo;
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en ayroso nudo,
Reyna parece de la indiana Zona,
Varonil y hermosísima Amazona.

Ella atónita mira, y asombrada
De tanta pompa y tanta gallardía;
Y ansiosa no queriendo dudar nada,
Informarse de todo pretendía:
El paso adelantó determinada
Acia el casto Aguilar, que allí venia,
Primero haciendo en muestras de obediencia
A Cortés su Señor la reverencia.

Y inquieta dice: ¡ó noble compañero!
A mí por tus desgracias semejante,
Cuéntame de este exército guerrero
Quién son aquellos que se ven delante:
Que aun no á todos conozco, y yo no quiero
Ignorar ni su nombre ni semblante:
Dí, acaba, y Aguilar se sonreia
De ella, y con la alta permission decia.

Aquel membrudo de mirar sangriento,
Que cinco libros por empresa tiene,
Argüello es de Leon, que violento
Vive en inquietud, y así á la guerra viene:
Mírale quan robusto y corpulento,
Cómo cruce la lanza y la sostiene
Con la ancha cota de dobles once,
Y el escudo con láminas de bronce.

Náxera es aquel rubio Riojano,
 Diestro en la esgrima : aquel otro Garcia;
 Y el que sigue el intrépido Lezcano,
 Y Juanes por quien Turia se gloria,
 Y Ortiz , cuya vihuela con su mano
 Tanto arrebató en célica armonía,
 Que estar mas que la Tracia mereciera
 Con diez luceros en la octava esfera.

Ese determinado Madrileño
 Es un noble Ramirez de los Vargas,
 Que mil veces al Moro en duro empeño
 Partió con los turbantes las adargas:
 Mira en la suya el muro Malagueño,
 Y el puente roto , y en hileras largas
 A cañonazos multitud de infieles
 Muertos entre marlotas y alquizeles.

Soto el de Toro , Olea el de Medina, Y
 Son aquellos que ves : aquel portillo;
 Pizarro , á quien del rumbo descamina
 De sus primos nuestro ínclito caudillo:
 Juan es aquel de la coraza fina,
 Que el Tormes entre juncias y tomillos
 Le arrulló en la aula de las ciencias solas,
 La celebrada Atenas Española.

Mira aquel batallón de infantería
 Del aguerrido Heredia gobernado,
 Que el Frances en Italia le temía,
 Quando el gran Capitán le vió á su lado:
 Farfan es aquel alto que blandía
 La pica , y de su patria amartelado,
 Se va siempre acordando en sombrero vana
 De la dulce Sevilla y de Triana.

Aquel de la loriga , y ambos lados
Con pistoletas ; lleno de osadía,
Es Mesa el montañés , que sin cuidados
El maneja un cañon de artillería:
Usagre y Catalan van á sus lados,
Porque son de la misma compañía,
Y diestros artillerós los pregonan
La invencible nacion de Barcelona.

Aquellos de escaupiles acolchados
Siguen al Alcarreño Xaramillo:
Mas le siguen tus ojos inflamados,
Sí ¡ó Cacica! permíteme el decillo:
Aquel que allí esquadrona los soldados
Es el fiel Bernal Díaz del Castillo,
Que sirve en esta célebre jornada
Qual César , con la pluma y con la espada.

Prosiguiera Aguilar ; pero venia
Batiendo el acicate de ambos lados
Mercado en una remendada pia,
El mas niño de todos los soldados:
Por su doncel al General servía,
Apartaba los Indios apiñados,
Diciendo plaza á infinidad de gente,
Plaza , que pasa el General al frente.

Hácenle salva , y alta vocería
Se levanta á los cielos , resonando
Gentil descarga de arcabucería,
Que hasta México el eco fué bramando:
Atruenan la espantosa artillería
Por las concavidades retumbando:
Corral , Volante con Rangel ligeras
Abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés::: ¡Divina Cño,
Tu alto influxo mi espíritu levante!
¿Quién jamas tuvo objeto como el mio,
Ni tan glorioso Capitan triunfante?
¡Con qué aspecto real y señorío
Se le muestra á su ejército delante!
¡O qué valor que ostenta y qué nobleza!
¡O cuánta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría
Listadas de oro puro centellantes,
Con pernos de preciosa pedrería
Evillas y chatones de diamantes,
Gorjal grabado, en cuyo canto habia
De perlas y crisólitos pinjantes,
Cegando como el sol, á quien parece
El arnes con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada
Qual fúlgido cristal resplandeciente,
Con plumages y airon empenachada,
Que el céfiro alagaba mansamente:
El brazal y esquinela burilada
Rayos saca de luz como el oriente;
Música forman, guarnecidas de oro
Templadas piezas, al cruzir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola
Favonio ayrosamente, y con lazadas
De plata y seda atado en una sola,
Que vuelve las vislumbres duplicadas:
Roxa vanda afollada en la pistola
Con muchos rapacejos, y enredadas
Puntas al cinturon, y allí pendiente
De Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero,
Con labores en torno rutilante,
Que mas reverberando que el lucero,
Parece de un limpísimo diamante:
Esculpió en medio por blason guerrero
Entre las uñas de un Leon rapante,
Un mundo encadenado, y quebrantadas
Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza estriada y rebutida
De barras de metal lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida,
Que bordó con primor sutil aguja:
Y al encuentro y veloz arremetida,
Hace corriendo que al impulso cruja,
Quando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazan tostado, corpulento,
De ardiente vista, y con feroz ultrage
Bate el suelo, mirándose opulento
Con tan precioso y bárbaro equipage:
De ormesí recamado el paramento,
De seda y oro y borlas el rendage,
De bronces entallados la estribera,
Zafiros y balages la testera.

El soberbio animal la crin estiende,
Como quien sabe el dueño que pasea,
Con agudo relincho el ayre enciende,
Y indómito y ufano se pompea:
En quanto, ¡ó Betis! tu raudal comprende,
Que con verdes olivas se herмосea,
Tal monstruo no abortó naturaleza,
Ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

Cortés recorre así los esquadrones
Con vivos ojos, plácido semblante,
Siendo por ademan y por acciones
A cosa mas que humana semejante:
Y afable dice: ¡ó fuertes Campeones!
¡Quál órgano mortal será bastante
A cantar tanta hazafia celebrada,
Que debo yo al valor de vuestra espada!

Hércules nuevos, de portentos fieros
Habeis triunfado con asombro mio:
No ignore España, ilustres compañeros,
Quanto la ensalza vuestro heroyco brio:
¿Quién serán los audaces mensageros,
Que el mar salado por el norte frio
Corten el sesgo con tajante quilla
A llevar tales nuevas á Castilla?

Y al Rey D. Carlos, al Monarca Hispano
Refieran esta accion tan señalada,
Y como tiene ya por vuestra mano
Su España en tierra y nombre duplicada?
Decid primero, como el monstruo insano
De la envidia en Velazquez halló entrada,
Y estorbar quiere heroycos pensamientos
A pesar de enemigos elementos:

Y que triunfando de él y de las olas,
Y vencedores del terrible infierno,
Vió Cozumel las naves Españolas,
Y el simulacro con escarnio eterno:
Y en el rio tambien de Vanderolas,
A Grijalba siguiendo su gobierno,
Tomamos puerto en la obstinada tierra,
Que el paso defendió con cruda guerra.

¿Y quién ha de callar la memorable
Batalla de Tabasco y gran conquista,
El poder de los Indios formidable,
Su arrogancia increíble por no vista?
¿Y cómo el tren de gente innumerable
A los campeones que la cruz alista
Humilló al fin la indómita cabeza,
Y el bárbaro teson de su braveza?

Contad los arcos y las armas fieras,
Los escudos con fuegos abrasados,
Y que besan naciones tan guerreras
Los pies del Rey católico sagrados:
Los Cempoales de largas cabelleras
Los de las sierras, con el dardo osados,
De Cimpacingo y Quiabislan, que ataques
Sufren con los robustos Totónaques.

Decid, en fin, que al fuerte y poderoso
Emperador de Ocaso Motezuma,
A quien su inmensa México en precioso
Bálsamo adora, y entre aroma y pluma,
Marchamos á vedar el horroroso
Holocausto en que al ídolo perfuma
Con víctimas humanas, y anhelantes
Corazones, y entrañas palpirantes.

Dixo: y á todos tímido recelo
Mas que la guerra la respuesta ataja;
Pues saben que Velazquez con desvelo
Por vengarse solícito trabaja:
Y al mar cubriendo su ceruleo velo,
Desde Cuba al Darien de naves cuaja,
Cerrando altivo con velera popa
Las sendas de la América á la Europa.

Sobre un potro de Córdoba ligero,
Lleno de carmesí plumagería,
Con flecos en el verde mosquitero
Montejo estaba audaz con ufanía:
Y volviendo al galán Portocarrero,
Que en un rucio rodado le seguía,
De coracina y fuerte lanza armado,
Carpetas y gualdrapas de brocado;

Joven, le dixo, si dexar la guerra
Pareciere vileza y cobardía,
No ya por las delicias de mi tierra
Esta abandono en tan urgente día:
Tantos peligros que ese golfo encierra,
Y constante desprecia mi osadía,
Serán respuesta al que decir intente,
Que de este suelo tímido me ausente.

Yo solo por los mares procelosos,
Rompiendo de Velazquez las armadas,
Bararé con mis buques presurosos
De España en las riberas apartadas:
Mas si tú con alientos generosos
Seguirme quieres, y las alteradas
Hondas surcamos en nadante pino,
La fama nos dará blason divino.

Estremeciósse el generoso mozo
Con ansia de la gloria concebida,
El rostro enciende, donde el blando bozo
Muestra la tierna juventud florida:
Y dice: la nobleza de que gozo
Sabes bien: ves mi empresa conocida,
Con escaques azules saquelada,
Y las quince banderas de Granada.

Si sabes del de Palma las acciones,
¿Cómo presumes que el seguirte dexe
En las dificultosas ocasiones?
Contigo muera, y no de ti me aleje.
Dixo, y se derribó de los arzones:
Montejo sin saber qué le aconseje,
Le abraza afable: los caballos dieron
A sus amigos, y á Cortés se fueron.

Los principales cerca de él estaban
En gruesas y altas lanzas apoyados:
Unos en los mosquetes descansaban,
Y otros en los escudos muy pesados:
Del mensaje difícil razonaban,
Quando ofrecen los dos determinados
Llevarle al Rey, volviendo desde España
Con nueva gente á hallarse en la campaña.

Entonces de contento alborozado
Torres el veterano exclama: ¡ó cielo!
Y ¡ó deidad! que en tu auxilio se ha fiado
Mi patria con solícito desvelo!
No está el brio Español tan apagado,
Ni aun en tal clima y tan distante suelo,
Quando aun se admira entre enemigas gentes
Tal esfuerzo de jóvenes valientes.

Así diciendo el venerable anciano
Con lágrimas ternísimas lloraba:
Muestra el cabello baxo el yelmo cano,
Y sollozando apenas pronunciaba:
Con la antes fuerte y ya trémula mano
Cifre sus cuellos, y sus rostros lava,
Palpandoles con amorosas muestras
Los fuertes pechos, y robustas diestras.

Y ¡ó mancebos fortísimos! decia,
Id á la dulce España, á quien no espero
Ver ya jamas, que al templo de María
Mi ultima edad sacrificarla quiero:
Y al punto del alto hombro desprendia
El rico tahalí, que en trance fiero
El quitó cuerpo á cuerpo en ancha plaza
Al Malique Alabez, ganando á Baza.

Este que en perlas y esmeraldas orna
Le da al mas jóven con luciente espada
Mallorquina: á Montejo luego torna,
Y al morrion quitó fuerte lazada:
Con él la frente en otro tiempo adorna,
Le dice, Boabdelí Rey de Granada,
Que el Alcayde prendió de los Donceles,
Terror de los Zegries y Gomeles.

Abrázanlos esotros Capitanes,
Y los despiden amorosamente,
Y con el fruto traen de sus afanes
De Motezuma el bárbaro presente:
Cortés con amistosos ademanes
Les fia su justicia, y reverente
Al caro padre y tierna madre envia
Dones, que ya por muerto le tenia.

Ya parten los dos ínclitos guerreros
Con ansia de la fama presurosos:
Ya les dan los amados compañeros
Mil dones de la América preciosos:
Adornados de wandas y plumeros
Tremolaban galanes y animosos
De oro en Bilbilitanos capacetes
Garzotas entre blancos martinetes.

Todos los acompañan al navío,
Desde cuya alta popa ya tomando
Está Anton de Alaminos señorío
Del mar, que cede á su timon y mando:
Al canal de Bahama y su baxío
Está la vista y proa enderezando,
Por donde nunca se atrevió ninguno
A romper los estanques de Neptuno.

Quando el rabiôso espíritu, que enciende
La discordia y rencor en los mortales,
Oponerse al designio audaz pretende
Desde los calabozos infernales:
El centro infiel del báratro se hiende,
Pues ya se ven patentes las señales,
Que larga edad se están allí temiendo,
Con el rezelo al Orco estremeciendo.

En el abismo antigua fama habia,
Que la gente Española vencedora
Al católico yugo humillaria
Las gentes del Ocaso y de la Aurora:
El Príncipe infernal, que ya veia
Cumplirse los pronósticos ahora,
Concilio horrendo de la negra gente
Llama, y habló con cólera impaciente.

¿Con que no solo habeis de ser vencidos
Del alto Arcángel, que brilló en luz pura,
Sino de hombres infames abatidos,
Sino (¡qué horror!) de humana criatura?
¡O espíritus eternos, que atrevidos
Fulsteis al hacedor! ¿temeis su hechura?
¿Sufrireis con ultrage y vituperio
Que un hombre emprenda el fin de vuestro imperio?

¡Mas ay! que ese mancebo el mismo día
Que nacer vimos al Saxon Lutero,
Le vió España nacer con ansia mía,
Pues pierdo en él quanto en esotro adquiero:
Visteis con quan escasa compañía,
Misero, fugitivo, y comunero,
Le llevó el mar á incógnitas regiones,
Que no vieron Colon ni los Pinzones.
Ya allí los sacrificios no consiente,
En que yo contra el hombre vengativo
Víctima le hago á un tiempo y delinquiente,
De vida eterna y temporal le privo:
Y ya templo consagra reverente
A esa Madre del Hijo de Dios vivo,
A esa muger, que lo es aunque divina,
Y á quien mi frente á mi pesar se inclina.

En ella estriba todo el gran denuedo
De la Española intrépida osadía:
Ella al Indio cruel dió espanto y miedo;
Porque sin ella España qué sería?
Ya miro que la fé de Recaredo
Alumbró los antípodas del día,
Y el Sacerdote (asombro allí no visto)
Baxa á sus manos con su voz á Christo.

Con pacíficos ramos en hilera
Los soldados cantaron el *Hossana*,
Con tal seguridad qual si allí fuera:
La Basílica insigne Toledana:
Y presaga la mente verdadera,
Ya ve que la soberbia castellana
Va por su Rey y Religion triunfante
A hacer portentos, que al infierno espante.

¡Ay, que ya me parece que mirando
Estoy encadenado á Motezuma
Por ese hombre feroz, digno del bando
Que resistió la omnipotencia suya!
Mil naciones humildes tributando
Adoracion con oro, aroma y pluma:
¡Tremendo Dios! ¡Tanto favor á sola
La soberbia ferísima Española!

Mas no nos acobarde el grande intento,
Espíritus rebeldes, que mayores
Fueron los nuestros, quando al alto asiento
Del mismo Dios clamamos con furor:
La grande empresa excite nuestro aliento,
De ellos mismos nos valgan los rencores;
Pues para España no hay en la campaña
Mayor contrario que la misma España.

Mientras Narvaez á impedirlo llega
Hinchendo el leste su volante lona,
Con sedicion amotinada y ciega,
Arda en tumulto el pueblo de Betona:
Dixo: y al punto el bátraco se entrega
A horrenda confusion: gimió Gorgona:
Silvan y bramian monstruos diferentes
De chimeras, dragones y serpientes.

No de otra suerte, ó con menor estruendo,
Desgajándose el polo centellante,
Su clara luz el cielo oscureciendo,
Rebentando el infierno horror tronante:
Los astros de sus círculos cayendo,
Naturaleza absorta y vacilante,
Temblarán cielo, tierra y mar profundo
En la profetizada fin del mundo.

Mas ya Portocarrero las amarras
 De un tajo rompe, al piélago sonante
 Los lleva el viento, ondean ya las garras
 En las banderas del Leon rapante:
 El rumbo anhelan de Españolas barras,
 Y á lo lejos el peto relumbrante
 Muestra Montejo, y izan presurosos
 Dexando largos surcos espumosos.

Con lágrimas los siguen y gemidos,
 Y el buen viage gritan desde tierra:
 Los tósigos de Averno enfurecidos
 En los ánimos flacos hacen guerra:
 Grado con los Peñates atrevidos
 Mal en el pecho su furor encierra:
 Junta en corrillo el vulgo baxo y fiero,
 Lenguaraz á la chusma habló Escudero.

¿Y hasta quando, infelices, les decia,
 Durará vuestro engaño? ¿y hasta quando
 Creereis la temeraria altanería
 De ese imprudente, á quien le dais el mando?
 No es valor la frenética osadía,
 Ni el ir á un mundo entero contrastando
 Con tan corto esquadron, que aunque triunfemos,
 Que crédito le den no lograremos.

Ya sé que el Macedon, sé que el Romano
 Venció batallas é infinitas gentes:
 ¿Mas qué ejército impulso dió á su mano?
 ¿Y qué preparativos diferentes?
 No negaré el esfuerzo castellano,
 Supondré á los contrarios no valientes:
 ¿Mas qué espíritu basta á la defensa
 De quien resiste á multitud inmensa?

Finja el caudillo que animados troncos
Volcais, qual la segur en la montaña,
Y que su antara y caracoles ronc
Ni á la venganza incita, ni á la hazaña:
Que son cobardes, bárbaros y broncos,
Que el fulminante azufre los engaña:
Que qual centauros juzgue su rudeza
Hombre y caballo todo de una pieza.

¿Mas cómo negará la muchedumbre
Temible, que á flechazos descendiendo
Sobre nosotros, hizo ya costumbre
De las bombardas el terrible estruendo?
¿Ni el impulso y tremenda pesadumbre,
Que muestra el que evitó su fin horrendo
En roto escudo y abollado casco
De las fuertes macanas de Tabasco?

Y quando el clima y la naturaleza
Contra nosotros mismos no se armára,
¿Quánta ventaja lleva la fiereza
Del Indio montaraz y astucia rara?
¿Quién ignora el ejército y grandeza
De Motezuma atroz, que ya prepara
A sus deidades en banquete infausto
De nuestros cuerpos hórrido holocausto?

¡Ay cuánto afán y muerte nos espera!
¡Y cuán pocos á España volveremos!
Ya experimentareis el alma fiera
De Quauhtemuch, su furia y sus extremos:
De Miscoac, que un cayman trae por cimera,
Tarde el ímpetu audaz conocerémos:
Y es, si acaso triunfamos, solamente
Porque otro en torpes vicios se alimente.

Yo ví á Theutile y Pilpatoc severo
Cómo volvió la espalda, despreciando
Al mismo Hernan Cortés : sé que guerrero
Se arma en Tlascala innumerable bando:
Ni el estender el culto verdadero,
Ni el gran deseo de humillar al mando
Del Monarca Español la tierra opresa
Disculparán tan temeraria empresa.

¡O locura! ¡Los Moros Africanos,
Ricos , vecinos , Moros y valientes,
Infestan nuestras costas, y lejanos
Venimos á vengarlo en otras gentes!
Sin trabajo , ¡ó famosos Castellanos!
Mil Reynos les tomáramos potentes;
Y mas nos cuesta aquí solo buscarlos,
Que lo que allá costára el conquistarlos.

¿No es afrenta del pueblo bautizado,
Que esté en prisiones la sagrada Heliá,
Habiendo él con sus armas ya llegado
Hasta el Nadir , y el túmulo del día?
Allá sí que católico soldado
Con fé valiente desalojaria
De tu muralla el bárbaro gentío,
Santa Jerusalem , el brazo mio.

Mas si Cortés tan imposible hazaña
Quiere hacer, muera , ó pierda la obediencia,
Pues no es razon de la lealtad de España,
Que así se abuse en tanta contingencia:
Ciega esperanza al corazon engaña,
Pero sepa enmendarlo la prudencia:
Seguidme , dixo , al mar : grita la gente,
Cunde el tumulto arrebatadamente.

Como cuándo en la octava maravilla
Del grande Escorial tan celebrado
Se mueve el coro , donde el arte brilla,
Al furioso uracan desenfrenado:
Tiembla el panteon , la altísima capilla,
Y estupendo cimborio agigantado,
Por los claustros bramando el ayre zumba,
Y el pórtico magnífico retumba;

Así la zuiza militar en tierra,
Y á bordo la marítima zafoma
Se escucha con motin y civil guerra,
Y oculta rebelion al rostro asema.
Cortés , en cuyo corazon se encierra
Valor , á quien ningún peligro doma,
Las filas corre , y lleno de osadía,
Compañeros heroycos , les decia:

¿Qué es esto , generosos Españoles?
¿Qué es de vuestro valor? ¿qué estoy oyendo?
¿Vosotros sois de la milicia soles?
¿A vuestro brazo el orbe está temiendo?
¿Con que vuestras mesanas y penoles
Despreciaron del Ponto el monstruo horrendo?
¿Con que osasteis lo mas con alma presta?
¿O despreciais lo poco que nos resta?

Pues no lo despreciéis , que altas hazañas
Dignas de vuestro ardor habrá algun dia:
¿El riesgo apeteceis de las campañas?
¿Qué propio en la española valentia!
Ya me dareis albricias por extrañas
Empresas , que hollará vuestra osadía:
La fama con excelso y nuevo canto
Pondrá en el mundo admiracion y espanto.

No, el vil temor ataja vuestro brio,
Ni olvido tanta hazaña celebrada:
¿Dónde está, donde, aquel soldado mio,
Que á Maila dividió su ardiente espada?
¿O el que en el espantoso desafío
Con Tumpoton de maza barreada
De una estocada, en que alto impulso encierra,
Al bárbaro clavó contra la tierra?

Aquí estáis todos, compañeros fieles,
Yo por vosotros moriré el primero:
Vamos, dijo, á vencer. Mas los noveles
Se arremolinan en tumulto fiero:
Con las dagas hiriendo en los brequeles
Insta por Cuba el vulgo vocinglero,
Crece en las voces el teson y instancia,
Y en el caudillo invicto la constancia.

Bien como quando el mar embravecido
Se altera, se entumece y alborota,
Y de uno y de otro viento compelido
De la alta Gades la muralla azota:
A cuyo choque, aunque tan repetido,
Eternamente permanece inmota,
Sin que á las olas su constancia amause;
Ni de embestirla el piélago se canse.

Mas viendo que eran sus esfuerzos vanos,
Arremetió el caballo poderoso,
Que alza menuda braja con las manos
Al ímpetu feroz y sonoro:
Y dice: auxilios débiles humanos
No den favor al corazon medroso:
O venza, ó muera: su unica esperanza.
Cayga deshecha al tiro de mi lanza.

Y alta la diestra atras con gallardía,
En los estribos todo el cuerpo alzando,
Fulmina el fresno , y rápida cruxia
La vanderilla , y silva regilando:
Y á la Nao Capitana , á quien mecia
Blanda mareta , llega atravesando
De una á otra vanda , y al impulso internas
Retumbáron las lóbregas cavernas.

Vieras la chusma , y los grumetes luego
Saltar á nado á la cercana orilla,
Que el ancho boqueron con agua ciego
A borbotones llena la escotilla,
La amuta de estribor cede al trasiego,
Cae de costado , y la alta popa humilla
Su balconage , y las furiosas olas
Entran por las abiertas portañolas.

A pique va sin tempestad la armada,
Porque los Españoles animados
De la alta accion con prisa acelerada
Dan barreno á los buques ancorados:
El fiero Hernan Cortés con vista ayrada
Terror infunde , y á los alterados,
Que en la conjuracion mostráran brio,
Hace dar al traves con su navío.

Esto mismo Carrasco , y esto hacia
Alvarez Chico : Yañez arrebatá
Una hacha de armas , la Carlinga heria
Dando al golfo su golpe entrada grata;
Gines en el baxel que conducia,
Qual si fuera enemigo desbarata
Toda la eslora , á cuyos rancos sonos
Huyeron los voraces tiburones.

El fuerte Galeon empavesado,
Que comandaba Ordaz el arrogante,
Su mismo Capitan le ha despalmado
Por dar satisfaccion de sí bastante:
Y Arvega el Levantisco ha disparado
Al branque de otro un tiro fulminante,
Y la proa y bauprés desaparecen
Entre pompas y círculos que crecen.

A fondo van así los corpulentos
Baxeles ; pero ciegos los soldados,
Los estragos del agua juzgan lentos,
Tal los tiene el caudillo ya inflamados:
Impacientes , furiosos y violentos,
De alquitran mil hachones , y embreados
Fuegos arrojan , prenden al instante
Los restos de la flota naufragante.

Arde la pez y estopa resinosa,
Y el betun y fortísimos tablonés,
De Vulcano la cólera furiosa,
Desune el calafate y travazones,
Estiéndese la llama sonora,
Y á formar condensados nubarrones
Con vapor negro asciende hasta lo sumo
En confusas pirámides el humo:

Fenece así el bellissimo navío
Del hermoso Saucedo envandorado,
Al que en Sanlúcar vió zarpar el río
De flámulas y xarcias adornado:
Tambien , Godoy , al tuyo fuego impío
Quemó , y al de Moron bien artillado,
Al que conduxo á Dávila violento,
Morla el fuerte , y Argüello el corpulento.

Ya en la llanura inmensa aparecían
De tanta armada trozos solamente
Medio quemados : popas se veían,
Y proas de oro envuelto en llama ardiente,
Pedazos de banderas que se hundían,
Que el agua ó fuego nada allí consiente,
Y aniquilan los míseros fragmentos
Ya unidos los opuestos elementos.

Todo es horror, quando hasta los oscuros
Senos del mar con ímpetu silvando
Ciega legion de espíritus impuros
Se precipita, el Ponto rebramando:
Albricias, noble España, que seguros
Tus vencimientos son, y al cielo alzando
La alegre vista, mira como el cielo
Te da el premio, esperanzas y consuelo.

Pues cándida paloma descendiendo
Sobre los pabellones, el alado
Giro tendió hacia México, luciendo
Con los visos y albor tornasolado:
El ayre en luz purísima vistiendo,
Qual descogiendo el arco variado
La Ninfa de Thaumante hácia poniente
Trae mil colores con el sol enfrente.

Cortés ambas las manos levantadas
Dice: ya entiendo, Espíritu divino,
Que no de mi fervor te desagradas:
Sigo pronto tu nuncio y mi destino:
Los suyos por la cruz de las espadas
Juran no desistir del gran camino,
Hasta ensalzar en vez del Dios horrendo
La cruz que tremolada van siguiendo.

En la hazaña el ejército se empeña,
Ya resuena el clarín y caxas luego,
Crece la aclamación, y hecha la seña,
Marcha el campo Español: ya no hay sosiego:
Equilibrase el bronce en la cureña;
Y aplicando la mecha al botafuego,
Con ronco estruendo globos infernales
Rebentaron los cóncavos metales.

Los ídolos de México temblaron
Al gran rimbombe, y que á su culto aguarde
Mudanza triste, absortos recelaron
Ciegos ministros con terror cobarde.
Si las Músas mi verso eternizaron,
Mientras fiero el León de España guarde
Con las terribles zarpas ambos mundos,
A pesar de enemigos furibundos,

Heroyco Hernán Cortés, será cantada
Tu acción por quantos doblan la rodilla
Al Monarca Español, que en fé acendrada
El orbe que ganaste se le humilla;
Tu acción, que dió á la fama voz no usada,
Al universo espanto y maravilla,
Júbilo al cielo, llanto al Orco impío,
Y alta materia al rudo canto mío.

POESÍAS

DE D. JOSEF CADALSO. (*)

ANACREONTICAS.

I.

Discípulo de Apeles,
 Si tu pincel hermoso
 Empleas por capricho
 En este feo rostro;
 No me pongas ceñudo
 Con iracundos ojos,
 En la diestra el estoque
 De Toledo famoso;
 Y en la siniestra el freno
 De algun bélico monstruo,
 Ardiente como el rayo,
 Ligero como el soplo;
 Ni en el pecho la insignia,
 Que en los siglos gloriosos
 Alentaba á los nuestros,
 Aterraba á los Moros:
 Ni cubras este cuerpo
 Con militar adorno,
 Metal de nuestras indias,
 Color azul y rojo:
 Ni tampoco me pongas
 Con vanidad de docto

(*) Muerto en el sitio de Gibraltar año de 1782.

Entre libros y planos,
Entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
Para los nobles tocos,
Que honores solicitan
En los siglos remotos.
A mí que solo aspiro
A vivir con reposo,
De nuestra fragil vida
Estos instantes cortos;
La quietud de mi pecho
Representa en mi rostro,
La alegría en la frente,
En mis labios el gozo.
Cíñeme la cabeza
Con tomillo oloroso,
Con amoroso mirto;
Con pámpano beodo.
El cabello esparcido
Cubriendome los hombros,
Y descubierta al ayre
El pecho bondadoso.
En esta diestra un vaso
Muy grande, y lleno todo
De Xerezano nectar,
O de manchego mosto.
En la siniestra un tirso,
Que es bacanal adorno,
Y en postura de bayle,
El cuerpo chico y gordo:
O bien junto á mi Filis
Con semblante amoroso,

Y en cadenas floridas
 Prisionero dichoso,
 Retrátame, te pido,
 De este sencillo modo,
 Y no de otra manera;
 Si tu pincel hermoso
 Empleas por capricho
 En este feo rostro.

I I.

¿Quién es aquel que baxa
 Por aquella colina,
 La botella en la mano,
 En el rostro la risa;
 De pámpanos y yedra
 La cabeza ceñida,
 Cercado de zagales,
 Rodeado de Ninfas,
 Que al son de los panderos
 Dan voces de alegría,
 Celebran sus hazañas,
 Aplauden su venida?
 Sin duda será Baco
 El padre de las viñas,
 Pues no, que es el Poeta
 Autor de ésta letrilla.

I I I.

Vuelve, mi dulce lira
 Vuelve á tu estilo humilde
 Y dexa á los Homeros

Cantar á los Aquiles.
Canta tú la cabaña
Con tonos pastoriles,
Y los épicos metros
A Virgilio no envidies.
No esperes en la Corte
Gozar dias felices,
Y vuélvete á la aldea,
Que tu presencia pide.
Ya te aguardan zágales
Que con flores se visten
Y adornan sus cabezas,
Y cuellos juveniles.
Ya te esperan pastores
Que deseosos viven
De escuchar tus canções
Que con gusto repiten.
Y para que sus voces
A los ecos admiren,
Y repítan tus versos
Los melodiosos cisnes;
Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu tono humilde,
Y dexa á los Homeros
Cantar á los Aquiles.

I V.

Unos sabios gritaban
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimedes á Jove,

En las celestes mesas
Convidados los Dioses,
Suspensos los luceros
Y admirados los hombres.
Y yo dixé á mi Filis,
Déxales que den voces;
El nombre nada importa,
Y del sabor responde,
Que será el que tú dexas,
Quando los labios pones,
En la copa en que bebes.
Los béticos licores,
Quando contigo bebo.
Quando conmigo comes;
Y déxales que griten
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimedes á Jove.

LETRILLA I.

De este modo ponderaba
Un inocente pastor
A la Ninfa á quien amaba
La eficacia de su amor.
¿Ves quantas flores al prado
La primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves quánta avena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
Pues mira, Filis amada,.....

Mas veces te quiero yo.

¿Ves al salir de la aurora

Quanta avecilla cantó?

Pues mira, hermosa pastora,

Mas veces te quiero yo.

¿Ves la nieve derretida

Quanto arroyuelo formó?

Pues mira, bien de mi vida,

Mas veces te quiero yo.

¿Ves quanta abeja industriosa

De esa colmena salió?

Pues mira, ingrata y hermosa,

Mas veces te quiero yo.

¿Ves quantas gracias la mano

De las deidades te dió?

Pues mira, dueño tirano,

Mas veces te quiero yo.

LETRILLA II.

De amores me muero,

Mi madre, acudid,

Si no llegais pronto

Vereisme morir.

Catorce años tengo,

Ayer los cumplí,

Que fué el primer día

Del florido Abril,

Y chicos y chicas

Me suelen decir:

¿Por qué no te casan,

Mariquilla? di.

De amores me muero, &c.

Y á fé, madre mia,
Que allá en el jardin
Estando á mis solas,
Despacio me vi
En el espegito,
Que me dió en Madrid
Las ferias pasadas
Mi primo Luis.

De amores me muero, &c.

Miréme y miréme,
Cien veces y mil,
Y dixe llorando,
¡Ay pobre de mí!
¿Por qué se malogra
Mi dulce reir,
Y tierno mirar?
¡Ay niña infeliz!

De amores me muero, &c.

Y luego en mi pecho
Una voz oí,
Qual cosa de encanto
Que empezó á decir:
¿La niña soltera
De qué ha de servir?
La vieja casada
Aun es mas feliz.

De amores me muero, &c.

Si por ese mundo
No quisiereis ir,
Buscandome un novio
Dexadmele á mí

Que yo hallaré tantos
Que pueda elegir,
Y de nuestra calle
Yo no he de salir:
De amores me muero , &c.

Al lado vive uno
Como un serafín
Que la misma misa
Que yo suele oír:
Si voy sola , llega
Muy cerca de mí,
Y se pone lejos
Si también venis:
De amores me muero , &c.

Me mira , le miro,
Si me vió le ví,
Se pone mas roxo
Que el mismo carmin.
Y si esto le pasa
Al pobre , decid,
¿Qué quereis , mi madre,
Que me pase á mí?
De amores me muero , &c.

Enfrente vive otro
Taimado y sutil,
Que suele de paso
Mirarme y reir,
Y disimulado
Se viene tras mí,
Y á ver donde voy
Me suele seguir:
De amores me muero , &c.

Otro hay que pasea
Con ayre gentil
La calle cien veces,
Y aunque diga mil:
Y á nuestra criada
Le suele decir
Bonita es tu ama:
¿Te habla de mí?
De amores me muero , &c.

E N D E C H A S.

Apaga , Cupido,
Tu ligera llama,
Si enciende Himeneo
Sus antorchas sacras.
Respetar de Lesbia
La mano ligada
A la de su dueño
Con tiernas guirnaldas.
Virtud y modestia,
Honor y constancia
Por medio del templo
La llevan al ara.
Tus armas son pocas
Para arrebatarla
De la tropa fuerte,
Que ya la acompaña.
Y si tus intentos
A tanto llegáran,
Vencido , abatido,
Burlado quedáras.

Y nuevo trofeo
 Seria tu aljaba
 Del triunfo seguro
 Que honor alcanzára.
 No mas me presentes,
 Con lisonjas falsas,
 Mudables cimientos
 Para mi esperanza;
 Que de sus virtudes
 A la luz sagrada
 Huyen las ideas
 Culpables y vanas;
 Como en noche obscura
 Entre las montañas
 El miedo al viajante
 Pinta sombras varias;
 Hasta que del carro
 De Febo las llamas
 Esparciendo luces,
 Disipan fantasmas.

ELEGÍA

Á LA FORTUNA.

¿Dónde hallarás quien resistirse pueda,
 Ciega deydad, al delicioso encanto,
 Del son del torno de tu instable rueda?
 Si de algun triste el doloroso llanto
 Aparta al sabio de la atroz ruina;
 ¡Qué poco dura el saludable espanto!
 La mayor parte con vigor camina

Al aereo templo de la diosa fama,
Y despreciar exemplos determina.

Enciende la ambicion su horrenda llama,
Toca el clarin la gloria ; el mundo suena,
Y nuevas redes tu locura trama.

El alma debil de furor se llena,
Segunda vez se entrega á tu mudanza
Que los gustos mas gratos envenena.

Tambien guióme un tiempo la esperanza.
Monstruo á quien abortó tu devaneo,
Y culpé tu rigor y tu tardanza.

¡Oh cuántas veces se inflamó el deseo
En este pecho joven é inocente,
Que ya por fin desengañado veo!

¡Quál crecia el incendio , que imprudente
Propuso levantar al firmamento
Mi nombre del ocaso al oriente!

El militar estruendo , el duro acento
Del xefe que las tropas disponia,
El ronco son del bélico instrumento;

La clin del animal , que Betis cria,
El brillo que el dorado Tajo presta
Al fierro de Cantabria , patria mia;

La pólvora á las madres tan funesta
Con estrepito horrendo en los cañones,
Que tantas vidas , y sollozos cuesta;

Y de la horrenda guerra las acciones
Parecíanme glorias soberanas
Dignas de los que habitan las mansiones

Del alto olimpo , y que las nueve hermanas
Solo debian entonar loores
A las almas feroces é inhumanas.

Llenábase mi pecho de furores
Al leer de Çurcio y de Solís la historia
De Alexandro y Cortés aduladores.

Envidiaba á los dos la fiera gloria
De ver en Motezuma, y en Darío
Caprichos de la suerte y la victoria.

Un heroe sabio, y un Monarca pio
Parecianme indignos de su cuna,
Su libro indigno del estudio mio.

Con gusto ví la bélica fortuna
Del soberbio Breton al Lusitano,
Dar contra España audacia no oportuna.

Y las melenas del leon hispano
Coronarse con lises, y á su saña,
Rendir Almeida el alto muro ufano.

Y al ver de Marte por la dura España
Rodar el carro con horrible estruendo
Y alzar la muerte su infeliz guadaña;

Iba yo en mi memoria recorriendo
Historias dignas de dolor y espanto,
Y mi alma con los nombres complaciendo

De Numancia, Sagunto, y de Lepanto,
De México, de Çuzco, y de Pavía,
De San Quintia, de Almansa, y Campo santo,

De Roncesvalle, y tanto crudo dia,
Que en nuestros fastos con orgullo se halla,
Y lee la juventud con alegría.

Deseaba llegase la batalla,
En que las tropas que La-Lipe ordena,
Huyesen de Lisboa á la muralla.

O rindiesen el cuello á la cadena
Para venir de Atocha al templo santo,

Que de himnos victoriosos siempre suena.

Y do ven las naciones con espanto
Vánderas y estandantes y tambores.

Con nuestro gozo y con ageno llanto.

Pero dias mas gratos y mejores
Iba trayendo el tiempo á los mortales,
Enfrenando de Marte los rigores.

Y Cárlos lastimado de los males,
Que el mundo en tantos daños padecia,
Le quiso repartir bienes iguales.

Y así como Neptuno volvió el dia,
Quietud y el sol al triste mar , turbado
Por ira de la diosa que queria

Anonadar la gente , á quien el hado
Prometia el imperio de la tierra;
Así tambien al mundo encarnizado

En una larga y horrorosa guerra
Cárlos dió paz , y el mundo gozar pudo
Los muchos bienes que su nombre encierra.

El soldado colgando el fuerte escudo
En el nativo hogar , al padre anciano
Con tono extraño y ademan forzado,

Contó los lanzes de la guerra , ufano
De que su simple voz oida sea
Por cariñosa madre , tierno hermano,

Zagales toscos de la misma aldea,
Y la zagala joven y gallarda
Con quien unir su corazon desea,

Y á quien el dia deseado tarda.
Ya de otro caos la naturaleza

Sale segunda vez ; no se acobarda
El marinero ya con la fiereza

Del mar, ni el labrador ya se detiene
En romper de la tierra la dureza.

Cada arte y ciencia nueva vez previene
A quien la trate aplausos y consuelo,
A los mortales la quietud ya viene.

Y la voz de los pueblos llega al cielo
Con jubilos, con gozo y alegría
El cielo esparce su bondad al suelo.

Y yo sintiendo el deseado día,
Viendo en él mi esperanza fenecida,
Pues la guerra tu gracia me ofrecía;

Vine á la Corte, donde nueva vida,
Nuevas lides ofrece, y nueva pena
Con colores de gustos bien fingida.

Allí arrastré la rígida cadena,
Tan dura que aun despues de rescatado
En mis oídos su ruido suena.

Sí, Fortuna: yo ví, (quan espantado
Hasta ver que lo mismo siempre ha sido)
Ví lo que nunca hubiera yo soñado:

Y por tus Sacerdotes conducido
Tus ritos ví, tus victimas y templo,
Joven audaz y nada apercibido.

Guióme de otros muchos el exemplo
Cuya vida juzgaba yo calmada
Y ahora esclavitud triste contemplo.

Ya con rodilla ante el altar doblada
Movió mi débil mano el incensario,
Por culto de una estatua inanimada.

La cara del amigo, y del contrario,
Mil veces vi con arte equivocarse,
La del cobarde, y la del temerario.

En fin, ví con dolor adulterarse
Virtud, honor, bondad, y con pasiones
Del mas horrible genero mezclarse.

Me engañaste hasta aquí. ¡Quántas razones,
Tirana, me pusiste deseando
Llevarme mas allá! ¡Quántas me pones

Con rostro afable, y con acento blando
Aun despues del desprecio, con que veo
Al que vas abatiendo ú ensalzando!

Lo sabes, y que yo solo deseo
Huir de ti porque jamas consigas.
De mi pecho formar nuevo trofeo,
Por mas que me acaricies ó persigas.

CANCION PRIMERA

En alabanza de D. Nicolas Moratin.

El semidios que alzandose á la cumbre
Del alto Olimpo, prueba la ambrosia
Entre la muchedumbre
De dioses en la mesa del Tonante,
Y en copa de diamante
Purpúreo nectar bebe,
Al son de la armonía
De los astros que el cielo en torno mueve;
Si desciende algun dia
Al mundo, le fastidian los manjares
De huerto, viñas, selva, montes mares.

Desde que el campo Eliseo al tierno Orfeo
Oyó cantar su amor en tono blando,
Y el ardiente deseo

De volver á lograr su dulce esposa,
 Cuya lira amorosa,
 Mientras duró sonando,
 De Sísifo y de Tántalo un momento
 Paró todo el tormento;
 Ya no se admira, quando
 Algun mortal al verse en tal delicia
 Las gracias canta á su deidad propicia:
 Quien vió surcando el mar minas gigantes
 Sangrientas amazonas, gente estraña,
 Y límites distantes
 De humana audacia no, mas sí del mundo,
 Y el piélago profundo
 Pasa con ancha nave
 Volviendo rico á España;
 En su tranquilo hogar vivir no sabe,
 Desprecia la cabaña,
 La barca y red que le ocupó primero
 Antes que fuera osado marinero.

El joven que una vez del Tracio Marte,
 De pálidos cadaveres cercado,
 Tremoló el estandarte,
 Y en su carro triunfal fué conducido,
 De su patria aplaudido,
 Con bélico trofeo,
 Y júbilo aclamado,
 Por volver á la lid arde en deseo:
 Ya desdén el arado.
 Hijos, esposa, padre, mesa y lecho,
 Solo el guerrero horror le llena el pecho,
 Y al que al divino Moratin oyere,
 Los metros que el timbreo Dios le inspira,

Y el brío con que hiere
 La cítara de Pindaro sagrada,
 Ya nunca mas le agrada
 La humana voz, ni sones
 De otra qualquiera lira,
 Por mas que suenen inclitas canciones,
 Que el necio vulgo admira:
 Canta pues entre todos el primero,
 Y calle Ercilla, Herrera, Horacio, Homero.
 Cancion, dile á mi amigo
 Que me falta el aliento,
 Y que quando cantar su gloria intento,
 Callo mil veces mas de lo que digo.

CANCION II.

Al mismo asunto.

¡Ay, si cantar pudiera
 Los hijos de los dioses lira de hombre,
 Y qual trompa guerrera
 De altisona armonía,
 Que ambos polos atónitos asombre
 Resonase la mia,
 Hijo de Febo, joven prodigioso,
 Qual se alzára mi numen orgulloso,
 Se alzára por regiones
 Astros, esferas, mundos, y á su acento
 Las célicas mansiones
 Eco sacro darian,
 Y los dioses del alto firmamento
 A escucharme vendrian.

Anfion y Orfeo no triunfaron tanto:
Del mar, y hórrido reyno del espanto

Creyendome inspirado

Para cantar tus loores dignamente,

Mandándomelo el hado,

Las Musas castellanas

Con lauro coronándome la frente

Vendrian mas ufanas

Que las de Tebas, quando el Dios del dia

A Pindaro portentos influia.

La cítara Lesbiana,

Que con marfil y pulso á trinar hecho

Tañe la diestra, ufana,

En vano, dulce amigo,

Para cantarte aplico al blando pecho:

No resuena conmigo

Como en tu mano armónica resuena,

De pompa, magestad y gloria llena.

Resuena qual solia

La de Salicio y Tí tiro en lo blando

La dulce lira mia;

Parezco al imitarte

Pastor que con su abena está imitando

Las trompetas de Marte,

Los zefiros se rien y recrean

Y las púrpuras flores se menean.

Con lascivos arrullos

Ya los páxaros juntan su armonía,

Y el río sus mormullos

Muy gustoso y tranquilo,

Quando el mundo de horrores temblaría:

Del Orinoco al Nilo

Si las ruedas del carro resonáran
Y á la trompeta atroz acompañáran.

Fatíganme en lo interno
Furias , Tragos , y Manes que aparecen
Del horrisono infierno
Y báratro profundo,
Y sol y luna y astros se oscurecen,
Y se anonada el mundo
Rompiendose ambos palos con estruendo,
Y el caos primero tímido estoy viendo.

Euménides atroces
Su fuego en torno esparcen con silvido
Y horrendísimas voces,
Con vívoras , serpientes,
Con culebras el pelo entretegido,
Los brazos relucientes
Con triste luz (¡ó corazón te pasmas!)
Que solo muestra espectros y fantasmas.

La Envidia las conmueve
Sacándolas del centro del abismo,
Y con ardid aleve
En mi pecho las hunde,
Con fiero ardor contra mi amigo mismo,
Porque mil zelos fundo
Quando la fama le aclamó poeta
Con el son inmortal de su trompeta.

¿Conque permite el hado
(Me dice en ronco son la horrible Dea)
Que parezca olvidado
Tu nombre con tu verso,
Y que de Meratin la musa sea
La que del universo

Haga sonar el uno y otro polo,
Con cítara que envidie el mismo Apolo?

Dixo : y su pecho lleno
De áspides ponzoñosas y rencores
Me arrojó su veneno,
Se encendió el pecho mio
Qual seca mies del rayo á los ardores
Virado en el estío,
Tu nombre aborrecí con fiero ceño,
Qual esclavo la mano de su dueño.

Mas la Amistad sagrada
Con su candida túnica descende
De la empírea morada,
De virtudes un coro
La cerca, y con su manto se defiende,
Su carro insigne de oro.
Deslumbra y ciega al monstruo que me incita,
Y al centro del horror le precipita.

Mirándome la Diosa
Con faz serena y placida hermosura
Dexó mi alma gozosa,
Qual esparce alegría
Rosada aurora tras la noche obscura;
Dando consuelo el dia
Desde el lejano lúcido horizonte
Al hombre, al bruto, al ave, al campo, al monte.
Mi frente, que arrugada
De mi alma mostró el cruel tormento,
Con mano regalada
Alzó diciendo, vive
Con amigo tan inclito contento,
Como tuyo recibe

El justo aplauso y lírica corona
Que le da Olimpo, España y Helicon.

Aquellos que yó he unido
Con mis vínculos gratos y celestes
Después que hayan cumplido
Los días de sus hados
Castor y Polux, Pilades y Orestes
A Olimpo son llevados,
Y Júpiter llenando mi deseo,
Eternos viven Prítoó y Teseo.

Dexa á las corbas almas
La sátira y rencor, y tus laureles
Junta á las sacras palmas
De Moratin divino:
No tornen los amigos si son fieles.
Las iras del destino,
Y al lado de sus versos asombrosos
Se admirarán los tuyos amorosos.

A él le ha dado Apolo
La cítara de Píndaro sonante
Para que cante él solo
De Carlos las hazañas,
Oyendo desde el punto mas distante
Américas y Españas,
Coronado en cada una de las zonas,
Y sus virtudes mas que sus coronas.

Y por probarse á veces
Cantará de la patria y sus varones
Heroycas altiveces,
Escuchale entonando
Sagrados himnos, líricas canciones,
Y estandole escuchando

Suspenso el cielo quedan sin empleo...

Espada, lira, rayo y caduceo.

Para él es digno asunto

Lo de México, y Cuzco, y de Pavía,

Y Numancia, y Sagunto,

San Quintín y Lepanto,

Y de Almanza, y Brihuega el claro día

Feliz á España tanto,

Pero tú... canta zéfiros y flores,

Arroyos dulces y ecos de pastores.

Dixo, y fuese volando,

Dexando el alma llena de consuelo,

Y un rastro fué dexando

De clara luz sagrada

Desde la humilde tierra al alto cielo,

Su corona estrellada

En torno, por el ayre difundía

Etéreo olor de líquida ambrosia.

INDICE.

<i>Adonde te partes, dulce mi enemigo. . .</i>	pág. 366
<i>Ahora es tiempo Euterpe que templemos.</i>	421
<i>A la que causó la llaga.</i>	247
<i>A la queda está tocando.</i>	324
<i>A la orilla de un pellejo.</i>	252
<i>At infierno el tracio Orfeo.</i>	238
<i>Amarrado al duro banco.</i>	164
<i>Ande. yo caliente.</i>	184
<i>Apaga Cupido.</i>	471
<i>Aquel rayo de la guerra.</i>	150
<i>Aquí donde su curso retorciendo.</i>	226
<i>Aquí entre la verde juncia.</i>	147
<i>Arroyo en que ha de parar.</i>	180
<i>Así Risela cantaba.</i>	190
<i>Aura fresca, aura volante.</i>	365
<i>Ay de quan poco sirve al arrogante.</i>	95
<i>Ay, si cantar pudiera.</i>	479
 <i>Canto el valor del capitan hispano.</i>	 436
<i>Caro Constancio á cuya sacra frente</i>	384
<i>Castillo de San Cervantes.</i>	195
<i>Ciego que apuntas y atinas.</i>	153
<i>Con mas vergüenza viven Euro y Noto</i>	228
<i>Con que culpa tan grave.</i>	209
<i>Con rayos de yelo y plata.</i>	332
<i>Corcilla temerosa</i>	134
<i>Criabase el Albanes.</i>	163
<i>Cruel llaman á Neron.</i>	268
 <i>Da bienes fortuna.</i>	 186
<i>Dame segunda vez, Euterpe amiga.</i>	426
<i>De amenazas del ponto rodeado</i>	230
<i>De amores me muero.</i>	468
<i>De este modo ponderaba.</i>	467

<i>De la florida falda.</i>	131
<i>De los triunfos de amor el mas lucido.</i>	300
<i>Dexad los libros ahora.</i>	198
<i>Dineros son calidad.</i>	181
<i>Discípulo de Apeles.</i>	463
<i>Diste credito á un pino.</i>	212
<i>Donde ballarás quien resistirse pueda.</i>	472
<i>Dos plumas tengo, ó Fabio, con que escriba.</i>	355
<i>El semidios que alzandose á la cumbre.</i>	477
<i>En la espesura de un alegre soto.</i>	89
<i>En la ribera undosa.</i>	87
<i>Entre dos montes soberbios.</i>	321
<i>Entre los sueltos caballos.</i>	144
<i>En un pastoral alvergue.</i>	155
<i>Escondido yace un valle.</i>	327
<i>Esta es la informacion, este el proceso.</i>	238
<i>Esta que miras grande Roma ahora.</i>	215
<i>Fabio, si tú has topado un nuevo mundo.</i>	363
<i>Faltar pudo su patria al grande Oruna.</i>	227
<i>Famosos son en las armas.</i>	139
<i>Frescos ayrecillos.</i>	169
<i>Gozaba juvenil el Tráce Orfeo.</i>	111
<i>Guarda corderos zagala.</i>	167
<i>Hermana Marica.</i>	177
<i>Hermosa dueño de la vida mia.</i>	138
<i>Huye sin percibirse lento el dia.</i>	229
<i>Junto á una peña del Tajo.</i>	334
<i>Labrando estaba Artemisa.</i>	202
<i>La desgracia del forzado.</i>	166
<i>La dulce boca que á gustar convida.</i>	137
<i>La borrenda historia del undoso estrago.</i>	405
<i>La mas bella niña.</i>	173

INDICE.

487

<i>La morena sierra.</i>	335
<i>La que hubiere menester.</i>	266
<i>Las flores del romero.</i>	176
<i>Las zagalas de su aldea.</i>	342
<i>Levanta España tu famosa diestra.</i>	128
<i>Levantando blanca espuma.</i>	161
<i>Llamaban los pajarillos.</i>	325
<i>Lleva Mario el ejército y á Múrio.</i>	227
<i>Lloraba la niña.</i>	175
<i>Los aspides en la mano.</i>	331
<i>Manda amor en su fatiga.</i>	183
<i>Mientras que el mar airado.</i>	339
<i>Miré los muros de la patria mia.</i>	230
<i>Niñas de mi aldea.</i>	329
<i>No es tiranía Fabio esa que emprende.</i>	362
<i>No he de callar por mas que con el dedo.</i>	231
<i>No mas no mas callar ya es imposible.</i>	395
<i>Padre Adán no lloreis duelos.</i>	264
<i>Paríome adrede mi madre.</i>	260
<i>Partistete á los campos de castilla.</i>	348
<i>Poderoso caballero.</i>	244
<i>Porque mi Musa descompuesta y broncea.</i>	284
<i>Por ventura Faon luego que abriste.</i>	367
<i>Pues amarga la verdad.</i>	243
<i>Pues mas me quieres cuervo que no cisne.</i>	275
<i>Quando del ayrado invierno.</i>	336
<i>Que de envidiosos montes levantados.</i>	132
<i>Que me pides zagal que te cuente.</i>	363
<i>Que necio que era yo antaño.</i>	204
<i>Que no tenga por molesto.</i>	239
<i>Quien creyera que en esta humana forma.</i>	5
<i>Quien es aquel que baxa.</i>	465
<i>Quiera el cielo Silvia ingrata.</i>	341

<i>Kaya dorado sol orna y colora</i>	137
<i>Recibí vuestro villete.</i>	188
<i>Ray de los otros rios caudaloso.</i>	138
<i>Santo silencio profeso.</i>	241
<i>Salíó á la fuente Jacinta.</i>	338
<i>Segun vuelan por el agua.</i>	159
<i>Servia en Oran al Rey.</i>	142
<i>Sobre el marino campo el roxo Apolo.</i>	96
<i>Sobre las ondas acosado Antonio</i>	95
<i>Tan dormido pasa el Tajo.</i>	319
<i>Temes ó Lisi á Júpiter tonante</i>	225
<i>Triste pisa y afligido</i>	193
<i>Truécanse los tiempos.</i>	322
<i>Ufano , alegre , altivo , enamorado.</i>	290
<i>Una incredula de años.</i>	257
<i>Un Godo que una cueva en la montaña.</i>	228
<i>Unos sabios gritaban</i>	466
<i>Una zagaleja</i>	344
<i>Ves con el polvo de la lid sangrienta</i>	226
<i>Vuelas ó tortolilla.</i>	133
<i>Vuelve mi dulce lira</i>	465
<i>Ta formidable y espantoso suena</i>	229
<i>Ta que en silencio mi dolor no iguale.</i>	84
<i>Ta vuelve el triste invierno</i>	429
<i>To el menor padre de todos.</i>	272
<i>To verde Mayo me acuerdo.</i>	346
<i>Zampuzado en un banasto.</i>	249

ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE	LEASE
32.	25.	callado viento,	<i>callado el viento,</i>
44.	9.	llaga.	<i>llaga,</i>
86.	10.	sus plantas;	<i>tus plantas;</i>
118.	9.	espejes;	<i>espejos</i>
id.	10.	umbrosa	<i>umbrosa:</i>
121.	14.	se viene	<i>si viene</i>
149.	22.	rige,	<i>rige.</i>
265.	11.	Si os quexeis	<i>Si os quexais</i>
358.	18.	naturales	<i>naturales.</i>

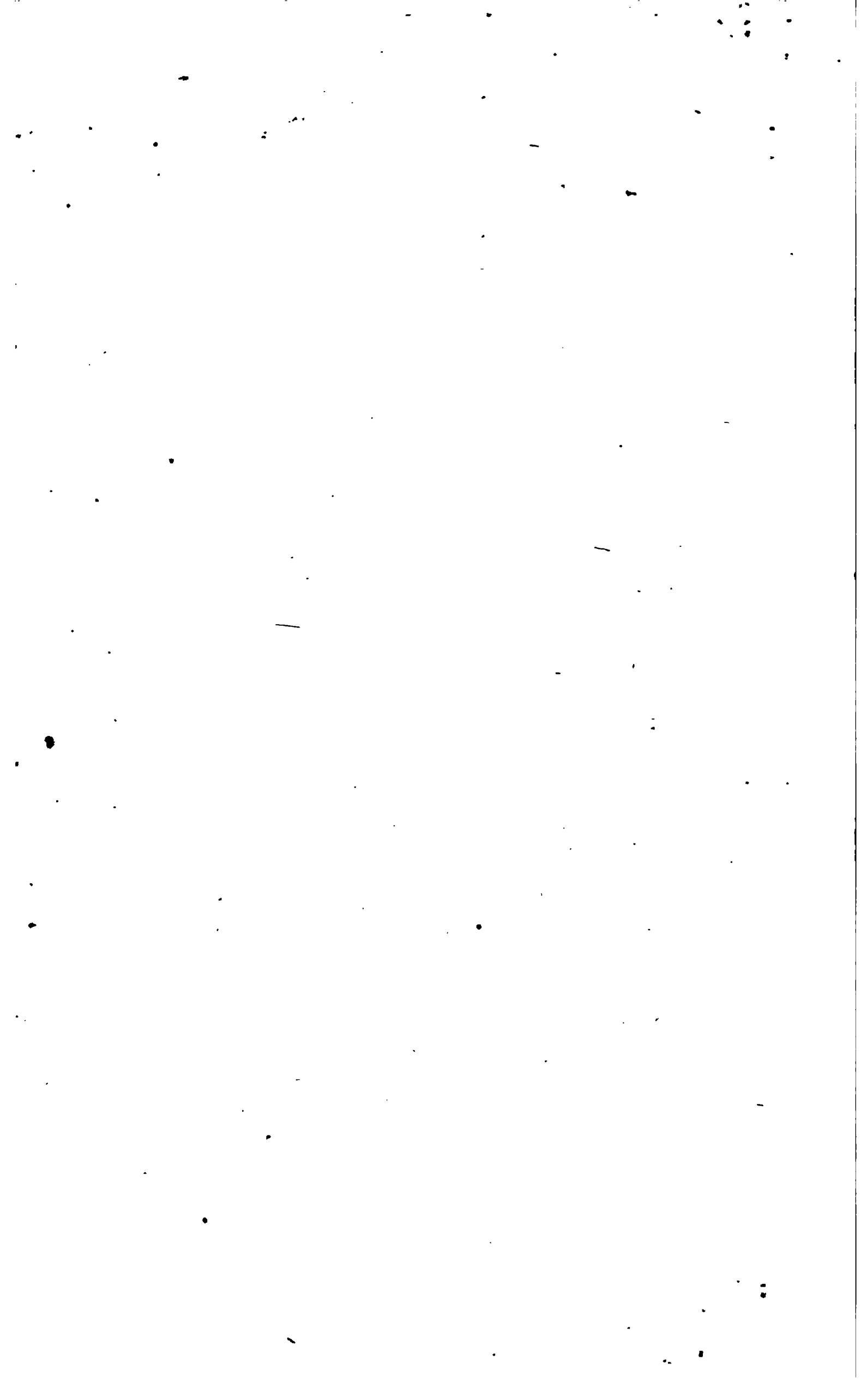
MAS ERRATAS DEL TOMO PRIMERO.

Introduccion.

PAG.	LIN.	DICE	LEASE
40.	21.	ya es	<i>ya se</i>
48.	32.	se las	<i>se les</i>

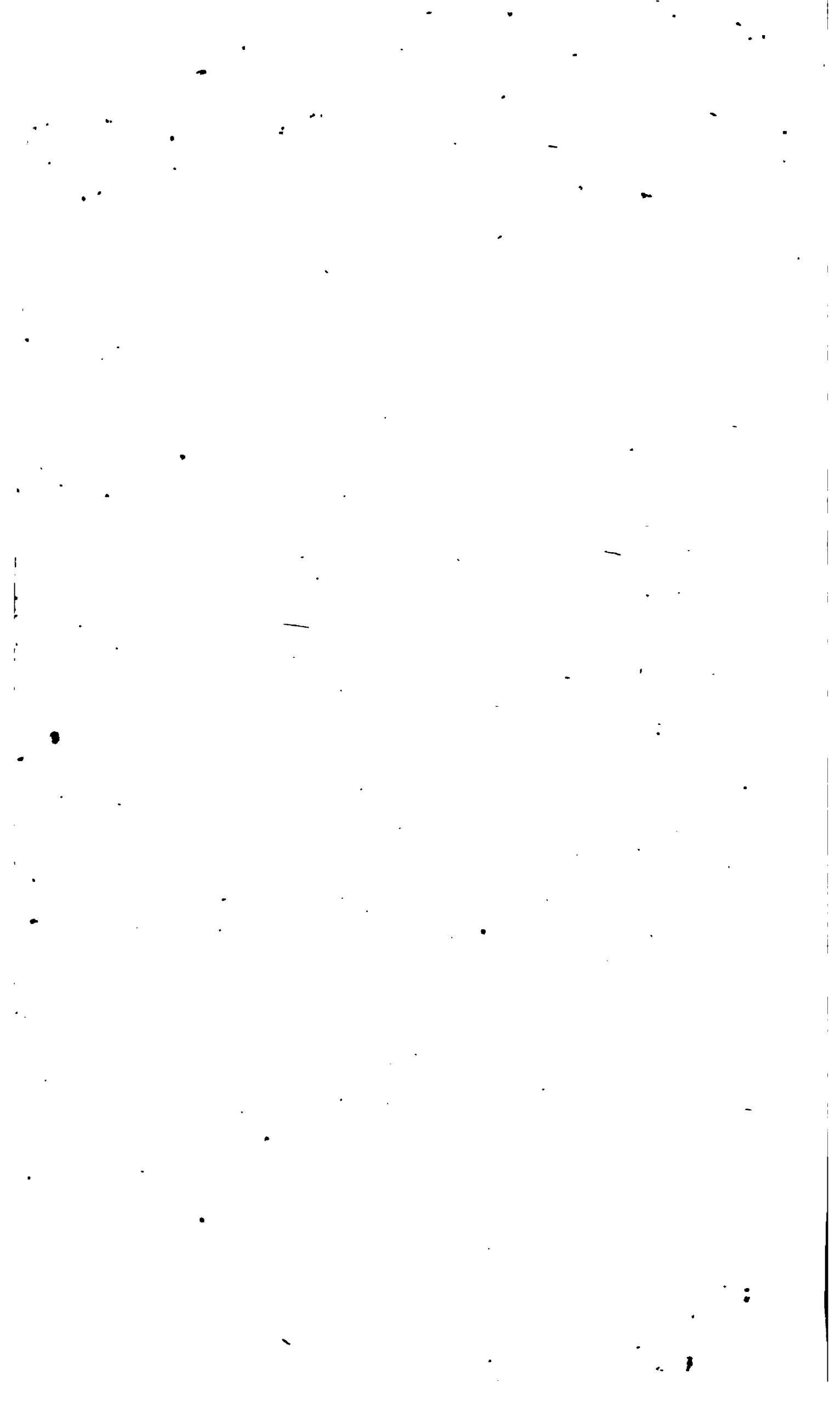
En la obra

64.	27.	fortuna	<i>fontana</i>
119.	9.	quebrantada.	<i>quebrantada,</i>
239.	21.	en 1808.	<i>en 1608.</i>



Copy 1119





u my

